

M A R I B E L S O L L E

Escritora premiada  
por la editorial  
READERS CREW



LA FAVORITA  
DEL MARQUES

*Saga Beldades Problemáticas*

*Gophia Peyton*

**SAGA BELDADES PROBLEMÁTICAS**

# Contents

[Copyright](#)

[Epígrafe](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo final](#)

[Epílogo](#)

Se prohíbe la copia total o parcial de la obra, ni su incorporación a un sistema informático o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y Siguietes del Código Penal). Obra registrada con todos los derechos reservados.

*Nota de la autora: Recomiendo, aunque no sea estrictamente necesario, leer “Manto del Firmamento” de la Saga Devonshire para optimizar la comprensión de “La favorita del Marqués”.*

Primera edición en Octubre, 2019  
©2019, Maria Isabel Salsench Ollè

## Epígrafe

*Se llevó el monóculo al ojo para ver mejor el otro extremo del salón de baile. Vio a la dama en cuestión: Sophia Peyton. Ya la conocía, era su vecina. Pero fue como verla por primera vez. Era una dama muy joven, desde luego...Recién presentada en sociedad. Era muy hermosa, y el vestido de manga corta con talle alto sólo realzaba su belleza natural y su coqueteo innato.*

*La idea de hacer alguna diablura le pareció todavía más tentadora de lo que había imaginado. Sobre todo, teniendo en cuenta que acercándose a esa mujer, podría vengarse de su mayor enemigo.*

*Sí, sabía que ella era inocente. Pero él no lo era. Y no había nada más irresistible que corromper a alguien cuya inocencia parece ser su mayor virtud...*

**La favorita del Marqués.**

# Capítulo 1

## *Presentando a conocidos*

*Recordar es fácil para el que tiene memoria. Olvidarse es difícil para  
quien tiene corazón*  
**Gabriel García Márquez.**

*Octubre de 1845. Kowloon, China. En medio de la Guerra del Opio.*

Tenía el ojo amoratado y el labio partido, caminaba al lado de seis guardias chinos que no le habían hecho la vida fácil en aquella condenada prisión. Pero por alguna extraña razón, estaba en la calle y ya no vestía el uniforme pulgoso que le habían regalado al ingresar como prisionero de guerra.

A lo lejos vio a Joshua, otro espía del gobierno británico. Un compañero del oficio que rozaba los dos metros. Al parecer, estaba acompañando a un hombre importante de Kowloon. Se trataba de un intercambio.

Su vida por la del hombre de traje gris y ojos rasgados.

—No lo entiendo —murmuró Brandon Howard en cuanto fue puesto bajo custodia británica. Lejos de los oídos enemigos.

—¿Qué es lo que no entiendes? —replicó Joshua, mirándole con seriedad mientras se alejaban del lugar a paso militar.

—Va en contra de las normas que me intercambies.

—No lo he hecho yo, han sido los de arriba. Tu padre ha muerto —informó el hombre sin piedad ni compasión. No lo hizo adrede, era su forma de vivir: sin alma. Así que no se lo recriminó. Tampoco él tenía sentimientos. Y saber que su padre había muerto era saber que, simplemente, se había convertido en el Marqués de Suffolk. Seguramente, al Gobierno Británico no le apetecía tener a uno de los suyos en una prisión de mala muerte al otro lado del mundo. Mucho menos si podía servirles de más ayuda en otro emplazamiento.

¡Un Marqués! ¡De la noche a la mañana! Había pasado cerca de nueve años en el exilio, trabajando clandestinamente para el gobierno. De una guerra

a otra, informando y matando a sangre fría. Y ahora tenía que volver a pisar tierras inglesas para aparentar ser un noble adiestrado. La sociedad se habría olvidado de él. Lo que era una ventaja para pasar desapercibido y seguir con sus objetivos.

Objetivos marcados "*por los de arriba*" tal y como había dicho Joshua.

Hizo un esfuerzo por recordar el rostro de su difunto padre. Y lo logró. Siempre había tenido buena memoria visual. Pero lo desechó rápidamente. Jamás lo había amado. Y no porque su progenitor hubiera sido cruel o estricto, sino porque Brandon era incapaz de amar a alguien. Simplemente era incapaz. Como quien nace sin visión o sin piernas.

Empezó a recordar caras de ese lugar que había abandonado años atrás y del que ahora era el nuevo señor. Más por un sentido práctico que melancólico. Y entre todas ellas, hubo una que se quedó durante más tiempo en su mente: Virgin Monroe. Su prima.

*¿Qué habría sido de ella?*

*¿Qué habría sido de esa joven de ojos dispares y pelo corto?*

Recordaba a Virgin con especial interés. La recordaba por su parecido a él.

—Rumbo a Inglaterra, Lord Howard —dijo Joshua en tono jocoso, al verle tan pensativo.

—Ahórrate el cachondeo, ¿quieres?

—Jamás te imaginé sentado en un butacón de cuero desde el que pudieras controlar hectáreas de tierras, personas y poblaciones. Pensé que tu padre llegaría a la conclusión de que eres un bastardo y que era mucho mejor dejar su legado a un primo lejano —bromeó, ofreciéndole un cigarrillo que él aceptó—. ¿Cómo será empotrar a una señoritinga de alta cuna?

—Aburrido. A no ser que se trate de una viuda o una mujer casada... —Se encendió el tabaco que tenía entre manos, el primero después de un año prácticamente.

—Esas ya las conocemos —carcajeó Joshua descaradamente—. Yo hablo de las otras. De esas que están encerradas media vida en un palacio y salen a la venta como figuritas de cristal. Con sus vestidos blancos, su cuello alto y sus abanicos de encaje. Aquellas que parecen ser inalcanzables, preparadas para unirse a otros nobles de igual excelencia... ¿Cómo sería coger a una de esas jovencitas para pervertirla? ¿Llevarla al catre y penetrarla de la forma más salvaje posible?

Brandon dio una calada placentera a su cigarro, riendo ante las idioteces

de su compañero mientras subía a la berlina que los llevaría al puerto más cercano (perfectamente a seis horas de allí).

—No creo que fuera tan divertido, Joshua —dijo al fin, sentándose en la comodidad del carruaje. Comparado con la fría y dura celda.—. Al contrario, como ya te he dicho, debe ser muy aburrido. Nunca me han atraído las jovencitas.

—Siento discernir, amigo mío —Se sentó delante de él—. A esas muchachas les gusta joder tanto como a una prostituta. O más. Tan sólo quieren a alguien que las trate mal... Entre tantos algodones.

Brandon enarcó una ceja y se limitó a asentir. No estaba muy seguro de la percepción de su amigo acerca de las muchachas debutantes pero sí era cierto que esas damas suscitaban a la creación de leyendas entre los pueblerinos que jamás podrían alcanzarlas.

—Te lo advierto —siguió Joshua—. No esperes encontrar un jardín bien cortado. Allí en Inglaterra lo dejan crecer todo, y más si son ricos.

El Marqués decidió ignorar aquello último y se apoyó en el cabezal para poder dormir sin ratas, orín o peleas de carceleros.

—Todo esto —ultimó cerrando los ojos—. Sólo me recuerda que debemos parar a un burdel antes de zarpar... Ni loco aguanto cuatro meses más sin joder.

—¡Oh! Eso no lo dudes Brandon, conozco uno que está en...

Pero Brandon ya no escuchó nada porque cayó profundamente dormido.

\*\*\*

*Mayo de 1846. Propiedad de los Bruyn, Inglaterra.*

Aún le parecía extraño estar rodeado de la flor y la nata de la sociedad inglesa. Brandon Howard, Marqués de Suffolk, estaba de pie al lado de la puerta principal con un imponente traje a la última moda.

Lo observaba todo con especial interés. Buscaba pistas, ocasiones y pruebas que pudieran servirle para las nuevas misiones que el gobierno le habían encomendado. Pero en ese momento, estaba allí para una misión diferente. Una misión en la que una joven estaba involucrada.

Se llevó el monóculo al ojo para poder verlo todo mejor. No quería perderse ningún detalle. Tenía la gran suerte de no ser reconocido por prácticamente nadie. Los presentes eran la mayoría muy jóvenes. Y aunque los anfitriones, los condes de Dunster, lo habían invitado. No era nada más que

una jugada táctica por parte de los de "arriba" para introducirlo de nuevo en la exquisita sociedad controlada por Almack's.

Estaba solo, Joshua se había quedado en el puerto de China. Pero la soledad nunca le había supuesto un problema. Al contrario, la encontraba muy satisfactoria. No tenía hermanos reconocidos ni padres. Y tampoco familiares vivos. Por eso estaba ahí, en parte.

Su monóculo se detuvo sobre unas jovencitas que formaban el grupo de damas más hermosas del salón. Se hacían llamar, según había escuchado, las bellidades problemáticas. Eran seis, tal y como había anotado en su libreta:

·Karen Stanley: metro ochenta, pelo negro, ojos negros, amante de las armas. Estatus: Condesa de Derby. Nota personal—> Peligrosa.

·Catherine Raynolds: metro cincuenta y cinco, pelo castaño, ojos grises verdosos, ambiciosa. Estatus: Duquesa de Doncaster. Nota personal—> Malvada.

·Helen Ravorford: metro sesenta, pelo rubio, ojos azules con vetas verdes, escritora. Estatus: Condesa de York. Nota personal—> Demonio vestido de ángel.

·Diana Manners: metro setenta y cinco, pelo oscuro decolorado, ojos ambarinos, amante de los caballos. Estatus: Duquesa de Rutland. Nota personal—> Origen plebeyo.

·Georgiana Peyton: metro ochenta, pelo rojo, ojos verdes, estudiante de medicina. Estatus: Condesa de

Norfolk. Nota personal—> Esposa de mi enemigo y carabina de Sophia.

·Sophia Peyton: ¿...?

No tenía nada apuntado sobre ella porque era la primera vez que la veía. Al ser una muchacha casadera en su segunda temporada, era mucho más difícil coincidir. Pero allí estaba ella. La recordaba de cuando era una niña. Había cambiado mucho, desde luego. Su vecina no parecía la misma. La escudriñó a través de su lente, de arriba a abajo.

Era muy joven. Sobre todo para él, que a sus treinta años ya se sentía demasiado viejo. O quizás fueran los años de luchas inconstantes lo que hacían sentirle de ese modo. Por un momento recordó las palabras de su amigo Joshua y no pudo evitar soltar una risa por lo bajo a expensas de quedar como un loco desquiciado. Por fortuna, nadie lo escuchó.

Sophia Peyton era tal y como se la había descrito Joshua: una figurita de cristal con un vestido blanco de cuello alto y un abanico de encaje. Una muchacha extremadamente casadera. Extremadamente inocente.

Era rubia y presumía de ello con un recogido decorado con perlas y tirabuzones sueltos que habían sido colocados estratégicamente alrededor de su cara perfectamente ovalada. Ojos claros y nariz respingona. Parecía rusa. Quizás fuera por su madre de origen ruso: Geraldine.

Llegó a la conclusión de que nunca había visto a una mujer tan bella... Pero fue algo que obvió en su libreta, limitándose a anotar los datos relevantes y olvidando las sugerencias de su compañero de trabajo a la par de sus propias percepciones.

El hecho de que su instrumento de venganza fuera agradable a la vista no hacía otra cosa que alentar sus ideas endiabladas. Así que, tras guardar su libreta en el bolsillo interior del chaqué, le pidió a la anfitriona que le presentara formalmente a Sophia Peyton, hermana del Conde de Norfolk. Hermana de su enemigo.

\*\*\*

Lady Sophia Peyton reía descontroladamente con su amiga Catherine. Ella era una dama risueña, alegre y muy entusiasta. A veces quizás demasiado. No

sólo eso, sino que era coqueta por naturaleza. Aptitud que muchos consideraban una cualidad y muchos otros, un defecto. Pero era su carácter, de por sí abierto y sociable, lo que inducía a pensar que siempre estaba disponible para una galantería o un baile.

Nada más lejos de la verdad, porque la joven no era enamoradiza. Ni siquiera se había enamorado nunca. Claro que disfrutaba de la belleza masculina y no era ciega, sabía perfectamente cuando un caballero era hermoso y cuando no. Sabía cuando un pretendiente merecía su atención y cuando no. ¿Pero enamorarse? Eso jamás.

Lo más cercano al amor que había experimentado en sus diecinueve años había sido su obsesión infantil por su vecino. Cuando tuvo diez años, se obsesionó con Brandon Howard. Un niño rarito con el que nadie quería jugar salvo ella. Ella sí quería jugar con él, porque le encantaba. Le encantaba que se quedara callado cuando ella parloteaba y le encantaba que torciera la comisura de los labios hacia la derecha mientras leía. Actividad que ella aborrecía... ¿Leer? Si no era una novela romántica subida de tono no era necesario y Brandon lo sabía. Lo supo todo de ella porque ella misma se lo contaba.

No obstante, eso había quedado como un mero juego infantil del que ni siquiera se acordaba. Ahora estaba en la edad casadera, y Lord Bruce la estaba cortejando. Lord Bruce era un soldado condecorado de casaca roja y figura imponente que provocaba oleadas de suspiros a su paso. Bajo la atenta mirada de su carabina y esposa de su hermano, Georgiana, Lord Bruce se había unido al grupo de las beldades problemáticas con el fin de entablar conversación con el capullito de alelí de nombre Sophia.

—Lady Sophia —inició el soldado—. ¿Querrá bailar el vals conmigo?

—No lo creo, Lord Bruce —Se abanicó frenéticamente tratando de controlar su emoción—. Odio el vals.

—Eso es porque nunca lo ha bailado debidamente —sonó una voz grave a su lado, imponente, regia y que traspasó sus tímpanos con fruición. Miró al dueño de esa voz, no lo conocía aunque le resultaba familiar.

Se trataba de un hombre de altura considerable, casi igual que su hermano Thomas. Rozaba los dos metros fácilmente. Tenía el pelo oscuro, abundante y bien peinado hacia los lados. Su barba estaba cortada grácilmente a lo largo de su robusto mentón masculino y su cuello era semejante al de un toro. Daba pavor. Pero no sólo daba pavor por su aspecto físico sino por sus ojos. Unos ojos negros, intimidantes y sabidos. Una mirada perfilada por dos cejas poco

pobladas y bien definidas.

Al verle, dejó de abanicarse al instante. Como si el mundo hubiera dejado de existir por unos segundos que no duraron en demasía. Ella no era una damisela fácil de engatusar, no en vano era una beldad problemática. Así que le dedicó una mirada gélida, de aquellas que había aprendido de Thomas. *¿Cómo se atrevía a dirigirse a ella sin ser debidamente presentados?*

—Lady Sophia, él es el Marqués de Suffolk —Apareció Lady Bruyn como por arte de magia.

*¿Marqués de Suffolk?*

Tragó saliva sonoramente, deseando que nadie la hubiera escuchado.

Hasta donde ella sabía, el Marqués de Suffolk había muerto hacía pocos meses y su único heredero estaba en paradero desconocido...Brandon Howard.

*¿Debía entender, entonces, que aquel gigante era aquel joven apocado de la infancia?*

*¿El vecino rarito con el que nadie quería estar?*

Lo miró con detenimiento. Como si la oscuridad de ese caballero pudiera absorberla y llevársela en una vorágine vertiginosa. Su sonrisa sempiterna se quedó en una mueca de aturdimiento y sus pestañas cobrizas chocaron con la piel que quedaba entre los globos oculares y las cejas.

—Un placer, Lady Sophia —dijo él, atravesándola de nuevo con aquella voz de registro bajo, de ultratumba. A pesar de la seriedad del Marqués, podía notar en él un aire indolente y jocoso que no llegaba a comprender dadas las circunstancias. *¿Qué le parecía tan divertido?*

—Un placer —consiguió articular—. Pero yo a usted ya lo conocía... —dijo sin tapujos el capullito de alelí, volviendo a abanicarse y recobrando su sonrisa habitual.

—¿De veras? Yo no lo recuerdo —interrumpió Lord Bruce, a la defensiva y colocándose al lado de Sophia en un intento de marcar territorio.

—Yo tampoco había oído a hablar de usted, Lord Howard —convino Georgiana—. A pesar de que debemos ser vecinos... *¿Ha heredado usted el Marquesado de Suffolk?*

Karen, Catherine y las demás clavaron sus ojos sobre él. ¡Vaya! Aquello era peor que un interrogatorio en una cárcel china.

—Exactamente. Yo soy...

—¡El hijo del antiguo Marqués! —rio Sophia, cortándolo. Cosa que

odiaba. Odiaba que lo cortaran en las conversaciones—. ¡Es usted Lord Brandon Howard! ¡Cuánto tiempo! ¡Yo pensé que había ido a vivir con su madre! ¿Su madre era rusa, verdad?

—Así es —se limitó a contestar. Por lo visto no era el único que retenía información. Pero Sophia parecía muy fácil de llevar y disponible. No dudó en dar un paso más—. ¿Me permite una pieza de baile?

Estaba sonando el *Danubio Azul* de *Johan Strauss*.

—Odio el vals y tengo el resto de las piezas otorgadas —lo cortó de nuevo, sin perder aquella sonrisa que parecía una invitación al matrimonio.

—Como ya le he dicho, no lo habrá bailado con la persona correcta.

—Si la dama lo rechaza, es de caballeros retirarse —se burló Lord Bruce—. Al menos es así en Inglaterra. Quizás se haya olvidado de las normas de cortesía con tantos años viviendo en Rusia.

—Quizás sí —adujo él, con una expresión que nada tenía que ver con el brillo de sus ojos.

Lord Bruce palideció sin saber el motivo, pero no se apartó de la figurita de vidrio más cotizada de la sala.

—En otra ocasión —se rindió aparentemente el Marqués, efectuando una reverencia hacia su favorita. (Tal y como la apodararía desde entonces) Y se retiró.

—Debes haberle gustado mucho a Lord Howard para que me pidiera una presentación formal —convino Lady Bruyn, levantando una copa de champán.

—Lo que no entiendo es por qué ha demandado tal cosa —Removió sus bucles dorados dejando que su perfume de rosas invadiera el espacio—. ¡Si ya me conocía! ¿Acaso pensaba que no lo reconocería?

La verdad era que le había sido muy difícil reconocerle. Estaba muy cambiado, pero no sólo por los años de más. Sino por su apariencia dura y curtida, como si hubiera estado viviendo en una cárcel. Rio ante su imaginación disparatada y volvió a concentrarse en Lord Bruce y la magnífica velada que tenía por delante.

No se dio cuenta de que su vecino la observó durante toda la noche. No se dio cuenta de que se había convertido en el blanco de un hombre sin alma y sin escrúpulos que sólo quería usarla para vengarse.

Brandon imaginó la cara de Thomas Peyton cuando supiera que su querida hermana se había acostado con él. Con su archienemigo de la infancia y su enemigo más poderoso aunque él todavía no lo supiera.



## Capítulo 2

### *El fantasma*

*Soy un malvado porque no soy feliz.  
Mary Shelly (Autora de Frankenstein).*

Empezamos a ser adultos cuando comprendemos que la vida no es justa. No importa la edad que tengamos en ese momento, en ese instante de comprensión que derrumba cualquier esperanza de felicidad eterna. Desgraciadamente, Brandon Howard se había hecho adulto a una temprana edad. Quizás fuera por su extraña personalidad o por su forma de ver el mundo. Una forma muy similar a la de Virgin, su prima.

Incapaz de sentir nada, Lord Brandon daba vueltas al monóculo recordando a su vecina Sophia.

Ella sólo era una niña cuando él ya se había hecho un hombre. Pero ella siempre se colaba por su jardín para ir a su encuentro. Sí, se acordaba de aquello con claridad. Sophia Peyton pasaba horas a su lado, correteando y hablando sin parar. Tan llena de vida, tan llena de inocencia... La misma inocencia de la que hacía gala esa noche en medio del salón. Pero con la diferencia de que ya no era un criatura sino una mujer. Y una mujer irremediabilmente seductora.

Se había dejado engañar por su aspecto aniñado. Por su juventud y por su coquetería. Pero la realidad le había demostrado que ella era muy distinta a todo aquello. No le había costado más de dos segundos rechazar su invitación de baile. Sophia no era una mujer fácil. Para nada fácil. Y el caballero que confundiera su sonrisa con una invitación a algo más, estaba perdido.

*¿Por qué cuando un hombre ve a una mujer sonriente piensa que quiere algo con él?*

*¿Por qué los hombres suelen confundir la simpatía con la coquetería?*

La miró durante toda la velada a través de su monóculo de cadena dorada. Aunque ella no se dio cuenta. Ni si quiera le devolvió la mirada. Parecía tan segura de ella misma... Tan inalcanzable...

Estaba claro que la dama no sospecharía nunca que alguien pudiera fijarse en ella con malas intenciones. Quizás se sentía extremadamente protegida por el Condado de su hermano mayor o quizás era, una vez más, parte de su naturaleza.

Sophia se movía de un lado para otro, compartía piezas de baile con los caballeros más impresionantes y reía estridentemente frente a cualquier zalamería que menganito o fulanito le dedicara. Un capullito de alelí. La hermana del diablo era un capullito de alelí a punto de florecer y mostrar todo su esplendor.

El diablo. Thomas Peyton, Conde de Norfolk y un estúpido engreído odiado por medio mundo menos por su mujer. Su mujer: Georgiana Peyton. Anteriormente, Georgiana Cavendish. Hija del Duque de Devonshire. Sin duda, una mujer poderosa y muy influyente que había caído en las garras de aquel curandero de tres al cuarto. Aunque no le extrañaba puesto que esa mujer era estudiante de medicina y una aficionada a la lectura masculina.

No ocurría así con Sophia. Según recordaba, era una cabeza hueca. Sólo leía novelas románticas subidas de tono aunque prefería mil veces cantar o hacer algún espectáculo en el que ella fuera la estrella principal. Sí, sin duda alguna, su vecina era adicta a la atención.

Sentado en un butacón disimulado, reparó en que un grupo de menos agraciadas miraban a su favorita con ojos ponzoñosos mientras susurraban. Envidiosas. Sí, la hermana del diablo levantaba mucha envidia. Y celos. Pero, una vez más, Sophia no se daba cuenta o le daba igual.

Jamás entendería esa necesidad de socializar. De ser el foco de todas las miradas y de hablar sin ton ni son con personas que al día siguiente se olvidarían de ti. Él, sentado completamente solo, se preguntaba cómo Sophia era capaz de bailar diez bailes, hablar con veinte hombres y reír sin parar. ¿Cómo podía hacer todo aquello sin un sólo gesto serio? Eternamente feliz. Radiante, espectacular.

Era una ventaja saber que existían esos sentimientos y no sentirlos. Era lo que se decía Brandon a sí mismo desde que descubrió que no era como los demás. Desde que supo que no lloraría jamás la muerte prematura de su madre o que no celebraría los triunfos de su padre. ¿Por qué él era de ese modo? Sí, sentía la necesidad de tener un compañero de trabajo. Pero por interés. Sí, sentía deseo. Pero por necesidad física. No sabía lo que era el amor, el afecto ni la tristeza.

A veces era una bendición ser así. Y otras, una maldición.

Y el único ser humano que había encontrado igual a él era su prima Virgin. Ella lo entendía y él lo entendía a ella. Podían pasar horas uno al lado del otro sin hablar, inmersos en sus propios pensamientos.

Virgin tenía casi la misma edad que él. Hija de la hermana de su padre. Pelo rubio y corto. Lo llevaba corto porque decidió cortárselo ella misma, decía que era una tontería estar peinando una cabellera larga hasta las rodillas cada mañana. *Una pérdida de tiempo*, sí esas fueron sus palabras exactas. Ella también perdió a su madre de forma prematura, por tuberculosis. Quizás fuera la maldición de los Howard. Las mujeres Howard o cercanas a un Howard, morían o enloquecían pronto.

—¡Qué misterioso es Lord Howard! —gritó en un susurro Catherine Nowells a su amiga Sophia, al otro extremo de la sala.

—¿Por qué lo dices? —sonrió ella, que a pesar de estar acostumbrada a la malicia de Catherine, a veces le costaba entenderla.

—¡No para de mirarte! —Señaló hacia los butacones donde, efectivamente, estaba su vecino. Sentado y mirándola a través de ese peculiar monóculo que empezaba a parecerle de lo más irritante.

—Ay, sí. Es muy misterioso —convino Georgiana, uniéndose a la conversación y haciendo un esfuerzo para no mirar hacia el objeto de su interés—. Ha heredado la casa vecina desde hace unos meses, pero yo nunca vi a nadie. Desde la muerte de Ismael Howard, el difunto Marqués, no he visto entrar ni salir a ningún carruaje. ¡Da miedo!

—Quizás sea otro diablo... Como tu esposo —comentó Catherine, haciendo temblar sus ojos viperinos y riendo por el comentario malicioso e ingenioso que acababa de soltar.

—Yo diría más bien un fantasma —concluyó la esposa del diablo, sin ofenderse.

—Howard Brandon, Marqués de Suffolk: el fantasma —resumió Sophia abanicándose con frenesí—. Siempre fue un poco raro... Me acuerdo de que se pasaba las tardes sentado en el jardín leyendo o haciendo nada. En lugar de ir con los otros jóvenes de su edad... Thomas y él eran amigos, pero mi hermano salía y se divertía mientras él rechazaba todas las invitaciones.

—¿Y cómo sabes tú eso? —inquirió su carabina, sacándole los colores a Sophia.

—¡Cuñada, por Dios! ¡Cosas de niñas! —rio histéricamente—. Ya ni me acordaba de él... Y aunque sigue siendo raro, su aspecto fantasmagórico me da tanta grima que no osaría acercarme.

—Eso espero —determinó Georgiana—. Que no te acerques a él. Ya tenemos suficiente con un rarito en la familia...

—Pobre Thomas —ironizó Catherine, aceptando la copa de champán que Karen le había traído.

—¿De qué habláis? —quiso saber la Condesa de Derby, que se había ido a la sala de refrigerios.

—Hablábamos del miedito que da ese tal Howard. Lleva varios meses viviendo en la casa de al lado y jamás lo hemos visto... Ni si quiera se presentó en el vecindario...

—Lo hemos apodado el fantasma —comentó como si nada Catherine, llevándose el champán a la garganta.

Karen miró hacia el hombre en cuestión. Sí era extraño. No iba con nadie. Estaba solo. Y con ese monóculo parecía sacado de algún cuento de terror.

—Yo iré a hablar con él. Los fantasmas huyen de mí —declaró Karen.

No obstante, cuando se volvió a girar en dirección al susodicho, éste había desaparecido. Lo buscó por el salón con la mirada pero no había rastro. Tras unos minutos de desconcierto general, las beldades problemáticas se miraron entre ellas con caras difíciles de descifrar para terminar riéndose abiertamente de ellas mismas.

—¡Qué ridículas somos a veces! —dijo Georgiana—. El pobre hombre acaba de llegar de Rusia y estará adaptándose. No debe ser fácil. Diana, tú lo debes saber ya que viviste muchos años en Italia.

—Sí, adaptarse a las costumbres inglesas puede resultar muy difícil aunque seas de aquí... —convino la mujer de pelo decolorado que se había mantenido en silencio hasta ese instante.

—¿Y qué hacía tantos años en Rusia? —cuestionó Helen, que al igual que Diana se había quedado en un segundo plano.

—Su madre era rusa... —trató de recordar Sophia—. Pero estoy confundida... Porque pensé que había muerto cuando él era joven.

—¿Pero cómo sabes que vivía allí?

—Eh... yo... —Sophia reparó en que nadie le había dado esa información, sino que había sido fruto de su imaginación o de sus deducciones—. La verdad es que no lo sé... —se excusó avergonzada—. Lo deduje... ¿Dónde habrá estado si no?

—¿Tú madre también era rusa, verdad?

—Sí, mi madre también lo era...

—Debían ser íntimas amigas, ¿no? —cuestionó Diana—. Al menos yo, si

encontrara una italiana, intentaría ser su amiga.

—Quizás sí... —dudó la casadera más hermosa del lugar—. La verdad es que no lo recuerdo muy bien, yo era muy pequeña... Eso debe saberlo Thomas —Miró a Gigi.

—Está bien, le preguntaremos a tu hermano.

Pero esa pregunta nunca llegó. Las damas, concentradas con sus quehaceres y sus diversiones, se olvidaron de Brandon y de su misteriosa aparición durante días.

Hasta que un día, varias semanas después del baile en casa de los Bruyn, Sophia lo encontró en medio de un parque. Era el parque en el que las damas de la zona solían dar su paseo matutino. Siempre acompañadas del marido o, en su caso, de la carabina o de la doncella.

Georgiana y ella andaban cogidas del brazo mientras las doncellas les sujetaban la sombrilla. Eran aficionadas a pararse frente al lago de los cisnes para darles comida.

—Estoy tan feliz de que estés embarazada, por fin —exclamó en un susurro Sophia a su cuñada—. ¡Por fin tendré sobrinos!

—Espero que todo salga bien —Se llevó la mano sobre el vientre, preocupada—. Ya sabes que Virgin estuvo envenenándose durante muchos meses... Por no mencionar lo del tiro en el vientre...

—Saldrá todo bien, ya lo verás —animó ella, siempre optimista, contagiando a Gigi de su entusiasmo mientras la abrazaba—. Ha llegado tu felicidad.

—No lo digas muy alto —rio Gigi—. Con Thomas no sé nunca cuando saldrá un enemigo de la esquina...

—¡Oh! Él no es tan malo —abogó la hermana del diablo—. ¡Mi padre fue quien cosechó enemistades! Oh... Lo amaba tanto... A mí siempre me trató como a una princesa —recordó, tratando de retener las lágrimas que amenazaban en salir y llevándose la mano a un pañuelo de seda que gustaba portar en sus paseos—. Sin embargo, mi amor por él no me priva de ver la realidad... Él era el verdadero demonio, Gigi. Sé que extorsionó, amenazó y mató a muchas personas inocentes...

—Era un prestamista... Sophia —trató de defender lo indefendible la embarazada más por cordialidad que por sentimiento.

—Sí, supongo que no es un oficio agradable para nadie...

—Y requiere de mucho temple y mano dura... Si no... La gente no te devolvería el dinero.

—Pero... Lo que hizo con Virgin... Siempre pensé que merecía una segunda oportunidad. Y perdóname porque sé que te hizo mucho daño. Y yo misma lo odié y la sigo odiando. Pero...

—Oh, no querida —suavizó Gigi—. No le guardo rencor, de veras. Ella era diferente, no era común. Parecía que no funcionaba bien... Era como si no sintiera absolutamente nada. Pero no porque fuera dura o fría, no. Ella era como mi hermana menor, Liza. Pero sin su sensibilidad ni su bondad. Como un cuerpo sin alma... Yo pensé que podría rehacer su vida al lado de ese lacayo que se enamoró de ella... Pero Charles Peyton, tu padre, no quiso perdonarle la vida. Pobre Joe...Fue el que quedó más desamparado por... —La Condesa de Norfolk calló de golpe al notar una sombra tras de ellas. Nadie se atrevía acercarse tanto si no se trataba de algún amigo. Y tampoco era un cisne porque era demasiado alto y estaban todos nadando en el lago de enfrente.

—Señoritas... Miladi —dijo una voz de ultratumba que rápidamente relacionaron con el fantasma.

Se giraron hacia él, intentando ocultar su espanto. Convenciéndose a ellas mismas de que el pobre hombre estaba adaptándose a las costumbres inglesas y que quizás allí en Rusia las cosas fueran distintas. Si es que había estado en Rusia... Claro.

—¡Lord Howard! —saludó con una sonrisa forzada Gigi, dando un paso hacia atrás de lo más disimulado. Fingiendo que una piedra le molestaba en el zapato—. ¡Qué gusto verle de nuevo! ¡Y paseando por el parque! Debería hacerlo mucho más a menudo, así se olvidaría un poco de Rusia.

Brandon enarcó una ceja. ¿Rusia? ¿Por qué creían esas mujeres que él venía de allí? No importaba, no era nada más que un punto a favor de su tapadera. Se limitó a sonreír, una sonrisa cínica que nadie captó. Y dirigió su atención a la hermosa joven de vestido blanco y pañuelo de seda entre manos.

—Hace un buen día, ¿no le parece, Lady Sophia?

—Sí, un día espléndido —repuso ella, intentando encontrar algún punto de vida en los ojos oscuros de su interlocutor. Pero no había vida. Eran brumas, tinieblas. Muy diferentes a los de Lord Bruce. Que estaban llenos de bravuconería y galantería.

Se hizo un silencio incómodo. Brandon llevaba el monóculo colgando de su chaleco con una cadena de oro y miraba a Lady Sophia descaradamente mientras ésta no era capaz de aguantarle la mirada. Esa mirada de muerte y desolación, tan contraria a la suya. En cambio, el Marqués de Suffolk sentía que cada vez que chocaba con las pupilas de Sophia, algo en su interior

chirriaba. Como si una pesada puerta de hierro intentara abrirse. Como la puerta de un ataúd a punto de ser abierta tras siglos de clausura.

—¿Quiere venir a comer este mediodía? —ofreció Gigi, ante la incomodidad y el pavor. Tratando de huir de esa situación de la forma más educada posible y esperando a que el fantasma se negara a comer entre los vivos—. Vendrán algunas personalidades, entre ellas la Duquesa viuda de Retellier.

—Será gratificante acompañarlos —repuso el hombre de dos metros, chaqué negro, chaleco gris y aspecto de *gentleman*. Iba a la última moda, eso sí. Aunque los guantes de cuero negro inducían a pensar cosas extrañas.

Vieron cómo se alejaba, sin más compañía que la de un semental gris.

—¿Por qué lo has invitado? —inquirió Sophia, nerviosa y con los hoyuelos de sus mejillas tensados. Esos encantadores hoyuelos que se le remarcaban al sonreír y que levantaban pasiones.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Es nuestro vecino! ¿Querías que le dijera: señor nos asusta, váyase? No deja de ser un Marqués, está por arriba de nosotras querida... Además, ¿no decías que te gustaba ir a su jardín?

—¡Pero ya no! ¡Ni si quiera soporto su mirada! Ya no tengo diez años, señora *carabina de pacotilla*.

—¿Cómo me has llamado? —se escandalizó la cuñada—. Creo que estamos extralimitando los límites de la confianza, señorita. No olvides que soy la esposa de tu hermano.

—Precisamente voy a contarle a mi hermano lo que has hecho... —refunfuñó, en tono jocosos. Disfrutando al ver como Gigi se escandalizaba.

—No serás capaz... Ya te he dicho que hubiera sido muy grosero irse sin más. Tampoco se trata de una comida íntima. Se hará en el jardín y con muchos otros invitados... No será nada más que uno entre la multitud.

¿Uno más entre la multitud? Aquello le sonó demasiado esperanzador a Sophia que seguía con el corazón desbocado. Le sudaban las manos bajo los guantes de muselina verde y su pelo dorado estaba a punto de incendiarse bajo aquel sol abrasador del que las doncellas habían dejado de protegerla. Pobres muchachas, se habían apartado nada más ver a Brandon.

¿Tanto miedo daba? Ella no tenía tanto... o sí.



# Capítulo 3

## *La víctima*

*Nada había tan frío ni tan muerto como su corazón.  
El fantasma de la ópera de Gastón Leroux.*

*En el jardín de los Peyton. Hora de la comida.*

—¡Qué lástima que Lord Thomas Peyton no esté entre nosotros! —exclamó la Duquesa viuda de Retellier, una vecina y una hipócrita que ni ella misma creía sus palabras. Nadie toleraba a Thomas, era sumamente desagradable y sólo acudían a su propiedad si era su esposa, Georgiana, quien los invitaba personalmente. Thomas era altivo, intimidante y demasiado inalcanzable como para hacer sentir cómodos a aquellos que no lo conocían profundamente. Muchos veían al antiguo Charles, su padre, reflejado en él. Y eso no mejoraba sus relaciones sociales.

—Ha tenido que ir a una convención de médicos en Londres, pero volverá dentro de unos días... —argumentó Georgiana, presumiendo de su pelo rojo recogido exquisitamente mientras cogía un canapé. Siempre había sido una glotona, pero con el embarazo su afición por los dulces iba en aumento.

—No entiendo por qué el Conde tiene que rebajarse a ese nivel —comentó un señor bigotudo y anticuado—. ¡Médico! Su padre nunca lo habría permitido...

—No hay nada de bajo en instruirse, Lord Rosvelt —replicó Gigi con cierta tirantez. Georgiana tuvo que luchar mucho para poder estudiar medicina y, de hecho, era su esposo quien le permitía aquella pequeña rebeldía siendo mujer.

—¡Oh, Dios mío! —Se llevó la mano sobre el pecho la viuda, mirando hacia la entrada del jardín con espanto para luego serenarse—. Por un momento pensé que era su marido, Lord Thomas... Pero no, no es él. Este hombre tiene los ojos negros mientras que Lord Thomas los tiene grises... ¿Quién es? —inquirió, observando como el desconocido se abría paso entre la multitud poco a poco.

—Es el Marqués de Suffolk, el hijo del difunto Ismael. Por lo visto pasó muchos años en el extranjero —susurró mientras esbozaba su mejor sonrisa de anfitriona—. Lord Howard, qué alegría que haya venido —reverenció Gigi en cuanto el fantasma llegó a su altura—. Le presento a la Duquesa viuda de Retellier y a Lord Rosvelt.

Brandon deslizó levemente el mentón sin ninguna expresión. No era altanería, ni presunción... Era un vacío enorme. Una oscuridad que llegó hasta Sophia.

—Míralo, ahí está de nuevo —murmuró el capullito de alelí a su amiga Karen, a unos cuantos metros de él y de los demás.

—Ciertamente es intrigante. Pero tampoco es tan extraño que acuda a la comida... No deja de ser un vecino más y mi hermana Gigi ha invitado a todo el vecindario prácticamente.

—Sí, lo sé... Pero... —Cogió su abanico y lo abrió con un golpe de muñeca seco y contundente, sin apartar la mirada del recién llegado.

—¿Pero qué? —insistió su amiga de pelo negro—. ¡Oh, no me lo puedo creer! ¿De verdad piensas que es un fantasma? Siendo la hermana del diablo no sé cómo...

—Pero es diferente... Lord Howard es diferente.

—¿Sabes qué pienso? —Sophia la miró, buscando la respuesta en sus ojos—. Exacto, me lo has leído...

—¡No! —negó clavando sus ojos celestes en los de ella—. No me gusta... ¿Cómo me va a gustar un muerto? ¿Cuándo tengo a cientos de galanes hermosos a mi lado? ¡Chicos jóvenes y normales! ¡No soy tan extraña! Yo no soy como vosotras, tan especial y con maridos estupendos y complicados... Yo soy Sophia. Una mujer corriente que no aspira a nada más que un matrimonio tranquilo y lleno de respeto.

—¿Con Lord Bruce? —preguntó la Condesa con claro tono jocos—. Parece uno de esos soldaditos de plomo con los que juegan los niños.

Sophia la miró de soslayo pero no dijo nada. No quería perder su buen humor, así que decidió ignorar a Brandon y seguir con la fiesta. Quería estar feliz. Ella era un joven contenta y de temperamento fácil.

El evento siguió su curso con normalidad. Comida por doquier, algunas copas de más y baile sobre unos tabloncillos preparados para ello. Se hizo oscuro, pero la ociosidad de la clase alta no era impedimento alguno para alargar las reuniones hasta el día siguiente si era menester.

Se colocaron unas mesitas redondas a lo largo del jardín, entre los setos. Y

para iluminar, unos farolillos colgados desde las ramas de los árboles. De golpe, el ambiente se volvió mucho más dramático, melancólico y algunos dirían que romántico.

Los mayores se habían sentado en las mesitas redondas mientras que los más jóvenes danzaban sobre el tablado.

Como no, Sophia era una de las estrellas de la noche, por no decir la estrella principal. Brillaba con luz propia y el reflejo de los farolillos sobre su tez pálida la hacían parecer una luciérnaga de lo más encantadora. Los soldados de casaca roja y los hombres no cesaban en cortejarla, en hacerla sentir el centro de atención. Porque ella no era solamente bella, delicada y alegre... Sino que era inmensamente rica. Y al estar en su propia casa, aquello podía verificarse. La mansión de los Peyton era espectacular, sin duda, decorada por la recién Condesa de Norfolk, Gigi.

—Me gustaría bailar todas las piezas con usted, Lady Sophia —confesó un atolondrado Lord Bruce al término de un minué que había bailado junto a ella.

Aquello era una declaración de intenciones que atemorizó a Sophia. ¿Estaba preparada para algo más formal? No era estúpida y sabía que los rumores sobre su inminente compromiso con Lord Bruce corrían como la pólvora. Pero la bravuconería y el afán de presumir del joven Bruce la aburrían, haciéndole ver que quizás no era el indicado.

—¡Ni hablar! —replicó entre risas y fingiendo un dolor de pies inaguantable—. No podría bailar una pieza más ni con el mismísimo rey. Estoy agotada. —Se sentó en una mesita, en la que estaban sus primas. Por supuesto que lo había hecho por equivocación, pero las ansias de huir de Lord Bruce la habían llevado al pozo de las serpientes.

—Vaya... Por fin te has dignado a saludarnos —escupió Petunia, una muchacha casadera con la nariz aguileña y los ojos marrones. Muy delgada y con la tez apagada. Ya no era su aspecto sino su forma de vestir. Portaba un traje marrón que no le favorecía en nada. Parecía una culebra.

—Déjala, está muy ocupada con los hombres de la fiesta. Su función es entretenerles —mordió Rachel, de ojos ambarinos y pelo abultado hasta hacerla parecer una cobra.

—¿Has vuelto a darle plantón a tu prometido? ¿Acaso quieres conocer a más caballeros? —remató Sandra, ancha como una pitón.

A Sophia se le erizó el vello. Y le entraron arcadas. Como si de veras estuviera frente a tres serpientes de lo más indeseadas. Jamás entendió por qué sus primas la trataban de ese modo. Por mucho que había intentado acercarse a

ellas o darles explicaciones y aclarar sus conclusiones precipitadas... Nunca conseguía su amistad y ya no dijéramos su comprensión. Se quedó paralizada. Su mundo eran las beldades problemáticas, las únicas damas que le habían demostrado afecto y amistad sincera. Y no sabía cómo desarrollarse en esa desagradable tesitura... Petunia, Rachel y Sandra ni si quiera le daban la oportunidad de hablar. Sólo hablaban ellas, un sinfín de mentiras y ofensas. Hasta que de golpe, enmudecieron.

Sophia se extrañó. No era propio de ellas parar, sino que era ella la que solía marcharse, huir. Entonces se dio cuenta de que estaba sonando un vals. Concretamente el *Danubio Azul* de Johan Strauss. ¿Acaso la melodía había suavizado a esos tres monstruos?

Giró la cabeza para buscar el motivo de aquel silencio atronador, encontrándose con otro monstruo de dos metros y mirada oscura. Se le juntaban las pupilas con el iris, formando dos cavidades oscuras. ¡Qué terror! Pero era un terror magnífico. ¡Dios sabría por qué! Pero el miedo que infundía Brandon se le antojaba en esos instantes de lo más abrumador en un sentido poético.

—¿Me permite bailar esta pieza con usted, Lady Sophia? —preguntó sin emoción, sin apenas hablar... Pero parecía que amaba la música que estaba sonando en aquellos instantes.

Sophia buscó su abanico para darse aire pero se dio cuenta de que se lo había dejado en la mesa de su cuñada Georgiana.

—Debería pedirle permiso a mi carabina, no puedo...

—Me lo ha concedido. Me ha dado permiso para bailar con su cuñada... —la cortó, con sus pupilas inamovibles, su aspecto fúnebre y su halo mortuorio. No era que fuera débil o falto de color en las mejillas. Era su alma o, en su defecto, la falta de ella.

Miró disimuladamente a sus primas y consideró que cualquier cosa era mejor que seguir sentada con ellas. Así que colocó su mano enguantada sobre la del fantasma. Estaba frío, como si de veras se tratara de un muerto viviente. Su frialdad traspasaba el guante hasta llegar a ella. Pero algo le decía que era un libertino experimentado porque la cogió como si lo hubiera hecho muchas veces antes y la llevó a la pista con suma elegancia y galantería.

Las piernas le temblaban de forma inexplicable. Pero lo seguía fascinada, embelesada, encontrándole encantos a la muerte y sintiéndose la mujer más extraña del mundo por ello.

—Ya le dije que odio el vals —consiguió articular una vez en medio del

entablado.

—Y yo le dije que no lo había bailado con la persona correcta —La cogió por la cintura, acercándola a su cuerpo sin vida pero que olía a maravillas del edén masculino. Ella se empapó del perfume de eros y se dejó guiar. Era el vals, pero no parecía el mismo. Era mucho más divertido de lo que recordaba, mucho más alegre... Y se sorprendió al ver a ese hombre bailar tan magníficamente. Era como si hubiera estudiado aquellos pasos durante años. ¡Qué estupidez! ¿Qué hombre haría algo semejante? Trató de buscar su mirada, ver si había algo de diferente en ella mientras daban vueltas entre las parejas que también bailaban pero sin magia.

—¿Qué busca, Lady Sophia? —la sorprendió, en medio de su escrutinio.

—Su alma —contestó, hipnotizada hasta que se dio cuenta de la enorme absurdez que acababa de decir. Hecho que solucionó con una risilla atolondrada y que intentó enmendar explicando que había estado leyendo mucho sobre el alma y que no podía parar de pensar en ella y su complejidad.

—¿Y qué ha leído sobre el alma? —insistió Lord Howard, que sabía que el capullito de alelí mentía pero quiso seguirle el juego.

—Según René Descartes el alma es indivisible —recordó que le dijo una vez su cuñada Gigi, en una de sus tediosas charlas sobre esos libros tan aburridos que leía—. Y, que el cuerpo sí lo es. Como podemos perder una pierna y seguir siendo los mismos.

El Marqués enarcó ligeramente las cejas en ese gesto engreído y burlón que Sophia seguía sin entender.

—Pensé que las damas de bien no leían libros sobre filosofía.

—Oh y no los leo —se apresuró en corregir en medio de esa fastidiosa conversación—. Sólo fue un día en que...

Decidió no seguir hablando. Algo le decía que Lord Howard no creía ni una sola de sus palabras y se limitó a sentir el vals. ¡Cuán íntima podía llegar a ser esa danza! Debía ser cierto que no la había bailado correctamente hasta entonces, tal y como le dijo Lord Howard. De lo contrario, ¿cómo explicaba esa emoción al bailar algo que ya había bailado decenas de veces de forma monótona y aburrida?

—Disculpe, he sido muy desconsiderada. A pesar de saber que perdió a su padre recientemente, todavía no le he dado el pésame —recordó, hablando con ese tono de voz pastoso que había enamorado a Lord Bruce por su feminidad y delicadeza.

—No se preocupe —dijo, como si no se acabara de mencionar a su difunto

padre. No lo entendía, no lo podía comprender. Era muy complicado hablar con él, no fluía la conversación y no encontraba un punto en común. Acostumbrada a hablar sin parar y a ser agasajada con toda clase de cumplidos, la compañía de Lord Howard se le estaba haciendo ignominiosa.

Adoraba su forma de hacerla girar, de hacerla vibrar a cada movimiento de la pieza musical. Pero la irritaba su actitud. Era como si no fuera nada más que un instrumento en sus manos. Como si el Marqués hubiera estado estudiando ese momento y poniéndolo en práctica sin más.

Terminó el *Danubio Azul*, hizo una reverencia rápida y huyó de allí. Jamás le había pasado algo similar, el tumulto de sensaciones positivas y negativas se le acumulaban en la garganta y trastocaban su alma. ¿El alma era indivisible? En aquellos instantes tenía la sensación de tener la suya fragmentada en pedacitos tortuosos. Le faltaba el aire, la vida. Tenía que ser un monstruo. Sí, él no era real. Era un espíritu maligno que la había puesto en el punto de mira.

No la sonrió ni por un instante. No vio brillo en sus ojos ni un sólo segundo. No había tema de conversación. El frío se le coló a través de la ropa y sus huesos estaban helados. Era como si hubiera estado a la intemperie una noche de diciembre. ¡Había bailado con un fantasma! ¡Y nadie se había dado cuenta!

Corría y corría a través de los senderos del bosque de los Peyton. Como si corriendo pudiera huir del terror, del placer que le daba ese terror. Era una pesadilla hecha realidad. Miró hacia atrás, sin dejar de correr, con el pelo alborotado y las mejillas sonrojadas. Al parecer, nadie se había dado cuenta de su desaparición. Podía oír la música y el murmullo incesante de los invitados, riendo y hablando. No se había alejado tanto, pero estaba lo suficiente apartada como para que no la vieran. Se sentó en un banquito de piedra, más cálido que la mano de Lord Brandon.

Cogió aire y rio sola. ¡Estaba enloqueciendo! Igual que le pasó a su madre... A Geraldine. ¿Por qué había hecho eso? ¿Por qué había salido corriendo de una pista de baile? ¡No eran nada más que imaginaciones!

En medio del bosque, de la oscuridad y de la penosa luz que ofrecía un farolillo distante, vislumbró el sendero por el que de niña se escapaba para llegar al jardín de Brandon. ¿Lo recordaba de ese modo?

Sí, siempre pensó que era extraño, diferente. ¿Pero por qué no tenía miedo de él siendo una niña? ¿Por qué tenía tanto pavor ahora? No era más que un hombre como cualquier otro. O quizás se parecía un poco a su hermano

Thomas. Pero Thomas tenía alma. Endiablada, pero la tenía. El problema de Lord Howard era que ni si quiera podía presumir de eso.

Sentada en el banquillo, reparó en que se había roto los bajos del vestido. ¡Odiaba eso! No había otra cosa en el mundo que detestara más que un traje echado a perder. Ella misma cosía muchos de sus trajes, no por necesidad, pero sí por gusto. Era adicta a la moda londinense y no sólo en la ropa, sino también en los peinados, las pinturas y...

—¿Qué hace aquí, Lady Sophia? —le preguntó una voz grave, sacándola de sus pensamientos.

Dio un respingo, incorporándose de inmediato.

—¿Y usted? ¿Qué hace persiguiendo a una muchacha casadera hasta lugares solitarios?

—Corromperla —sonrió, haciendo brillar su dentadura en medio de la noche. No se le veían los ojos, sólo su monóculo brillaba a la luz de la luna.

*¡Dios! ¡Era un asesino!*, pensó Sophia.



# Capítulo 4

## *La horma de su zapato*

*Yo también puedo sembrar la desolación; mi enemigo no es invulnerable.  
Frankenstein de Mary Shelly.*

*"Corromperla."*

Aquella palabra dio vueltas en una vorágine turbulenta que provocó la palidez extrema de Lady Sophia. Su tez rosada se tornó amarillenta y sus bucles dorados ya no estaban estratégicamente distribuidos alrededor de su rostro sino que nadaban de un lado a otro en una maraña de pelos desordenada.

Miró al Marqués de frente, aunque no conseguía verle los ojos. Las sombras del bosque se habían unido a la oscuridad de Lord Howard provocando una visión siniestra. Un hombre tan alto como algunos árboles, de chaqué negro y camisa blanca con un monóculo que brillaba más que él. ¡Daba pánico!

Debería haber salido corriendo. Correr hacia la luz de los farolillos, hacia la seguridad del grupo. No obstante, su cuerpo se había paralizado como si el aroma del Marqués fuera una especie de droga sedante. El cuello alto de su vestido había menguado debido a su respiración acelerada. Se sentía desnuda.

*Desprotegida pero protegida a la vez.*

Desprotegida ante el monstruo pero protegida del resto de monstruos. ¿Quién se atrevería a hacerle daño siendo la favorita del Marqués? ¿La favorita de un fantasma?

Lord Brandon Howard empezó a acercarse a ella. Sophia reparó en que los pasos del caballero eran insonoros, silenciosos. Y comprendió por qué por la mañana no se habían dado cuenta, ni ella ni su cuñada, de que el Marqués estaba detrás de ellas hasta haber visto su sombra.

A cada paso que daba su vecino, ella retrocedía otro. Sin mirar atrás, con la mirada clavada en él. Con su cuerpo sudoroso y sus pechos a punto de liberarse del corsé.

Eran segundos, pero a ella le parecieron minutos eternos como si el tiempo se hubiera detenido y todo funcionara excesivamente despacio.

—¿Por qué huye de mí? —sonó esa voz grave, repicando contra las hojas de los árboles.

—¿No huye el vivo de la muerte? ¿Aunque sólo sea por instinto? ¿Aunque la muerte tenga un encanto distinto? ¿Un placer terrorífico?

—Entonces, ¿admite que hay algo de placentero en mí?

No vio sus ojos pero pudo imaginarse un brillo en ellos. Un brillo perverso, inhumano.

Al andar de espaldas y tan nerviosa, no se dio cuenta de que una raíz traicionera estaba a punto de hacerle la zancadilla. Así que tropezó, a punto de caer al suelo dramática y peligrosamente. El suelo estaba cubierto de todo tipo de zarzas y clavos que habrían lastimado su cuerpo y sus vestiduras. Aunque llegados a ese punto, el vestido ya no le importaba nada. Lo sentía lleno de barro, de hojas y hollín. Pero ¿qué importaba todo aquello cuándo se estaba a punto de morir?

Cuando Sophia se vio volando por los aires, el Marqués, en un movimiento rápido y silencioso la cogió. La retuvo entre sus enormes brazos, haciéndola sentir todo su frío. Evitó que se cayera. Y justo en el transcurso de esa buena obra, los ojos negros del fantasma relucieron bajo la luz de la luna.

—Dicen que la muerte prematura de una mujer bella es el inicio de una leyenda que exaltará y mitificará su belleza durante siglos. Será eterna —susurró el fantasma, a escasos centímetros de sus labios rosados.

—No quiero ser eterna, quiero ser una mortal. Quiero estar llena de vida, aunque sea por un corto plazo de tiempo —repuso ella, tratando de no desmayarse ante la espeluznante visión de verse entre los brazos de la muerte.

—Su corazón late a velocidades peligrosas, miladi.

—Y el suyo no late —replicó, dándose cuenta de que el torso de Brandon no emitía ruido alguno. No había el *toc toc* del corazón. Sólo se escuchaba el latido del suyo propio, a toda velocidad. La sangre brotaba de su órgano vital a golpe de tambor.

—¿No es injusto que usted esté tan llena de vida y yo esté tan muerto? ¿No es injusto que su corazón presuma de ser el único aquí?

—La vida no es justa.

—Pero yo sí.

Lord Brandon Howard se abalanzó sobre sus carnosos labios, como si de ellos pudiera obtener el elixir de la vida. La besó hábilmente como buen libertino experimentado. Jugueteeó con los pliegues rosados hasta abrirse paso hasta la cavidad bucal. Siendo el primero en invadir tan íntimo espacio.

Sophia sintió como el calor de su cuerpo se disuadía, como el alma se le iba y se quedaba vacía. Parecido a entrar en un lago helado en pleno verano. Asustaba, dolía...Pero era demasiado placentero como para salir de ahí.

Una vez más, Lady Sophia estaba encontrándole encantos la muerte. Pero esa vez no se sentía culpable por ello porque el agarre de Brandon no se lo permitía. El brazo derecho del Marqués subió hasta su cuello, abandonando su cintura. Allí, masajeó su nuca y enterró los dedos en su cabellera rubia que ya estaba completamente suelta. La apretaba tanto que le dio la sensación de que en cualquier momento le rompería el cuello. O que la asfixiaría. O que le arrancarían el pelo. Eso último no sería nada favorecedor.

¿Por qué causaba ese efecto sobre ella? ¿Por qué no podía empujarle y darle una sonora bofetada? ¿Desde cuándo aceptaba besos? Los músculos oprimían su estómago mientras Lord Howard seguía besándola. Todas esas sensaciones prohibidas y desconocidas que había intentado negarse durante tanto tiempo estaban saliendo a la superficie y recorriendo su cuerpo apresado. Sin saber por qué, justo en ese momento se acordó de lo bien que había bailado Lord Brandon durante el vals. Y por consiguiente, le vino a la cabeza una de las frases que había leído en sus novelas románticas: "nunca te fíes de un hombre que baila bien".

Era deseo. Un deseo ardiente que moría en una orilla. Una orilla fría que reclamaba más calor. Sin importar las consecuencias.

Brandon tiraba de su pelo, para levantarle el mentón y no perderse ningún ángulo de su boca.

—Qué ganas tenía de hacer esto —murmuró Lord Howard con una voz ronca, apartándose de ella.

Fue entonces cuando Sophia le dio la merecida cachetada para, esta vez sí, salir huyendo de él a donde no pudiera alcanzarla.

Entró por una puerta trasera de la mansión y se deslizó entre los pasillos hasta llegar a su alcoba. Por fortuna, el gentío seguía en el jardín y los sirvientes estaban demasiado ocupados como para dar vueltas por los pasillos de los señores.

Se miró en el espejo. No había rastro del capullito de alelí que había sido antes de ir a la fiesta. Su pelo estaba hecho un desastre, sus labios enrojecidos y su traje totalmente estropeado. Se lo quitó rápidamente, todavía con la ansiedad en sus manos. Sus dedos le temblaban y sus retinas no eran capaces de ver nada más que los ojos del fantasma. Se le habían quedado grabados a fuego. Se colocó un camisón por encima y se acercó a la ventana que daba al

bosque.

—¡Dios! —exclamó para sí.

El Marqués estaba de pie bajo uno de los farolillos, mirando hacia su ventana fijamente como si lo hubiera estado haciendo durante todo ese tiempo en el que ella se había cambiado. Inconscientemente se llevó la mano sobre el pecho, sintiendo ese pavor de nuevo. Con las mejillas ruborizadas y considerando seriamente si debía avisar a las autoridades o, como mínimo, a su carabina. Carabina de pacotilla.

*"Eres mía"*.

Leyó en los labios de Lord Howard, que había gesticulado expresamente para que ella lo comprendiera. ¿Qué? ¿Suya? ¡Si ni si quiera comprendía lo que acababa de ocurrir! ¡Era de locos! ¡Todo había ocurrido demasiado rápido! ¿Por qué ella? Algo le decía que Lord Howard no la quería por su belleza ni por su dinero... ¿Qué quería realmente?

Corrió la cortina y apagó el candil. No quería ni que su sombra siguiera siendo vista por ese loco. Debería estar tiritando de miedo, nerviosa... Debería estar contando lo ocurrido a alguien más...

Sin embargo, el miedo que sentía no era de esa clase. Era uno que la incitaba a volver al bosque. A volver a los brazos de ese desagradable caballero que se había atrevido a corromperla.

Unos toques sobre la puerta la sacaron de sus reflexiones.

—¿Sí?

—Soy Georgiana. ¿Ocurre algo? Has desaparecido de golpe...

—No, cuñada. Estoy bien... Tan sólo me siento indispuesta, ya sabes: cosas de mujeres.

—Oh, querida, descansa. Le diré a Lord Bruce que no te encuentras en disposición de seguir con la fiesta. Ha preguntado mucho por ti...

—Sí, dile que tengo un horrible dolor de cabeza, por favor.

—Está bien, buenas noches.

—Buenas noches.

*"Buenas noches"*, si es que podían serlo para alguien; porque para ella ya no lo serían.

Esperó pacientemente a que los invitados se marcharan o se retiraran a sus aposentos. Esperó con menos paciencia a que los sirvientes terminaran de apagar las luces. Y, finalmente, a altas horas de la noche, volvió a correr la cortina. Ya no estaba. Claro, ¿cómo iba a estar? ¡Después de tantas horas!

Entonces, se dio cuenta de que ese hombre era un perfecto manipulador.

¿Cómo se había atrevido a jugar con ella de ese modo? Un extraño empoderamiento le dio la idea de ir hasta su casa y demandarle explicaciones. Miró hacia la mansión vecina... No sería difícil. Sólo tenía que cruzar el pequeño bosque. ¿Sería capaz? Ella no era valiente como Karen, ni lista como Gigi. Tampoco era malvada como Catherine ni experimentada como Diana. Ella era una dama insulsa, corriente. Que había encontrado amistad con esas mujeres tan sólo porque eran las únicas que no la envidiaban.

Quizás era el momento, como había dicho el fantasma, de corromperse. De hacer alguna travesura. Así que con el pelo suelto sobre sus hombros, una bata blanca y los pies descalzos salió al jardín de puntillas. Una vez sobre tierra, inició el camino hacia la casa de su vecino. Pasó por un empedrado, ensuciándose los pies e incluso clavándose algún que otro material punzante que no se molestó en remover. Estaba demasiado obcecada en llegar a Brandon. Estaba embrujada y hipnotizada pero valiente y decidida.

De pronto consideró que no tenía ningún arma, así que se hizo con un palo que era mucho más grande que sus manos pero que consiguió retener con bastante agilidad sin parecer patética.

Unos metros después, que le recordaron a cuando era una niña y se colaba por allí, llegó al inmenso jardín de los Marqueses de Suffolk. Estaba cubierto por una bruma espesa de color gris que parecía no querer irse de ahí. A Sophia le pareció extraño porque no lo recordaba así de tenebroso, sino mucho más bonito. Las tinieblas debilitaron su coraje y le dificultaron la respiración, obstruyendo sus fosas nasales. Pero no se rindió.

Anduvo instintivamente hasta las escaleras de la puerta principal.

¿Qué iba a hacer? ¿Iba a tocar para que saliera un mayordomo escéptico o una ama de llaves entrometida?

Reconsideró su decisión de entrar por la puerta principal y rodeó la propiedad buscando algún lugar por el que colarse. Mirando y buscando se fijó en que unas gárgolas en forma de bestias colgaban de los alfeizares. Otra vez, tampoco lo recordaba de ese modo. Recordaba a Ismael Howard como un hombre bastante afable y a su esposa... A su esposa no la recordaba. ¿De verdad ese lugar siempre había sido tan sombrío? Los recuerdos que había mantenido vivos en su mente narraban un espacio completamente distinto en el que estaba.

Al fin, vio luz en una ventana. Imaginó que sería la del Marqués. Sería perfecto llegar hasta esa recámara sin tener que pasar por los pasillos donde otras personas pudieran verla. ¿O era mejor que la vieran para tener testigos?

No, no había que ponerse en plan melodramático. Seguro que su mente aniñada había magnificado lo ocurrido y lo que debía hacer era, simplemente, poner en su lugar a ese hombre. Y como no era una mujer dada a los chivateos, no le diría nada a Georgiana y solucionaría el asunto por sí misma. Sí, era todo eso lo que se dijo a sí misma para convencerse de escalar la pared. Dejó el palo, riéndose de sus tonterías, e inició la escalada. Se ayudaba de las piedras decorativas sobresalidas y sobre todo, no era muy difícil porque la venta en cuestión estaba en el primer piso.

Con mucho esfuerzo y la cabellera al viento mientras que su bata de satén amenazaba con decirle adiós, alcanzó la repisa de ese ventanal iluminado. No vio a nadie, eso facilitaba su entrada. Tiró del vidrio pero por mucho que lo intentaba no podía abrirlo.

—¿La ayudo? —preguntó esa voz grave que empezaba a hacerse conocida desde un balcón cercano.

Allí estaba él, en medio de la negrura, con los brazos apoyados sobre la barandilla del balcón y mirándola divertido. Había visto sus dotes de escaladora principiante y, seguramente, también había visto el palo que había dejado en el suelo. ¡Qué ridículo más espantoso! Y el equilibrio de Sophia no era tan bueno como para soportar emociones a tanta altura, así que hizo el amago de caerse.

—No se mueva —imperó bruscamente el Marqués, como si fuera una orden estricta.

Sophia obedeció y esperó a que el caballero abriera la venta en la que estaba. Lo que no esperó fue que Brandon tirara de ella bruscamente en lugar de dejarla entrar por su propio pie.

—¿Por qué ha hecho eso? —demandó, autoritario.

El sonrojo cubrió las mejillas de la joven y miró de nuevo a Lord Howard, seguía pareciendo un hombre temible. Pero ella no seguía sintiendo el mismo estremecimiento. El mismo bloqueo.

Estaban en una especie de biblioteca iluminada por muchos candiles y muchas velas. El suelo era rojo y las paredes estaban empapeladas con dibujos burdeos. No había cuadros y la mesa estaba repleta de polvo.

—Lord Howard, aquí las explicaciones vengo a pedírselas yo —consiguió articular, sobreponiéndose a sus inseguridades. Le pareció ver un atisbo de sonrisa en el malhechor—. Creo que ambos somos lo suficiente adultos y educados como para tratar este tema con la máxima cordura, en vez de estar corriendo de un lado a otro.

—Yo no corro —dijo él, muy tranquilamente, sin dejar de mirarla. ¿Se estaba burlando de ella?

—Sí, disculpe mi imprecisión. Quería decir que yo no tengo por qué estar corriendo despavorida. Haga el favor de dejarlo estar.

—¿Dejarlo estar? ¿El qué?

—Lo que sea que tenga en mente. Deje de pedirme vales, de perseguirme y de espiarme. No tengo ningún interés en contraer matrimonio con un fantasma.

Lord Howard enarcó una ceja para luego carcajear sonoramente.

—¿De qué se ríe? —se indignó. ¿Cómo podía reír ese hombre ante una afrenta tan grave que ella intentaba arreglar de buena fe? —. ¿Cómo ha podido besarme? ¿Por qué ha dicho lo de corromperme? ¿Quién piensa que es? ¡Se lo contaré todo a mi carabina y mi hermano Thomas le pateará el culo!

Se le tensó la mandíbula y le ardieron los ojos. De pronto, la muchacha dio un respingo hacia atrás. No había calculado sus palabras, ese no era el plan. Y lo último que quería era hacer enfadar a ese perturbado. Ya era tarde. La cogió de las muñecas con una sola mano y la empujó contra la pared mientras con la mano que tenía libre le tiraba del pelo para obligarla a mirarlo directamente a los ojos; cosa que no había hecho desde que había llegado allí. No se había atrevido. Se dio cuenta, con la buena iluminación, que había una pequeña veta marrón que separaba el iris de las pupilas. Ya no le parecían los ojos de un muerto.

—No me desafíe, no haga eso —la reprendió con un tono de voz más suave del que esperó—. No se deje en ridículo hablando como una niña consentida. Ha sonado muy infantil.

*¿Toda esa inquina por haberle parecido infantil?*

—La he besado porque he querido, es mía. Ya se lo he dicho. Y usted no le dirá nada a su carabina ni a su hermano simplemente porque desea que la siga besando. Desea que la siga corrompiendo. Acepte que arde en deseos de estar entre los brazos de un monstruo como yo.

Sophia tragó saliva, empapándose del aroma masculino y seductor que Brandon desprendía a escasos centímetros de su faz. Quería contradecirle... Pero no tenía palabras para ello.

—¿Dónde ha estado durante todo este tiempo? ¿Por qué se marchó sin despedirse? ¿Por qué ha vuelto? ¿Por qué me busca y por qué quiere que yo lo desee?

—Demasiadas preguntas, muñequita de porcelana. Muñequita. Y no puedo

darle ninguna respuesta.

La soltó, tenía las manos adoloridas pero no sentía dolor sino placer. ¿Acaso estaba loca? Quería mucho más de aquello, sí. Brandon había acertado. Se había pasado la vida siendo una muñequita de porcelana, una figurita de cristal, un capullito de alelí...Entre algodones. Y ahora quería que la trataran mal. Que le dieran placer sin hacer preguntas, sin condiciones, sin restricciones. Quería encontrarse con ese cuerpo masculino del fantasma y quería entregarle su alma si era menester. Lo quería todo, con él.

—Decida ahora, Lady Sophia. Decida... Aún está a tiempo de huir, de explicar lo cometido para que su hermano me rete a un duelo...Decida si quiere ser mía o vengar su honor.

Eso era lo que verdaderamente quería Lord Howard, que Sophia contara lo sucedido. Que el bastardo de Thomas se enterara de que había osado tocar a su hermanita querida. Ese era su plan desde el inicio... Sophia era encantadora, una belleza. Y le hubiera gustado seguir disfrutando de su cuerpo, pero era primordial poner en marcha su plan de venganza. Y era esencial que la muñequita de porcelana corriera a delatarle.

—Decido ser suya.

Aquella no era la respuesta que esperaba. No, así no era. Ella debería haberlo delatado al salir del bosque y no llegar hasta ese punto. Las cosas no iban tal y como las había pensado, por el momento.

Lady Peyton notó la mirada gélida de su interlocutor sobre ella. No la amaba. No la quería. No le profesaba ningún afecto. Pero ella sí lo quería, lo quería en un sentido físico. Lo deseaba.

—No le pediré matrimonio, Lady Sophia. No soy un hombre de flores ni de paseos por el parque.

Se quedó callada, sin apartar la mirada de él.

—No seré suave, ni compasivo ni amoroso. Sólo quiero su cuerpo, si es que quiero algo de usted verdaderamente...

—No espero compasión.

Los ojos de Brandon adquirieron un tono distinto, casi gris.

—Ahora, la acompañaré a casa, lady Sophia.

La joven quedó atónita. No esperó aquello. Hubo esperado que la tomara por la fuerza a expensas de las consecuencias.

—Usted me ha hecho un favor y yo se lo devuelvo. Pero sólo por esta vez —aclaró.

—¿Qué favor?

—El de pedirme que le haga daño.



# Capítulo 5

## *El contrato*

*Me vengaré de mis sufrimientos; si no puedo inspirar amor,  
desencadenaré el miedo.*

*Frankenstein de Mary Shelly.*

Era el tercer día en que Lady Sophia Peyton se iba a dormir mirando por la ventana sin ningún resultado favorable. Desde el día de su visita nocturna a la mansión de Lord Howard Brandon, no había vuelto a saber nada del fantasma.

Lord Brandon Howard se había limitado a acompañarla aquella noche en un silencio mortuario. Muy similar al que solía crear cuando era un niño raro. Sin embargo, ya no era un niño. Ni un zagal. Sino un hombre de considerable tamaño que no daba pie a ninguna equivocación.

*"Decido ser suya."*

¿En qué estaría pensando al decir aquello? ¿Cómo había podido acceder a las condiciones denigrantes del Marqués?

*"No le propondré matrimonio. No soy un hombre de flores ni paseos..."*

Lo de las flores y los paseos podía pasarlo por alto. ¿Pero lo del matrimonio? La habían educado para ser inalcanzable hasta el día de su boda. Sin embargo, allí estaba: entregándose a un hombre sin alma ni moral.

Jamás había sentido algo similar. Y por supuesto que no se había dejado tratar de ese modo por ningún caballero hasta la fecha. Había tenido oportunidades de hacerlo; por ejemplo, con Lord Bruce. Que más de una vez había intentado besarla pero que ella le había rechazado con contundencia.

Con el Marqués era distinto. Muy distinto. Su vecino causaba estragos en su cordura y su corazón. No sería capaz de rechazarle aunque viniera completamente desnudo frente a ella. Aquella sórdida imaginación causó un intenso rubor en sus mejillas, despertándola de su ensoñación al borde del ventanal.

*¿Por qué cuándo había encontrado el amor, éste había llegado cargado de condiciones y rarezas?*

*¿Por qué Lord Brandon no podía pedirle permiso a su hermano para cortejarla simplemente?*

*¿Por qué disfrutaba en lo que él decía: hacerle daño?*

Fijó la vista en el camino que conducía a la propiedad de Lord Brandon, había algo de inusual en él. Se trataba de un empedrado envejecido cubierto por hierba y rodeado por un pequeño bosque. Sin embargo, lo extraño era que veía algo en el suelo. Algo que no recordaba encima de un escalón. Parecía estar medio escondido, pero ella lo había visto muy bien. Se cubrió con un chal blanco y salió ataviada con su precioso traje de muselina rosa, uno de sus favoritos. El de la noche anterior tuvo que esconderlo para que nadie supiera cómo había quedado. No sabría qué explicación dar. Y cuando la doncella se lo pedía para lavarlo, le daba largas rezando que se olvidara del asunto con el tiempo.

Simulando un paseo vespertino a la luz de la luna, fue acercándose al camino para coger ese bloque de papeles escondidos entre la maleza pero estratégicamente puestos para que alguien conocedor del lugar los encontrara. Estaba convencida de que era algún regalo de Lord Brandon para ella. ¿Quién más daría importancia a ese sitio? ¡Quizás fuera tímido! Y lo de las flores y los paseos lo había dicho tan sólo para encubrir sus inseguridades. Pensar en aquello le hizo sonreír, aunque una piza de decepción cruzó su sonrisa.

Al llegar al camino, se inclinó y tomó entre manos ese fajo de papeles bien atado. ¿Una carta de amor? ¡Qué larga! Se la escondió entre los pliegues del vestido y corrió de vuelta a su alcoba, sofocada e intrigada.

Se tiró a la cama, sacando la carta de su vestido y esparciéndola sobre la sábana. No obstante, unos toques en la puerta la obligaron a esconder las hojas bajo las almohadas sin darle tiempo a leer nada.

—Sophia, ¿estás bien? —Entró su cuñada sin pedir permiso. Las alarmas eran patentes en su mirada.

—Sí —sonó demasiado acelerada, con voz estridente. Se dio cuenta y la moduló al instante—. Sí, Georgiana, estoy bien. ¿Por qué?

—Desde el día de la fiesta con los vecinos te noto extraña. Normalmente no pasas mucho tiempo en tu habitación pero hoy no has salido de ella... ¿Ha pasado algo? Sabes que puedes contármelo —Se sentó a su lado, mirándola con esos inmensos ojos verdes de los que su hermano Thomas se había enamorado.

—No —sonrió, cogiendo aire para recobrar el pulso y dedicándole una

mirada fugaz a las almohadas que protegían la carta—. Ya te lo dije... Estoy con esos días.

Su carabina, aunque desastrosa, no era tonta. Al contrario, era muy inteligente y así lo demostraba estudiando medicina y poniendo en su lugar al demonio de Thomas, que no era una tarea fácil. Por eso supo que no la creía, al menos no al cien por cien.

—Oh, vale... Te lo contaré...

El gesto de Gigi se suavizó, cogiéndole la mano para ser partícipe de su confidencia.

—Últimamente Lord Bruce se está haciendo muy agobiante —mintió. Lo sentía en el alma por Lord Bruce y también lo sentía por mentir a su querida cuñada pero no quería delatar a Lord Brandon. Sin saber por qué, Brandon se había convertido en su secreto. En su pequeña travesura.

—¿Se ha sobrepasado contigo? —se asustó la embarazada de sus sobrinos.

—Oh, no... No. —Se miró las manos, cogiendo un pañuelo de seda que tenía cercano para estrujarlo—. No se ha sobrepasado, pero es demasiado insistente... Me dijo que quería bailar todas las piezas conmigo.

—¡Sophia! Eso es una declaración de intenciones en toda regla... Quiere empezar un cortejo formal.

—Exacto pero yo...

—¿No estás preparada para ello, verdad?

Sophia asintió, incapaz de mirarle a los ojos. Era incapaz de mentirle directamente a la cara.

—No te preocupes, querida mía. Yo me encargaré. Procuraré ser más fría con sus peticiones y le daré a entender que debe ir más despacio si de veras quiere llegar a algo serio...

Sophia se sintió terriblemente hipócrita. ¡Pobre Lord Bruce! Su cara de corderito degollado le vino a la mente. ¡Era tan bueno y formal! ¡Que seguro que aceptaría las indicaciones de su carabina! Resopló sonoramente sin darse cuenta.

—Tranquila —la calmó Gigi—. No hay prisa. Ya sabes que si fuera por tu hermano, te quedarías para siempre aquí. Y por mí también. Aunque estoy segura de que encontrarás el amor como nosotros lo hemos hecho... Y para ese entonces nos abandonarás aunque a Thomas le cueste aceptarlo.

Sophia soltó una dulce risilla al recordar a su hermano mayor, que tanto la había mimado al igual que su padre. Otra vez, ese aguijón de culpabilidad

le cruzó el pecho. ¿Qué haría Thomas si se enterara de sus intenciones? Con su famoso optimismo, resolvió para sí misma que más adelante convencería a Lord Brandon para pedirle matrimonio. De esa forma, aquellos inicios tenebrosos quedarían en el olvido y no se verían tan graves.

Georgiana abandonó su habitación después de una larga conversación sobre el cortejo, la mujer y muchas otras tonterías que Sophia ya no tenía ganas de seguir escuchando. Y mucho menos cuando sabía que su cuñada sólo decía todo aquello por cumplir con su obligación. Todos sabían cómo eran las Cavendish en realidad: mujeres independientes.

En cuanto se aseguró de que su carabina ya se había ido, corrió de vuelta a las cartas. Aunque tuvo que encender un candil para poder leerlas apropiadamente. Conteniendo la respiración, inició (a partir de aquí debe considerarse que la letra en cursiva son los pensamientos de Sophia mientras dure la carta):

"Querida Lady Sophia (*empezamos bien*),

he estado meditando mucho sobre lo sucedido en la noche de su escalada a mi ventana cual Romeo visitando a Julieta (*¿no puede eludir eso?*). Y antes de seguir corrompiéndola, tal y como me ha pedido, quería establecer unas condiciones que usted deberá firmar en el lugar señalado. (*¿Qué clase de broma era esa?*).

*¿A qué jugaba Lord Howard? ¿Condiciones? Ni todo el optimismo de Sophia consiguió hacerle creer que estaba bromeando. No se imaginaba al fantasma haciendo tal cosa. Al contrario, aquellas letras emanaban una seriedad casi autoritaria.*

1. El objetivo de nuestra relación será meramente físico. Se prohíben los sentimentalismos y los romanticismos de cualquier tipo que, por otro lado, me aburren. (*No le sorprendía, pero le horrorizaba que hablara de ese modo*).

2. No dirá nada de lo que ocurra entre nosotros a no ser que usted considere que he sobrepasado los límites. (*¿Límites? ¿A qué se refería?*).

3. Será solamente mía. No me gusta compartir. Bailará sólo conmigo, coqueteará sólo conmigo y reirá sólo conmigo. (*¿De qué iba ese hombre? ¿Acaso pensaba que la había adquirido en un mercado?*).

4. Esta relación puede terminar en cualquier momento. Tanto por mi parte como por su parte. No hay ataduras.

Firme aquí: \_\_\_\_\_

*¡Estaba loco! No había otra explicación. Lo había sospechado desde el*

*principio y aquella carta horrible no era nada más que la confirmación de sus terribles sospechas: su vecino el rarito necesitaba ayuda de un manicomio.*

Atte. Su monstruo personal."

Al leer las palabras de Brandon, Sophia experimentó diversas sensaciones. Por un lado, su razón le decía que ese hombre estaba loco y que debía alejarse de él. Por otro, se sentía emocionada y culpable por ello. Quizás ella estuviera peor que el fantasma.

Sin embargo y, a pesar de las gratificantes sensaciones, corrió hacia el camino y dejó la carta sin firmar en el mismo lugar en el que la había encontrado. No pensaba firmar esas cosas que no entendía y que, de entrada, le parecían un insulto.

Trató de conciliar el sueño llegada la noche. Aparcó su vestido rosa para enfundarse un hermoso batín de seda púrpura y se tumbó sobre sus sábanas blancas. Tras algunas horas, consiguió dormir.

En mitad del sueño, una sombra la despertó. O, más bien, la despertó su aroma varonil. Estaba de pie al lado de la cama y la miraba fijamente.

—¿Qué hace aquí, Lord Howard? —demandó ella, con la voz de quien se acaba de despertar y achinando los ojos para verle mejor. Intentó serenarse y parecer impassible a pesar de que el corazón acababa de darle un vuelco.

—He visto que me ha devuelto la carta —dijo en un tono seco pero con una nota de desconcierto—. Está sin firmar.

Parecía molesto. Como si fuera un maníaco del control y algo se le estuviera escapando.

—¿Tiene dudas sobre el acuerdo? —insistió, mientras ella se incorporaba para quedarse sentada y poner sus rodillas entre sus brazos. Esa posición le daba sensación de seguridad.

Sophia advirtió que los ojos del Marqués brillaban de forma distinta.

—Tengo muchas dudas, Lord Howard —expresó ella, peinándose un mechón y mirándole fijamente.

—¿Por qué no lo ha dicho antes? ¿Por qué ha dejado sin respuesta mi carta? ¿Piensa que estoy jugando?

—No, no creo que esté jugando. Lord Howard.

*¿Era eso un compromiso? ¿No era un juego? ¿Era algo más? ¿Para él era algo serio, entonces?*

—Ya veo que deberé tener mucha paciencia con usted, Lady Sophia —

soltó un bufido casi imperceptible y se sentó a su lado, abriendo la carta para leer los puntos a discusión.

Sophia ni si quiera era capaz de pensar con claridad. ¡Brandon sentado en su cama! Sentirlo tan cercano en un espacio que hasta ahora sólo había sido para ella... ¡Era excitante!

—Punto número 1. El objetivo de nuestra relación será meramente físico. Se prohíben los sentimentalismos y los romanticismos...¿Alguna duda sobre este punto? ¿No se lo dejé bien claro esa noche de su escalada?

*¿Por qué seguía sacando a relucir su patética actuación de aquella noche?*

—No es que tenga dudas... Es que no esperaba que algo tan horrible tuviera que darse a entender por escrito. Como si fuera una norma inquebrantable que...

—Es una norma inquebrantable —resumió él, sin un ápice de sentimiento en sus palabras. Era un muro de contención a cualquier emoción.

—Está bien, lo entiendo —aceptó, tragando saliva. ¿Sería capaz de hacerle cambiar de opinión en el futuro? Su vocecilla optimista le decía que sí...

—¿Lo entiende? —repitió.

—Lo entiendo.

—Está bien, sigamos: Punto número 2. No dirá nada de lo que ocurra entre nosotros a no ser que usted considere que he sobrepasado los límites....

—No diré nada, por supuesto —acordó ella, provocando un ligero gesto de decepción en su interlocutor—. Pero no comprendo a qué límites se refiere. ¿De qué está hablando, exactamente?

—Límites de dolor.

—¿Dolor?

—Dolor, sí.

—Mucho me temo que sigo sin comprenderle, Lord Howard.

—Lady Sophia, ¿es usted virgen?

*¡Por Dios Compasivo! ¿De veras le estaba preguntando por su virginidad? Jamás le habían hablado tan directamente, ni si quiera sus amigas más cercanas. Como siempre, sus sentimientos nadaban entre el enfado y el placer.*

—¡Por supuesto que soy virgen, señor!

—Mucho me temo que la he ofendido. No era esa mi intención... En mi

mundo las mujeres no son vírgenes.

*¿En su mundo? ¿Cuál mundo? ¿El de las catacumbas? ¿El del infierno?*

—Entonces me alegro mucho de no formar parte de su mundo.

—Ya forma parte de él.

—Entonces me alegro mucho de ser la excepción en su mundo —replicó, azorada por saberse parte de un mundo que ni si quiera conocía pero que se le antojaba de lo más seductor. Le pareció vislumbrar una sonrisa en el monstruo, pero rápidamente desechó esa idea.

—Que sea usted virgen complica mucho las cosas. Pero le pondremos remedio.

*¿Ponerle remedio? ¿Perdón? ¿Qué?*

—En ningún momento he dicho que quiera perder mis castidad, Lord Howard.

—Ha dicho que era mía.

—¿Y eso significa que me entregaré a usted sin más?

—Entonces, ¿de qué cree que estamos hablando, Lady Sophia? ¿De besos? ¿De una mano bajo su escote? ¿De una palmada en su culo?

Se puso roja como un tomate. Sintióse estúpida y a la vez, estimulada por las sugerencias que Brandon consideraba una nimiedad pero que para ella serían un mundo.

—Está bien... No necesito penetrarla para que me dé placer. Supongo que podemos poner la penetración como límites —accedió el hombre de negocios.

—Eso me parece estupendo. Nada de...eso que ha dicho —no consiguió decirlo.

—Conclusión, en el punto número dos no dirá nada a nadie mientras no le robe la virginidad.

Ella asintió.

—¿Hay otros límites? ¿A qué dolor hizo referencia hace poco?

—No habrá más límites. Suficiente es que no pueda adentrarme en su cuerpo. ¿Acepta?

—Acepto... —murmuró, imaginando qué sería peor que ser invadida en su intimidad.

—Punto número 3. Será solamente mía. No me gusta compartir. Bailará sólo conmigo, coqueteará sólo conmigo y reirá sólo conmigo... —leyó a modo de poeta sin poesía.

—Lord Howard. ¿Acaso piensa que he hecho esto antes? ¿Qué suelo

aceptar a hombres en mi alcoba sin gritar? ¿Qué suelo escalar muros en mitad de la noche? ¡Por supuesto que no habrá otro! Pero no puede prohibirme bailar o reír con otros caballeros... Porque entonces ya no sería suya en un plano físico sino espiritual. Y yo no tengo nada suyo.

—Mi cuerpo es suyo mientras mantengamos este acuerdo. Soy hombre de una sola mujer mientras esté con ella —explicó. No era una declaración de amor, era una declaración de pensamientos sin más.

—Me congratula saber que no hará nada con otra mujer mientras esté conmigo. Pero de todas formas... ¿Cómo puedo dejar de bailar con otros hombres mientras no esté prometida? ¡Sería demasiado sospechoso!

Al parecer había dado en el clavo y empezaba a entender que su monstruo personal funcionaba con razonamientos lógicos al estilo de una máquina. Había que introducir un código y entonces te daba una respuesta.

—Es lista, Lady Sophia —lo escuchó decir con cierta admiración—. Más lista de lo que esperaba.

*¿Cómo debía tomarse eso último?*

—Puede bailar pero no coquetear ni hablar más de lo necesario. Y lo que no voy a aceptar de ninguna forma es que baile el vals con algún otro hombre que no sea yo.

Sophia rio mágicamente. Sin maldad, con inocencia. Iluminando la oscura estancia y obligando a Brandon a pestañear por el exceso de luminosidad.

—No quisiera bailar el vals con nadie que no fuera usted —rio—. ¿Quiere que lo bailemos ahora?

—¿Ahora? Ya le dije que no se comporte como una niña. Acabemos con el papeleo —se aclaró la garganta—. Esta relación puede terminar en cualquier momento. Tanto por mí parte como por su parte. No hay ataduras.

—Está bien.

—¿Está bien?

—Sí.

—¿Lo ve, Lady Sophia? No era tan complicado aclarar las cláusulas de nuestra relación. Ahora, si es tan amable... —Se sacó una pluma de un bolsillo. Llevaba guantes de cuero—. Firme.

Los dedos alargados de la joven cogieron esa pesada plumilla de color negro. ¿Estaba sentenciándose? ¿Estaba firmando su propia sentencia? Pero si para acercarse a Brandon debía morir en el intento... Lo haría. No sólo eso, le parecía sumamente estimulante el proceder de su monstruo personal.

Tomó la carta, la apoyó sobre un cojín y firmó:

*Firma:*  
FECHA: 1 DE JUNIO  
DE 1846

*Spina Penzon*

## Capítulo 6

### *Cuerdas y besos*

*Dios ha puesto el placer tan cerca del dolor que muchas veces se llora de alegría.*

**George Sand.**

Por extraño que pareciera, al firmar aquel documento que había dejado de ser una mera carta para convertirse en una sentencia, no le temblaban las manos. Quizás sentía un leve picor en los dedos, pero era el resultado de la emoción y no del miedo ni de la inseguridad. Emoción por algo nuevo y extraño.

Emoción por estar ligeramente unida a Brandon.

*¿Era amor? ¿Era curiosidad? ¿Era placer?*

Todavía no lo sabía. Lo único que sabía Sophia era que deseaba estar cerca de ese hombre a cualquier precio. ¿Estaba loca? Lo más probable fuera que sí. Que en su mente no estuviera todo en orden tal y como le sucedió a su madre. O que algo de su padre y de su hermano se le hubiera contagiado o, simplemente, era cuestión de sangre: sangre Peyton.

—Aquí tiene, Lord Howard. —Le devolvió el contrato al fantasma, que sonrió como si le acabaran de hacer un regalo. *¿Le habría regalado su alma?* —. ¿Y ahora qué? —inquirió ella, entornando sus ojos celestes y haciéndolos brillar en medio de la penumbra.

—Ahora, acompáñeme. —Brandon le extendió su mano encuerada, mirándola fijamente.

Sophia colocó su mano pálida y suave sobre aquel guante de cuero negro, sintiendo el tacto liso pero a la vez duro de ese material al que no estaba acostumbrada. De un tirón, Brandon la levantó de la cama y se la colocó sobre el hombro como si fuera un saco, un trofeo o un animal. Una oveja sacrificada. Sí, eso era: un sacrificio.

Sophia pataleó para que la bajara, dándole golpes sobre el torso con los pies desnudos, pero el caballero le dio una palmada en el trasero que la hizo desistir.

—¡Auch! —se aquejó ella ruborizada y escandalizada. Sentir tan de cerca

el cuerpo de ese hombre era estimulante aunque estuviera en una posición tan... extraña. Jamás imaginó que un Marqués la cargaría sobre el hombro de ese modo tan...autoritario.

El Marqués descendió por la misma ventana que había entrado. Y llegó al suelo sin ninguna dificultad con ella sobre sus espaldas. Era como si aquel hombre se hubiera dedicado toda la vida a hacer cosas similares.

*¿Qué habría estado haciendo Brandon en el extranjero?*

La dejó en tierra firme, pero la cogió de la mano. La guio a través del camino empedrado hasta llegar a su propiedad cubierta por brumas. Sus pies descalzos andaban sobre la hierba húmeda y su batín de seda lila se aferraba a su cuerpo con timidez. Pero Sophia sólo tenía ojos para su monstruo personal. Andaba mirándole fijamente como si estuviera embrujada. Fascinada, temerosa y complacida. Ni el frío que se colaba por debajo de su camión era suficiente para amedrentarla.

Parecía un sueño. Una fantasía en la que el príncipe era un monstruo y la princesa una desquiciada.

Sumida en un silencio abismal y más pálida que de costumbre, entró en el caserón del fantasma. Al hacerlo, se dio cuenta de que no había rastro de vida humana. Tan sólo unas gárgolas terroríficas que se alzaban imponentes alrededor de las columnas principales del recibidor. Las fauces de las bestias estaban iluminadas por largas y blancas velas que reposaban sobre candelabros tétricos. Los candelabros parecían moverse a su paso, como si manos invisibles los estuvieran sujetando. Se quedó paralizada por unos instantes, pero la enorme mano del Marqués de Suffolk no se lo permitió. Sino que la empujó levemente a través de pasillos infinitos y tenebrosos hasta llegar a un salón bastante alejado del resto de la propiedad.

En dicho salón, había un sillón blanco y enorme en medio de una alfombra exquisitamente elegida, seguramente, por la antigua Marquesa del lugar. Las paredes eran de un rojo intenso y la lumbre chispeaba suavemente sobre un tronco que parecía recién colocado. ¿Por un sirviente? ¿Dónde estaba?

Embargada por la novedad del lugar, no se había dado cuenta de que había dado pasos hacia el interior dejando atrás a Lord Brandon que estaba cerrando la sala.

—¿Es necesario cerrar con llave? —se atrevió a preguntar con un hilo de voz, girándose hacia él.

*¿Dónde se había metido? De pronto, el miedo volvió a apoderarse de ella. La excitación del momento era sublime.*

—No haga preguntas —ordenó Brandon, arrastrando las cuerdas vocales hasta hacerlas parecer de ultratumba.

Sophia obedeció. Se dio cuenta de que Brandon estaba más guapo que nunca. Con la luz de la lumbre podía verle mejor: pantalón y chaqué negros a conjunto del pelo y los ojos. Patillas un poco largas y barba de dos días. El pelo alborotado debido a su volumen, pero bien peinado. Todo un galán de altura considerable y anchura equilibrada. Un Adonis, una escultura griega clásica.

La respiración de la joven se aceleró a pesar de sus intentos por disimularlo.

—Tranquilícese, Lady Sophia —la calmó él, acercándose a ella y colocando sus enormes manos sobre sus hombros.

*¿Pretendía tranquilizarla con sus manos sobre ella?*

Las mejillas de Sophia se enrojecieron y bajó la mirada, incapaz de encararlo.

—Míreme —Tiró de su pelo para levantarle el mentón—. Míreme.

Ella lo hizo, topando con aquellos orbes que amenazaban con tragarse toda la luz de la estancia.

—Nunca he estado con una mujer tan joven, es una novedad —comentó, tirando por tierra cualquier norma del decoro o del pudor.

*¿Pero qué esperar a esas alturas?*

—Ya le dije que soy una excepción en su mundo —intentó mostrarse altiva ante la comparación con otras mujeres. Brandon ladeó la comisura de sus labios, en un intento de sonrisa fallido. No solía sonreír, por no decir que nunca le había visto hacerlo de forma natural.

Estaba de pie, al lado de ella, con las manos sobre sus hombros. Sentía su contacto frío a través de la seda de su batín. No había descubierto hasta ese instante lo placentera que podía ser la frialdad. Se obligó a acompasar su respiración, pero era imposible, completamente imposible.

—Relájese —le pidió de nuevo, inclinándose para llegar a sus rosados labios.

*¿Pretendía relajarla con un beso? ¿De dónde sacaba esas peticiones?*

Rozó la piel de su labio inferior, suave como el pétalo de una rosa. Ella se removió presa de la excitación, pero al hacerlo, Brandon la mordió. Pellizcó con los dientes ese trocito de carne delicada hasta enrojecerla. Y luego, con menos suavidad, se internó en su boca para devorarla. Con ese beso Sophia ya estaba en el paraíso, no importaba que le doliera un poco. Al contrario, la

mezcla del dolor con el placer era algo sumamente exquisito.

—Sus labios son demasiado tentadores, Lady Sophia. Me gustaría arrancárselos —confesó entre mordiscos.

—¿Por qué no nos conocemos un poco? —murmuró ella, apartándose de los labios de su carcelero. Deseando mantener una conversación normal con el objeto de su locura.

—¿Conocernos? ¿Qué quiere saber? —Se apartó de ella bruscamente y la miró con severidad.

—¿Se acuerda de mí? Quisiera saber eso... Si se acuerda de...

—Me acuerdo —la cortó, cogiendo su monóculo entre los dedos—. Una niña de pelo rubio y mejillas rosadas que se colaba en mi jardín y estropeaba mis tardes de lectura con sus interminables parloteos y juegos aniñados.

—Oh, si le molestaba tanto... ¿Por qué no me echó? —replicó, ofendida.

—Estuve esperando a que se cansara de mí. O a que se asustara...

—¿Cómo ahora?

—Ahora es diferente. Y no más preguntas sentimentales, recuerde el contrato.

—Está bien —suspiró la dama, acercándose al candor de la leña para revivir sus dedos—. ¿Dónde ha estado durante estos diez años?

—En el continente europeo.

—Eso es muy impreciso, Lord Howard.

—He estado en Rusia, ¿no lo dijo usted misma?

—Cierto... ¿Y su madre?

Las sombras de Brandon se intensificaron, pero por fortuna las luces de Sophia eran más poderosas.

—Recuerdo que era muy hermosa, como la mía... —dijo ella, ante el silencio abrumador de su interlocutor—. Pero desgraciadamente no consigo recordar con exactitud sus rostros. Ambas murieron tan jóvenes...

—Es la maldición o eso dicen...

—¿Maldición? —preguntó ella, con su sonrisa eterna.

Sophia era una joven feliz por naturaleza a pesar de haber sufrido la pérdida de sus progenitores a una temprana edad. Primero, su madre. Y luego, su padre. Su padre fue tiroteado por Virgin. ¡Qué rabia le tenía a esa mujer! Por mucho que intentara justificarla.

—Las mujeres Howard o cercanas a un Howard suelen morir pronto...

Sophia rio como ella solía hacerlo, iluminando el lugar con esa gracia característica de los capullitos de alelí y remarcando sus hoyuelos.

—¡Pero si mi madre no era una Howard! ¡Era una Peyton!

Brandon la cogió por la cintura con ímpetu, con agresividad. *¿Qué lo había enfurecido?*

—Se acabó la conversación, Lady Sophia —imperó con dureza, apretándola entre sus brazos hasta hacerle daño.

—Me hace daño —se aquejó.

—¿No era ese nuestro acuerdo? ¿Hacerle daño?

—¿Por qué quiere hacérmelo?

No la contestó. Se limitó a apretarla cada vez más hasta que ella sintió que le faltaba el aire, después la besó. La besó con necesidad y fervor mientras le arrancaba el batín púrpura, dejándola en camión. La vestal inglesa se llevó inconscientemente las manos sobre los pechos pero él se lo impidió, cogiéndole las muñecas con una sola mano. ¡Estaba atada!

—Ven —le dijo, prácticamente arrastrándola hacia una puerta que había pasado desapercibida hasta entonces. La puerta estaba empapelada como el resto de la pared, por eso no se había dado cuenta de su existencia.

Brandon la abrió con una llave. Lo que había en el interior de esa habitación oculta la dejó petrificada. Habría podido estar prometida con un caballero razonable o estar en su habitación mandándose cartas de amor con Lord Bruce... Pero nadie había despertado su interés salvo el maldito Brandon Howard. Y allí estaba ella, en una sala de torturas de la época medieval. Los ojos del Marqués desprendían un destello malicioso, divertido.

—¿Qué es esto, Lord Howard?

La miró alzando la ceja con ojos brillantes, con una insondable emoción ardiendo en su alma. A ella se le secó la boca.

La habitación parecía romántica. Quizás por el juego cromático entre el granate y el negro. O quizás por las velas distribuidas estratégicamente. Pero cualquier idilio se desvanecía al ver los látigos de cuero, las plumas, los antifaces y las cuerdas entre otros. Por supuesto que Sophia no entendía nada de aquello, sólo sabía que algo iba a ser duro. ¿Cuál es la reacción adecuada cuando se descubre que el amor de tu vida es un descendiente del Marqués de Sade?

Había una gran cama en medio, alta y con doseles inmensos.

—¿Lo ha hecho más veces?

—Sí, con mujeres que querían hacerlo. Que lo deseaban. No se preocupe —Soltó sus muñecas enrojecidas—. Empezaremos con cosas suaves. Entre, Lady Sophia —explicó con un tono meloso que no engañaba a

nadie.

Ella obedeció, se adentró en la cabina de tortura y pasó la mano por el cuero y los enseres tan extraños que allí había. Se hacía extraño tocar esas cosas tan duras que, a su vez, parecían suaves. Oyó como, una vez más, el Marqués pasaba el cerrojo. Ya eran dos los que había pasado para llegar hasta allí. Por lo que significaba que nadie podía oírlos ni verlos. Y ni mucho menos, interrumpirles.

Aquella extrema intimidad provocó una sensación hasta entonces desconocida en sus partes más íntimas.

—Le queda bien este camisón lila —halagó el fantasma, dando pasos lentos y dolorosos hasta su posición.

—Gracias —se ruborizó.

Llegó a ella. La respiración se había tornado húmeda y el silencio abismal era atronador. Clavó sus ojos celestes en los de él y no miró a nada más mientras el hombre le colocaba una mano encima del pecho. La seda se deslizaba al paso de sus dedos y no tardó en sentir sus puntos más álgidos en tensión. Soltó un pequeño bufido, presa de la turbación. Había quedado completamente desnuda.

—Es hermosa... Y es mía. No tema... —La cogió y la acercó a una barra que había en el techo. De ella, colgaba una cuerda y ató sus manos en ella. De esa forma, Sophia quedó inmovilizada, con los brazos en alto y el cuerpo al descubierto.

¡Era bochornoso! ¡Denigrante! ¡Pero jamás le habían enardecido tanto los pechos ni los muslos! Miró a Brandon, vio que la estaba mirando fijamente, sin hacer nada. Sólo la miraba, de arriba a abajo.

Brandon reparó en que el cuerpo de la joven era perfecto. Pechos cuantiosos, cintura fina y caderas de infarto. Pero lo mejor, era que la piel de Sophia estaba intacta. Era pálida, rosada y aterciopelada. No tenía signos de ningún tipo. Ni manchas, ni cicatrices. Era un lienzo en blanco. Hacía tiempo que no se tensaba tan rápido y con ella se estimulaba con sólo verla.

—¿Por qué me mira así? ¡Me da mucha vergüenza! —se quejó ella al término de un escrutinio largo e inquisitivo.

El Marqués se llevó el dedo índice sobre los labios, indicándole que guardara silencio. Y, sin decir nada, empezó a dar vueltas alrededor de su cuerpo. Sophia quería taparse con las manos, pero era imposible porque las tenía atadas. No había solución, así que sólo le quedaba cerrar los ojos con fuerza. Y los mantuvo así hasta que sintió los dedos de su monstruo personal

en sus pechos. Los había tomado entre sus manos y los estaba apretando. Apretando y soltando, así sucesivamente. El sudor empezó a cubrir su cuerpo virginal y no evitó soltar un segundo gemido parecido al primero.

—Es tan receptiva... —Deslizó las manos hasta su cintura y luego colocó los dedos en su intimidad—. Está completamente preparada. Le gusta esto... Y es una novedad para mí. Yo estaba esperando a que huyera —susurró en su oreja—. Pensé que se iría corriendo para contar lo que había visto aquí. Pero no se va... Como cuando era una niña. Nunca se va... Porque disfruta conmigo, con el miedo que impongo. —Removió los dedos en sus carnes aguadas y luego los sacó para llevárselos a la boca. —Tiene buen sabor, miladi.

Ella abrió los ojos a punto de hacer caer las orbes en el suelo. *¿Cómo era capaz de hacer aquello?*

Jugeteó de ese modo hasta hacerla alcanzar el clímax. Momento en el que él la cogió entre los brazos, como si quisiera acompañarla a ese mundo de placer.

—¿Le ha gustado?

Ella asintió, con el pelo pegado a su cara por el sudor y el cuerpo brillante por la excitación. La descolgó de la barra y la obligó a ponerse de rodillas mientras, de nuevo, le ataba las manos. Pero esa vez, en su espalda.

—Ahora me toca a mí —dijo sin más, mientras se sacaba el chaqué, la camisa y los pantalones hasta quedarse completamente desnudo. Tenía el cuerpo lleno de cicatrices y no se había quitado los guantes.

Era la primera vez que Sophia veía la virilidad masculina y volvió a tensarse como si no acabara de dejar correr toda su tensión. Brandon se acercó a ella y le abrió la boca para ponerle el miembro en ella.

No hace falta seguir contando para imaginar cómo terminó aquello. Sólo se puede decir que Lady Sophia encontró muchas similitudes entre el cuero y la virilidad masculina.

—La acompañaré a casa —ultimó el Marqués en cuando se terminó la sesión.

Ella asintió, tratando de colocarse el camisón y el batín sin mirarle. No quería mirarle. Había sido muy placentero, pero muy denigrante todo aquello. Por ser su primera vez a solas con un hombre, hubiera esperado un poco más de delicadeza. Pero claro... Una vez más, *¿qué esperaba a esas alturas?*

—No me ha dolido —comentó ella, una vez en el jardín y de vuelta al camino empedrado.

—He sido indulgente, por ser su primera vez.

Sophia recordó las cuerdas y los tirones de pelo. *¿Eso era indulgente?*  
*¿Qué vendría después?*

—¿Por qué me ata las manos siempre?

—Para que no me toque.

—¿No puedo tocarle?

—No.

*¡Vaya! ¡Otra norma!*

—¿Eso estaba en el contrato?

—En la parte de los límites.

—Pero no especificó los límites.

—Dijimos que sería la penetración.

—¿Y si no cumplo alguna de esas normas? ¿Qué pasará?

—Que la castigaré —La miró seriamente a lo que ella sonrió y desvió la mirada.

*¿Castigarla? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué?*



# Capítulo 7

## *Castigos deseados*

*Las naturalezas inferiores repugnan el merecido castigo; las medianas se resignan a él; las superiores lo invocan.*

**Arturo Graf (1848-1913) Escritor y poeta italiano.**

Sophia volvió a su recámara casi de madrugada. Brandon la acompañó hasta la puerta trasera de la mansión como si se hubiera convertido en un caballero de la noche a la mañana. Pero ella sabía que el fantasma era de todo menos un caballero. Arrastró los pies sigilosamente hasta su alcoba donde se dejó caer sobre la cama. ¿Qué había pasado? ¿Qué estaba pasando?

Todavía le temblaban las piernas por lo que se resguardó bajo las mantas para intentar recuperar la temperatura corporal y la normalidad. ¿Normalidad? Aquel era un concepto sobrevalorado. Un concepto del que ella ya no formaba parte ni del que formaría nunca más. Necesitaba repasar lo ocurrido por lo que cogió un papel y una pluma de la mesita de noche y se apoyó en el cojín para poner en orden sus ideas:

*\*Brandon aparece en la fiesta de los Bruyn. Me pide un vals, yo se lo niego.*

*\*Brandon aparece en el parque. Georgiana lo invita a la fiesta de vecinos. Bailamos un vals. Me persigue. Me besa. Nuestro primer beso en el bosque.*

*\*Voy a casa de Brandon, le pido explicaciones. Asumo que deseo estar con él, que no he sentido nada parecido con ningún otro hombre. Él me dice que no me va a tratar bien, pero yo acepto porque en el fondo me gusta.*

*\*Muchos días sin saber nada de él hasta esta noche del contrato. Condiciones y firmas... Visito su casa.*

*\*Él me ata con unas cuerdas y me toca hasta hacerme llegar al paraíso. Luego él... Él se desnuda y pone sus partes mínimas en mi boca... No hay penetración. Soy virgen todavía. Todavía me queda algo...*

Estaba claro que ella se lo había permitido todo, él en ningún momento la

forzó. Al contrario, ella disfrutó. El problema no era que Brandon la forzara, el problema erradicaba en: ¿Desde cuándo ella hacía esa clase de cosas? ¿Era habitual entre un hombre y una mujer cometer esos actos? ¿Por qué Brandon quería practicar esas cosas tan duras? ¿Por qué Brandon quería hacerle daño? ¿Por qué no quería nada formal?

Lo único que sabía del amor era lo que había leído en las novelas románticas. En ellas se hablaba de besos, caricias, flores y promesas bajo la luz de la luna. Lo más subido de tono que había leído fue cuando *Mr. Darcy* le cogió la mano a *Elizabeth Bennet* sin guantes. Era irónico puesto que los guantes eran lo único que Brandon no se había quitado en su presencia. ¿Por qué?

Se sentía enamorada de él. Eso lo sabía. Era como si esa obsesión infantil por su vecino se hubiera transformado y se hubiera convertido en amor. Amor por un hombre sin moral ni ética. Sin sentimientos. En todo ese tiempo que compartieron juntos no vio nada en sus ojos a parte de lujuria, frialdad y dureza.

Sophia releyó sus apuntes y los rompió en mil pedazos. Necesitaba hablar con alguien que entendiera sobre asuntos de cama. ¿Pero con quién? Con su cuñada sería imposible porque ambas se morirían de la vergüenza. Con Karen tampoco era viable porque sospecharía al instante y empezaría a hacer preguntas indiscretas. Con Helen tampoco, puesto que era prima de Gigi y podía comentarle algo. Sólo quedaban Diana y Catherine. Catherine era demasiado malvada y empezaría a sacar conclusiones precipitadas así que... ¡Diana! Diana era perfecta: leal, madura y recién casada.

Con la intención de ir a hablar con su amiga Diana se quedó dormida hasta el mediodía. A nadie le extrañó porque a veces se levantaba tarde. Así que empezó el día recuperada de su trastocada noche y le pidió a su doncella, Clarissa, que la prepara para visitar a la Duquesa de Rutland.

—Buenos días, miladi —la saludó Clarissa, una señora regordeta de pelo oscuro y muy alegre. Fiel a su cuñada y, sobre todo, fiel a su hermano Thomas.

—Buenos días, Clarissa. Deseo visitar a mi amiga Diana hoy. Así que me pondré el vestido de muselina blanca con flores rosadas en el pecho.

—¿El que cosió usted hace un par de semanas?

—Sí, ese mismo. Y me pondré la cofia del conjunto, la que lleva las mismas flores rosadas en un costado.

—Perfecto, miladi. —Cogió el peine y empezó a pasarlo por la media melena dorada de la joven hasta hacerle un recogido discreto que iría cubierto

por la cofia.

El capullito de alelí estuvo preparado en cuestión de dos horas y bajó a toda prisa las escaleras para emprender el viaje lo antes posible. El tiempo pasaba y debía llegar a Rutland antes del anochecer. Lo más seguro fuera que se quedara a dormir en casa de su amiga puesto que llegaría a horas tardías.

—¿A dónde vas, señorita? —La paró Gigi al verla en el recibidor poniéndose los guantes de color rosa, sus favoritos.

—Voy a ver a Diana, desde que se casó no le he hecho ninguna visita y es muy desconsiderado por mi parte —sonrió.

—¿Y vas a ir sola? ¿Por qué no me avisaste ayer? —Frunció el ceño la carabina.

—¡Oh! Pensé que te lo había dicho —trató de disimular.

—No, no me lo habías dicho. Y yo no puedo viajar con mi estado, estoy demasiado débil y el médico me ha recomendado reposo. La casa de Diana está demasiado lejos. Iremos cuando dé a luz.

—¿Qué? —rio ella—. ¿Pretendes que me quede encerrada entre estas cuatro paredes durante nueve meses? ¡Oh, cuñada! —Se acercó a ella y la abrazó. —Esto no es posible, recuerda que estoy en mi segunda temporada y debo socializar. ¿Cómo pretendes que me quede aquí?

—Entonces esperemos a que vuelva Thomas, él te acompañará.

*¿Eh? ¿Thomas? ¡Aquella era una muy mala opción! A Thomas no se le escapaba nada y ella necesitaba intimidación y discreción máxima.*

—Mi señora, si quiere la puedo acompañar yo. También puede escribir una nota a la Duquesa de Rutland pidiéndole que ella y su marido hagan de pupilos de la joven mientras esté allí con ellos —se ofreció Clarissa.

—¡Exacto! ¡Qué buena idea has tenido Clarissa! —Sophia corrió hacia la sirvienta y la apretujó entre sus brazos.

Georgiana no terminaba de entender el proceder de Sophia, algo no iba bien. Pero accedió, al fin y al cabo ella no era nadie para limitarla y prohibirle visitar a sus amigas. Sophia ya era mayor para tomar sus propias decisiones. Aunque la sociedad no quisiera verlo de ese modo y mucho menos Thomas.

El trayecto hasta la mansión de los Duques de Rutland se hizo corto con Sophia hablando por los codos. Se abanicaba con frecuencia mientras le explicaba a Clarissa todos los modelos habidos y por haber de corsés, medias y guantes.

—Ya hemos llegado —suspiró aliviada la doncella, mirando por la

ventana después de cuatro tediosas horas de discurso.

—¿Ya hemos llegado? ¡Ni si quiera me había dado cuenta! —comentó ella, con aquel desparpajo que la hacía tan especial.

Las recibió el señor Brownechestelroy, el mayordomo del lugar. Le dio su tarjeta de presentación y esperó menos de un minuto en el recibidor a que Diana apareciera.

—¡Sophia! ¡Qué alegría de verte! No he querido esperarte en el salón de la emoción. Pasa, por favor. —La cogió por el brazo y la empujó hacia una salita para que pudieran sentarse cómodamente.

—Yo también tenía muchas ganas de verte, Diana. Ha sido muy descortés por mi parte no visitarte en estos meses... —se excusó—. Este lugar está en un emplazamiento idóneo. Está claro que el Duque tiene una de las mejores propiedades de Inglaterra.

—Déjate de formalidades, amiga mía. —Ordenó que le sirvieran el té y despidió al servicio creando un ambiente íntimo. —Cuéntame por qué la joven más solicitada de Almack's ha pasado cuatro horas en un carruaje para visitar a su amiga perdida en Redmile.

Sophia carcajeó quedamente y dejó la taza de té sobre la mesita para coger las manos rugosas de Diana. Diana, ahora Duquesa de Rutland, provenía de una familia plebeya que había trabajado duramente para amasar una gran fortuna y hacerse un lugar en la sociedad inglesa. Y aunque su amiga era una beldad en toda regla, tenía el pelo decolorado y las manos un poco ásperas en comparación al resto de las damas. Quizás fueran sus orígenes los que habían hecho de ella una mujer leal, directa y generosa.

—Siempre tan directa, Diana. Por eso acudo a ti... Hay unas dudas que me están atormentando y mucho me temo que no lograré encontrar la paz hasta que las resuelva. Si es que la paz existe verdaderamente.

—Te noto angustiada.

—Y lo estoy... Ni si quiera sé cómo abordar el tema que me ha traído hasta aquí —expresó, tímida y con las mejillas sonrojadas en su máximo apogeo.

—¿Es sobre chicos? —comprendió la Duquesa.

Sophia asintió, apartando la mirada.

—El problema es que nacemos y crecemos muy desinformadas al respecto y cualquier asunto relacionado con los hombres nos parece escandaloso. Gracias a Dios en Italia son un poco más abiertos y yo no tuve tanto miedo pero... Aquí en Inglaterra es excesivo el control que ejercen sobre las jóvenes de alta alcurnia. ¿Qué te ha pasado? ¿Algún caballero te ha besado? ¿Lord

Bruce? Olvídate de todo lo que te han inculcado y háblame sin restricciones. Te prometo que no diré nada a nadie.

—Oh, Diana, yo sé que no dirás nada. —Apretó el agarre de sus manos y la encaró. —No se trata de Lord Bruce...

La Duquesa frunció el ceño por unos segundos para después destensarlo y sonreír pícaramente.

—¿El fantasma? —inquirió, divertida.

—Si osas reírte me levantaré y no volveré nunca más.

—No, no voy a reírme... —disimuló—, Lord Howard es mucho más interesante que Lord Bruce. Y me atrevería a decir que más apuesto y más...hombre. Siempre pensé que esa casaca roja andante era muy infantil para ti. ¡Estoy segura de que Thomas y él se llevarán muy bien!

—Sí, tienen bastante en común. Pero al menos Thomas supo lo que quería desde el principio. Y mi hermano tiene alma, endiablada, pero la tiene. En cambio, Lord Howard...

—¿No quiere ir en serio? ¿Se ha sobrepasado contigo? ¿Tengo que ir a buscar el rifle?

—Todo lo que ha pasado ha sido porque yo se lo he permitido —la tranquilizó, avergonzada por la confesión y provocando que Diana abriera los ojos como platos. Estaba claro que no esperaba esa respuesta.

—Estoy francamente confundida, Sophia. No entiendo a dónde quieres ir a parar... ¿Si no quiere nada formal, por qué le consientes lo que sea que esté haciendo contigo?

—No ha hecho nada que me deje secuelas...Sigo siendo... Ya sabes.

—Virgen.

—Hm —confirmó con un golpe seco y las manos temblorosas por el cariz de la conversación—. Y si le consiento que me bese y me toque es porque me gusta. Verle ha despertado en mí unos sentimientos que había enterrado cuando era una niña. Lo conocía muy bien... Como te dije, siempre fue un poco extraño. Pero no lo recordaba tan oscuro... Mi optimismo me dice que puedo conquistarlo. Que puedo hacerle cambiar de parecer y que pida mi mano.

—Si ese es tu deseo... Si lo deseas como esposo...No seré yo quien te persuada de lo contrario. Tan sólo te pediré que tengas mucho cuidado... Me da la sensación de que Lord Howard tiene muchos secretos.

—Lo tendré —sonrió.

—¿Y cuáles son tus dudas? Porque por lo que veo lo tienes muy claro.

—Mis dudas son sobre... Los asuntos de cama —consiguió decir, al borde

del colapso.

—Sólo te diré que cada pasión es distinta. Y que mientras todo sea consentido y deseado por ambos, no tienes de qué avergonzarte.

—¿A ti el Duque te da tirones de pelo?

—No —levantó las cejas—. No me los da. ¿A ti te los da Lord Howard?

—Eh... No...

—Sophy —La cogió por los hombros. —¿A ti te gusta que tire de tu pelo?

—Me parece muy... original. Diferente y divertido...

—Sí, supongo que esa es la forma educada de decir que te excita — declaró, subiéndole los colores de nuevo—. Como ya te he dicho —La miró a los ojos. —No hay nada de malo mientras a ti te guste. Pero recuerda, no es no. Si quieres decir que no, lo dices. Porque tú eres la dueña de tu cuerpo.

—Hablas cosas muy extrañas....

—Son cosas que las damas de Almack's no entenderían jamás. Así como tampoco entenderían las preferencias de tu amante. Para la sociedad británica todo es sumisión por parte de la mujer y galantería por parte del hombre... Tan sólo te pediré que tengas cuidado y que si necesitas ayuda... Me la pidas.

—Así lo haré, gracias, Diana. No sé cómo te lo voy a agradecer. Recuerda que esto debe quedar entre tú y yo.

—Por supuesto, jamás diría nada.

Dieron un agradable paseo por los jardines, hablaron sobre el Duque de Rutland, el castillo y otros menesteres hasta que se hizo de noche y después de una cena ligera se retiraron para descansar.

Sophia se instaló en su recámara prestada con un camisón de seda blanca que había traído especialmente para la ocasión. Clarissa se trasladó a las dependencias de los criados y ella se quedó a solas con la tranquilidad de haber podido resolver sus temores con una buena amiga.

No obstante, al término de pocos minutos, cuando las luces del castillo ya estaban apagadas, sintió ese aroma masculino que ya empezaba a resultarle familiar. Lo sintió cuando ya estaba sentada en la cama, dispuesta a tumbarse. Rio para sí misma. Era imposible que Lord Howard estuviera ahí. Principalmente, porque no le había dicho nada y segundo, porque estaba a cuatro horas de su vecindario. Así que borró esas ideas de la mente y apagó el candil para relajarse.

*¿Relajarse?*

—¿Por qué no me has avisado?

*¡Era él! ¿O estaba soñando?*

—¿Lord Howard?

Lo buscó entre la oscuridad, encendiendo de nuevo el candil hasta dar con su rostro. Tardó unos segundos en asimilar que era real.

—¿Qué hace aquí? ¿Cómo ha entrado? ¿Cómo ha sabido dónde me encontraba?

Aquella situación hizo que las sospechas de Sophia hacia el turbulento pasado de Brandon se acrecentaran.

—Lo sé todo, Lady Sophia. No puede escapar de mí —Se acercó a ella con pasos sigilosos pero rápidos y contundentes. —¿Cómo se ha atrevido a irse sin decirme nada? —La cogió por la cintura, apretándola contra él.

—Yo...No tengo que darle explicaciones. No es mi prometido ni mi marido.

—Tenemos un contrato —Fijó su mirada oscura sobre sus ojos celestes.

—En el contrato no decía que tuviera que informarle de mis movimientos.

—Entra dentro de los límites.

—Esos límites son eternos —repuso ella, titubeante y con los labios de su perdición a escasos centímetros.

—Se ha portado mal, Lady Sophia. Y me veo con la obligación de castigarla.

—¿Castigarme? —rio ella, tratando de contener el sonido debido a su calidad de invitada—. ¿Acaso cree que soy un niña pequeña? ¿Cómo me va a castigar? —se burló.

La burla desapareció de su gesto altivo en un abrir y cerrar de ojos en cuanto el fantasma la tumbó sobre sus rodillas, con el vientre tocando abajo, y le levantó el batín y la camisa para darle un azote en el trasero.

—¿Está loco? —gritó en un susurro—. ¿Cómo se atreve?

No obstante, él no la dejó moverse. La retuvo con el brazo y le dio otro azote. Hasta un tercero. Sólo entonces le volvió a bajar la ropa y la incorporó.

—¿Es usted un sinvergüenza! —protestó la dama con lágrimas en los ojos y una sonrisa perturbadora.

—No puede irse sin decírmelo. ¿Por qué ha venido aquí? —La cogió por las caderas y las estrujó.

—Quería hablar con mi amiga.

—¿No le habrá contado lo sucedido? Le recuerdo nuestra cláusula de confidencialidad —inquirió él, muy serio. Aunque a Sofia le pareció ver algo de satisfacción en sus pupilas. *¿Quería que lo contara?*

—Tenía dudas acerca de los asuntos de cama...

—Así que ha roto con una norma inquebrantable —susurró él, temerario.

—No le he contado lo de su cabina de tortura medieval. Ni nada de lo que hemos hecho... Sólo... ¡Oh, ella no dirá nada!

Un ápice de frustración recorrió el rostro de Lord Howard para endurecerse de nuevo.

—Se merece otro castigo... Más fuerte.

Entonces a la joven le vinieron a la memoria los látigos y las cuerdas y palideció.

—Lord Howard, ¿qué quiere hacer conmigo exactamente? ¿Hasta dónde puede llegar?

—Poco a poco, miladi. Poco a poco... Por el momento levántese y cójase a la cama.

Ella obedeció mientras veía cómo Brandon se sacaba el cinturón y dejaba su monóculo a buen recaudo. *¿Qué diantres pretendía hacer?* Fuera como fuera, ella ya estaba empapada de sudor y de excitación. El perfume de ese hombre, su voz, su proceder... ¡Eran estimulantes!

El Marqués se acercó a ella y le quitó el cinturón del batín para ponérselo en la boca como si fuera una mordaza. Luego, cogió el cinturón y lo dobló por la mitad. Era de cuero. Le arrancó la bata, rompiéndola. *¿Qué diría al día siguiente?*

Luego le arrancó el camión, corriendo la misma suerte que la otra pieza de ropa. *¡Cómo odiaba estropear sus ropas! ¡Y ese hombre parecía aficionado a ello!*

Recorrió su cuerpo desnudo con el cuero doblado, era agradable hasta que le dio un pequeño azote en uno de sus enormes cachetes. Por suerte, ella era bastante voluptuosa y aquello no era nada más que un pellizco. No le dolía, al contrario, le daba placer. Le dio repetidas veces hasta que introdujo los dedos en sus partes íntimas, estaba preparada. La abrió de piernas y la golpeó en ese lugar con el cinturón hasta hacerle alcanzar el clímax.

*¿Esos eran los castigos de Lord Howard?* Le daban ganas de romper con todas las normas.

Al acabar, el Marqués la tumbó sobre la cama y la cubrió con la sábana. Ella quedó completamente dormida. Por un momento, pensó que él estaba durmiendo a su lado. Pero se dio cuenta de que sólo había sido su imaginación en cuanto al día siguiente se despertó encontrando la habitación completamente vacía.

Empezaba a acostumbrarse a Lord Howard... y eso podía ser peligroso.

Muy peligroso.



## Capítulo 8

### *¿Soy rara?*

*¿Quieres mi opinión? Todos somos un poco raros. Y la vida es un poco rara. Y cuando nos encontramos con alguien cuya rareza es compatible con la nuestra, nos unimos con ellos y caemos en rarezas mutuamente satisfactorias —y lo llamamos— el amor verdadero.*

***Robert Fulghum.***

Lord Brandon Howard, Marqués de Suffolk, visitó a Sophia Peyton cada noche durante más de una semana. En ocasiones, se la llevaba a la mansión y en otras, se quedaba con ella en su recámara. Sophia se tornó adicta a él y a sus atenciones o, mejor dicho, a sus desatenciones. La joven ingenua afianzó su amor por aquel fantasma en medio de un idilio excéntrico.

Los baúles de la muchacha se habían llenado de vestidos o camisones rotos a los que intentaba reparar durante el día con sus artes de costura. Sin embargo, ni con todo el empeño y optimismo del mundo, conseguía remendar con éxito muchos de los vestidos más caros que tenía. ¡Aquello era inaceptable!

Decidió no enfurecerse con la coyuntura de tener medio ropero hecho trizas y buscó un conjunto para estrenar esa noche. La hermana de Gigi, Elizabeth Talbot, oficiaba una celebración en honor a Margaret Trudis y Charles Newman por su compromiso. Por supuesto que asistiría toda la flor y la nata de la sociedad. Incluidas las beldades problemáticas al completo. Sería una gran fiesta.

Al final optó por un vestido de única pieza con crinolina y cintura ajustada. Nombrado el "vestido princesa". Los botones iban desde los pies hasta la parte superior pero eran disimulados con los pliegues de la tela y los volantes. De color hueso con decoraciones azules combinaba perfectamente con su color de piel. Para rematar, hizo que Clarissa le recogiera el pelo con un lazo y algunas flores frescas. Como el viaje hasta la casa alquilada de Elizabeth Talbot no era muy largo, podía permitirse el lujo de salir preparada para la ocasión.

Como buena inglesa y miembro del club de Almack's, no hizo uso de

ningún mejunje para el rostro salvo los ya conocidos polvos para cubrir las ojeras que, por cierto, estaban más remarcadas que nunca debido a los excesos nocturnos. No obstante, como tenía una piel envidiable, ella apenas necesitaba de pinturas para verse hermosa.

—¿Qué abanico va a llevar hoy, miladi? —preguntó Clarissa, abriendo un cajón enorme que estaba repleto de abanicos de toda clase. Lo había hechos de encaje o con puntilla, de seda o de algodón, de madera o de marfil, de Asia o de Europa, blancos o negros...

Sophia era una erudita de la moda. Cualquiera jovencita de su edad podía considerarse una entendida en la materia, pero lo de ella era obsesión. Si su estatus no se lo prohibiera, se hubiera dedicado a ello profesionalmente. Sabía que a principios de siglo se llevaban los vestidos llamados "imperio", una copia de los que se usaban en la regencia. De talle alto, exento de crinolina y sin corsé. En lugar del corsé se usaba la "zona", una tela que cubría y sostenía la parte del pecho. Sin embargo, el avance industrial y la mejora de algunas fábricas había traído consigo una evolución en las telas y la forma de enseñarlas. Se abandonaron los vestidos simplistas para usar esas enormes crinolinas y los corsés para soportar quilos de ropa que a veces se amontonaba en capas. Justo en ese momento, en el 1846, se llevaban los vestidos de manga larga y muy entallados y abultados en la zona de la falda. También, por influencia de la Reina Victoria, las damas tenían que ser mucho más recatadas y ya no se podían mostrar los pies como se solían mostrar en la regencia o a principios de siglo. Y lo que cualquier muchachita joven que se preciara, deseaba en aquellos instantes, era un *vestido princesa*.

Por eso, ella que, como no podía ser de otro modo, era la precursora de muchas tendencias en los salones, debía llevar esa noche un vestido a la altura. Los complementos eran, por otro lado, de igual forma indispensables.

—El abanico de seda azul será perfecto. Recuerde Clarissa que para las ocasiones formales siempre hay que usar seda, satén o terciopelo. Y este evento será de lo más exquisito. No conozco a Margaret Trudis ni a su prometido, pero la hermana mayor de mi cuñada es una dama muy influyente a pesar de sus reparos por aparecer en público. Estoy segura de que la Duquesa de Somerset, Audrey, también asistirá. Y nadie quiere perderse una festividad en la que Audrey esté presente.

—Las hermanas de la Condesa son muy importantes, miladi.

—Así es. Por eso, ahora que somos familia, tengo que estar a la altura. El Condado de Norfolk, aunque no tiene nada que envidiar, siempre estuvo dos o

tres escalones por debajo de los Cavendish, Duques de Devonshire —Cogió el abanico y lo removió por pura vanidad más que necesidad. —Falta la gargantilla de turquesas y diamantes.

—¡Oh, es verdad! —Clarissa se acercó a un joyero que cerraba con dificultad y sacó una caja de terciopelo rojo en la que había una de las joyas más caras de la familia Peyton. Esa gargantilla perteneció a Geraldine, la madre de Sophia. Era uno de los complementos favoritos de la dama por ser de un color muy parecido al de sus ojos y, por ende, a los de su difunta madre —. La pulsera, miladi.

—Un broche también, lo pondré en medio del cuello.

Sin lugar a dudas, sería la mujer más llamativa del salón. Nunca le faltó de nada, su padre la consentía y le regalaba todo lo que quería. Incluso una membresía honorífica en Almack's. De hecho, esa noche se reuniría con las otras mujeres del comité a las que hacía tiempo que no veía. ¿Qué diría la Marquesa de Londonderry si supiera de sus andanzas con el rufián de Lord Howard? ¡Ya podía imaginarse su cara al ver la cabina de tortura! ¡Seguro que se desmayaría! No evitó soltar una risita irónica, olvidándose de la presencia de su doncella mientras perfilaba uno de los tirabuzones dorados que le caían sobre su mejilla derecha.

—¿Estás lista? —la sacó de sus pensamientos Georgiana, que hacía una hora que la esperaba.

—Sí, cuñada. ¡Ya estoy! —Se levantó de un salto, se perfumó con esencia de rosas y salió corriendo.

Como era de esperar, causó sensación nada más llegar al lugar. Las mujeres menos envidiosas le preguntaron dónde había confeccionado su vestido y las más venenosas le hicieron saber, muy levemente, que era demasiado llamativo para una dama sofisticada. Los hombres la agasajaron con cumplidos y los jóvenes en busca de esposa le pidieron un baile. Los muchachos hacían cola en la mesa de Georgiana para que los apuntaran en su tarjeta de baile. Ella, tan brillante como de costumbre, hablaba con todos y sonreía sin descanso.

Cualquiera que la viera, pensaría que estaba haciendo un papel. Pero nada más lejos de la verdad. Sophia era de ese modo. Ni si quiera tenía tiempo para envidiar o celar a otras muchachas, porque estaba demasiado ocupada en ella misma y su coquetería que no era nada más que simpatía mal interpretada.

—Lady Sophia, su carabina no ha querido ofrecerme el baile de apertura. ¿Son imaginaciones mías o la siento distante? —le preguntó un angustiado

Lord Bruce con su casaca roja y tras las frases de rigor al verse después de tantos días sin saber el uno del otro.

—Lord Bruce lo cierto es que... —Era el momento de ser franca con el soldado. Si antes de conocer al Marqués tenía dudas en cuanto a sus sentimientos hacia el joven, en esos instantes cualquier resquicio de afecto había desaparecido por completo. Entre ella y el siempre atento Lord Bruce tan sólo podía existir una bonita amistad. Además, el joven era muy solicitado por las demás damas y no tardaría en iniciar un cortejo con alguna otra que suspirara por su pelo rubio y sus ojos perfectos.

—¡Lady Peyton! —saludó una pomposa Anne Stewart, Marquesa de Londonderry, interrumpiendo la conversación.

—Oh, querida Lady Stewart. ¡Cuánto tiempo! —repuso Sophia en un tono de voz mesurado y dulce: perfecto—. Lady Villiers, Condesa de Lieven, princesa Esterharzy —saludó a las otras tres miembros de Almack's.

—Lady Peyton, la hemos echado mucho de menos en nuestras reuniones de los miércoles —manifestó la Condesa de Lieven, esposa del embajador ruso.

—Condesa, me halaga. Y de veras que me hubiera gustado estar presente cada miércoles; sin embargo, la lejanía de mi condado me impide acudir más de lo que desearía.

—Cierto, querida. Precisamente eso mismo le comenté ayer a Lady Villiers. ¿Verdad?

—Verdad, eso estábamos comentando ayer preguntándonos el porqué de su ausencia. Lady Sophia vive demasiado lejos de Londres. ¿Por qué no se muda a una casa de alquiler en la capital? La temporada está mucho más concurrida en la ciudad que en las afueras. Incluso Bath se queda pequeña.

Para ser sincera consigo misma, Sophia había planeado alquilar una casa en la capital para su segunda temporada. Pero el embarazo de su cuñada y la llegada de Lord Brandon Howard habían borrado esas intenciones.

—Es algo que debería consultar con mi hermano, ya sabéis que él es muy estricto en cuanto a mis salidas —argumentó parte de la verdad.

—Siempre tan correcta, Lady Peyton. Por eso es uno de los miembros más queridos de nuestra asociación. No hay nada que valoremos más que el prestigio y los modales —declaró la Marquesa de Londonderry, una belleza de pelo negro y delicadas formas. Saltaba a la vista que cuidaba de su aspecto tanto o más que de sus modales y, por eso, era una justa arbitra de la flor y la nata inglesa.

Sophia miró a su derecha para constatar que Lord Bruce había

desaparecido sutilmente tras algunas saluciones de rigor. ¡Qué pena no haber terminado la conversación! Le hubiera gustado dejar claros sus sentimientos. Vislumbró a las beldades problemáticas al otro lado del salón, no solían acercarse a ella cuando estaba con las mujeres del comité. Y lo entendía. Karen era vista como una rebelde sin causa por haber abierto una escuela femenina, Gigi era condenada por estudiar medicina, Diana era plebeya y demasiado simple, Helen un demonio y Catherine... En fin, Catherine había estado en la cárcel y había sido la protagonista de numerosos escándalos.

—Oh, miren. Ahí está la Duquesa de Somerset y Señora de Devonshire — admiró la Condesa de Lieven, mirando hacia una distinguida dama de porte intachable y magnánima presencia. Se trataba de Audrey, la hermana mayor de su cuñada, la mayor de todas. Estaba acompañando a Elizabeth Talbot, la anfitriona. Era hermosa, de pelo negro y ojos azules impasibles.

Las Cavendish eran cinco hermanas y era imposible distinguir cuál de ellas era más hermosa o más educada. Aunque Karen quedaba relegada por sus ideales progresistas, era un imán en las fiestas por su terrible atractivo y gran personalidad.

—Ha tenido una gran suerte de formar parte de su familia, Lady Peyton — comentó Lady Villiers, arrugando su pequeña nariz graciosamente.

—No podría estar más de acuerdo con usted, Lady Villiers. Mi cuñada Georgiana es el orgullo de Norfolk.

—Sólo le faltan los sobrinos, Lady Peyton.

Sophia asintió guardándose el secreto de Gigi. Por el momento, su cuñada no quería que se supiera nada de su embarazo. Era muy celosa con su intimidad desde lo sufrido con Virgin.

—¡Oh! ¡Dios mío! —Se llevó la mano sobre el pecho la Condesa de Lieven.

—¿Qué ocurre, querida? —se preocupó Lady Stewart.

—Ese hombre... —expresó, pálida y con la voz temblorosa—. Ese hombre...

Sophia siguió la mirada de la dama rusa hasta dar con Lord Brandon Howard. Se tensó al momento, deseando que los latidos de su corazón no llegaran a los oídos de las presentes. Para disimular, aceptó un canapé que el sirviente le ofreció. Es más, abrió su abanico y se ventiló como si ignorara quién era el hombre en cuestión.

—¡Hable, Lady Dorothea! ¡Por el amor de Dios! ¡Conseguirá que nos salga urticaria de la ansiedad! —imploró una desesperada princesa de

Austria, Esterharzy.

—¡Ese hombre es Lord Brandon Howard!

—Pensaba que Lord Howard era un anciano —Lady Stewart se llevó los impertinentes sobre los ojos para ver mejor al fantasma—. ¿Por qué se exalta tanto?

—Él es el hijo del difunto Lord Ismael Howard, por eso es que no es un anciano. Lo confundes con su padre —explicó la Condesa de Lieven como si lo conociera muy bien bajo la atenta mirada de una Sophia que hacia su mayor esfuerzo por no recordar la cabina de tortura y todo lo demás—. Y no puedo hacer otra cosa que exaltarme cuando ese hombre me abandonó en el altar.

—¿Qué?

Un coro de "qué's" se extendió entre las damas de la agrupación puesto que no estaban acostumbradas a hablar de esos temas tan íntimos y escandalosos si eran ellas las afectadas directamente. Sophia la miró seriamente, la Condesa y esposa del embajador era ocho años mayor que ella, por lo que era perfectamente posible que hubieran coincidido en el tiempo ella y Lord Brandon Howard.

—¿Es necesario sacar a relucir algo tan viejo, querida? —Se abanicó con ímpetu la Marquesa de Londonderry.

—Sí, cuando con ello puedo alertar a las jóvenes casaderas. Mucho cuidado con este hombre, Lady Peyton. Aunque estoy segura de que usted no le prestará la más mínima atención teniendo a pretendientes tan sanos y llenos de vida como Lord Bruce.

Sophia sonrió con los colores en las mejillas, tuvo suerte de poder aparentar bochorno por lo que Lady Dorothea acababa de contar; de lo contrario, temía que a través de sus pupilas pudieran ver lo que ella había visto de Lord Howard.

—Precisamente porque hace muchos años de aquel ignominioso asunto y porque estoy felizmente casada con el embajador, les voy a contar qué sucedió exactamente. Así sabrán a qué clase de personaje nos enfrentamos y sabrán cómo apartarlo de las muchachas más ingenuas.

—Comprendemos sus intenciones, Condesa. Hable, somos todo oídos —instó la princesa.

—Estaba en mi primera temporada. Pueden imaginarse que hace mucho tiempo de aquello. Yo era una joven solícita y muy cotizada, aunque todavía no sabía hablar correctamente el inglés. Por eso, la madre de Lord Brandon Howard insistió en que su hijo entablara relación conmigo.

—¿Él es ruso?

—Medio. Su madre era rusa, al igual que la suya Lady Peyton. Su madre era una belleza, una dama intachable...

—Pero yo pensaba que su madre había muerto cuando él era un muchacho.

—¿Lo conoce, Lady Peyton? —preguntó Lady Villiers.

—Es mi vecino —dijo de la forma más neutra posible.

—¡Oh! ¡Por supuesto! —exclamó Lady Dorothea—. Su mansión queda al lado de la suya, ahora me acuerdo. ¿Ha hablado con él algún día?

—Lo que las normas del protocolo me exigían, Lady Dorothea —sonrió quedamente.

—Mejor que se mantenga alejada.

—Pero continúe, Condesa.

—A duras penas hablamos un par de veces, en esos tiempos no éramos tan demandantes como ahora. Aquello nos bastó para que nuestros padres nos prometieran. Sin embargo, cuando iba a anunciarse nuestro compromiso públicamente... Sucedió algo terrible —Se llevó el abanico sobre los labios. —Lo encontraron con otra mujer en una de las habitaciones de mi propia casa.

—¡Un libertino!

—¡Un engatusador!

—Así es. Lo hallaron con una mujer que nadie supo identificar porque llevaba una máscara y salió huyendo. Sospechamos que se trataba de una...mujer de vida alegre. El escándalo llegó a oídos de todos los invitados y, por supuesto, que mi padre anuló el compromiso antes de que se anunciara. Al poco tiempo, mi esposo pidió mi mano y siempre he dado gracias a Dios por haberme liberado de semejante cretino. Perdonen mi lenguaje.

—Tuvo mucho suerte de conocer sus vicisitudes antes de contraer nupcias, Lady Dorothea —convino Lady Stewart, mirando de reojo al susodicho.

Sophia miró hacia el embajador de Rusia, un hombre bajo y obeso por su obsesión de la comida. Y luego miró hacia Brandon. Por ser de edades similares, era mucho más apuesto Brandon. Sin embargo, aquel suceso que contaba la Condesa era bastante desagradable y lo dejaba en muy mal lugar, haciendo del rechoncho embajador un partido inmejorable.

—Y no lo encontraron besándose con esa mujerzuela ni nada por el estilo, la cosa iba más allá... Lady Peyton, tápese los oídos que es usted todavía una mujer soltera.

Sophia hizo ver que se tapaba los oídos.

—La mujer lo estaba pegando con un látigo —susurró mientras Sophia

hacía esfuerzos por hacer ver que no había oído nada. ¿Una mujer pegando al dominante y controlador de Lord Howard? ¿Cómo podía ser? ¿Quién era su mujer? ¿Seguiría viva? ¿Sería el verdadero amor de su caballero oscuro? — Ya está, querida. Ya puedes escuchar —La joven apartó las palmas de sus orejas. —Al poco tiempo, su madre murió. Dicen que se suicidó por la vergüenza.

—¡Eso es terrible! ¡Pobre mujer!

—Los murmullos sobre que Lord Brandon había matado a su madre indirectamente corrieron como la pólvora y al poco tiempo desapareció. Su propio padre lo mandó al extranjero, despidiéndose de su único hijo.

—¡Qué lástima! ¡Los caminos por dónde nos puede conducir el diablo!

—En conclusión: es un paria al que debemos mantener a raya.

—Quizás haya cambiado... —murmuró Sophia.

—¿Cambiar? Precisamente este tipo de personas van a peor con los años. Sobre todo si tienen gustos extraños. Definitivamente, cualquier dama que se precie no se juntará con él.

—Lady Sophia —nombró una voz grave.

¡Era él! El capullito de alelí pestañeó exageradamente un par de veces antes de girarse hacia el fantasma. Las juezas la miraron con ojos inquisitivos.

—Lord Howard —pronunció sutilmente.

—¿Me concederá el honor de bailar el vals?

—Mucho me temo que Lady Peyton tiene su tarjeta de baile completa. ¿No es así, querida? —inquirió Lady Stewart mientras la Condesa de Lieven lo miraba con repugnancia.

La muchacha se aclaró la garganta y miró suplicante a su amante nocturno para que desistiera. Pero algo en los ojos negros de Brandon le dijo que no pensaba hacer tal cosa.

—Su carabina me ha dado permiso para preguntarle.

Sophia divisó a su cuñada, su guardiana de pacotilla que hizo un gesto de disculpa. Gigi temía tanto a ese hombre que era incapaz de negarle algo.

—Está claro que la Condesa de Norfolk desconoce su naturaleza. Pero nosotras no —escupió Lady Dorothea—. Como comprenderá no vamos a permitir que un miembro honorífico de nuestro comité baile con usted y mucho menos el vals.

*Voces de primavera* de Johan Strauss empezó a sonar y el fantasma le extendió su mano encuerada, sin dejar de observarla; desafiante. Habían pasado días maravillosos, al menos para Sophia aunque esas mujeres tildaran

sus preferencias de "extrañas" y "escandalosas". Por otro lado, le daba un poco de rabia que esas mujeres hablaran por ella. En un acto de rebeldía, de osadía y de espontaneidad... puso su mano enguantada con muselina blanca sobre el cuero negro del Marqués y lo siguió hasta el medio de la pista.

—¿Ya le han contado lo malo que soy? —quiso saber él en la segunda vuelta de la pieza mientras la apretaba contra su cuerpo de forma escandalosa.

—No me han contado maravillas, precisamente. ¿Dejar a una joven dama plantada el día de su compromiso? ¿Practicar técnicas satánicas en la casa de tus futuros suegros con otra mujer? Todo muy normal... viniendo de usted.

—Sí, supongo que Lady Dorothea no tiene un buen concepto sobre mí persona. ¿Le han contado quién era esa mujer?

—No. ¿Deberían? —Frunció levemente el ceño.

—No, no era nadie en especial —aclaró en tono de hastío.

*¿Qué esperaba? ¿Qué hubiera esperado? ¿Por qué se mostraba decepcionado?*

—Me temo que puedo pasar por alto sus escándalos, al fin y al cabo mis amigas son adictas a ellos... Pero lo que sí no comprendo es por qué... —bajó el tono de voz dos octavas y se acercó impudicamente a su oreja frente a los ojos indignados de los asistentes—. Por qué se dejaba azotar y a mí no me deja ni tocarlo. ¿Por qué siempre soy yo la que recibe?

Lord Howard soltó una sonora carcajada sorprendiendo a su compañera de baile que no lo había visto reír tanto hasta ese momento. Valía la pena que al día siguiente fuera la comidilla de los sectores más selectos.

—Cada día me sorprende más, Lady Sophia. Debo admitir que no me esperaba nada esto... Se somete a mis exigencias, disfruta con prácticas nada comunes en muchachas casaderas, pasa por alto que dejara a una mujer en el altar... Y lo único que le preocupa es saber por qué usted no puede azotarme.

—¿Soy yo la rara, entonces?

—Muy rara, miladi —contestó con una sonrisa torcida, pasándole la mano por la cintura y haciéndola saltar por los aires en una pirueta que daría de qué hablar durante los próximos veinte años—. Pero me gusta lo extraño —confesó a media voz, casi inaudible pero llegando a los oídos de Sophia y por ende, a su corazón.



## Capítulo 9

### *Baño de sangre*

*Un hombre que piensa en la venganza mantiene sus heridas abiertas*  
**Francis Bacon.**

Las damas del comité organizador de Almack's, furiosas a más no poder por el comportamiento de Sophia, habían hecho un hueco en su apretada agenda a fin de informarle de que era una vergüenza para la asociación. Ella, dijeron, siempre había tenido fama de ser coqueta y desmedida pero nunca vulgar. El hecho de haber bailado el vals con ese paria de una forma tan desvergonzada y poco decorosa, la dejaba fuera de cualquier evento distinguido que ellas prepararan. Ya se arrepentiría de su incursión en la vulgaridad, prosiguieron, cuando estuviera prometida o casada con un libertino demasiado mayor para ella que la obligaría a practicar técnicas satánicas para después restregarle su infinita lista de amantes por las narices. Según sus predicciones, tenía mucha suerte de estar emparentada con las hermanas Cavendish puesto que de otro modo, nadie la hubiera vuelto a invitar a ninguna casa de prestigio.

La beldades problemáticas también se encargaron de darle su opinión una a una antes de abandonar la fiesta de Elizabeth Talbot en honor a Margaret Trudis y su compromiso:

—Thomas siempre decía que tú eras la excepción de la familia. Pero después de esto, creo que deberá retractarse —afirmó su cuñada, al borde de un ataque de nervios—. ¿Cómo se te ha ocurrido abrazarte a él en medio del salón? A decir verdad, lo que yo hice el año pasado fue mucho más grave que bailar un vals subido de tono. Claro que en tú caso nadie esperaba algo similar y mucho menos yo, que deberé soportar una buena regañina por parte de tu hermano. Sólo espero que Lord Howard pida un cortejo formal para que la cosa no vaya a más. Sin embargo, y escucha a esta mujer que ha luchado por su futuro, no te dejes amedrantar por las habladorías ni por el atractivo del Marqués. Decide tu futuro. Yo sólo cumplo con el papel que mi esposo me ha encomendado pero ya sabes que no existe nadie más a favor de los derechos de la mujer que yo.

—Lord Howard me parece muy atractivo —Ésa fue Catherine—. Además,

ha sido muy amable contigo desde que ha llegado de Rusia. No lo he visto mirar a ninguna otra mujer que no fueras tú. Yo tampoco me hubiera resistido a bailar un vals con mi adorado Marcus si me lo hubiera pedido en mi época de casadera. Y me hubiera importado un reverendo bledo lo que la gente dijera. Hasta lo hubiera besado con ímpetu si hubiera sido menester.

—Cuando me casé con Henry lo hice por los motivos equivocados. El escándalo nos llevó a la unión —Ésa fue Diana—. Tuve la gran suerte de que nos enamoráramos con el tiempo. Porque de igual manera hubiéramos podido terminar siendo un par de infelices. Así que si decides continuar con Lord Howard, asegúrate de que sea por tus sentimientos y no por "el qué dirán".

—Olvídate de lo que diga esta gente, Sophy —Karen también encontró su momento—. Si no deseas seguir con el fantasma, no lo hagas. Estos pomposos engreídos no compartirán el lecho con el Marqués ni deberán tener hijos con él. Si lo deseas, puedes venir a pasar unos días en mi casa lejos de las habladurías —Sus ojos inquisitivos la miraron fijamente—. Aunque si te gusta, es bienvenido a la familia. Al menos en la mía. Un rarito más...

Thomas llegó a la mañana siguiente con el semblante serio. Su hermano era un hombre de pelo negro y ojos grises muy alto y delgado.

—¡Hermano! ¡Cuántos días! —saludó ella como de costumbre, lanzándose a sus brazos. Él aceptó el abrazo pero rápidamente la separó. No estaba de humor, algo no andaba bien. ¿Se habría enterado de lo sucedido? No le extrañaría puesto que los rumores en Inglaterra corrían como la pólvora. ¿Era para tanto? ¡Sólo había sido un baile! ¡Sí, lo había abrazado! ¡Sí, dio piruetas propias de una cabaretera! ¡Sí, se acercó a sus labios en repetidas ocasiones! ¿Pero hacía falta poner esa cara? ¿Si hubiera sido Lord Bruce la reacción hubiera sido la misma?

*¡Oh! ¡Lord Bruce! El pobre quedó completamente frustrado después de lo ocurrido. Seguro que desistiría en su empeño por cortejarla, esta vez sí.*

—Espérame en mi despacho —fue toda respuesta de Thomas, dejando su maletín de médico sobre una mesita y ordenando que le prepararan un baño.

—¿Ocurre algo?

—¡Dios! ¡Sophia! ¿No puedes hacer lo que se te pide por una vez en tu vida? ¿Sin preguntas?

La joven, que siempre había sido terriblemente consentida por los hombres de la familia, aquella frase le sentó exageradamente mal por muy simple que fuera. Bajó la cabeza y se deslizó hacia el despacho donde se sentó tratando de retener las lágrimas. Escuchó algunos gritos de su cuñada y luego un fuerte

portazo que dio paso a un silencio abrumador durante treinta minutos, tiempo en el que Thomas estuvo bañándose. *¡Pobre Gigi!* Se sentía mal por haber causado una discusión entre su cuñada y su hermano. La culpabilidad empezó a recorrer sus entrañas para dar lugar a un miedo irracional en el que se imaginaba a toda su ropa hecha trizas al descubierto.

*¿Qué diría Thomas si encontrara su baúl de ropa rota?*

El sonido de la puerta la sacó de sus pensamientos. Una sombra alargada cubrió la mesa hasta que el dueño de la misma decidió sentarse frente a ella, al otro lado del escritorio. Apoyó los codos en el reposabrazos y unió las manos por las yemas de los dedos. Le recordó mucho a su difunto padre.

—Me has decepcionado —le dijo—. Hemos enterrado a nuestro padre hace unos meses... Acordamos que no vestirías el negro, pero que reducirías tu presencia en los eventos sociales.

—¡Y lo he hecho! —se excusó, indignada. *¿Cómo se atrevía a cuestionar su dolor?*

—También acordamos que no aceptarías el cortejo de ningún hombre salvo que fuera algo sumamente formal y bendecido por la familia. Sin embargo, volviendo a mi casa, me veo con la obligación de escuchar que ¡mi hermana! (hizo especial énfasis en ese punto) ha estado bailando impudicamente como una cualquiera. Traté de controlarme y pensar que fuera Lord Bruce el hombre que te sacó a bailar, pero resultó ser un libertino que por poco te dobla la edad —Vio como cerraba sus puños con rabia y la miraba sin vacilación. A Sophy le corrieron las lágrimas involuntariamente. Sentía la decepción de su hermano sobre ella y resultaba muy doloroso—. Estoy seguro de que tendrás una explicación convincente que no me obligue a encerrarte de por vida.

*¿Cómo hubiera sido explicarle lo de la cabina de la tortura?*

—No te hacía un hombre de reproches —Serenó su respiración y acompasó su llanto, mirándole fijamente.

Lejos había quedado la niña risueña que Thomas había criado. Ahora tenía a una mujer con sus amores y desamores en frente de él.

—Es cierto —convino el Conde—. No voy a reprocharte ni a recriminarte nada más. Ni si quiera me interesa saber cómo ha podido ocurrir tal cosa. Simplemente, no quiero volver a verte cerca de ese hombre. ¿Queda claro?

—Haré lo que estime conveniente, hermano —replicó, sintiéndose perdidamente enamorada de Lord Brandon Howard.

—Sophia, alguien te está manipulando. Tú no eres así. ¿Desde cuándo me

replicas?

—Desde que soy una mujer y no una niña a la que podéis manipular a vuestro antojo. Tú y mi padre os pasasteis la vida haciendo y deshaciendo a vuestro antojo. ¿No tengo derecho a ser feliz? Si estuviera padre...

—¿Si estuviera padre también te lo prohibiría!

—¿Pero por qué? ¿Por qué debes prohibirme semejante cosa? ¿Qué tiene de malo Lord Howard? ¿Dices que alguien me está manipulando! ¿Qué absurdo! ¿Yo elegí bailar con el Marqués!

Los ojos plateados de Thomas se clavaron en los de ella severamente.

—¿Desde cuándo os veis?

—¿No me dijiste que no ibas a preguntar nada más?

—¿Por el amor de Dios, Sophia! ¿Contesta!

—¿Sólo fue un baile!

—¿No me mientas! —se exasperó, levantándose del sillón de un salto. Thomas estaba muy nervioso y no era normal en él. Solía ser un hombre de temperamento frío y extremadamente audaz. ¿Qué era lo que le estaba molestando tanto? —Sophia... —moduló su voz, acercándose a ella para acariciar su rostro—. Te están embaucando. ¿No lo ves? ¿Acaso ha venido Lord Howard a demandar un cortejo formal o, al menos, a pedir disculpas? Si le importaras lo más mínimo, lo hubiera hecho. En cambio, deja que la sociedad te humille.

Sophia abrió los ojos, removiendo sus pestañas doradas y apelmazadas por la humedad de las lágrimas. Su hermano tenía razón. ¿Por qué Lord Howard la expuso de ese modo si en el contrato se especificaba que toda debía ser en secreto? ¿Se habría enamorado de ella y ya no quería seguir con esas estúpidas condiciones? No. No podía ser amor de ningún modo porque si estuviera enamorado, se hubiera presentado en su casa esa misma mañana.

—Seguro que hay alguna explicación... —lo excusó, en su eterno optimismo.

—La única explicación que hay es que Lord Howard busca un duelo.

—¿Un duelo? —se sobresaltó, llevándose la mano sobre el pecho—. ¡No, Thomas!

—Por supuesto que no. No voy a darle esa satisfacción y, por otro lado, yo solo me reto en duelo con los caballeros.

—¿Pero por qué querría algo así? No lo entiendo.

—Sólo te pido que te mantengas alejada de él. Por unos días no habrá más bailes ni eventos sociales. Dejaremos que los rumores se apacigüen y

volveremos a nuestra vida normal. Tú conocerás a un joven con intenciones puras que sea tan hermoso y lleno de vida como tú... Mi niña, Sophia...—ultimó, cariñosamente.

La menor asintió y pidió permiso para retirarse. Estaba desolada. Lord Howard se estaba comportando de un modo más extraño de lo que había previsto. Llegó a pensar que dominaba la situación y que lo dominaba a él. Pero las actuaciones del Marqués se escapaban de su entendimiento. Siempre pensó que quería hacerle daño desde un punto físico y no era cierto, él deseaba lastimarla desde todos los puntos posibles y existentes. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho ella?

Esa noche Lord Howard no se presentó como lo había hecho durante los últimos nueve días. Le hubiera gustado verle para demandarle explicaciones y no sería capaz de cruzar el jardín con su hermano en casa. Así que, sin más remedio, aprovechó la ocasión para recuperar las horas de sueño perdidas. Mañana sería otro día. Sí, mañana el sol traería buenas nuevas.

Lord Howard Brandon vislumbró a su enemigo, Thomas Peyton, desde su mansión. Lo vio descender del vehículo y con la ayuda del monóculo constató que el semblante del demonio estaba descompuesto. *¡Sólo tenía que esperar para que lo retara a un duelo!* Seguro que se habría enterado de sus andanzas con su hermanita querida y querría reparar su honor.

Cabía la posibilidad de que Thomas no lo retara, intentando eludir el enfrentamiento ahora que su mujer estaba embarazada. Sí, sabía que Georgiana estaba en estado de buena esperanza porque se había encargado de saberlo todo lo referente a los Peyton. En ese caso, tan sólo tenía que seguir perjudicándole hasta provocar lo inevitable: un baño de sangre.

Visto desde otra perspectiva, era una incomodidad tener que prescindir de Sophia tan pronto. Se había acostumbrado a su presencia, a su cuerpo y a sus rarezas. Pero ella sólo era un daño colateral y un instrumento de venganza perfecto. ¿Habría desvelado lo acontecido? ¿Habría dicho que la había besado? Porque dudaba mucho que se atreviera a contar que había tocado su intimidad y que se había corrido en su boca repetidas veces. Hubiera sido fantástico que Thomas se enterara de aquello último. Ya se lo imaginaba retorciéndose de dolor e impotencia.

Se lo merecían. Todos los Peyton merecían sufrir. Por haber asesinado a Virgin, por haber obligado a su tío Dannis a suicidarse (el padre de Virgin),

por haber arruinado la vida de Geraldine y la de su madre Anuska... Charles Peyton, desgraciadamente muerto antes de que él mismo pudiera matarlo, había sido el culpable de todo. Y su hijo, la secuela de mal encarnado. ¿A quién quería engañar con esos trajes de última moda y su maletín de médico? ¡Iba de progresista! Y nadaba en dinero extorsionado. Usurero, miserable ave rapaz.

Lord Howard Brandon decidió esperar a Thomas Peyton, sabía que de un momento a otro comparecería frente a él. Después de nueve años. Tomó asiento en uno de sus sillones blancos y le pidió a su mayordomo, el señor Leon Cadbury, que se sentara junto a él para jugar al ajedrez. Terminaron dos partidas al anochecer, hora en la que cenó algo ligero para luego practicar esgrima en el salón de deportes.

\*\*\*

La mansión Howard tenía un aspecto terrorífico tanto por fuera como por dentro, pero tenía todas las necesidades y lujos que un Marqués pudiera necesitar. Blandiendo su espada escuchó unos pasos detrás de él.

Era de noche y tan sólo unas velas iluminaban la estancia.

No le hizo falta girarse para saber quién era.

—Thomas —nombró bajo la careta de esgrima con voz grave y exigente, dándose la vuelta lenta y maliciosamente hasta dar con el demonio.

—Brandon —repuso, con los ojos entrecerrados y una expresión glacial.

—¿A qué debo el honor de su visita, doctor? No me han anunciado su llegada. —Levantó la espada y la pasó cerca del brazo de su interlocutor.

—Ahórrate los cinismos, bastardo.

Brandon carcajeó.

—¿Bastardo yo? ¿O tú?

Thomas apretó los puños y se acercó a una de las espadas que estaban en el mueble.

—¿Un duelo? —inquirió el Conde de Norfolk, poniéndose en guardia con el arma entre las manos.

—¿Aquí y así? Yo hubiera preferido un duelo a muerte al amanecer — También se puso en guardia.

—No caeré tan bajo.

Esgrimieron sus espadas con mente fría y toques agresivos. Ambos tenían la misma altura, ambos eran temibles y ambos se parecían más de lo que

hubieran deseado. Por eso, en el combate quedaron igualados hasta dejar sus espadas apoyadas en el suelo. Habían descargado la furia a su manera y se habían hecho las heridas pertinentes.

—Estás sangrando —adujo Thomas al ver a Brandon con el hombro bañado de sangre.

—Apártate, curandero. No necesito tu ayuda, ocúpate de ti —Señaló el cuello rasgado de Thomas, del que salía un reguero rojo que impregnaba su camisa blanca.

—Deja en paz a Sophia —amenazó el Conde de Norfolk, pasándose sus guantes blancos por el cuello con el fin de retener la leve hemorragia.

—¿Por qué? ¿Te molesta que pueda hacérmela tan mía como tú? Tranquilo, a mí no me verá como a un hermano. Te lo aseguro.

—Brandon, te lo advierto. No quiero empezar una batalla inútil. Olvídate de ella. Sé que las jóvenes entusiastas nunca han sido tu debilidad, así que no me harás creer que te has enamorado de mi hermana. Lo único que pretendes es vengarte de cosas que deberías olvidar.

—¿Olvidar? ¿Olvidar qué? ¿Hermano? ¿Olvidar que tu padre violó a Geraldine cuando ella estaba embarazada de mi padre, de tu padre? ¿Olvidar que mi madre se suicidó por las amenazas de Charles Peyton? ¿Olvidar que le diste la espalda a tu propio padre cuando supiste la verdad? ¿Olvidar que Charles Peyton coaccionó a nuestro tío Dannis para que se tirara un tiro en la sien? ¿Olvidar que te casaste con nuestra prima para hacerla una desgraciada? ¿Olvidar que no tuvisteis miramientos de asesinarla?

—¡Estás equivocado! —bramó el diablo, removiéndole sus pestañas oscuras y su pelo negro—. ¡Yo no soy hijo de Ismael Howard! ¿Acaso no es evidente mi parecido con Charles Peyton?

—Geraldine estaba embarazada de Ismael Howard cuando tu padre la violó para que se casara con él mediante engaños y amenazas, como siempre...

—¡Mi padre, Charles Peyton, amaba a Geraldine! ¡Y jamás hizo tal cosa! ¡Fue tu padre quien abandonó a Geraldine estando embarazada! Luego ella perdió al bebé y se quedó en cinta de nuevo y, de ahí, nació yo.

—Nunca sabremos la verdad. Porque nuestros padres han muerto y sólo nos han dejado las dudas y los horrores de su pasado sobre nuestras espaldas. Quizás seas mi hermano o quizás no. Pero lo que no puedes negar es que Charles Peyton amenazó a mi madre, Anuska, hasta provocarle la locura.

—Lo único que hizo Charles fue pedirle el dinero que nos debía. Y que todavía nos debéis, por cierto.

—No te atrevas a decir tal cosa. Los Howard no deben nada a los Peyton.

—Revisé el libro de cuentas de mi padre y en él se mencionaba vuestro apellido y una suma de cien mil libras pendientes.

—¿No tuvisteis suficiente con enloquecer a Anuska? Charles la amenazó con desvelar sus orígenes a la sociedad... La amenazó con contar que era una trepadora, cuando en realidad era una santa mujer.

—¡Santa! ¡Una doncella que se embarazó del prometido de su señora! De ahí naciste tú. Bastardo.

—Bastardo eres tú.

—Dejemos el pasado. No somos niños. ¿Qué quieres, Brandon? — cuestionó, buscando los ojos de su contrincante a través de la careta de esgrima que todavía llevaba puesta.

—Quiero justicia. Justicia por mi madre, por mi tío y por mi prima. Mi madre enloquecida, mi tío muerto y mi prima asesinada. Desenterré el cuerpo de Virgin para confirmar lo que había descubierto, tenía su precioso cuerpo lleno de balas. Descargaron sobre ella al menos cinco rifles. Sin compasión.

—¿Desenterraste a Virgin? —Hizo una mueca de repugnancia—. ¡Si a duras penas hace ocho meses que murió! ¡Estás enfermo! ¡Por eso quiero que te alejes de Sophia! Ella es inocente y no sabe nada de todo esto. No se merece sufrir por causas que no la incumben. Para mi hermana éramos una familia feliz: mis padres, ella y yo. Lo que tenemos seguro es que ella es la única que nació del amor entre Charles y Geraldine. Por eso brilla, no es igual que nosotros. Es una muchacha joven, alegre y llena de vida que no se merece... —se detuvo, cansado de hablar con aquel hombre sin sentimientos—. Dime qué quieres de una vez.

—Quiero verte muerto —declaró—. Quiero que pagues por tus silencios cuando debiste hablar. ¿Por qué no nos apoyaste cuando Geraldine te contó que eras hijo de Ismael y no de Charles? ¿Por qué no nos defendiste cuándo Charles Peyton nos amenazaba por dinero? Callaste y eres cómplice de los pecados de tu padre.

—¡Mi madre estaba loca en esos momentos! Perdió el juicio y no le di más importancia de la que tenía. Lo que supe por mi padre es que la doncella de mi madre se embarazó de su primer prometido y Charles lo único que hizo fue darle la vida a Geraldine que Ismael no quiso darle.

En el pasado, Ismael Howard, Marqués de Suffolk y Charles Peyton, Conde de Norfolk, fueron grandes amigos además de vecinos muy bien avenidos. Pronto aparecieron en sus vidas las mujeres y los líos amorosos,

pero sólo hubo una mujer que se ganó el corazón de ambos: Geraldine. Geraldine era una perla rusa de pelo rubio y ojos celestes. Ella rápidamente aceptó el cortejo de Ismael, dejando de lado a Charles que siempre mantuvo su amor por ella en secreto. Los problemas llegaron cuando Geraldine e Ismael se prometieron.

La doncella de Geraldine, Anuska, se quedó embarazada de Ismael, rompiendo así el corazón de la belleza nórdica que no tardó en anular el compromiso para casarse con Charles y recuperar su honor. La trifulca se hubiera detenido ahí, si no hubiera sido por las diferentes versiones de los hechos que enfrentaron a dos familias de por vida.

Por un lado, Ismael decía que Charles había violado a Geraldine estando embarazada de él y que, por tanto, Thomas era su hijo. En cambio, Charles argumentaba que ese embarazo se perdió rápidamente dando lugar a otro en el que él era el padre. Hubiera sido sensato creer a Charles debido al historial de Ismael, que se dedicó a embarazar a embarazar a dos mujeres al mismo tiempo.

Sin embargo, las andanzas del Conde de Norfolk en la extorsión y la usura, ponían en duda su sentido de la honorabilidad. La única que hubiera podido esclarecer el suceso era Geraldine, pero cuando el asunto salió a la luz, ella ya no estaba en plenas facultades. Anuska tampoco supo aclararlo, explicando que para aquellos tiempos ella estaba demasiado ocupada con su propio bebé y en ocultar su procedencia con títulos comprados.

Fuera como fuera, aquellos enredos se habían olvidado hasta el día en que Ismael y Anuska necesitaron dinero y, no se les ocurrió otra cosa, que pedirselo a Charles. Se lo pidieron a él porque hubiera sido muy vergonzoso ir a un banco o a cualquier otra entidad. El prestamista, para cobrar sus intereses, no dudó en iniciar un chantaje emocional al matrimonio. Iba a delatar los orígenes de Anuska. Al poco tiempo, y sin poder soportarlo más, la mujer se suicidó. Claro que el escándalo de su hijo también ayudó a ello. Pero esa es otra historia digna de contar más adelante.

A Brandon le hubiera gustado vengarse en ese momento: parar a Charles. Pero no pudo porque su propio padre lo mandó al extranjero y empezó a trabajar como espía del país. El fantasma volvió a Inglaterra después de nueve años dispuesto a enterrar el pasado, pero cuando buscó a Virgin y no halló nada más que un cuerpo putrefacto... Decidió que no descansaría hasta ajustar todas y cada una de las cuentas pendientes.

—¿Por qué te casaste con mi prima? ¿No sabías que ella era diferente? —

reprochó.

—¿Cómo tú?

—Como yo.

—Nunca quise casarme con ella. Me drogó para que nos encontraran en la misma cama y me obligaron a esposarla.

—¿Por qué haría semejante disparate? ¡Ella odiaba a los hombres! ¡Y sobre todo a los Peyton!

—Por venganza, también —rio irónicamente el Conde—. Por vengar a su padre, tu tío Dannis. ¿No crees que las cuentas ya están ajustadas?

—No. Creo que alguien debe pagar por la muerte de Virgin. Y no pararé hasta quedarme satisfecho.

—¿Puede la muerte quedarse satisfecha algún día, Brandon? Estás vacío. No tienes nada que dar ni que sentir. ¿Cómo te quedarás satisfecho? Estás condenado a vagar por el mundo con esa condición.

—Tú no eres mucho mejor.

—No, soy peor. Pero al menos puedo gozar de una alma endiablada mientras que la tuya te abandonó al nacer. Seguramente por el pecado de tu madre...

Un duro golpe cayó sobre la nariz de Thomas.

—Está bien, ésta me la merecía —Se llevó la mano sobre el tabique—. No quiero matarte, Brandon. No lo quiero hacer... Hubo un tiempo, cuando no sabíamos nada de los problemas familiares, que fuimos grandes amigos.

—¿Amigos? Tú eras social e ibas de fiesta en fiesta mientras yo me quedaba en casa, en el jardín...

—Y mi hermana te iba a ver y te acompañaba en los momentos que yo no estaba a tu lado. Si lo meditas, nosotros te quisimos sinceramente...Mientras que tú...

—No soy capaz de querer —argumentó, angustiado—. Sé que existen esos sentimientos, pero nunca los he tenido. Ni si quiera con mi madre o mi padre... Lo único que soy capaz de albergar en mi corazón es una sensación de posesión y control. Por eso defiendo a los míos.

—No puedo batirme en duelo ahora... Voy a...

—Ser padre, lo sé.

—¿Cómo lo...? No importa —soltó el aire sonoramente—. Espera a que mi esposa dé a luz. Mientras tanto, quédate lejos de mi hermana.

—No es tu hermana... del todo.

—Aunque fuera hijo del mismísimo satanás —Hizo brillar sus ojos

plateados temerariamente—. Ella seguiría siendo mi hermana. Apártate de ella si no quieres que mande a un sicario por la noche que te rebane el cuello. ¿Quieres ajustar las cuentas? Lo haremos a tu manera. Te complaceré, por Sophia.

—¿Estás dispuesto a caer bajo por defenderla? ¿Te enfrentarás a mí públicamente para protegerla? —Se quitó la careta de esgrima que había llevado hasta ese momento, mostrando su rostro parcialmente iluminado por los candiles—. ¿Tanto la quieres? —meditó, recordando inevitablemente al capullito de alelí.

El Conde de Norfolk abandonó la propiedad. Esperarían unos meses, cuando Georgiana diera a luz, entonces se batirían en duelo. La única condición, era no acercarse a Sophia.

¿Sería capaz de hacerlo?

No amaba a esa muchacha, pero la sentía de su propiedad. ¿Soportaría verla en brazos de otro hombre? Era algo que no había previsto en sus cálculos: adueñarse de la vida de la joven.

# Capítulo 10

## *Beldades problemáticas*

*Un amigo es uno que lo sabe todo de ti y a pesar de ello te quiere.  
Elbert Hubbard (1856-1915) .*

Pasó dos semanas enteras clausurada en casa. Thomas no le permitió salir ni para comprar medias. Si quería cualquier cosa de la modista tenía que pedirselo a Clarissa o a su cuñada. Él decía que lo hacía por su propio bien, pero ella sólo veía en todo aquello una forma más de dominarla y manipularla. El castigo hubiera sido correcto si ella fuera una niña... ¡Pero no lo era! ¡Era una mujer lista para el matrimonio! Sí, estaba de acuerdo con que era necesario desaparecer durante unos días para acallar los rumores, pero estaba siendo sumamente exagerado al no permitirle ni dar un paseo por el parque.

—¡No puedo seguir rechazando invitaciones! —se envaró un día, al pedirle permiso a Thomas para acudir al baile de máscaras que los Raynolds ofrecerían ese mismo viernes. Su amiga Catherine la había invitado con especial interés y sería muy descortés rechazar la invitación de una persona tan cercana—. ¡Son los Duques de Doncaster! ¿Crees que puedo faltar a uno de sus eventos estando en plena temporada social? Además, Catherine Raynolds es una amiga íntima y no le sentará nada bien que no asista. ¿Quieres que pierda la amistad con una Duquesa?

—Estoy seguro de que si es tan amiga, sabrá comprender los motivos de tu ausencia —solucionó, sin mirarla y tras haberse negado a su petición en diferentes ocasiones.

—¿Qué motivos? ¡He faltado a cinco eventos! ¿No crees que las entrometidas de Almack's ya se habrán olvidado del asunto? Y aunque eso no fuera así... ¿No debería enfrentarlas como la hermana de un Conde que soy? ¿Por qué tengo que esconderme por un mísero vals? ¡Oh! No niego que fuera escandaloso... ¡Pero ni si quiera me besó!

—¿Has visto, querida? Ahora las muchachas casaderas hablan de besos como quien habla del tiempo —la ignoró el cabeza de la familia, mirando a una Gigi que hacía su mayor esfuerzo por mostrarse indiferente. Georgiana no quería discutir más con Thomas, ya lo había hecho varias veces desde que

llegó del congreso y tenía que mirar por el bienestar de su embarazo. No estaba de acuerdo con su proceder con Sophia, pero a final de cuentas, él era su hermano y ella poco podía decir.

—¡Estas siendo muy injusto! ¡Estás abusando de tu autoridad! —gritó, enfadada. Apretando los hoyuelos de las mejillas—. ¿Cómo voy a perderme esta fiesta? Si tengo una máscara preciosa de satén rosa que todavía no he estrenado... y que precisamente encargué pensando en este día... Karen, la hermana de Gigi, seguro que también irá. ¡Será el mejor baile de la temporada sin duda! Conociendo a Catherine no escatimaré en gastos... —siguió argumentando llena de entusiasmo, sueños y esperanzas—. Por algo su esposo es el hombre más rico de este país... Sería una oportunidad perfecta para volver a la sociedad puesto que todos iremos con antifaces y les resultará más difícil reconocermé. Oh, vamos... Thomas... —suplicó, levantándose de la mesa del desayuno para abrazar a su hermano con fuerza y mirarlo con ojos suplicantes de niña consentida. Porque eso era ella para Thomas, su niña consentida. No importaba que tuviera veinte, treinta o cuarenta años...

—¡Está bien! ¡Pero nada de quedarte a dormir! —concedió al fin, dejando el diario a un lado para tocar la cabecita dorada de Sophia.

—¿Cómo? ¡Pero si la mansión de los Raynolds está a seis horas de aquí! Lo más lógico es que me quede a pasar la noche...

—Es cierto, Thomas. Es imposible ir y regresar de un baile que está a seis horas si no nos quedamos a descansar. ¿O pretendes que viaje doce horas en un día conociendo mi estado?

—¡Haced lo que queráis! Sólo hay una condición, Sophia: mantente lejos de Lord Howard o de lo contrario te mandaré a Rusia con nuestra familia materna —declaró y amenazó, exasperado por tanta presencia femenina y levantándose para retirarse.

—Siempre me han amenazado con lo mismo: mandarme a Rusia. Ojalá lo hicieran de una vez, me encantaría visitar ese país. El país de mi madre... —sonrió Sophia cogiendo una tartaleta de fresas y sentándose de nuevo para terminar de desayunar.

—A mí también me atrae. Quizás algún día deberíamos ir de viaje —concordó Gigi—. Así conocería mejor vuestras raíces—. Por cierto, ¿no te parece muy sospechosa la actitud de Thomas con relación a nuestro vecino, Lord Howard? No me mal interpretes, entiendo que quiera protegerte de un libertino que no tuvo reparos en hacerte bailar vulgarmente frente a la sociedad... Pero es como si sus celos se basaran en algo más sólido y

contundente.

—Otro en su lugar, lo hubiera retado a un duelo —comentó, sin entender a dónde quería ir a parar su cuñada.

—Por supuesto. Pero él no ha hecho tal cosa y ni si quiera ha ido a hablar con Lord Howard para pedirle una explicación. Simplemente se ha limitado a prohibirnos una y otra vez que nos acerquemos a él.

—Cosas del diablo —concluyó la joven, olvidándose del asunto y dándole un buen mordisco a la fresa que tenía delante.

Gigi frunció el ceño. Su astucia Cavendish le decía que había mucho más detrás de todo eso, pero no iba a indagar. Quizás era el momento de ser un poco como Sophia, y dejar que las cosas fluyeran por sí solas.

\*\*\*

La fiesta de Catherine era y sería lo más ostentoso de esa temporada y las diez siguientes. El palacio del Duque de Doncaster brillaba por doquier: suelos de mármol, estatuas de oro y lámparas de lágrimas infinitas. Más de cien mil velas alumbraban las estancias, decoradas todas y cada una con sumo cuidado y detalle. Lacayos con sus mejores galas y mayordomos con guantes de seda fina importada desde las indias orientales corrían de un lado para otro con una mano puesta en sus espaldas.

Bandejas de oro repletas de uva, chocolates y un sinfín de manjares selectos importados desde Francia especialmente para la solemnidad del momento. Tartas confeccionadas por los pasteleros más cotizados decoraban los rincones mientras candelabros de oro puro se esparcían a diestro y siniestro con el fin de que nadie pudiera perderse nada del fastuoso evento.

Una mesa preparada para doscientos comensales con mantelería roja y vajilla de porcelana se erigía al medio del comedor donde se servirían los mejores platos cocinados por chefs especializados de la zona. Aunque los rumores decían que también había un chef traído de Alemania.

Malabaristas, bailarinas y juglares animaban el ambiente junto a una orquesta maravillosa capitaneada por una cantante de ópera veneciana.

La gente llegaba a la propiedad por un camino rodeado de sirvientes que sostenían platas de copas y canapés varios. Porque, como no, quien lo deseara también podía dar un paseo por los jardines delanteros que estaban tan embellecidos o más que el interior.

Se comentaba por los pasillos y por los jardines que incluso las paredes exteriores del palacio brillaban debido a que habían sido pintadas con

partículas de oro.

—¿Dónde está Catherine? —preguntó una eufórica Sophia a Karen.

Sophia iba disfrazada de Maria Antonieta: peluca blanca, punto negro sobre los labios, antifaz de satén rosa y vestido pomposo con escote pronunciado. Pocas personas la habían reconocido, tan sólo las bellas problemáticas hasta ese instante.

—Nadie lo sabe, sólo hemos visto a Marcus que va disfrazado de César —explicó una Karen disfrazada de pantera al lado de su marido Asher que iba de domador.

—Quizás esté con los preparativos —pensó Diana en voz alta, disfrazada de Hipatia con el Duque de Rutland, su esposo, al lado. Que, por cierto, sólo llevaba un antifaz negro.

—Conociéndola, hará una entrada triunfal —bromeó Gigi tras su aspecto de reina Elizabeth I. Thomas no quiso acompañarlas lo que, en parte, era un alivio para Gigi y Sophia que no deseaban más regañinas.

—¡Mirad! —Señaló al cielo Helen, removiendo sus plumas de ángel.

Fuegos artificiales adornaron el cielo vespertino hasta que un globo aerostático apareció entre las luces. Una marea de ovaciones recorrió la multitud que quedaron entre fascinados y asqueados por la comparecencia de Catherine en globo. Catherine, caracterizada de Emperatriz Romana, entró por todo lo alto descendiendo grácilmente del artefacto para luego hacer una reverencia que sus invitados no tuvieron más remedio que aplaudir.

—En algo hay que gastar la fortuna de Marcus —rio Karen, aplaudiendo con fuerza a su amiga.

—A mí me parece estupendo, aunque creo que los sectores más conservadores dirán que es mal gastadora y suntuosa —opinó Gigi, desde la razón.

—A Catherine eso le da absolutamente igual —sentenció Diana—. De hecho, hace todo esto para darle en las narices a aquellas personas que la insultaron cuando estuvo en la cárcel por deudas y no podía permitirse el lujo ni de comprar una barra de pan.

—A mí me encanta, sencillamente fenomenal —halagó Sophia, corriendo a saludar a la anfitriona que la recibió con los brazos abiertos—. Felicidades, es la mejor fiesta en la que he estado, sin duda. ¿Podré subirme al globo?

—Claro, después haremos grupos e iremos subiendo —contestó la Emperatriz Romana con una máscara blanca que sólo hacía que resaltar sus bellos ojos grises.

Las beldades problemáticas se reunieron, echando a sus maridos, y empezaron a hablar sin parar como solían hacerlo. Karen contaba cómo le iba la gestión de la escuela femenina, Gigi explicaba sobre sus estudios de medicina, Catherine narraba sus aventuras en América y Diana las hacía partícipes de su contribución en el orfanato de Redmile. En conclusión, hablaban de todo aquello que no podían hablar con otras mujeres ya que no las entenderían y las juzgarían.

—¿Y tú qué, Sophia? —cuestionó Karen, mirándola tras su máscara negra. Y llamando la atención del resto de las integrantes sobre ella.

—¿Yo? Como siempre... Cosiendo.

—¿Y miras mucho por la ventana mientras coses? —pinchó Helen, haciendo alusión a su vecino.

—Si mirara por la ventana, me pincharía —resolvió, abanicándose con fuerza como si con el aire pudiera apartar las preguntas.

—Oh vamos, queremos saber cómo te va con el fantasma —insistió Diana.

—¿Pero de qué habláis? ¡Sólo fue un baile! ¿Por qué os escandalizáis tanto por un vals? —mintió, ocultando los tocamientos y los besos nocturnos y clandestinos—. ¿Por qué no os escandalizasteis cuando Karen fue encontrada en medio de un bosque besándose con el Conde de Derby? ¿Por qué no le disteis importancia cuando Gigi huyó con Thomas sin estar casada? ¿Y Diana? A Diana también la encontraron en una situación escandalosa... De ti, Catherine, mejor ni hablemos.

—Sí que nos escandalizamos. Pero lo asumimos como algo normal de cada una... No esperábamos verte a ti en esta tesitura. Te imaginábamos con el perfecto soldadito de plomo...

—Oh, dejad de reiros de mí. Estáis siendo muy crueles... —se quejó mientras la abrazaban en grupo y reían. Se habían hecho inseparables, cada una con sus problemas y sus particularidades... Y sólo quedaba Sophia para casarse.

—Lady Peyton —escucharon a sus espaldas una voz llena de esperanzas. Era Lord Bruce.

—La he reconocido por su inmejorable gusto a la hora de vestir. Está usted radiante, como siempre —halagó un soldado disfrazado de soldado del año 1750.

—Oh, gracias, Lord Bruce —contestó, recomponiéndose del abrazo grupal y viendo como las chicas iban desapareciendo paulatinamente hasta quedarse

sola con el joven. *¡Carabina de pacotilla!*

—Disculpe que no le haya mandado ninguna carta en estos días. He estado muy ocupado y...

—¿Por qué se está disculpando, Lord Bruce? —Era el momento de esclarecer la naturaleza de su relación con el casaca roja que ahora era azul por el cambio de época.

Sophia había pasado días aislada. Lord Howard no la visitó ningún día, pero no por eso su amor por él había disminuido. Y aunque no llegara a ser su esposa, por causas evidentes; no sería capaz de casarse con ningún otro hombre conociendo lo que era el amor verdadero. Sólo traería la desgracia a ese matrimonio por conveniencia.

—Creo que mi actitud, de por sí afable, ha podido crearle ciertas expectativas que... —inició la joven, pero el caballero la cogió de la mano y tiró de ella hasta una zona apartada.

—Antes de que me rechace —Cogió una rosa del jardín y la cortó para entregársela—. Quiero decirle que usted es para mí como esta rosa que acabo de ofrecerle.

Sophia, recuperándose del estupor inicial, aceptó la rosa que Lord Bruce le estaba ofreciendo. Estaba confundida, por lo que su aceptación fue casi mecánica e instintiva.

—Es usted todo lo que un hombre puede desear: joven, bella, fresca, hermosa y llena de vida. Como la rosa. Supongo que por eso usted huele a rosas... Porque es el perfume que su misma naturaleza emite.

Era encantador. Los ojos azules y perfectos de Lord Bruce se clavaron en ella, adorándola y amándola en secreto. Era el pretendiente con el que cualquier casadera soñaría...pero ella ya le había entregado su alma a Lord Howard. Los ojos celestes de Sophia se impregnaron de dulzura, compasión y culpabilidad que intentó expresar mediante palabras pero que su acompañante no le permitió hacerlo.

—Permítame que la corteje formalmente. Mañana mismo iré a hablar con su hermano. Deseo hacerla mi esposa, colmarla de atenciones y amarla como se merece.

Sophia pensó que Lord Bruce había desistido en su cortejo en cuanto la vio bailar el vals con el Marqués de Suffolk. No obstante, el ímpetu y el afán de conquista del soldado iban más allá de eso. Tanto así que justo en esos momentos estaba pasando la enorme mano por sus mejillas, acariciándola suavemente.

—Estoy aquí, a su lado... Para ir a dónde le apetezca, Lady Peyton. Al altar, por ejemplo. Su piel, es tan fina... —Siguió acariciándola. Haciendo rodar los dedos por su faz delicadamente—. Déjeme ser su escudo —La abrazó, emocionado para soltarla rápidamente—. Basta de oscuridad, de soledad... Permítame ser su compañero de vida, su luz.

—Yo...Lord Bruce. No comparto los mismos sentimientos. —Se apartó bruscamente, sin dejar la rosa.

—¿Es por ese Lord Howard, verdad? Desde su llegada la he visto muy cambiada...

—En mi consideración, está usted hablando de cosas que no entiende y no debería hablar tan a la ligera sobre mis sentimientos o mis actitudes puesto que no me conoce en profundidad.

—Perdone a este joven impetuoso que lo único que desea es conocerla, como bien dice, no la conozco pero es ese mi mayor anhelo y la razón de mi existencia. Anhelo saberlo todo sobre usted...Lady Peyton.

—Mucho me temo que no nos une nada más que una bonita amistad...

—¿Y no es la amistad la base de cualquier relación?

No, pensó Sophia. Recordando su extraño vínculo con Lord Howard. Empezaba a sentirse incómoda con la situación y no sabía cómo salir de ella sin lastimar a Lord Bruce. Quería irse, eso era todo. Y así lo hizo, inició una carrera lejos del soldado hasta volver a la multitud donde se paró a admirar una escultura que en realidad le importaba bien poco pero que le servía de excusa para recuperar el aliento antes de iniciar una conversación con alguien más.

¿Por qué Lord Bruce era tan insistente? ¿Acaso no le había dicho que no compartía sus sentimientos? ¿Acaso pensaba que se trataba de vanidad femenina cuando lo rechazaba? Lo único que le quedaba era ser desconsiderada con su sufrimiento y hablar de forma hiriente... ¿Pero por qué llegar a ese punto? ¿No era bonita la amistad? ¿No podían ser amigos un hombre y una mujer?

—¿Un copa? —preguntó un lacayo a su lado, sacándola de sus pensamientos.

Ella no bebía; de hecho, se lo tenían prohibido. Pero aceptó, necesitaba algo que la empujara a decirle a Lord Bruce que era muy infantil e indigno de su mano porque ella ya amaba a otro. Se llevó el champán a la garganta, sintiendo el burbujeo en su cuello para luego sentir un leve mareo que la incitó a coger otra copa.

—¡Eh! ¡Sophia! ¿Desde cuándo bebes? —inquirió Karen.

—No importa, nadie me conoce salvo vosotras y Lord Bruce —explicó, con su tercera copa en la mano—. Así que por hoy haré lo que me dé la gana y aprovecharé para sacarme de encima al soldadito de plomo —rio, producto de la embriaguez.

—Está bien, querida —dijo Karen, enarcando una ceja mientras le quitaba el champán de las manos y le ponía una limonada en su lugar—. Pero con lo que has bebido tienes suficiente. Quieres estar espabilada y no inconsciente.

—El alcohol es malo, Karen. Un pecado... —habló, dando un sorbo largo a la limonada—. No voy a beber nunca más, prohibido.

—Vamos, ven. El baile ha dado inicio en el interior.

—¿Y la cena?

—Se ha suspendido, han querido pasar directamente al baile porque los canapés, los chocolates y demás ya nos han llenado... Es muy informal esta fiesta.

—¿Eso ha sido decisión de Catherine?

—No, ha sido una decisión entre todos.

—Pobre Catherine —se lamentó Sophia—. Con el dineral que se ha gastado con los platos...

—Puede que se sirvan mañana en la comida. De hecho, no han desmontado la mesa... Así que sí, seguro que mañana comeremos lo que debimos cenar hoy.

—Qué gente más extraña, qué fiesta más rara... Todo es raro. ¿No puede haber un poco de normalidad? Pero claro... Estamos hablando de Catherine, la emperatriz romana que ha bajado de un globo aerostático para entrar en su propia fiesta.

—No conocía esta faceta tuya —rio la pantera—. Mira, allí están las demás. Y sí, tienes razón, no vuelvas a beber nunca más. No te sienta bien. Yo tampoco bebo aunque las malas lenguas digan que sí. No es la solución de las cosas, emborracharse. Al contrario, puedes terminar muy mal.

Se unió al resto de beldades que quedaron tan sorprendidas como el resto por verla de ese modo. Gigi le mojó la frente disimuladamente con un paño.

—Estoy bien, dejad de preocuparos y disfrutad de la fiesta. ¡No estoy hecha de cristal!

Con el desconcierto, la multitud y las ganas de estar a solas, huyó de las beldades. Necesitaba encontrar a Lord Bruce, se sentía valiente para decirle la verdad. Anduvo de un lado a otro, por diferentes salones y pasillos

abarrotaos de gente que hacían lo que les deba la gana bajo la impunidad del disfraz. No encontraba al soldadito, pero vio a algo mucho más interesante: el fantasma. ¿Qué hacía allí? ¡Si él odiaba los eventos sociales!

\*\*\*

Brandon Howard había sido destinado por "*los de arriba*" a la fiesta de Catherine Reynolds para sacarle información al embajador ruso que, de seguro bebería en exceso y hablaría más de la cuenta. Ayudado de una máscara negra lo bastante grande como para cubrirle casi todo el rostro, se presentó en el lugar ostentoso y multitudinario.

*¿Estaría Sophia? ¿Thomas le habría levantado el castigo?*

Sacudió esas ideas de la cabeza. ¿Qué le importaba a él esa niña? Había ido ahí por trabajo y debía mantener su mente fría. Dio pasos seguros y discretos por la propiedad hasta dar con un hombre rechoncho y bajito con el que rápidamente conectó. Le mintió diciéndole que era un invitado ruso y allí se estableció el punto de conexión. Lo invitó a una copa y después a otra hasta obtener la información que iba buscando.

Trabajo hecho. Era momento de retirarse, pero justo cuando se paró en un pasillo para buscar la salida, Maria Antonieta lo besó en los labios. Lo besó sorprendentemente, sin que él lo hubiera visto a venir.

Miró con el monóculo a la mujer que corrió lejos de él sin dejar de sonreírlo. A unos metros, Maria Antonieta se levantó la máscara mostrándole su verdadera identidad. Sophia rio encantadoramente traviesa y juguetona... Para cubrirse de nuevo y salir corriendo. ¿Pretendía que la persiguiera? ¡Qué estupidez!

Lord Howard suspiró hondo y empezó a seguir los pasos de Lady Sophia Peyton. Sin saber por qué, sin saber qué tipo de influencia tenía ella sobre él.

○○○○○

# Capítulo 11

## *¿Eres mía o no?*

*Cuanto más posee el hombre, menos se posee a sí mismo.*  
*Artruro Graf. (1848—1913) Escritor y poeta italiano.*

Sophia corría rebotante de energía, radiante y dejando un rastro de rosas rojas tras de ella. Se deslizaba entre la multitud girándose de vez en cuando para comprobar que Lord Howard la estaba siguiendo. Reía, fresca e inocente, como si nada en el mundo pudiera afectarle. Como si ella fuera el único ser vivo en la tierra exento de malicia.

Lord Howard la seguía con pasos apáticos, las manos en los bolsillos y mirándola con hastío. Pero aún con todo eso, no era capaz de dejarla sola. De marcharse sin más.

Llegaron al exterior, no había nadie puesto que la fiesta se estaba desarrollando en el interior. Sin embargo, la decoración, las luces y el globo aerostático seguían en el mismo sitio. Sophia continuó corriendo hasta llegar a una terraza empedrada con arbustos perfectamente cortados y bancos de granito.

—Lord Howard Brandon —Se giró de golpe, levantando el dedo índice y encarando al fantasma—. ¿Se puede saber dónde ha estado durante este tiempo? Le recuerdo que tenemos un contrato —habló con voz achispada—. Exijo una explicación.

—¿Ha bebido, Lady Sophia? —preguntó, como si estuviera enfadado. Se quitó el chaqué y se lo pasó alrededor de los hombros en un movimiento rápido y airado.

—No me convencerá con galanterías impropias de usted. No, no... —negó frenéticamente con el dedo índice que seguía alzado—. ¿Por qué no ha cumplido con el contrato? ¿Ha sobrepasado los límites y merece un castigo!

—Punto número 4 del contrato —informó él como si se tratara de un monje leyendo la biblia—. "Esta relación puede terminar en cualquier momento. Tanto por mí parte como por su parte. No hay ataduras".

—Punto número 2 del contrato —lo imitó Sophia—. "No dirá nada de lo que ocurra entre nosotros a no ser que sobrepase los límites...". Si se trataba

de un secreto... ¿Por qué me obligó a bailar un vals escandaloso en público? ¿Frente a la prometida a la que dejó plantada y que, por cierto, es un miembro honorífico de Almack's?

Brandon apretó los labios, pero no dijo nada.

—Todos pensáis que soy una cabeza hueca... Pero no, milord. Lo he pillado —continuó—. Dígame, ¿por qué quiso que el mundo se enterara de nuestra relación? —Lo cogió por los brazos, buscando en sus ojos respuestas.

—Lady Sophia, no está usted en condiciones de entablar ningún tipo de conversación que requiera la más mínima seriedad. Vaya a buscar a su carabina.

—¿Por qué? —Se apartó—. ¿Por qué todos me tratan como si me fuera a romper de un momento a otro? ¿Por qué debo ir a buscar a mi carabina? ¿Esta noche seré libre y haré lo que me apetezca! —resolvió, queriendo parecer enfadada pero sólo conseguía parecer encantadora—. Por ejemplo, me subiré a ese globo y volaré alto —Corrió hacia la nave voladora y se metió en la cesta trepando por una de las escaleras.

—Baje de ahí, Lady Sophia.

—¡Vamos! ¡Suba! ¡Volaremos a un mundo en el que no existan los secretos ni los engaños! ¡Volaremos a un mundo en el que sólo estemos usted, yo y sus manías!

—Se está comportado como una niña consentida, miladi.

—Oh, ¿no me diga? —canturreó desde la cesta—. ¿Y qué va a hacer? ¿Me va a castigar? Ya no puede porque ha roto el contrato... No hay límites, Lord Howard.

El fantasma de camisa color crema y pantalón oscuro, subió a la cesta de un salto y aprisionó al capullito de alelí entre los brazos, con fuerza.

—¿De qué va disfrazado Lord Howard? —consiguió articular Sophia en el intento de no desmayarse por la impresión.

—De su monstruo personal, Maria Antonieta. Es la noche de su ejecución...

Inclinó su cabeza y se apoderó de sus labios con necesidad y urgencia. ¿La había echado de menos? El beso no tuvo nada que ver con los que ya se habían dado. Era un beso ávido y caliente. Sophia se dejó llevar por la lengua de su amante y se abrazó a su torso con fuerza como si la vida le dependiera de ello.

—Lo amo, Lord Howard —confesó Sophia, al separar los labios.

El fantasma sintió ese pedacito de vida entre sus brazos, tiritando bajo sus besos y confesándole su amor.

—No me ame, Lady Sophia —La apartó dolorosamente, sin mirarla.

—¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

—Punto número 1 del contrato —musitó el hombre carente de alma—. "Se prohíben los sentimentalismos y los romanticismos de cualquier índole..."

—¡Olvídese del maldito contrato y béseme! —Se puso de puntillas, tiró de las solapas de su camisa y lo obligó a besarla. La obedeció, por primera vez en muchos años, obedeció a alguien. La complació robándole el aliento en cada movimiento y abrazándola de nuevo para que los cuerpos parecieran uno solo.

—¿Por qué no me teme? ¿Por qué no huye como el resto? —preguntó el Marqués, apartándose de su boca para coger aire.

—Ya hablamos de esto una vez, Lord Howard. No me iré, no me iré nunca. Porque el miedo que me provoca es tan placentero como sus besos y sus abrazos. Soy adicta a sus extrañezas, a sus palabras vacías y a su cuerpo sin alma.

Tiró con frenesí de los botones de su camisa, quería desnudarlo. Incluso llegó a cogerle el monóculo para jugar con él.

—No me toque... No lo haga —la paró, cogiéndole las manos entre las suyas encueradas.

—Lo voy a violar, Lord Howard. Y no me va a parar —Se deshizo de su agarre y volvió a los botones de la camisa.

—He dicho que no —imperó, grave.

—Y yo he dicho que sí —piuló—. Y ponga esta nave en funcionamiento, quiero volar.

—No debería beber, Lady Sophia, se pone usted muy autoritaria. Haga el favor de calmarse —pidió, apartándole de nuevo las manos—. O deberé castigarla.

—Castígueme, sí por favor. Hágalo —Se dio la vuelta y puso el culo en pompa.

Brandon soltó su segunda carcajada sincera junto a ella. Era muy gracioso verla con el traje de Maria Antonieta, el antifaz y el culo en popa demandando un castigo con una sonrisa amplia.

—Volemos, muñequita —concedió, bajando para desenredar los amarres y volviendo a la nave para encender el fuego que impulsaría el globo hacia arriba—. Pero debe mantenerse entre mis brazos en todo momento.

Sophia obedeció y una vez los arreglos estuvieron hechos para volar, se colocó entre los brazos del fantasma.

—Usted sabe hacer de todo, Lord Howard —admiró.

—He tenido que aprenderlo.

—¿Por qué?

—No haga preguntas.

—De acuerdo... —aceptó, observando como poco a poco iban ganando altura. Era fascinante, no había palabras. ¡Qué inventos!

—Hágame suya, Lord Howard. Aquí y ahora, en este momento fantástico que jamás se repetirá —demandó la muchacha, cuando ya habían cogido una altura constante y volaban a un ritmo pausado por arriba de los árboles—. Quiero ser su esposa, quiero ser la mujer que aguante sus locuras cada día de su vida hasta su muerte.

—Usted es mía, así la siento —confesó él, siendo lo único capaz de sentir y expresar.

—No seré completamente suya hasta que no me despose, milord. Una mujer sólo es propiedad de otro hombre si éste es su esposo...

Brandon enarcó una ceja y se sacó el antifaz para luego sacárselo a ella también. Se miraron el uno al otro, fijamente. Sophia sentía que su alma se iba y se introducía en el cuerpo de su acompañante en un acto generoso. Como siempre, su corazón latía ruidosamente, queriendo compartir su alborotada sangre con la putrefacta de su amor verdadero. Ella tenía tanta energía, sangre y bondad... Que le sobraba para darle un poco al Marqués.

—¿Y esta rosa? —reparó el fantasma en una flor colocada en su peluca.

—Oh, no me acordaba —temió—. No es nada...

—No me mienta. —La apretó con fuerza.

—Es de Lord Bruce... Pero no tiene derecho a enfadarse. No soy suya y no lo seré hasta que me haga su esposa.

Lord Brandon cogió la flor y la tiró al vacío para luego besarla de nuevo, con agresividad y fiereza hasta dejarle los labios enrojecidos.

—No intente manipularme, muñequita.

—¿Manipularlo? ¿Acaso no estoy diciendo la verdad? ¿No puedo casarme con quien yo quiera? Soy virgen y soltera —explicó sin sonrojarse, todavía bajo los efectos del alcohol.

—Es mía.

—No.

—Sí, lo es —Presionó sobre sus hombros hasta tumbarla sobre el suelo de la nave, asegurándose de que su chaqué hacía de almohada—. La voy a hacer mía...

—¿Y luego se casará conmigo? —preguntó ella, sintiendo el aliento del fantasma sobre sus labios y su cuerpo enorme sobre el suyo.

—¿Es la única manera de que usted sea de mi propiedad?

—Sí —sentenció ella.

—Entonces sí, me casaré con usted. Pero no espere...

—Ni rosas ni chocolates...

—Exacto —Le sacó la peluca para lanzarla por los aires y dejar su hermoso pelo rubio a la vista.

—¿Me lo promete?

—¿El qué?

—Que se casará conmigo después de entregarle mi virginidad.

—Sí, lo haré. Se lo prometo —dijo, sin estar muy convencido de que Thomas se lo permitiera, pero con el firme propósito de intentarlo.

—¿Me hará daño?

—No le haré daño, muñequita. Esta vez, no. Pero no se acostumbre. Todavía nos quedan muchas cosas por probar de la cabina...

—Lo amo, rarito mío —susurró mientras cerraba los ojos y se dejaba hacer.

La besó en los labios, la barbilla, en el cuello y en la garganta mientras ella se frotaba contra él; los pechos contra su torso y el abdomen contra su miembro. Le desabrochó el vestido en lugar de romperlo, liberando sus senos para jugar con ellos y lamerlos con una dulzura estudiada que a Sophia le sentaba muy bien. Tan bien que le cogió una mano y lo obligó a introducirla bajo su falda, para que tocara sus partes íntimas.

—Tóqueme —dijo ella con voz ronca de deseo abriendo sus ojos nublados de pasión.

Él obedeció y deslizó la mano hasta sus muslos y su intimidad donde la acarició con maestría. Le aferró la cabeza entre ambas manos y lo acercó a su pecho mientras gemía y se retorció de placer.

Brandon se desabrochó los pantalones, le aferró las caderas y la penetró. Lo hizo poco a poco pero ella no le permitió semejante delicadeza porque se apretó contra él llevada por la pasión y rompiendo con su virginidad. Le dolió y le sorprendió, gritando de dolor. Pero la vorágine de necesidad mutua instó al Marqués a seguir embistiendo.

Por increíble que fuera, ella se tensó un instante antes de que él derramara su líquido en su interior y entonces volvió a gritar, pero esa vez lo hizo movida por el abandono del clímax.

No compartieron el húmedo abrazo porque Lord Howard se separó rápidamente para sentarse a su lado. A ella le hubiera gustado que la abrazara... Pero suponía que le quedaba un largo camino por recorrer para que eso sucediera. Se acurrucó en su regazo y se quedó dormida mientras el Marqués la observaba.

El primer pensamiento racional o irracional, según se mire, de Brandon fue que por fin se había vengado de Thomas. Pero eso no significaba que por otro lado, se sintiera complacido por haber afianzado su posesión sobre Sophia. Cumpliría su promesa y se casaría con ella, ahora ella formaba parte de los suyos. Y él defendía a los suyos hasta el final. Así funcionaba su mente: normas, compromisos y lealtades.

Sophia se sorprendió al caer en la cuenta de que se había quedado dormida. Aunque no creía que a él le hubiera sucedido lo mismo. Tenía la impresión de que estaba despierto aunque guardara silencio.

Lo que había sucedido entre ellos era algo necesario. Se habían deseado mutuamente desde el primer día.

—Mañana pediré su mano a Lord Peyton —le dijo, confirmándole que no se había quedado dormido.

—Intentaré convencerlo yo también, porque hasta ayer se mostraba terriblemente reacio a que me acercara a usted. Cuando sepa que sus intenciones son serias, seguro que cambia de parecer. No creo que le importe que usted sea más mayor, quizás no es lo que él había soñado para su hermana pequeña pero deberá comprender que lo amo y que deseo pasar el resto de mi vida a su lado —Se colocó el vestido, tapándose los senos para abrazarlo y sentir el frío de su monstruo personal.

—Será mejor que volvamos —Se incorporó, zafándose de su abrazo para maniobrar en dirección al castillo de los Duques de Doncaster.

Tal y como había imaginado, al volver había una multitud mirando hacia ellos. Amontonados en la terraza y alrededor del espacio que había dejado el globo que estaba volando en esos momentos.

—Oh, ahora me acuerdo de que había prestado el globo a mi buena amiga Sophia y en un acto de caballerosidad, como no había nadie presente, Lord Howard se ofreció a conducirlo —escucharon mentir a Catherine, intentando disipar la multitud y llevarlos de nuevo al interior. Pero sus esfuerzos por encubrir a Sophia fueron en vanos porque no era la primera vez que ella y el Marqués eran vistos en una situación comprometedor.

Georgiana estaba pálida y se sostenía de su hermana Karen para no

desmayarse.

Lord Howard aterrizó, bajó sin mirar a nadie y ayudó a Sophia a hacer lo mismo tendiéndole su mano encuerada. Los gritos de indignación se esparcieron como la pólvora. Por fortuna, al menos, las mujeres de Almack's no estaban presentes puesto que Catherine no las había invitado.

—¡Sigamos con la fiesta! ¡Por favor! —insistió Cath, empujando al grupo de mirones.

—Queridos invitados, escuchen a mi esposa, por favor —pidió el Duque y entonces la multitud obedeció y desapareció dejando a solas al Marqués de Suffolk, Sophia, Georgiana y Karen.

—¿Quieres matarme de un disgusto? —imploró su cuñada—. ¿O quieres que tu hermano me mate? ¡Ay, Sophy! ¡Dios mío! —se alteró, llevándose la mano sobre el vientre.

—Cálmate, hermana —pidió la pantera.

—Mañana pediré la mano de Sophia a su esposo, Lady Peyton —aclaró el fantasma, sorprendiendo a las mellizas.

—¿Eh? ¿Ah sí? ¡Fantástico! —se animó de golpe la embarazada—. ¡Estoy segura de que mi marido no pondrá objeción! —exclamó, llevada por el alivio y no por la razón.

—Sea cual sea la respuesta de Thomas —equilibró Karen—. Al menos habrá reparado el honor de Sophia.

Lord Howard no contestó nada y simplemente se marchó.

—¡Qué raro es, Sophy! —gritó en un susurro.

—¿Y qué? Necesito algo raro en mi exagerada vida normal —defendió la joven ilusionada y esperanzada por las buenas nuevas.

—¿Y se puede saber qué hacíais en el globo? —demandó Gigi, avergonzando a una Sophia que ya estaba recuperada de las copas.

—¡Estaban contando estrellas, Gigi! —ironizó Karen—. Déjalos tranquilos. ¿No se van a casar?

—Pero... Pero... Pero no digas nada de esto a tu hermano. Por favor...

—¿Y qué más da? Ni que el diablo fuera un santo...

Sophia observó a sus mejores amigas hablar y discutir mientras ella soñaba con una gran boda con el hombre de su vida.



# Capítulo 12

## *Disertación sobre la verdad*

*El verdadero dolor es el que se sufre sin testigos.*

**Marco Valerio.**

A la mañana siguiente, Georgiana y Sophia Peyton abandonaron la fiesta de los Raynolds. Hubiera sido una temeridad seguir con el evento como si no hubiera ocurrido nada. Era preferible regresar al hogar y esperar a que Lord Brandon Howard, Marqués de Suffolk, pidiera la mano de la joven casadera. De otro modo, después del escándalo del globo aerostático, los invitados hubieran hecho de la muchacha un blanco fácil de insultos, ironías y rumores.

—Habéis vuelto más pronto de lo que imaginaba... —Las recibió el Conde de Norfolk con una ceja alzada bajo el sol abrasador del mediodía.

—¿Ah sí? —trató de evadirlo Gigi—. Nos agotamos rápidamente con el bullicio de asistentes y sinfín de actividades. Catherine se sobrepasó... Por eso decidimos regresar en cuanto consideramos que no sería descortés abandonar la propiedad de los Duques.

—¿Vosotras apabullados por el gentío y la opulencia? —ironizó, colocando las manos en los bolsillos del pantalón para entrar de nuevo en la mansión tras su esposa y su hermana que parecían tener mucha prisa.

—Pareces olvidar que tu esposa está en cinta —apoyó Sophia, apresurando el paso hacia su habitación.

—Contadme... ¿Cómo ha ido? —insistió Thomas, observando como las dos mujeres de su vida huían de él disimuladamente.

—Estoy agotada, Thomas. Me retiro a descansar... Ya hablaremos a la hora de la cena —se despidió una Gigi terriblemente fatigada o, al menos, eso quería hacer ver.

—Yo también, hermano. Necesito tranquilidad después de tanto movimiento... —Cerró la puerta de su alcoba rápidamente.

El cabeza de familia se quedó solo en medio del pasillo mirando las puertas que le habían cerrado prácticamente en las narices. ¿Qué escondían?

Tanto Sophia como su cuñada habían acordado, durante el trayecto, no

decirle nada a Thomas de lo ocurrido ni de las intenciones de Lord Howard. Esperarían a que el Marqués acudiera para pedir la mano... Entonces, cualquier agravio del pasado, quedaría en eso: el pasado. ¿Por qué Thomas no rechazaría la proposición, verdad? ¡Estaría condenando a su hermana al escarnio público de por vida! Además, sería una estupidez hacerlo cuando eran bien sabidos los sentimientos de Sophia hacia Lord Howard.

La ilusionada y pletórica Sophia miró por la ventana durante toda la tarde hasta que vio aparecer a su futuro esposo. ¡Cómo sonaba! *Futuro esposo*. Ella, Lady Howard. Rio por lo bajo ante esos pensamientos y dio un pequeño salto de emoción. ¡Había conseguido encontrar un marido en su segunda temporada! Y no cualquiera... Uno que amaba y amaría con todo su ser.

*Todavía sentía sus besos y sus caricias sobre la piel...*

Jamás olvidaría su primera vez con Brandon.

Se sentó al borde de la cama a esperar que Clarissa le pidiera su comparecencia en el estudio de su hermano. No sin antes mirarse en el espejo dos veces: recogido a media altura decorado con horquillas perladas, cadena simple de oro con un colgante de nácar y un vestido de tarde elegante pero no demasiado cargado. Quería parecer casual pero a la vez preparada.

Sentía sus mejillas sonrojadas. ¿De qué estarían hablando Lord Howard y su hermano? ¿Estarían acordando los términos del contrato matrimonial? ¿Hablarían de su dote? ¿Negociarían el día de la boda? ¿Idearían lugares para la luna de miel?

—Te voy a matar —declaró Thomas, apretando los puños y mirando a Brandon con ira—. ¡Te dije que te apartaras de ella! —Se levantó de un salto para cogerlo de las solapas del chaqué. Había intentado mantener la calma desde que el fantasma se había sentado frente a él pero era imposible seguir impávido y mantener la mente fría—. ¿Cómo te atreves a pedirme su mano?

—Ya te lo he dicho —Lo miró tranquilamente sin alterarse—. Es mía y quiero formalizar los acuerdos de mi propiedad.

—¿Los acuerdos de tu propiedad? ¿Qué vas a hacer? ¿Te vas a casar con ella y luego nos retaremos en un duelo público? ¿Quieres hacerla una desgraciada? Sólo quieres usarla para tus fines vengativos, eres un ser sin alma. No mereces vivir. —Lo zarandeo.

—Lo suyo ya no es cuestión de venganza. Lo suyo es cuestión de pertenencia. Sophia Peyton me pertenece y quiero que lleve mi apellido, eso es todo. Mi venganza recaerá sobre ti.

—¿Acaso te estás escuchando? Hablas de mi hermana como si fuera un

objeto. ¡Eres despreciable! ¿Pretendes que me crea que quieres desposarla sin ánimos de dañarla? ¿Quieres llevártela a tu mansión de la tortura para seguir recreándote en tu desquite? ¡Por Dios que no te vas a casar con ella! —Le dio un sonoro puñetazo y se apartó para coger aire—. No sé qué estás tramando, Brandon. No sé hasta dónde quieres llegar... Pero deja a Sophia en paz.

—Está bien, he intentado comportarme tal y como el código de la sociedad exige. Pero no voy a tener más remedio que solucionarlo por mi cuenta... Voy a llevármela a Gretna Green.

—Definitivamente algo en ti no funciona. ¿Me haces partícipe de tus planes para traicionarme? Estás loco, sí. Es eso: eres un perturbado.

El fantasma se levantó de la silla sombreando el escritorio con su figura alta y ancha.

—Buenas tardes, hermano.

—¡Detente bastardo! ¡No te llevarás a mi hermana! —Sacó un revólver del cajón y lo apuntó.

—No seas dramático, no te queda bien —comentó el Marqués—. No tienes más remedio que dejarme marchar con Sophia para que me case con ella. Cuando te digo que es mía, me refiero a que es mía completamente. Esta noche se ha entregado a mí regalándome su virginidad. Y toda Inglaterra lo sabe. —narró sin remordimientos, vergüenza o respeto. Simplemente lo dijo como aquel que cuenta una historieta ajena.

Thomas palideció y removi6 sus pupilas grisáceas sobre el hombre que tenía delante, buscando signos de embuste. Pero no, el fantasma no era mentiroso sino interesado. Volvió el revólver en el mismo cajón e hizo sonar la campanita.

—Por favor, avise a mi esposa —pidió el Conde a su mayordomo—. Lord Howard, si es tan amable de esperar en el salón de visitas... —Hizo un gesto con el brazo para indicarle la salida.

El Marqués obedeció y se sentó en uno de los sillones verdes del salón mientras el mayordomo le ofrecía una copa.

Sophia escuchó como la puerta de su cuñada cedía. La escuchó porque tenía sus cinco sentidos puestos en lo que estaba ocurriendo. ¿Por qué habían ido a buscar a su cuñada en lugar de a ella? ¿Sería que su hermano necesitaba del consejo de Gigi para establecer el día de la boda? ¿O quizás Thomas quería que su esposa lo ayudara con la negociación? ¡Seguro que Georgiana propondría una fecha cercana!

—¡Maldita sea! ¿Y cuándo pensabas contármelo? —vociferó Thomas a su

esposa, irritado—. ¿Qué hacías mientras las hermana de tu esposo daba un paseo en globo?

—Thomas, no voy a aguantar más gritos ni reproches. ¿Por qué no viniste con nosotras? Así hubieras podido controlar mejor a Sophia en lugar de dejar la responsabilidad a otros... ¿Por qué no entiendes que tu hermana ya no es ninguna niña? ¡Es una mujer! ¿Qué mal hay en todo esto si el Marqués ha pedido su mano? Sí, ha sido escandaloso. Pero nada que no se solvente con una boda... ¿A qué vienen tantos enfados y complicaciones? ¡Si sigues así me voy a ir unos días a casa de mi hermana Audrey!

—No —se tranquilizó al recordar a su cuñada—. No es necesario que vayas a casa de Audrey, siéntate. Tengo algo que contarte... Y entonces lo entenderás todo. No quise involucraros pero en vista de la situación, me veo con la obligación de hacerlo.

Thomas explicó con detalle el pasado oscuro de su familia y la de Lord Howard. El parentesco del fantasma con Virgin y sus intenciones de vengar la muerte de su prima mediante un duelo público. A medida que el Conde iba narrando, Gigi iba palideciendo y sintiéndose peor por Sophia. ¡Pobre Sophia!

—¿Entonces eres hijo del difunto Marqués de Suffolk, Ismael Howard?

—No lo creo. Es evidente mi parecido con Charles Peyton.

—Tienes sus mismos ojos... Sí —concordó la Condesa—. ¿Por qué se suicidio la madre de Lord Brandon?

—Como te he dicho, mi padre la amenazó con desvelar sus orígenes si no pagaba la deuda... Aquello, sumado a la famosa maldición Howard, la llevó al suicidio.

—¿Maldición Howard?

—Sí, dicen que las mujeres Howard o cercanas a uno de ellos, terminan muriendo de forma prematura.

—Tu madre murió prematuramente... ¿Verdad?

—Sí, pero eso no significa que yo sea hijo de un Howard. Quizás mi madre se sintiera más cercana a Ismael de lo que pensábamos... Al final y al cabo, fue su prometido y lo eligió antes que a Charles. Si no hubiera sido por la infidelidad de Ismael, hubiera sido su esposa.

—Entiendo. Además fue su primer amor...

—Exacto. Pero no me cabe duda de que ella y mi padre, Charles, se amaron de verdad. Mi padre se derretía con ella y la respetó hasta el final. Bien, tú lo sabes... Porque encontraste esta casa de la misma manera que

Geraldine la dejó.

—Sí, me acuerdo... Parecía un museo en honor a ella.

—Fue muy amada.

—Era muy hermosa y parecía una gran persona que sufrió mucho.

—Así era.

—¿Y Lord Howard no sabe todo lo que hizo Virgin antes de su trágico destino? ¿No sabe que intentó matarme? ¿Y que me envenenó durante meses para que no me quedara embarazada?

—Le dije que ella se acercó a mí con la intención de vengarse. Lo sabe... Pero no me cree.

—Quizás creería a la señora Newport, la anciana nana de Virgin.

—Es una buena idea. Aunque no sé si sería suficiente... Su maldad no tiene límites.

—No perdemos nada con intentarlo, mandaré a algunos lacayos para buscarla y que hable con él.

—¿Pero perdonará la forma en que mi padre coaccionó a su madre?

—Deberá olvidarse de ello... Lo que quiero evitar es un duelo inútil en el que puedo perder a mi esposo y al futuro padre de mi hijo.

—Te entiendo... Intentémoslo —Cogió la mano de su esposa y besó su dorso.

—En cuanto al matrimonio de Sophia, me veo obligado a discutir los términos del matrimonio. Anoche admitió corresponder los sentimientos del Marqués o, al menos, a estar de acuerdo con entregarle su...

—Virginidad.

—Exacto. —Cogió aire.

—Ella lo ama, me consta. Ha sido muy ruin ese fantasma...

—¿Fantasma?

—Así es como lo llamamos entre nosotras —se excusó.

—¿Y a mí como me llamáis?

—Nada, cariño. Lord Peyton, nada más.

—De acuerdo... La cuestión es que el fantasma o, como lo queráis llamar, se ha aprovechado de ella. La ha manipulado con fines deshonorosos. Sin embargo, me veo forzado a aceptar estos desagradables trámites en los que se permitirá a Lord Howard cortejarla.

—Deberíamos contarle la verdad. Y dejar que ella decida, es lo mejor.

—Es lo que voy a hacer. Ya no tiene ningún sentido seguir protegiéndola como si fuera una niña porque ella misma ha decidido dejar de serlo —

repuso, molesto.

—No seas duro con ella. Recuerda cómo se desarrolló lo nuestro...

—Lo nuestro fue diferente. Yo no buscaba matar a tu hermana en un duelo ni quería usarte para dañar a tu familia...

—Pero estabas casado y eras un estúpido egocéntrico.

—Vaya, veo que tenemos visiones distintas de lo sucedido —se permitió reír y se despidió de Gigi para que el mayordomo pudiera traerle a Sophia.

Sophia miró el reloj, había pasado una hora desde la llegada del Marqués. ¿De qué hablaban durante tanto tiempo? Cuando ya empezaba a desesperarse mirando por la venta para ver si el Marqués se iba, escuchó los sonoros pasos de Clarissa. Corrió a sentarse en su mesa de costura, al lado de la jaula del loro parlanchín, y fingió estar bordando.

—Pase —dijo como si nada, al escuchar los toques que había estado esperando desde el mediodía.

—Miladi, el señor quiere que vaya a su despacho.

—¿Yo? Vaya, por qué será... —disimuló, dejando el bordado e iniciando el camino hacia el lugar donde se prometería con Lord Howard. Llevaba una sonrisa enorme, de oreja a oreja, que era incapaz de disimular. La emoción la embargaba deliciosamente hasta hacerla parecer un capullito de alelí abriéndose junto al rocío de la mañana.

—Miladi, ha venido el Marqués de Suffolk a pedir su mano —susurró a modo de confidencia Clarissa cuando estaban a punto de llegar a su destino.

—¿No me diga? ¿Y sabe algo más?

—Me parece que algo no ha ido bien, porque su pretendiente está en el salón de invitados desde hace una hora...

Sophia frunció el ceño por primera vez en su vida, resquebrajando el impoluto tejido porcelanoso que se había mantenido intacto hasta ese instante. ¿Por qué su futuro esposo estaba siendo tratado de ese modo? ¿Por qué lo hacían esperar tanto rato en un salón de visitas? ¿Con qué fin? ¿Si Thomas empezaba de nuevo con sus celos infundados lo mandaría al diablo! Y nunca mejor dicho.

Tocó la puerta un par de veces y pasó después de que Thomas le diera permiso. El ambiente en el interior era tenso. Constató que su cuñada no estaba...

*¡Qué extraño!*

Atravesó la estancia bajo el escrutinio de su hermano y se sentó en esa silla que jamás le había parecido tan incómoda. ¿Qué ocurría? ¿Era por lo del

globo? Sí, se merecía una regañina. ¿Pero era para tanto? No lo era si se casaba.

—Supongo que sabes el motivo por el que te he llamado —inició el Conde que parecía muy alto a pesar de estar sentado.

—Puedo imaginármelo... —susurró ella, apabullada.

—He querido protegerte, pero me has demostrado que no necesitas de mi protección. Ya no eres ninguna niña y así lo has querido demostrar... —A la joven le subieron los colores al constatar que su hermano hablaba de su virginidad perdida.

*¡Qué bochorno más espantoso!*

—Yo... Lo amo —fue lo único capaz de articular.

—Lo sé, Sophia... —comprendió en un tono conciliador que avecinaba algo realmente doloroso—. Por eso me duele mucho lo que tengo que contarte...

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, con una media sonrisa y los ojos aguados.

—Te han engañado, hermana.

—¡Otra vez con esta tontería! ¡No es ningún engaño! Lord Howard ha venido para pedir mi mano, lo sé. ¿Por qué lo odias tanto?

—Es el primo de Virgin.

—¿Qué? —rio histérica, incrédula. Removió sus ojos celestes sobre los grises de su hermano hasta dar con la verdad y darse de bruces contra ella tormentosamente.

Cualquier ápice de optimismo, felicidad eterna, inocencia, juventud y niñería... lo perdió en ese instante. En ese punto dónde descubrió que había sido un mero objeto vengativo.

—¿Quería vengarse? —preguntó, con el rostro desencajado.

Thomas asintió.

—No me cree cuando le explico lo que hizo Virgin. Y no sólo eso... Hay más.

El Conde relató con detalle el pasado de su madre, de Ismael Howard, de Anuska y de Charles Peyton. A cada revelación el rostro de Sophia se volvía más sombrío.

Primero, no estaba claro quién era el padre de su propio hermano. Segundo, la madre de Brandon había sido la doncella de Geraldine y una traidora que se había quedado embarazada de Ismael sabiendo que éste iba a casarse con su señora. No sólo eso, sino que después, pidió dinero que nunca volvió y se suicidó por miedo a que supiera toda la verdad. ¡Un enredo que

sólo la gente perversa era capaz de causar y de entender!

—A ver si lo he entendido, necesito repetirlo porque, ciertamente, es muy confuso... —Lo detuvo Sophia—. Charles Peyton e Ismael Howard eran amigos. Apareció Geraldine con su doncella Anuska y ambas quedaron prendadas de Ismael, dejando a un Charles apenado porque amaba a Geraldine. Al final, Ismael se compromete con Geraldine y la deja embarazada pero, al mismo tiempo, deja embarazada a su doncella —Thomas asintió—. Luego, Geraldine, altamente dolida, decide romper con el compromiso y casarse con su fiel amigo Charles. Y aquí viene el problema: Ismael dice que tú naciste de ese primer embarazo y Charles dice que naciste del segundo. Todavía se complica más cuando deciden no decir nada sobre el asunto hasta que Geraldine no está en condiciones de dar un veredicto. Causando así una rivalidad entre tú y Brandon basada en dudas y dolor. Porque tú dices que Anuska es una trepadora pero él defiende que era una gran persona.

—Así es.

—Para complicarlo más, Anuska le pidió dinero a Charles y éste se lo concedió para luego chantajearla con descubrirla y mostrar a la sociedad su verdadera identidad ya que ella se pavoneaba como una dama cuando en realidad era una simple sirvienta.

—Exacto.

—Anuska no lo soportó y se suicidó. Primer punto por el que Brandon decidió vengarse. Pero no pudo porque en ese momento fue mandado al extranjero por su padre... Fue mandado al extranjero porque se vio envuelto en un escándalo.

—El de Lady Dorothea.

—Ese mismo. Tenía que prometerse con Lady Dorothea pero la noche de su compromiso lo encontraron con otra mujer... —calló, recordando el asunto del látigo—. ¿Sabes algo de ese asunto, Thomas?

—No.

—Después de nueve años, ha regresado y ha descubierto que su prima también ha tenido un final atroz en manos de Charles. Charles la mató porque fue verdaderamente mezquina, pero ella también tenía sus razones porque su padre, Dannis Howard, fue coaccionada por el nuestro...

—Todo el mundo tiene motivos para vengarse, Sophia. Pero no por eso debemos empezar una lucha interminable.

—Y no ha encontrado otra mejor forma de vengarse... que haciéndote

daño a través de mí —ultimó ella, sin mirarlo.

¡Qué desconsuelo!

Se levantó sin decir nada y se retiró. Le hubiera gustado ir al salón de visitas y romper sobre la espalda de Brandon una silla tras otra. Le hubiera gustado gritar, llorar y patalear hasta quedarse saciada. Pero no pensaba hacer nada de todo aquello, subió a su habitación y se encerró dejando que Lord Howard y su hermano negociaran los términos del compromiso.

—Puedes rechazarlo, cuando venga a cortejarte —le dijo Gigi, mirándola con lástima.

—Lo sé, cuñada. Y es lo que pienso hacer, pero primero quiero hablar con él... ¿Podemos hablar más tarde?

La Condesa asintió y salió de su habitación en la que se había colado instantes antes con el fin de consolarla.

Una vez sola, Sophia se arrancó el colgante, la ropa y se deshizo el pelo. ¡Qué estúpida había sido! ¡Con tantos avisos y señales! Pataleó, lloró contra la almohada y rompió en mil pedazos las cartas que había escrito pensando en él.

Qué duro puede ser el desamor para una joven que no amó a nadie más salvo al hombre que la traicionó y la utilizó.

# Capítulo 13

## *Desgraciada pero digna*

*Hay derrotas que tienen más dignidad que la victoria.*

***Jorge Luis Borges (1899-1986).***

Con el amanecer llegaron nuevas luces y Sophia se despertó tras una noche angustiosa.

—Miladi, debe prepararse para recibir a Lord Howard —informó Clarissa, abriendo el armario a la espera de que su señora escogiera un traje sumamente adecuado para la ocasión, como siempre.

—Me pondré el vestido de muselina marrón —dijo, sin un ápice de emoción mientras se sentaba frente al espejo para ver sus enormes ojeras.

—¿Perdón? ¿Miladi? ¿El vestido de muselina marrón? ¿He entendido bien? —preguntó la doncella, extrañada. El atuendo escogido no era, ni de lejos, lo que se esperaba de una muchacha que iba a recibir a su pretendiente formal.

El día anterior, Lord Peyton negoció los términos del contrato con Lord Howard y, oficialmente, el Marqués tenía permiso para cortejar a Sophia con el objetivo de desposarla lo más pronto posible debido al escándalo. Era cierto que la joven podía rechazarlo, pero entonces quedaría sumida en la deshonra y sería excluida de cualquier evento social hasta que fuera declarada solterona oficial.

—Ha entendido bien, Clarissa.

La sirvienta no hizo más preguntas y se limitó a vestirla como ella le había ordenado. Desgraciadamente, Sophia era tan bonita que aunque escogiera el peor vestido del armario, seguía viéndose bella. Desgraciadamente, porque lo último que deseaba Sophia era que Lord Howard pudiera pensar, ni por un minuto, que se había arreglado para recibirlo.

Lord Brandon Howard se presentó a primera hora de la mañana con la intención de acelerar el proceso y desposar a Sophia lo antes posible. No le interesaba iniciar un ridículo y aburrido protocolo de paseos por el parque y cenas familiares. El matrimonio no era nada más que una mera formalidad

para poseer a la joven en su totalidad, dándole una extraña y fría sensación de satisfacción. "Suya".

Lo hicieron esperar veinte minutos en una antesala antes de dejarlo pasar a un salón en el que había un piano. Allí mantuvo una conversación fría y protocolar con Lord Peyton en la que el Conde admitió haber aconsejado a su hermana que lo rechazara. Brandon tenía la certeza de que eso no iba a ocurrir después de que medio Londres los hubiera visto juntos en un globo aerostático. La joven estaba obligada a aceptarlo. Además, ella lo amaba.

En cuanto Thomas abandonó la estancia, entró una Sophia más sencilla que nunca. Pero la simplicidad de su atuendo no era nada más que una forma de resaltar sus encantos naturales. Brandon reparó en ello y en que le gustaba mucho más de ese modo. Estaba encantadora con su vestido de muselina marrón y su cinta de pelo atada en forma de lazo.

Parecía muy tranquila, aunque tenía los ojos hinchados y las ojeras ligeramente pronunciadas. ¿Había estado llorando? ¿No había dormido bien?

—Si está pensando en pedirme la mano y entregarme un fastuoso anillo, será mejor que no se moleste —habló, con una dureza impropia de ella. No parecía la misma: su sonrisa eterna se había esfumado y su ceño estaba delicadamente fruncido.

*¿A dónde se había ido su muñequita?*

—No pensaba hacer tal cosa —repuso, sin pretensión de sonar altivo o desagradable sino con el mero objetivo de ser sincero, como siempre—. Tan sólo he venido para terminar con estos trámites innecesarios y proponerle una boda rápida en quince días. En vista de lo que pasó el otro día, seguramente sea lo más conveniente, en lugar de estar paseando y dándonos cartas de amor a la luz de la luna...

—¿Casarnos? ¿Boda? —inquirió ella, con el mentón alto y los hombros rectos—. ¿De qué está hablando Lord Howard?

Brandon la miró de arriba abajo con el monóculo y comprendió que Lord Peyton había estado muy ocupado explicándole a su hermanita los asuntos familiares. Aunque se hubiera acercado a ella con fines vengativos; en esos momentos, sólo podía pensar en ella como una posesión a la que tener en su casa, en su cama y en su vida.

—Lord Howard, ¿por qué me invitó a bailar en casa de los Bruyn? ¿Por qué insistió en que debía bailar un vals con usted? —lo miró, con una mezcla de desafío y miedo.

—Porque era la hermana de Lord Peyton —contestó, sin amagos;

mirándola fijamente a los ojos sin pestañear.

—¿Y el vals en aquella reunión que organizó mi cuñada? —preguntó de nuevo, con una lágrima asomando en sus orbes celestes.

—Porque era la hermana de Lord Peyton.

—¿Y los besos?

—¿Cuál de ellos?

—El primero. En el bosque... —recordó, llevándose la mano sobre el pecho.

—Porque era la hermana de Lord Peyton.

—¿Y el contrato?

—Lady Sophia —La cogió por los brazos en un movimiento rápido pero contundente—. ¿A dónde quiere ir a parar? Ya le advertí que quería hacerle daño, nunca le mentí. ¿Por qué me lo reprocha ahora? Deje estos juegos emocionales que no sirven para nada y hablemos del día de nuestro enlace, del día en que dejará el apellido Peyton y se convertirá en una Howard.

—¿Tenía la intención de ensuciar mi reputación? —siguió ella, armándose de valor para no derretirse ante la cercanía del Marqués. Lo amaba a pesar del dolor y la traición.

—Al principio, sí. —confesó él, a media voz, acercándola a su torso—. Pero ahora sólo deseo que venga a mi propiedad y viva allí conmigo... Ya no tiene nada que ver con la venganza.

Sophia se sentía profundamente decepcionada. Lo había hecho todo por estar a su lado, pero ahora que tenía la oportunidad de ser su esposa, no deseaba serlo. Y no porque no lo amara, sino por orgullo propio y dignidad. La había utilizado impunemente y lo peor de todo era que se lo había consentido. Coqueteó con él, lo fue a buscar a su casa y firmó contratos denigrantes... No había entendido las reglas del juego lo más mínimo.

Sólo había sido una muñequita en sus manos.

—Usted me ha embaucado —dijo, zafándose de su agarre y apartándose de él unos cuantos metros—. Prefiero caer en desgracia —Se le llenaron sus hermosos ojos de lágrimas—. Que contraer nupcias con el hombre que pretende matar a mi hermano. El hombre que sólo se acercó a mí... Por venganza —Brandon guardó silencio, sin dejar de observarla—. Podía lidiar con su carácter atípico, con su naturaleza dañina y sus frialdades eternas... Pero no puedo lidiar con el hecho de que sea usted una mentira.

—Lady Sophia —Dio dos pasos hacia ella, pero ella retrocedió otros dos.

—No se acerque a mí. Todo ha sido muy precipitado, Lord Howard. Seguramente tal y como usted lo había planeado. No confío en sus intenciones para desposarme y no voy a seguir con esta farsa. Nuestras familias están enfrentadas desde hace muchos años y no seremos nosotros quienes rompamos con esta costumbre. No, después de saber que sólo se acercó a mí para lucrarse en su desquite. Me imagino —bajó el tono de voz dos octavas—. Que el asunto de las cuerdas, los látigos y las mordazas eran formas de...

—No. ¿De venganza...? No, Lady Sophia —la cortó—. Son mis preferencias amatorias, no tienen nada que ver con la venganza.

—No le creo, Lord Howard. Seguro que disfrutó de lo lindo cada vez que me asestaba una cachetada... —Le dio la espalda, no quería que la viera llorando—. Y yo... Me siento tan culpable por haber disfrutado de toda esa porquería... Luego, en la fiesta de los Raynolds... Pasó lo que nos ha llevado hasta aquí. No lo voy a culpar por eso, en gran parte yo lo insté a hacerlo. Porque lo amaba...

—¿Ya no me ama? —La cortó por segunda vez, parecía nervioso. Como si estuviera perdiendo el control y aquello lo enloqueciera.

—No le amo —mintió—. Y lo libero de nuestro compromiso.

—Le aconsejo que se case conmigo, Lady Sophia. Es usted mía, así lo acordamos en el globo...

—¡No soy suya! —Se giró violentamente con las mejillas empapadas—. ¡Quítese esas ridículas ideas de la cabeza!

—¿No soy el poseedor de su virginidad? ¿No soy el que tiene derecho a hacerla mi esposa?

—No, no es usted nadie más que una pesadilla a la que quiero olvidar. Le di mi virginidad porque yo quise, no tiene obligación de nada. Como le he dicho, prefiero caer en desgracia que casarme con usted. Ahora, si es tan amable, le agradecería que se marchara.

—No es este nuestro acuerdo —Parecía confuso, enfadado, molesto...pero a ella le daba igual.

—Le recuerdo que en nuestro contrato se estipulaba que podíamos romperlo en cualquier momento... Sin ataduras, ¿recuerda? No empiece con sentimentalismos que, por otro lado, me aburren —pronunció, con valor y removiendo su lazo del pelo con ahínco.

—No juegue conmigo, Lady Sophia —sentenció el Marqués, serio.

—¿Qué va a hacer? ¿Vengarse? —rió, irónicamente—. Ya lo ha hecho. Ya me ha condenado a una vida de soledad en la que sólo me culparé por

haber amado al hombre equivocado. Estoy segura de que podrá encontrar una nueva posesión muy pronto. —Hizo una señal hacia la puerta, para indicarle que se fuera.

El fantasma se quedó quieto, pensativo.

—¿Qué quiere de mí? —dijo al fin—. ¿Quiere flores y cartas? Estoy dispuesto a hacerlo, si con eso consigo que sea mi esposa.

—¿Qué problema tiene, Lord Howard? ¿No entiende una negativa?

—No estoy acostumbrado a que alguien me dé órdenes o a que me nieguen.

—Ya le dije que soy una excepción en su mundo, Marqués. Y como usted no desea abandonar la sala, me veo con la obligación de hacerlo yo misma. Buenos días, Lord Howard. —Con las piernas temblorosas y parte de la dignidad recobrada, se dirigió hacia la puerta.

—¿Es esto una venganza, Lady Sophia? —escuchó a sus espaldas.

—No, milord. No deseo vengarme, deseo olvidarle. —aclaró, de cara a la puerta y girando el pomo para salir. Cuando hubo cerrado la puerta tras de ella, corrió hacia su alcoba y lloró desconsoladamente hasta el mediodía. ¿Cómo había sido capaz de rechazar al amor de su vida? ¿Cómo viviría lejos de él? ¿Cómo sería vivir sin su presencia? ¿Por qué lo había hecho? La pregunta martilleó en su mente durante todo el día. Quizás nunca más volvería a verle... Y si volvía a hacerlo, ni si quiera se saludarían. No habían acabado en buenos términos.

Había, cómo no, caído en la más absoluta desgracia. No sólo se había comportado de forma impúdica y había demostrado no tener ningún respeto hacia las normas del decoro. Sino que había rechazado la única forma de enmendar sus errores: casarse con Lord Howard.

Aquellos pensamientos se confirmaron cuando su hermano y su cuñada empezaron a hacer planes en una casa campestre lejos de cualquier rastro de vida humana. No la culparon en ningún momento por haber rechazado al Marqués; al contrario, hicieron su mayor esfuerzo por mostrarse comprensivos y alegres.

Con el asunto del enlace solventado, sólo quedaba convencer a Brandon de que Thomas era inocente. Ni ella ni Gigi deseaban que el Conde se batiera en un duelo con el fantasma. Por eso, se pusieron en contacto con la señora Newport, la antigua nana de la difunta Virgin, y la trajeron a la propiedad.

La anciana andaba con un bastón y vestía el luto riguroso, seguramente por la muerte de Virgin. La señora Newport había ayudado a Virgin a cometer

muchos crímenes, pero se terminó arrepintiéndose y por eso Thomas la había perdonado. Por eso, y porque no tenía sentido cargar contra una mujer de avanzada edad.

—Señora Newport, necesitamos que cuente a Lord Howard, primo de Virgin, las atrocidades que ésta cometió en nuestra contra y que le confirme que fue Charles Peyton quien la mató y no nosotros.

—Claro que lo haré. Recuerdo a ese niño... Era muy similar a mi niña, pasaban las horas juntos. Espero que mi testimonio pueda ayudarlo y alejarlo de cometer los mismos errores que su difunta prima. Ojalá hubiera podido evitar muchas de las cosas que hizo Virgin... —balbuceó, tomando asiento en el salón de visitas—. Oh, querida, veo que al final ha podido usted quedarse embarazada...

—Sí, señora Newport —replicó Gigi, intentando no parecer agresiva. No soportaba a esa mujer, por mucho que se hubiera arrepentido, era culpable de muchas de las desgracias que habían tenido que sufrir meses atrás.

—Será mejor que vaya en busca de Lord Howard, espere aquí señora Newport —ultimó Thomas, dejando a la nana a solas y corriendo en busca del Marqués.

Pocos minutos después, Lord Howard se presentó en la propiedad de los Peyton por expresa petición de su archienemigo, el Conde de Norfolk. Entró con una ceja alzada, todavía no se había recuperado de la negativa de Sophia. Sin embargo, cuando vio a la anciana, su rostro se suavizó.

—¡Señora Newport! —saludó con más entusiasmo del que esperaron los presentes.

—Mi niño. Oh, mírate, ¡qué grande que estás! —Se levantó del sillón para abrazarle.

Gigi y Thomas no creían lo que estaban viendo. Era bastante inverosímil, pero entonces recordaron lo que siempre decía el Marqués: "cuando considero a alguien de mi propiedad, lo defiendo hasta al final". ¿Sentiría algo similar por Sophia? La joven no estaba presente, había decidido permanecer en su habitación para evitar un encuentro con el fantasma.

—Siéntate, Brandon. Estas personas me han pedido que te explique cómo terminó sus días tu prima Virgin —inició la señora Newport, tomando asiento de nuevo y aceptando la taza de té que la doncella le ofreció. Lord Howard obedeció y tomó asiento frente a ella mientras Gigi y Thomas se sentaban en un diván un poco más alejado—. Ya sabes cómo murió tu tío Dannis, el padre de Virgin...

—Sí, Charles Peyton lo obligó a suicidarse al igual que hizo con mi madre.

—Exacto. Sin embargo, Virgin no supo canalizar esa desgracia y centró todas sus fuerzas en hacer justicia... Cuando cumplió la edad casadera y se sintió preparada para ello, pidió a los Peyton que la hospedaran en su casa. Argumentó que no tenía dinero y que por la vieja amistad familiar, debían hacerse cargo de ella. Charles aceptó por la memoria de Geraldine, que había sido muy amiga de tu tía, y así es como logramos adentrarnos en esta casa. El siguiente paso fue enredar al joven Thomas para que fuera encontrado en una situación escandalosa con Virgin. Para eso, lo drogamos e hicimos que lo sorprendieran al lado de una Virgin desnuda. El señorito fue obligado a desposar a mi niña, pero él no quería saber nada de ella. Porque no la amaba, amaba a Georgiana.

—¿Es cierto? ¿Está segura, nana? ¿Ella hizo tal cosa?

—Así es, querido. Tan segura que yo la ayudé con el brebaje.

Brandon asintió, creyéndola.

—La ayudé porque quería que encontrara un buen marido, que no hubiera podido tener dada a su situación económica. Sin embargo, sus aspiraciones iban mucho más allá de lo que imaginaba. Quería matar a su esposo y a Charles Peyton, terminar con los Peyton. En medio del enredo, se quedó embarazada de Charles por interés. Mandó a sicarios para que mataran a Georgiana y la envenenó secretamente para que no tuviera hijos durante mucho tiempo...

—Espere, espere... ¿Mi prima se quedó embarazada?

—Oh, sí. ¿No lo sabías? Thomas se ha hecho cargo del niño desde que ella falleció. Se buscó la muerte, porque ella fue quien mató a Charles Peyton y sus lacayos, como era de esperar, cargaron contra su persona.

—¿Dónde está ese niño? —inquirió Brandon, mirando a Thomas.

—Ese niño es mi medio hermano, porque es hijo de mi padre. Y no te desvelaré su paradero —sentenció el Conde—. Con la información que te ha dado la señora Newport, creo que es suficiente para que dejemos atrás las rencillas y los rencores. O, al menos, que anulemos el duelo. No tiene ningún sentido que yo tenga que pagar por lo que hizo mi padre. Y, como has oído, sólo fui una víctima más de la maldad de tu prima.

El Marqués miró a la señora Newport, ella no lo engañaría. Por lo tanto, era verdad que su prima se buscó la muerte. Sí, era cierto que fue Charles el que provocó la muerte de muchos de sus seres queridos, pero tal y como decía

Thomas, no tenía sentido seguir con la venganza.

—Quisiera saber dónde está el niño —repitió—. Sólo con esa información, os dejaré en paz.

—Estoy un poco harto de tus condiciones y amenazas —se envaró el Conde, poniéndose de pie y acercándose a su vecino—. ¿Por qué quieres encontrarlo?

—Porque si pruebo que tú no eres el legítimo heredero de Charles Peyton, ese niño sería el siguiente en la línea de sucesión puesto que es el verdadero hijo del anterior Conde. Sólo de esa manera, quedarían reparados los daños que tu familia hizo a la nuestra. ¿No lo ves? Él es el único que tiene sangre Peyton y sangre Howard.

—¿Otra vez con eso? Ya te dije que soy hijo de Charles. Mira —señaló un retrato de su difunto padre—. ¿Lo ves? Los mismos ojos.

—Podría ser simple casualidad o juegos del destino.

—Es imposible que pruebes semejante absurdez. No hay pruebas, mi madre no dejó pruebas.

—¿Por qué eres tan egoísta? No estoy hablando de quitar tu cargo, sino de darle a ese niño lo que se merece. Lo que se merecería de igual modo si estuviera reconocido. Una vez tú te mueras.

—¿Y mis hijos? ¿Mi heredero? ¡Son infamias! ¡Y se me está agotando la paciencia! Ahora ya sabes que no hay motivos para retornos a un duelo... Así que sal de esta casa y no vuelvas nunca más.

El fantasma se incorporó tranquilamente, se despidió de la nana y se marchó. No sin antes dedicar una mirada en dirección a la alcoba de Sophia a través de su infalible monóculo.



# Capítulo 14

## *Viajes reveladores*

*Como todos los soñadores, confundí el desencanto con la verdad.*

***Jean Paul Sartre.***

Días después de que la nana, la señora Newport, volviera a su casa, los Peyton decidieron mudarse temporalmente a Windsor. Allí, tal y como había dicho Thomas, disfrutarían de la tranquilidad y del sol veraniego.

Sophia era una mujer que vivía por y para la sociedad, jamás había disfrutado del campo ni de la soledad. Sin embargo, ya no recibía invitaciones a los bailes ni a ningún otro evento que no fuera una reunión íntima con alguna de las beldades problemáticas. Ni si quiera los paseos por el parque eran agradables puesto que sus primas hacían lo imposible para hacerle saber que era una "*cualquiera*".

—Huelo a orín, querida —dijo un día Petunia al pasar por su lado.

—Es increíble que en las zonas más elegantes tampoco podamos deshacernos de los malos olores —siguió Sandra.

—Deberían privatizar el parque y tan sólo dejar entrar a personas distinguidas —concluyó Rachel, mirándola con desprecio.

—Buenos días, primas —contestaba ella siempre, haciendo su mayor esfuerzo por ignorar los comentarios maliciosos.

Pero por mucho que intentara aparentar que no le importaba la marginación que estaba viviendo, la realidad era que se pasaba horas llorando en la habitación. Ya no tenía ocasiones para lucir sus vestidos ni había momentos para bailar o reír como solía hacerlo. Haber caído en la más absoluta deshonra sumado a lo mucho que echaba de menos a Lord Brandon, provocó que se adentrara en una profunda desolación que preocupaba a sus más allegados.

—Iremos a Windsor —resolvió una mañana su hermano—. El aire fresco le sentará de maravilla a Georgiana —argumentó.

—Está bien —convino Sophia, que sabía perfectamente a qué se debía ese cambio.

—Terminaremos de pasar el verano ahí. Hoy mismo partiremos.

—Siento mucho que tengas que viajar en tu estado, Gigi —se disculpó Sophia.

—¿Por qué deberías sentirlo? Deseo ir al campo, será una grata experiencia para mi embarazo.

La joven frunció ligeramente el ceño y se limitó a preparar el equipaje para su partida.

El trayecto fue tedioso. Georgiana pasó gran parte del tiempo mareándose y tuvieron que parar repetidas veces. Por suerte, Thomas era médico y resolvía todos los inconvenientes de su esposa rápidamente.

Llegaron a Windsor al día siguiente por el mediodía. Se trataba de una casa solariega con grandes ventanas de color marrón. El aire era limpio, fresco y con sabor a vegetación. Era la primera vez que Sophia pisaba esa propiedad, siempre había vivido en la casa del Condado. Los caminos estaban repletos de polvo y no había nadie a menos de veinte millas.

—Esta fue la casa de nuestra madre —explicó Thomas al aire, para que ella y su cuñada pudieran obtener la información mientras bajaban del carruaje—. Vivió aquí durante sus últimos días.

—No lo recordaba —comentó Sophia, mirando el lugar con sorpresa. No se imaginaba a su bella y sociable madre viviendo ahí.

—Tú eras muy pequeña. Los médicos dijeron que el aire del campo mejoraría su salud, por eso papá la trajo aquí.

—Es muy bonita —alabó Gigi, con una de aquellas sonrisas coloridas de las que Thomas se había enamorado.

—¿Ah que sí, niña?

—¿Por qué me llamas niña?

—Porque lo eres...

Sophia puso los ojos en blanco, estaba harta del coqueteo del matrimonio. Así que decidió avanzar por el estrecho camino, dejándolos atrás. Al final del sendero cubierto por vegetación, llegó a una puerta alta de la que salió un anciano.

—¡Geraldine! —nombró el señor, mirándola fijamente.

—Yo no soy Geraldine —aclaró la muchacha, comprendiendo que el viejecito la estaba confundiendo con su madre—. Ella era mi madre.

—¿No eres Geraldine?

—Papá, estás asustando a la señorita —Apareció una sirvienta que rozaba la cincuentena pero que se veía muy hermosa por sus facciones delicadas y su cuerpo esbelto—. Disculpe, miladi. Yo soy Svetlana. Mi padre

fue el antiguo mayordomo de este lugar y ha alcanzado una edad en la que no distingue la verdad de la fantasía.

—No se preocupe —perdonó Sophia con una ligera sonrisa. Al sonreír, sintió como los músculos de la cara se le tensaban. ¿Desde cuándo había dejado de hacerlo?

—¡Milord! —reverenció Svetlana al ver a Thomas—. Hemos preparado sus habitaciones tal y como nos pidió por carta.

—Muchas gracias, Svetlana. Ella es la Condesa de Norfolk —Señaló a Gigi.

—Un placer, miladi —Volvió a reverenciar.

—Está agotada del viaje, como puede ver está en estado de buena esperanza —explicó Thomas mientras entraba en la casa—. Será mejor que le preparen la mesa de inmediato y la ayuden a tomar un baño, Clarissa les ayudará.

La doncella cogió por un brazo a la Condesa y la acompañó a una mesa en la que le servirían la comida. Svetlana corrió a las cocinas, dejando a Thomas, Sophia y el mayordomo a solas.

—Señor Ivanov, ¡Cuánto tiempo!

—Bienvenido, señor. Bienvenido.

El señor Ivanov miraba con ilusión a Thomas, como si lo conociera y le profesara un afecto sincero.

—Ella es mi hermana, Sophia.

—Encantada, señor Ivanov.

—Ella no es Sophia, señor. Ella es Geraldine.

Thomas negó con la cabeza y miró suplicante a Sophia para que comprendiera la situación.

—Sí, señor Ivanov. Yo soy Geraldine —le siguió la corriente la joven, orgullosa de parecerse a su difunta madre.

—Venga, miladi. Venga...La acompañaré a sus aposentos —insistió el mayordomo.

Sophia lo siguió mientras Thomas se quedaba junto a su esposa. Pasó por unos pasillos pequeños pero bien cuidados con moqueta roja y paredes beige. Llegaron a una enorme sala en la que había una cama de doseles en medio y centenares de retratos.

—¿Quiere que mande a prepararle algo? —preguntó el señor Ivanov.

—Está bien, señor. No es necesario.

Observó al anciano desaparecer y se quedó sola en esa recámara

polvorienta. ¿No decía Svetlana que habían preparado las habitaciones? Anduvo con la mirada perdida en la multitud de objetos que habían allí: plumas, cuadros, libros... Había algo en el ambiente que le resultaba familiar, quizás el aroma. Un perfume desvanecido pero que estaba impregnado en los cojines y los rincones. Observó que había un enorme retrato de su madre en medio de una pared. Al lado de ella, estaban su padre, Thomas y ella. Ella estaba retratada con la edad de siete años aproximadamente. Y Thomas con dieciocho.

Le embargó la melancolía y no evitó el pasar los dedos por encima de su madre y de su padre. Habían sido unos buenos padres a pesar de todo. Saber el pasado de su madre, no cambiaba nada. Sólo intensificaba su amor por ella. Debió sufrir mucho cuando Ismael Howard le fue infiel con su propia doncella... Y, sinceramente, no creía la versión de los Howard con relación a Thomas. Puesto que su hermano era clavado a Charles. ¡Cuántas rencillas y enredos! ¿Cómo podía pensar Lord Howard que Charles había violado a Geraldine? Si su padre amó con locura a esa mujer, su madre.

Evidentemente, cada familia se había quedado con la versión de los hechos que más le convenía. ¡Qué lástima que Geraldine ya no estuviera! Ella hubiera podido esclarecer lo sucedido.

Se apartó del cuadro y se acercó a una diminuta mesa de roble en la que había un papel envejecido y un juego de escritura. Por curiosidad, abrió la cajita de la tinta y vio que todavía quedaba. Pasó la mano por la silla repleta de pólvora y tomó asiento. De golpe, le habían entrado unas ganas irremediables de poner en orden sus ideas. Así que empapó la pluma en la tinta negra y empezó:

- Geraldine se promete con el Marqués, Ismael.
- El Marqués la traiciona con su doncella, Anuska.
- Geraldine decide casarse con Charles Peyton.
- Nacen Thomas y Brandon. Brandon es hijo de Anuska e Ismael. Thomas es hijo de Geraldine y ¿Charles? ¿Ismael?
- ¿Era su hermano el hijo legítimo de Lord Peyton?

Dobló la hoja y la dejó sobre la mesa para acercarse a la estantería de los libros. Había muchos y de todos los géneros. La mayoría estaban en ruso. Pasó la vista por todos y cada uno de ellos hasta que dio con uno más estrecho y diferente. Movida por la intuición, lo tomó entre sus manos y lo abrió. Era un diario. Lo leyó con dificultad por lo poco que había estudiado de su idioma materno, pero consiguió hacerlo:

*"He dejado todo en Rusia una vez me he casado con Lord Peyton. Allí he dejado a mis padres, a mis hermanos y la verdad sobre el hijo que llevo en mi vientre. Puesto que Irina, mi hermana más querida, se ha ido para no volver. La han prometido con uno de los príncipes y no creo que vuelva a pisar Inglaterra. ¡Qué terrible soledad!"*

*"Las cartas entre mi familia y yo, cada vez son más escasas. Mucho me temo que se han olvidado de mí... No es fácil ser una entre siete hijos. Siete vástagos a los que casar debidamente".*

*"Charles es taciturno y oscuro, pero me colma de afecto. Creo que me ama de veras... Aunque yo todavía no he podido olvidar a Ismael Howard".*

*"He dado a luz un hermoso varón de pelo oscuro. Charles ha querido llamarle Thomas".*

*"Cuánto me gustaría volverme a quedar embarazada. Pero me está costando en demasía. Me gustaría tener una niña que se pareciera a mí. Y a Charles también. Sería perfecto".*

Sophia no fue capaz de controlar el llanto. Su madre había sufrido mucho y se había aferrado a sus hijos con apego. Sobre todo a ella, que tal y como decía en el diario, la había deseado con todas sus fuerzas. Había sido muy duro para su progenitora dejar su país y su familia, así como también le costó olvidar a su primer amor: Ismael Howard.

El diario era muy antiguo, de cuando Thomas nació. Le hubiera gustado encontrar uno más reciente, pero no encontró nada. No obstante, se le acababa de ocurrir una idea: viajar a Rusia en busca de su tía materna, Irina. Ella era la única, según ese diario, que sabría la verdad sobre el hijo de su hermana. ¿La encontraría? ¿Querría confesar? ¿Querría Thomas indagar? ¿Cómo no se le había acudido antes?

Con el diario en la mano, se dirigió a la puerta para hablar con su hermano sobre el nuevo plan.

Pero a medio camino, reparó en que una de las baldosas estaba ligeramente más levantada que el resto.

¡Qué extraño!

Se acercó y tiró de ella, descubriendo otro diario. Su madre, al igual que ella, necesitaba poner en orden sus pensamientos por escrito. Lo tomó y sentada en el suelo, lo abrió. Era más nuevo que el que tenía entre manos y ya no estaba en ruso, sino en inglés.

*"Thomas hoy cumple dieciocho años. ¡Qué rápido pasa el tiempo! ¡Ya es todo un hombre! Un jovencito que quiere estudiar medicina. Sólo falta*

*convencer a Charles para que se lo permita".*

*"Sophia está más hermosa cada día que pasa. Ella es, sin duda, mi razón para seguir viviendo. Tiene el pelo rubio y los ojos iguales que los míos. Se parece mucho a mí, tal y como Charles y yo habíamos deseado".*

*"Hoy ha llegado mi hermana Irina para visitarme. Todavía odia a Anuska, mi doncella, por todo lo que me hizo sufrir y quiere vengarse".*

*"Las cosas no están yendo como desearía. Irina se está viendo con el joven Brandon. Dice que es la única manera de vengarse de Anuska, de hacerla enloquecer".*

*"Irina practica unas técnicas amoratorias muy extrañas con el hijo de Ismael y Anuska se ha enterado. Ella ha intentado detener esta locura, pero no puede. Y, sinceramente, yo no quiero parar a mi hermana. Quiero que esa familia sufra como me hicieron sufrir a mí."*

*"Han prometido a Brandon con una mosquita muerta de nombre Lady Dorothea. El pobre no desea casarse con ella, sólo lo hace por el dinero y porque su padre lo obliga. Su madre también lo está obligando, con el fin de apartarlo de Irina."*

*"Pobre Thomas, jamás quise que se enterara de algo así. Jamás me verá con los mismos ojos. Pero gracias a él he podido salvarme de la humillación pública. La noche anterior, se debía anunciar el compromiso entre Brandon y Dorothea. Sin embargo, Irina lo obligó a desnudarse en una habitación y lo pegó con el látigo hasta que los descubrieron. Thomas abrió la puerta del dormitorio y los descubrió..."*

*"Me han encerrado en esta casa campestre. Dicen que estoy loca. Sobre todo mi hijo. Y no es de extrañar después de todo lo sucedido. Charles no sabe nada. Thomas ha guardado mi secreto. Pero estoy nerviosa y suelo decir y hacer cosas sin razón. Quizás haya perdido el entendimiento, como Anuska. Anuska se ha vuelto loca, entre los chantajes de mi esposo. Y las andanzas de su hijo con mi hermana... Se lo merece, por traidora".*

*"Anuska se ha suicidado. Ya era hora de que pagara por sus crímenes. Mi venganza ha sido efectiva. Me he vengado de ella a través de Brandon. Ahora yo debo desaparecer..."*

No podía seguir leyendo, el resto de las líneas eran confusas, erráticas e ilógicas. Era evidente que su madre había perdido el juicio con el tiempo... Pero. ¡Por Dios! ¡Por Dios! Le temblaba el cuerpo, de asco y de impotencia. ¿Cómo había podido hacer aquello su madre? ¡Brandon no era más que un joven en ese tiempo! ¿Por qué, Thomas, le había ocultado algo así?

—Sophia... ¿Qué haces aquí? —inquirió Thomas desde la puerta, estaba pálido.

—Oh, miladi. Esta no es su habitación. Mi padre se ha confundido y la ha traído a la recámara de Lady Geraldine.

—Déjanos solos, Svetlana —pidió Thomas, al ver el rostro descompuesto de Sophia.

—¿Cómo...? —balbuceó—. ¿Cómo es posible...? —Se levantó del suelo, sin soltar los diarios—. ¿Cómo...?

—Sophia, mamá no estaba bien en ese momento de su vida... Hizo cosas que realmente no sentía. Y la influencia de su hermana mayor, Irina, no la ayudó mucho. Irina era perversa y tenía problemas con su marido por haberle sido infiel en repetidas ocasiones. No debió aprovecharse de Brandon. Brandon era un joven inexperto, solitario y como has visto... diferente. Carente de sentimientos, por decirlo de alguna forma. Y la forma en que se acercó Irina a él... Fue demencial y horroroso.

—¿¿Por qué no me dijiste nada?! ¿Cómo has sido capaz?

—Te advertí que te alejaras de él, en repetidas ocasiones.

—¿Me doy asco! —bramó, dándole una cachetada a Thomas para seguir golpeándole en el torso. Entró en un ataque de nervios—. ¡Me entregué a ese hombre! ¡Lo amé! ¡Qué asco! ¿Se habrá acercado a mí pensando en ella? ¿Por qué no me dijiste la verdad?

—Quería protegerte. Y no creo que se haya acercado a ti pensando en nuestra tía. Irina no era ni rubia ni tenía los ojos celestes. Se acercó a ti por venganza. —Trató de retenerla, de calmarla.

—¡Estáis locos! ¡Todos lo estáis! Si fuerais sinceros... Se acabarían todos los problemas. Pero no... Tenéis que mentir, engañar y traicionar... ¡Venganzas! ¡Coacciones!

—Tú eras la única que conservaba la sensatez, Sophia. La única que sonreía y era feliz entre tanto dolor. Hasta que...

—Hasta que el fantasma volvió a nuestras vidas. Un fantasma justiciero que lo único que ha hecho es desenmascarar a todos y a cada uno de nosotros. No soporto estar aquí ni un minuto más. —Se zafó de su agarre.

—¿A dónde vas?

—No seguiré infravalorándome en esta burbuja de cristal. ¡Ya no soy una niña! ¡Me voy!

—¿A dónde? ¡Sophia! Estás enloqueciendo... ¡Es la maldición de los Howard!

—No creo en las maldiciones. No creo en las venganzas... —Lo enfrentó—. No soy como vosotros. No estoy loca —rio, irónicamente—. Soy la única que mantiene la cordura. Por eso me marché a Rusia. Voy a encontrar a nuestra tía Irina y voy a saber la verdad de una buena vez. La verdad nos liberará.

—Te acompañaré.

—No. No quiero que me acompañes... Me voy sola. Necesito estar sola, saber quién soy. Y qué quiero hacer en mi vida. Debo demostrar que sirvo para algo más que ser una muñequita de porcelana.

—¡Eres una mujer! ¡Y me debes obediencia! No puedes marcharte sin más. —La persiguió por las escaleras.

—Puedo y lo voy a hacer.

—¡Te repudiaré si lo haces!

—Hazlo. Repúdame. Eso es lo mejor que me puede ocurrir... No quiero tener nada que ver con esta familia... Ni con los Peyton ni con los Howard. Sólo quiero saber qué ocurrió con mi madre y pedirle explicaciones a tía Irina por lo que le hizo al joven Brandon. Le arruinó la vida... Por eso él es así...

—No lo justifiques. Él siempre fue así... No es capaz de sentir nada y le gusta lo cruel.

—¡No lo justifico! ¡Estoy diciendo la verdad! Puede ser que Brandon sea testarudo, oscuro y malicioso... ¡Pero es una víctima más de las locuras de nuestros padres! ¡A saber qué horrores habrá sufrido!

—¿Vas a volver con él?

—No. Porque no puedo perdonarle que me utilizara, que te quisiera matar... Pero ya no lo juzgo como antes. Sería una hipócrita si lo hiciera. Estos diarios me han abierto los ojos —Mostró los diarios como si fueran un tesoro—. Quizás Lord Brandon Howard tenga razón y deberíamos buscar a nuestro hermano, a Joe. Reconocerlo legalmente para que pueda ostentar el título después de tu muerte.

—Un bastardo no tiene derecho a heredar un título. No son más que ilusiones y fantasías de un desquiciado al que no deberías darle crédito.

—Puede ocurrir si la familia lucha por ello. Si se demuestra su legitimidad. Somos influyentes, poderosos... ¿No es hora de ser justo? ¿De sanar tanto dolor? ¿Qué crees que hará Joe cuando crezca y descubra que es hijo de Virgin y de Charles? ¿No es hora de hacer un buen uso de nuestras influencias? ¿De invertir el dinero corrompido de papá en algo bondadoso?

—¿Quieres descubrir que soy un bastardo? ¿Quieres quitarme el título, hermana?

—¡No! Aunque descubra que eres hijo de Ismael, callaré. Pero pediré justicia para Joe. Es hora de hacer las cosas bien, de arreglar lo que nadie ha sabido arreglar. Nuestros padres se chantajearon por dinero y se culparon uno al otro de mentirosos. Nuestras madres fueron traidoras, locas y vengativas. Lord Brandon ha repetido patrones, buscando venganzas a través de otras personas... Y tú, tú te has quedado sin hacer nada. Me toca a mí.

—Sophia...

Discutiendo habían llegado al vestíbulo.

—Déjala ir, Thomas —se escuchó a Gigi tras de ellos.

—¿De qué estás hablando?

—Necesita encontrar su lugar en este mundo. Ha sido demasiada información...Demasiado dolor. ¿Qué hará encerrada en este lugar? Clarissa irá con ella.

—¡Pero no puede viajar sin una carabina! ¡Y tú estás en estado!

—¿Por qué tiene que desvelar quién es? Que se haga pasar por una mujer casada que viaja para ir al encuentro de su esposo o de algún familiar...

—Estas ideas os vienen de familia a las Cavendish —refunfuñó Thomas.

—Vamos, Sophia... Ven —Abrió los brazos Gigi para abrazar a la joven, que temblaba como una hoja—. Iremos a preparar tu viaje.

—Sois unas intrigantes. Yo no quiero saber nada. Siempre hacéis lo que queréis y luego pasa lo que pasa... —Se quejó el Conde quedándose solo en el recibidor.



# Capítulo 15

## *Regalos misteriosos*

*El regalo tiene la categoría de quien lo hace.  
Ovidio.*

Tras haber recorrido todas las estancias de la casa de Windsor sin encontrar más secretos o información de utilidad, Sophia Peyton puso rumbo a Rusia. El país natal de su difunta madre, Geraldine.

Para ello, su cuñada Gigi, le consiguió una identidad falsa: "Anastasia Petrovich". Petrovich era el apellido de su madre antes de que fuera una Peyton. Se haría pasar por una mujer casada que iba a visitar a su familia. Clarissa, su doncella fiel, la acompañaría. Thomas insistió mucho para viajar con ella, pero Sophia necesitaba alejarse de la familia y encontrarse a sí misma.

Descubrir que su madre no era quién había imaginado ser durante toda su vida, no era algo fácil de digerir. Así como tampoco lo era saber que su propia tía se aprovechó de Brandon con fines vengativos. Necesitaba encontrar a su tía Irina para preguntarle por la paternidad de Thomas y pedirle explicaciones por cómo actuó con un joven inocente.

¿Estaba justificando al fantasma? No, de ninguna de las maneras. Él era un adulto con decisión propia y la había usado con malas intenciones. No importaba que hubiera repetido patrones o que ahora pudiera comprenderle un poco mejor.

—Miladi, el buque va a zarpar. Debemos darnos prisa —la sacó de sus pensamientos la sirvienta, cargada con una maleta ligera y su sombrilla. Todavía hacía calor en Inglaterra, el sol abrasaba. Pero habían tomado la precaución de coger ropa de abrigo para el clima frío que les esperaba en su destino.

—Sí, tiene razón Clarissa... Subamos. —Entregó su documentación falsa al revisor y embarcaron en primera clase. Según los papeles, se trataba de una señora adinerada sin título nobiliario. Gigi se había encargado de que viajara con seguridad.

Las guiaron entre camarotes hasta llegar al suyo. Se trataba de un

compartimento bastante ancho con dos camas y un aseo personal. Sería suficiente para hacer llevaderos los veinte días de travesía que tenían por delante.

Era una sensación extraña la de estar completamente sola. Sin contar a Clarissa, por supuesto. Se había pasado la vida entre algodones, consentida y terriblemente custodiada. Aquella nueva aventura llena de libertad y frescura era bien merecida.

—Me gustaría ver cómo zarpa el navío —ideó Sophia, una vez se hubieron instalado en el camarote.

—Por supuesto, mi señora. Vayamos... Pero cúbrase con el bonete para que nadie pueda reconocerla.

Era impresionante: las olas repicando contra el barco, el gentío aglomerado en el puerto para despedir a sus seres queridos, los pasajeros ilusionados por una nueva etapa...

La joven Peyton cogió aire sonoramente llenando sus pulmones hasta que la vista se le nubló. Después soltó aquel cúmulo de oxígeno y sonrió como hacía días que no lo hacía. La brisa marítima era un bálsamo recuperador y el horizonte azulón era un motivo para sentir felicidad y esperanza.

El gran navío partió hasta perderse en medio del océano, aunque lo de perderse era más bien en sentido figurado y no práctico. El capitán sabría perfectamente en qué coordenadas se encontraban.

Sophia, en un intento de pasar desapercibida en la medida de lo posible, pasaba las horas en su estancia leyendo o cosiendo. También aprovechaba para escribir su propio diario o releer los de su madre.

¿Querría Irina hablar con ella? ¿Se alegraría de verla? ¿Le contaría la verdad o eludiría el asunto?

Según el diario de su madre, Irina fue una mujer que amó mucho a Geraldine y, por consiguiente, a su prole. ¿Por qué debería haber cambiado? ¿La reconocería? Sólo coincidieron una vez en el tiempo: aquellos días en que fue a visitarles. Pero estuvo tan ocupada vengándose de Anuska e Ismael Howard... que seguro que no tuvo tiempo para disfrutar de la pequeña Sophia. Por si acaso, había cogido un retrato suyo de cuando era una niña y también algunos de su madre y de su hermano.

—Mi señora, ahora no hay nadie en cubierta —Entró Clarissa en la alcoba, apartándola de su diario—. Tan sólo unas damas que no la reconocerían de ningún modo. ¿Quiere que salgamos a estirar las piernas?

—Sí, me será de gran ayuda. Las siento agarrotadas —convino la

muchacha, dejando su diario a un lado y acompañando a Clarissa al exterior.

Efectivamente, no había nadie. Estaba anocheciendo y era la hora de cenar. ¡Qué agradable era sentir aquel aire fresco y salado sobre el rostro! Le daban ganas de tirarse al agua en un idilio imaginario. Repasó el firmamento con sus ojos celestes y dejó que su pelo dorado volara al ritmo del viento. ¡Qué lejos parecía el sufrimiento estando en alta mar!

A pesar de no haber viajado nunca en barco, lo estaba llevando mejor de lo que pensaba. No se había mareado ni una sola vez; al contrario, estaba repleta de vida y fuerza como si la nueva experiencia se tratara de un té bien cargado. Anduvieron de un lado a otro haciendo repicar los botines contra las tablas y maravillándose del momento.

—Es hermoso, Clarissa. Ver el atardecer en medio del océano... Hace que no me arrepienta de haber tomado esta decisión. Si bien me veo con la obligación de admitir que al principio tuve un miedo atroz por lo que pudiera ocurrir estando a sola. Jamás me había separado de mi hermano o había abandonado el hogar...

—No debe temer absolutamente nada, miladi. Quiero decir... Mi señora. Yo estaré a su lado en todo instante.

—Se lo agradezco enormemente Clarissa, sin usted no habría sido posible emprender semejante misión. Se ha convertido en mucho más que una doncella, me atrevería decir que la siento como una amiga.

—Oh, mi señora. ¡Qué ocurrencias! Una sirvienta amiga de una dama de alta alcurnia como usted... —Se avergonzó la mujer, tiñendo sus mofletes regordetes de bermellón.

—Será mejor que regresemos, está oscureciendo y cada vez hay menos gente aquí...

—Tiene razón, volvamos.

Emprendieron el camino de vuelta hablando de banalidades hasta que al llegar al camarote se encontraron con un enorme ramo de rosas rojas sobre la cama de Sophia. Ambas se quedaron petrificadas, pálidas y trémulas. Miraron de un lado a otro buscando culpables, pero el pasillo estaba vacío.

—Cierre, Clarissa —ordenó con urgencia la joven, asustada.

—Por supuesto, mi señora —obedeció, asegurándose de cerrar bien con llave.

Sophia no osaba acercarse al ramo. Había guardias a bordo, pero no quería desvelar su verdadera identidad por lo que debería de sobrellevar la extraña situación ella sola.

Clarissa, veinte años mayor que su señora e infinitamente más resuelta, se acercó al regalo y lo levantó con el ceño fruncido.

—Hay una tarjeta —anunció.

—¿Pero cómo han podido dejarlo aquí dentro? ¿Cómo han podido entrar? ¿Si dejamos la llave puesta, verdad? —inquirió Sophia, nerviosa.

—No lo sé, mi señora. Lea la tarjeta. ¿Qué pone?

—Bella rosa, bella rubia —leyó en un susurro, como si alguien más pudiera oírla—. No pare de brillar, es la elegida de mi corazón. Firmado: "L. B".

—¿L. B?

—¿No será Lord Brandon?

—Imposible, mi señora. El Marqués no puede saber de ningún modo que usted se encuentra aquí... Además, ¿no sería L.H? ¿Lord Howard?

—Cierto... Pero descartar al Marqués, sólo hace que mis miedos aumenten. Conozco a Lord Howard y mucho me temo conocer sus límites. Pero desconozco los límites de este extraño que se cuele en mi camarote para dejarme rosas y poemas...

—Los mozos tienen copias de todos los camarotes. Es una ley de todo navío, por si se quedara alguien encerrado... Lo más seguro es que algún trabajador haya errado en su objetivo. Quizás algún señor o hombre de bien quería mandar un presente a su prometida o a su esposa... Y, lamentablemente, estas flores han terminado en las manos equivocadas.

—¿No deberíamos, entonces, preguntar al servicio?

—¿Y llamar la atención?

—Tienes razón. Será mejor que cuando la noche sea más oscura, subas y las tires al mar. ¿Lo harás, Clarissa?

—Por supuesto, mi señora. Ahora pediré su cena y se la traeré aquí, descanse y no se preocupe más de lo necesario.

—Ve sin miedo. Ya no estoy preocupada. ¿Quién podría tener interés en dejarme un ramo de rosas? ¡Aquí nadie me conoce! Y si lo hacen, es por Anastasia Petrovich. Me estimo quedarme con tu versión de los hechos, es la más sensata. Lamento haber sido la receptora de un regalo innecesario —sonrió, dejando las flores encima de una mesita y sentándose en la cama para volver a su diario.

Cenaron apaciguadamente, Sophia se durmió y Clarissa tiró el ramo por la borda. No hubo más incidentes de esa índole en los siguientes dos días. Hasta que en el buque decidieron dar una cena de gala en una inmensa sala.

Por supuesto, Sophia no pensaba acudir y mucho menos su doncella. Así que fueron de las pocas personas que se quedaron en los pasillos de los aposentos. Aprovecharon para pasear y tomar el aire así como para sentarse en una de las banquetas exteriores mientras comían galletas de mantequilla.

Al anochecer, como siempre, se retiraron.

—¡Oh, Dios mío! ¡Otra vez! —exclamó Sophia, llevándose las manos sobre el pecho y con el rostro desencajado.

Clarissa cogió a su señora por lo hombros y la adentró en la estancia para cerrar tras de ellas. Esa vez se trataba de un camafeo, un relieve en forma de flor sobre ágata. Dicho colgante portaba una cadena de oro sencilla pero muy elegante. La joya se encontraba dentro de un estuche de color burdeos abierto en dirección a la puerta de modo que al entrar, se preciara.

De nuevo, fue Clarissa la más valiente y la que se atrevió a acercarse al objeto inesperado. Lo cogió entre las manos, buscando alguna nota o algún nombre que les diera una solución.

—Hay una nota... —informó al fin, extendiendo a la joven un sobre.

—No tiene destinatario ni remitente... —dijo, con voz trémula mientras estiraba de la misiva—. No debería lanzar mis regalos por la borda, espero que esta joya merezca un poco más de consideración —leyó, horrorizada—. Una rosa para otra rosa.

Sophia levantó la vista y reparó en que la flor que tenía grabada el camafeo era una rosa. ¿Por qué rosas? ¿Acaso ese hombre misterioso sabía que eran sus favoritas?

—Otra vez, está firmado por L.B —ultimó.

—¿Deberíamos avisar a los guardias? —propuso la sirvienta, que ya no era factible el asunto del error.

—¿Y desvelar mi verdadera identidad? ¿He de decir que soy Sophia Peyton y que viajo sola? ¿Romper con mis planes de encontrar a tía Irina? No, Clarissa. Creo que esta es mi oportunidad para demostrar quién soy y qué puedo llegar a hacer. Así que no me amedrantaré ante... Lo que sea esto. ¿No quiere que tire sus regalos? Entonces me los pondré.

—¡Miladi! —se escandalizó su acompañante—. Sería de muy mal gusto llevar puesto este colgante. Le recuerdo que nadie debería saber quiénes somos... ¿No le parece muy arriesgado que alguien conozca nuestra identidad y no nos haya saludado? Y no sólo eso... ¿Sino que se dedique a entrar en nuestros aposentos para dejar regalos?

—Me parece de sumo mal gusto y de una extrema crueldad. Sí, esa sería la

palabra: cruel. Precisamente por eso, voy a ponerme este camafeo ahora mismo y mañana por la mañana pasearé con él. Nos fijaremos en los rostros y si vemos alguna reacción inusual, podremos identificar a este ser perverso que nos atormenta. De otro modo, si actúo de forma cobarde y escondo este presente... Sólo estaré alimentando el ego del canalla.

—Puede que esté en lo cierto.

—Ayúdeme —Sacó el collar de la caja y se lo extendió a su ayudante que, con mucho reparos, se lo colocó.

—Mañana sabremos la verdad.

Al día siguiente, a la hora en que la mayoría de los viajeros daban su paseo matutino, Sophia salió con uno de sus mejores vestidos de invierno y con el collar como pieza central de su atuendo. Lo había hecho todo para que el camafeo resaltara sobre cualquier otro elemento. Cogida del brazo de su doncella, anduvo lentamente por los tablones mirando disimuladamente a los pasajeros. La mayoría la saludaba con un toque de mentón, una ligera sonrisa o palabras cordiales. Nada fuera de lo que se esperaba en una situación social como esa.

—No deberíamos estar haciendo esto —se acobardó la sirvienta.

—Usted haga el favor de observar... y sonría —Se pasó la mano por el camafeo, dirigiendo todavía más la atención sobre esa pieza. Envalentonada por la misión, se atrevió a pasar entre los nobles dejando atrás las clases acomodadas. Por suerte, no vio a ninguna familia conocida. La gran mayoría eran rusos.

—¡Lady Peyton! —escuchó a sus espaldas.

¡Era él! ¡El culpable de los regalos! ¡El culpable de sus miedos en ese viaje! ¡No podía ser otro! ¡No había nadie más que la conociera en ese barco!

—¡Lord Bruce! —sonrió Sophia abiertamente, deshaciéndose de los pavores y terrores infundados—. ¡Qué alegría verle! —dijo sinceramente.

—Lady Peyton... ¿Qué hace aquí? —El soldado frunció el ceño en una mueca difícil de descifrar.

—Supongo que es una historia muy larga... Y muy inadecuada —se acordó de su situación, borrando la sonrisa de su rostro—. Y le rogaría que hablara en un tono más bajo...

—Oh, por supuesto... ¿Puedo invitarla a desayunar en mi camarote?

—Sería demasiado osado por mi parte. Prefiero dar un paseo, si le apetece.

—Me apetece —Le ofreció el brazo y la joven se cogió de él, soltando a

su doncella que se colocó detrás de ellos—. ¿Y bien? Me sorprende encontrarla aquí... La última vez que la vi fue en la fiesta de disfraces de los Duques.

Sophia se sonrojó, recordando el escándalo. ¿Qué pensaría Lord Bruce de ella? ¿Qué estaría pensando en esos instantes? La última vez que hablaron, él le confesó su amor... Y ella, corrió despavorida lejos de cualquier compromiso. ¡Y todavía le ofrecía el brazo para andar! ¡Pobre Lord Bruce!

—Quiero visitar a mi familia materna —argumentó, en un susurro impropio de ella. Lejos del coqueteo y de las risas que un día la caracterizaron. Era otra, una mujer más madura.

—Su mirada no es la misma —se percató el casaca roja—. Está exenta de coquetería, pero es mucho más profunda y... sincera. ¿Dónde está su hermano? ¿Tendré el placer de hablar con él?

—Oh, mi hermano —sonrió la joven, entendiendo que Lord Bruce pensaba que ella viajaba acompañada—. No lo creo, desde que ha embarcado se ha puesto muy enfermo. Pero nada que necesite de preocupación —aclaró, antes de que se ofreciera para ir a visitarlo—. Está durmiendo. Se pasa los días durmiendo...

—Entiendo —suspiró Lord Bruce.

*¿La había creído?*

—Creo que le debo una disculpa, Lord Bruce —dijo al fin, en cuanto llegaron a la baranda—. Fue muy descortés y desconsiderado por mi parte salir corriendo...

—Por favor, no se disculpe. Tampoco fui un caballero cuando la arrinconé en un lugar apartado... No debí hacerlo. Me dejé llevar por la belleza de la ocasión y no por la razón.

Sophia asintió. ¿Quería decir con eso que su declaración también fue un acto impulsivo?

—Señor, le necesitan en la segunda planta —interrumpió un oficial.

—Disculpe, Lady Peyton. El deber me llama... Si necesita cualquier cosa, no dude en pedírmela. Y transmita mis saluciones a su hermano.

—Oh, por supuesto... Lord Bruce. No quisiera entretenerle, tendrá asuntos más importantes que atender. Descuide, le diré a mi hermano que le he visto.

Se sonrieron y tras las frases de rigor, se separaron.

—¿Ha sido él?

—No he tenido tiempo de preguntarle... Justo cuando iba hacerlo, ha tenido que marcharse —explicó a Clarissa—. Pero es evidente que ha sido

él... ¿Quién más, si no? Ahora estoy tranquila, sabiendo que Lord Bruce está detrás de estos regalos misteriosos. Ha sido una grata sorpresa que viajara en el mismo barco que nosotras. Y una gran coincidencia.

—No debería tomarse esas libertades. No está bien. Lord Bruce no debería entrar en los aposentos de una dama para dejar regalos si no le han dado permiso para cortejarla.

—Supongo que después del escándalo con Lord Howard se cree con la libertad de actuar de una forma menos decorosa... Suele pasar. Si bien no dudo que tenga buenas intenciones y que sólo quiera hacer de este viaje una ocasión para disculparse o fomentar nuestra amistad.

—Aun así, no estaría de más preguntarle cuando lo vuelva a ver... No me da buena espina.

—Lo haré, no lo dude.



# Capítulo 16

## *Tormenta*

*Ella camina silenciosamente, pero, bajo ese aspecto tranquilo, es toda furia, pura energía eléctrica. La mujer común es tan común como una tormenta.*

***Judy Grahn.***

La lluvia caía sin cesar y las gélidas ráfagas de viento soplaban con fuerza. Sin embargo, el buque seguía navegando, haciendo frente al peligro y a los inconvenientes

—No quiero a nadie en cubierta a menos que sea de la tripulación —ordenó el capitán—. Que se reúnan todos los pasajeros de primera clase en el salón principal. Y limitad el libre movimiento de los de segunda.

—Sí, mi capitán —Salió el segundo de a bordo dispuesto a transmitir las órdenes.

—¡A babor! Tres nudos. Mantenga el rumbo en esta dirección hasta nueva orden —imperó el capitán, observando el oleaje furioso.

—Se ruega a todos los pasajeros que, ante todo, mantengan la calma —repetía uno de los oficiales a los nobles y señores acomodados que se removían nerviosos en la sala principal del navío.

La sala había sido diseñada para albergar a doscientas personas. Había lámparas de lágrimas, mesas y sillones por doquier. Así como dos pisos con balcones y moquetas rojizas. Si bien, el lujo parecía una nimiedad en aquellos instantes de sin sabor.

—Mientras dure la tormenta permanezcan en los puntos de reunión establecidos —seguía canturreando el oficial—. Eviten caminar por los pasillos, las escaleras y las zonas de carga. Se les repartirán chalecos salvavidas...

—Me gustaría saber si los de segunda clase correrán con la misma suerte —refunfuñó Clarissa, cogiendo los salvavidas para darle uno a su señora.

Sophia había tomado asiento en uno de los divanes aterciopelados que se movía de un lado a otro con el ritmo del oleaje. Hubiera preferido mantenerse

de pie, pero llamaba mucho la atención de ese modo así que debería hacer su mayor esfuerzo por quedarse sentada. Durante dos días había evitado encontrarse de nuevo con Lord Bruce. A pesar de que le hubiera gustado preguntarle acerca de los regalos, era preferible evitar más preguntas. No quería que descubriera que viajaba sola, sin su hermano y sin carabina. Con un sombrero que le cubría medio rostro, se aferró al salvavidas y al camafeo de la rosa. Había sido todo un detalle de Lord Bruce regalarle algo tan bonito.

Las velas centelleaban, amenazando con apagarse en cualquier instante. Si eso sucediera, sería horroroso. Quién sabe lo que harían algunos al saberse ocultos.

—¿Nos vamos a hundir, mamá? —preguntó un niño de pelo oscuro aferrado al regazo de su madre.

—No, hijo. ¿Cómo vamos a hundirnos?

Sophia sonrió débilmente hacia la madre, que la miró con cara de circunstancias. Quizás el niño estaba siendo el más sensato de todos. Aquello no pintaba nada bien.

—Levántense y agárrense a las barras —pidió el oficial que minutos antes trataba de calmarles.

Los presentes corrieron a los pasamanos en estampida, sin respetar género ni edad.

—¡Las mujeres y los niños primero! —gritaba un mozo sin éxito.

Sophia se quedó sin hueco para apoyar sus manos mientras Clarissa caía estrepitosamente al suelo rodando hacia el otro extremo del salón donde cuatro hombres la ayudaron a levantarse para apoyarse a una columna.

El navío empezó a ladearse temerariamente.

Si Sophia no conseguía cogerse a algo inmediatamente podría sufrir un grave accidente o quién sabe si algo más. Buscó con la mirada alguna solución, desesperada. Hasta que sintió una fuerza tirando de ella para acercarla a una baranda. Justo cuando iba a mirar el rostro de su salvador, las luces se apagaron. El aroma le resultó muy familiar.

—Lady Peyton —era la voz de Lord Bruce—. Agárrese a mí.

Ella obedeció y se cogió al casaca roja mientras éste se sujetaba a la baranda. Minutos después, las velas volvieron a encenderse y el buque volvió a equilibrarse.

—Muchas gracias, Lord Bruce —Se soltó Sophia—. Ha sido muy oportuno que me trajera hasta la baranda. No sé qué habría hecho si...

—¿Traerla hasta la baranda? Lady Peyton, yo la he encontrado aquí. Hacía

horas que la buscaba, preocupado por usted. Hasta que la vi cogida a esta esquina.

Sophia enarcó una ceja. ¿Si no había sido Lord Bruce, entonces quién?

—¡Mi señora! ¡Mi señora! —Apareció Clarissa, recomponiéndose el bonete gris—. ¿Se encuentra bien? ¡Esos hombres no me han dejado ir a buscarla! ¡Me han dicho que era un peligro para el bienestar colectivo! ¿Puede creerlo?

—No se angustie, Clarissa. Estoy bien, Lord Bruce me ha ayudado... Y, al parecer, algún otro pasajero que me ha visto en apuros también ha colaborado... Tenemos suerte de estar entre personas tan serviciales —sonrió quedamente hacia el soldado, con la intención de huir antes de la temida pregunta.

—¿Y su hermano?

¡Diantres! ¡No le había dado tiempo!

—¿No me diga que está en el camarote? ¡Ahora mismo iré a buscarlo!

—¡No! —lo detuvo Sophia en un grito desesperado que trató de suavizar con un gesto de manos conciliador—. No será necesario que vaya a buscarlo... Porque... —Bajó la cabeza.

—¡No me diga que está usted viajando sola! —se horrorizó el caballero mientras tomaban asiento en una banqueta.

—Por favor... Baje la voz —suplicó—. Estoy viajando por temas familiares y mi hermano no ha podido acompañarme.

—¡Pero Lady...!

—¡Y deje de llamarme Lady Peyton! —gritó en un susurro—. Aquí soy Anastasia Petrovich; señora Petrovich.

—Con razón no encontré su camarote por mucho que pregunté al servicio...

—¿Cómo dice?

—Que con razón no encontraba su...

—¿Pero no ha sido usted quién me ha regalado esto? —Levantó el camafeo.

—Me hubiera gustado regalárselo, Lady... Señora Petrovich. Pero lo cierto es que yo no he sido. Quizás tenga algún admirador secreto.

—¿Tampoco ha sido usted el que me ha cogido y me ha llevado hasta un lugar seguro?

—Ya le he dicho que no, señora Petrovich.

Sophia se llevó las manos al mentón con los ojos bien abiertos. ¡El fantasma! ¡No podía ser otro! ¡Por eso había notado ese aroma tan irresistible!

¿Cómo se atrevía a seguirla? ¿Dónde estaba? Se levantó de un salto, dejando a Lord Bruce con la palabra en la boca.

—¿A dónde va, mi señora? —cuestionó Clarissa, que se había quedado en un segundo plano.

—¿Es él!

—¿Quién?

—¿Es él! ¡Él! El fantasma...

Clarissa miró con preocupación a Sophia, buscando signos de algún hematoma en su cabeza.

—Me temo que debe haber sufrido algún golpe —abogó la sirvienta.

La joven, ignorando a su acompañante y a Lord Bruce, empezó a andar por el salón buscando a Brandon. Lo buscaba en cada rostro masculino. Tambaleando junto al movimiento del barco y agarrándose a las paredes para no tropezar cuando la luz parpadeaba en exceso. Entre parpadeos y temblores, le pareció ver al Marqués en dos ocasiones. Pero cuando se acercaba a él, resultaba ser otra persona.

¿Dónde se escondía? ¿Dónde estaba? ¿Qué hacía allí? ¿La había seguido igual que el día en que fue a visitar a Diana? ¿Pero cómo se había enterado? ¿En qué estaba metido Brandon?

Demasiadas preguntas y ninguna respuesta. Las dudas y la obsesión por encontrar a su admirador misterioso la llevaron a marearse y, por consiguiente, a caerse. Cayó desmayada en medio de la sala pese a que Lord Bruce la cogió a tiempo para que no se golpeará contra el suelo.

—¿Hay un médico? ¿Un médico en la sala?

Apareció un hombre de estatura media y bigote contundente que examinó a Sophia.

—No es nada más que un desmayo, debe reposar y si tienen algunas sales o alcohol...

—Sí, doctor. Tenemos sales en el camarote.

El profesional se marchó para atender a otros pasajeros que se habían golpeado con los objetos. A pesar de que las mesas estaban ancladas en el suelo y que las sillas no eran de madera, sino de un material mucho más ligero, los viajeros se habían golpeado con las paredes u otros enseres. Era increíble el modo en que los caprichos de la naturaleza podían afectar a los seres humanos. ¿Caprichos o designios de Dios? Fuera como fuera había al menos una cincuenta de heridos.

—¡Vuelvan a sus camarotes! —anunció el oficial que se había hecho

conocido entre los presentes—. ¡Lo peor ya ha pasado! ¡Vuelvan a sus camarotes y faciliten el trabajo de los oficiales! ¡Por órdenes del capitán deben volver a sus habitaciones!

Lord Bruce cargó a Sophia Peyton hasta su camarote donde Clarissa reanimó a la muchacha con unas sales.

—Oh, qué bochorno más espantoso... Lord Bruce. No sé cómo he podido desmayarme en una situación que requería de toda mi concentración y valor.

—Me parece encantadora la debilidad femenina —halagó el casaca roja haciendo pensar al objeto de sus halagos que si fuera una Cavendish le diría un par de cosas acerca de la debilidad femenina. Pero ella no era una Cavendish, así que aunque la adulación de Lord Bruce fuera de todo menos complaciente, se limitó a dedicarle una sonrisa a modo de respuesta cordial.

—¡Qué alivio verla despierta de nuevo! —exclamó la doncella, colocándole una almohada tras la espalda.

—Muchas gracias, Clarissa; también le agradezco su ayuda, Lord Bruce.

—Así que viajando sin acompañante...

—Si va a reprenderme o a juzgarme, le agradecería que no lo hiciera —lo cortó—. Aprecio nuestra amistad, pero no me agradaría sentirme reprendida por usted. No creo que la naturaleza de nuestra relación haya llegado a ese nivel.

—Como suele ser habitual en usted, se precipita. No iba a juzgarla ni mucho menos a reprenderla —Se pasó la mano por su cabellera rubia—. Sino a admirarla.

—¿Admirarme? —se sorprendió, llevándose la mano al colgante y recordando a Lord Brandon Howard. ¡Estaba convencida de que había sido él! ¿Quién si no?

—La admiro por ser tan audaz e intrépida. Es una bella mezcla entre valor y debilidad que podría estar contemplando hasta el fin de mis días...

Sophia observó de arriba a abajo al caballero perfecto de chaqué rojo, botas altas y sonrisa impoluta. Era un galán, bello y gallardo. No obstante, por muy inmejorable que fuera... Ella amaba al fantasma. Que lo hubiera rechazado, no significaba que estuviera dispuesta a entregarse a otro hombre. Al contrario, guardaría los recuerdos de Brandon a modo de tesoro.

—Yo... Clarissa, ¿puede retirarse un momento?

—¡Mi señora!

—Por favor, Clarissa.

La regordeta y hermosa doncella obedeció con una mueca de

inconformidad.

—Lord Bruce, debo parar esto antes de que vuelva a hacerse ideas equivocadas.

—No, no es necesario. Sé que ama a ese...Marqués. Lo sé, todos lo saben. ¿Quién no lo sabría después del escándalo en casa de los Duques? Sin embargo, si está aquí y no está en sus brazos... Puedo imaginarme que hay una mínima esperanza para mí. No me importa lo que haya sucedido, Lady Peyton... Estoy dispuesto a conquistarla.

—Le agradecería que desistiera, Lord Bruce. O de lo contrario, me veré obligada a acabar con cualquier tipo de relación que nos una.

—Sólo le pido una cena. Una cena... A la luz de las velas en mi camarote. Después de eso, si sigue pensando que no soy merecedor de su amor, entonces me olvidaré de usted aunque eso signifique arrancarme el corazón.

—Oh, no puedo creer que un soldado deba hacer tal cosa.

—Créalo —sentenció, contundente y con sus ojos azules clavados en los de ella.

—Quiero dejar claro que si accedo sólo lo haré para agradecerle lo mucho que me ha ayudado hoy. Y también lo haré en nombre de una amistad que deberá extinguirse tras la cena...

—Me ha hecho el hombre más feliz de esta tierra, Lady Peyton. Iré a prepararme, ya falta poco para la hora... —Miró su reloj de bolsillo.

—¿Será seguro? La tormenta...

—La tormenta ha terminado, Lady Peyton. Ahora llega la calma...

Y con esa última frase que tenía todos los ingredientes para ser una metáfora, el caballero immaculado salió del camarote para hacer pasar a Clarissa.

—¡Mi señora! ¡Esto es escandaloso!

—Me ha invitado a cenar.

—Supongo que habrá dicho que...

—Sí.

—¿Cómo? Ay, Dios mío —Se sulfuró, sentándose en la cama de delante—. ¡Definitivamente ha perdido el juicio!

—Es sólo una forma de acabar con todo esto en buenos términos. Me lo ha suplicado... Y me ha prometido que si sigo sintiendo lo mismo al terminar la reunión, entonces se olvidará de sus pretensiones. Como estoy completamente segura de que nada cambiará en mi corazón tras la velada... Habré puesto punto final a este ridículo cortejo de la mejor forma posible.

—Se le ocurren unas ideas para solucionar sus problemas... ¡Me volverá loca!

—Vamos, Clarissa. Seguro que fue mucho más difícil soportar a mi cuñada cuando se pasaba el día enfadada con mi hermano.

La sirvienta negó con la cabeza.

—¿Y qué se va a poner?

—No tengo mucho para escoger. No pensaba asistir a ningún evento... Y traje lo indispensable. Siento frío... Así que el traje de lana marrón bastará. Y el gorro a conjunto.

—¿Le ha preguntado acerca de los regalos?

—No fue él.

—¿Cómo? —se asustó su compañera y como para probar su espanto dejó caer el baúl de entre sus manos.

—Pero sé quién es. No se preocupe... Y me agrada mucho más este nuevo admirador.

—¿De qué está hablando? ¿Quién es? ¡No podemos consentir que se cuele en nuestra alcoba!

—Sé que todo parece una locura... Pero al final, todo parecerá muy sencillo.

—Ya no sé qué pensar —Recogió el baúl y sacó el vestido de lana—. Primero que el señorito puede que no sea hijo de Charles Peyton. Después que si el Marqués resultó ser un fantasma vengador... Y ahora todo este lío de Lord Bruce y el maníaco de los regalos sorpresa... Es demasiado complicado para mí.

—En ocasiones, no es necesario comprenderlo todo a la perfección. Sobre todo cuando se habla de fantasmas.

—¿Cree que ha sido Lord Brandon?

—No lo creo, estoy segura.

—Si fuera así, me daría mucho miedo. ¿Cómo ha sabido a dónde nos dirigíamos? ¿A dónde estábamos?

—¿Le asusta? A mí me parece muy estimulante... —rio por lo bajo, poniéndose de pie para que Clarissa pudiera cambiarle la ropa.

—Si me permite una familiaridad, le diré que es usted muy peculiar miladi.

—No lo adorne, puede llamarme rara.

\*\*\*

Al llegar al enorme cubículo de Lord Bruce reparó en que, una vez más, se estaba saltando todas las normas del recato. Sin quererlo o sin buscarlo, últimamente se veía envuelta en demasiados problemas.

—Está usted más hermosa que nunca —dijo el caballero, engalanado con un traje beige y el pelo bien peinado hacia atrás.

—Gracias, milord —aceptó el cumplido mientras le retiraba la silla con el fin de que se sentara. ¡Qué galán!

Tras haberse asegurado de que ella estaba cómoda, el soldado tomó asiento mientras un señor uniformado tocaba el violín. Era una de aquellas situaciones en las que Sophia no sabía a dónde mirar por lo que decidió fijar la vista en el ramo de flores que estaba colocado en el centro de la mesa.

—Listo, míster Jones. Puede retirarse —concedió en un inglés perfecto Lord Bruce, a la espera de que sirvieran el primer plato: sopa.

—¿Tiene mucha familia en Rusia?

—La materna... Mis tíos —repuso, vagamente sin dar detalles—. ¿Y usted, Lord Bruce? ¿Por qué viaja en este barco?

—El gobierno británico dispone soldados en sus buques internacionales con el fin de preservar la seguridad de los ciudadanos ingleses hasta llegar a su destino.

—¿Quiere decir que no desembarcará?

—Depende... —La miró significativamente a lo que ella disimuló tomando la cuchara y dándole un sorbo a la sopa.

—¿Ha estado alguna vez en el país de su madre?

—Desgraciadamente no. Esta será la primera vez.

—No tiene por qué ser una desgracia que no haya estado antes en Rusia... Sino una oportunidad de saborear el país en la edad adulta.

—¿Tiene mucho trabajo como soldado, Lord Bruce? —cambió de tema.

—Afortunadamente estamos en una época de paz. Y las guerras que se desarrollan en la actualidad no son de campo y tiros sino... Mucho más frías y estratégicas.

—¿Rusia e Inglaterra son países amigos? Disculpe —se retractó—. No debería hablar de política.

—¿Por qué no? No me disgusta que una mujer tenga temas de conversación más allá de lo bonito que es Bath.

Sophia lo miró sorprendida. No esperaba esa respuesta de un hombre tan inmejorable.

—Entonces, ¿Inglaterra y Rusia son países aliados?

—De cara a la galería, sí. Pero digamos que a Inglaterra no le agrada que Rusia se expanda o reclame territorios otomanos.

—¿Por qué?

—Porque entonces serían demasiado influyentes en Europa. Y nadie quiere eso...

—¿Pero no hay ninguna guerra, cierto?

—Como ya le he dicho, no hay ninguna en el campo de batalla...

De golpe, las luces se apagaron impidiendo la visibilidad por completo.

—¿Qué ocurre? —Se asustó la joven, tratando de encontrar algún punto de luz inexistente.

Una corriente gélida.

Un disparo.

Otro disparo.

Y otro.

Un fuerte olor que la dejó inconsciente.

Y unos brazos que la cargaron lejos de allí.



# Capítulo 17

## *Un espía*

*No hay más uniones legítimas que las que están gobernadas por una verdadera pasión.*

*Stendhal (1783-1842).*

La secuestrada se despertó con un fuerte dolor de cabeza en un camarote extraño. A duras penas era capaz de alzar la vista o de ver con claridad, tan sólo un resplandor difuminado se colaba a través de sus retinas.

¿Dónde estaba Lord Bruce? ¿Qué habían sido esos disparos? ¿Quién la había secuestrado?

—Le queda muy bien ese colgante —oyó decir a una voz familiar...la voz del fantasma.

—Lord...Howard —titubeó, buscándole con la mirada.

—Lady Peyton —Apareció frente a ella, como si le hubiera leído las intenciones mirándola a través del famoso monóculo.

Había pasado más de un mes sin verle. Pero seguía pareciéndole tan apuesto como el primer día, aunque ese pensamiento fuera tildado de banal en esos instantes. ¿Qué hacía él ahí? ¿Qué estaba haciendo con ella?

—¿Se puede saber qué está haciendo? —demandó, recobrando poco a poco el sentido y dándose cuenta de que tenía las manos atadas entre ellas.

—La estoy protegiendo.

—Nadie diría tal cosa, Lord Howard. No forma parte del verbo "proteger" secuestrar y atar a una persona.

—El mundo es un lugar muy peligroso, Lady Peyton. Y cuando lo descubra se alegrará de saber que yo soy el único que está de su lado.

—¿De qué está hablando? ¡Suélteme! —Se agitó, nerviosa—. No necesitaba su aparición fantasmagórica. Estaba cómodamente hablando con Lord... ¡Lord Bruce! ¿Qué han sido esos disparos?

—Hable más flojo, Lady Peyton. O me verá obligado a amordazarla y es algo que he intentado evitar puesto que no la tengo por una mujer escandalosa.

—¿Qué han sido esos disparos? —volvió a preguntar en un susurro, haciendo fuerza con las piernas para sentarse—. ¿Qué hace aquí? ¿Me está persiguiendo?

—Demasiadas preguntas, muñequita. Y, como siempre, no puedo darle respuestas.

—Esto es, como poco, indignante. ¿Cómo se atreve a sacarme de un reunión de este modo?

—¿Una reunión? Tenía todos los ingredientes para ser un encuentro romántico —Anduvo hasta ella y se sentó a su lado, en la misma cama. Ahogándola con su perfume varonil y sus ojos negros inmensos—. Flores, velas, un violinista... ¿Qué pretendía, Lady Peyton? ¿No se acuerda de que usted ya tiene amo? —Le cogió el mentón con fuerza, pero sin hacerle daño. El roce de sus dedos después de tanto tiempo, pese a que estuvieran situados en una zona tan genérica, le resultó de lo más estimulante.

—Lord... ¡Lord Howard! —fingió escandalizarse removiendo el rostro para liberarse de sus dedos—. Le recuerdo que entre usted y yo no hay nada más que el recuerdo fastidioso de un engaño.

—¿Y las noches en mi casa? ¿Las noches en su cama? ¿Su virginidad en mis manos? ¿Eso no significa nada para usted, miladi?

Sophia se ruborizó hasta el inicio del cuero cabelludo. Había olvidado que estaba frente al hombre menos caballeroso del mundo.

—¿Ha sido usted el responsable de las flores y el regalo?

—Que no sea el hombre perfecto, no significa que desconozca los gustos de una dama. Estoy intentando conquistarla mediante lo que la gente común llama: cortejo.

—No le sabría decir si es muy común que se cuele en mi habitación para dejarme regalos inapropiados debido a nuestra inexistente relación. Ya le dije, la última vez que hablamos, que no pensaba casarme con un mentiroso. Me mintió, Marqués. Me utilizó para perjudicar a mi hermano. Thomas no es el culpable de sus dolores, si es que es capaz de sentir dolor... Sino nuestros padres. Fueron ellos los que no actuaron debidamente. Debieron aclarar la situación y dejar sus rencillas a un lado en cuanto vieron que sus hijos podrían verse afectados.

—Nada es tan sencillo. Han habido demasiadas personas implicadas.

—¿Mi tía Irina, por ejemplo? —se atrevió a preguntar.

—¿Cómo sabe que...? Supongo que su hermano se lo ha contado.

—Nada más lejos de la verdad. Mi hermano no quiso contarme algo tan vergonzoso... Lo descubrí en un diario que mi madre guardaba en la casa de Windsor.

—Ahora ya lo sabe todo, miladi. Sabe que su hermano pueda ser mi

hermano también. Sabe que su madre no era el ángel que todos pensaban...Y sabe que su tía fue la que me enseñó cuánto sé. No piense que me utilizó. Tan sólo me adentró en un mundo que siento tan mío como cualquier otra persona...

—¿Qué mundo? ¿El de sentir placer a través del dolor? ¿El de vengarse a través de seres inocentes?

—Usted también siente placer a través del dolor. Me lo ha demostrado en repetidas ocasiones —Le colocó una mano sobre el muslo—. Y lo de vengarse... Sí, lo consiguió. Su tía Irina consiguió vengarse de mi madre por haberle robado el marido a Geraldine. En cuanto Anuska, la doncella trepadora, descubrió que su inocente y apocado hijo disfrutaba de los latigazos de una mujer treinta años mayor que ella... Dijéramos que no le sentó demasiado bien. Si a eso le suma que Charles Peyton la coaccionaba por dinero... Se suicidó. Yo fui quien la encontró. Atada de una soga en una biga.

Sophia se llevó las manos maniatadas sobre los labios, horrorizada. Sin embargo, Brandon lo estaba contando como si hablara de otra persona. No había sentimientos en su rostro ni mucho menos pesar o dolor. ¡Su monstruo personal!

—Mi tía actuó pésimamente.

—¿Por eso va a Rusia? ¿A demandarle explicaciones?

—Por eso y por saber la verdad acerca de mi hermano Thomas. Quiero saber si es un Peyton o un Howard. Pero descubra lo que descubra, no se lo diré a nadie. No quiero perjudicarlo.

—Deberíamos buscar a Joe, el hijo bastardo de Charles e intentar que lo reconocieran.

—Sí, opino lo mismo, Marqués. Quiero enmendar los errores de nuestros progenitores. No quiero que Joe un día descubra la verdad y también decida tomarse la justicia por su mano. Es hora de hacer las cosas bien. Estoy hablando demasiado... —Negó con la cabeza.

—¿Quién iba a decir que esa niña que correteaba por mi jardín se convertiría en una pieza clave de todo este entrillado? Siempre pensé que se convertiría en una niña consentida y que se casaría con el primer don perfecto que se le cruzara por el camino.

—Creo que esa es la imagen que la mayoría de las personas tienen de mí... O tenían. Pero míreme: aquí estoy, con las manos atadas y hablando con un loco que intentó matar a mi hermano.

—No intenté matarlo, sólo lo reté a un duelo.

—Oh, perdone mi inexactitud argumental —ironizó.

—Perdonada —repuso él, sin comprender la ironía.

—Lo que hizo Irina —Lo miró con intensidad—. No estuvo bien. Usted no es como los demás... Usted es...

—¿Diferente? ¿Raro?

—No entiende las cosas como el resto.

—¿Y eso me hace ser un inútil?

—¡No! Al contrario, es usted demasiado inteligente. Pero...

—Pero nada, miladi. No sentiré lo que usted siente. No sentiré amor, afecto ni necesidad de relacionarme con la gente. Así como mi proceder es distinto y mi forma de ver las cosas también...Pero no me vea como una víctima. Ya le he dicho que lo que hizo Irina sólo fue doloroso para mi madre. Yo lo consentí todo... Que la sociedad no lo comprenda, no es mi problema. Esa es mi ventaja: yo los comprendo a ellos pero ellos no pueden comprenderme a mí —explicó, mirando a la nada—. Hasta que la encontré a usted... —La miró—. Siento que con usted es distinto. La siento mía. Y cuando siento que una persona es mía es como lo que usted llama amor.

—¿Es esto una declaración de amor?

—Es una declaración de posesiones.

—Haga el favor de desatarme. Y déjeme volver a mi camarote —resolvió, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para ignorar los encantos del único hombre al que había amado—. Le vuelvo a preguntar, ¿qué hace aquí? Si quiere conquistarme, lo primero que debe hacer es confiar en mí y ser sincero. No más mentiras ni engaños... —lo manipuló expresamente, pero por una buena causa.

—La he seguido. He estado siguiendo su pista desde el día en que se marchó a Windsor. Ya le dije que no podría escapar de mí de ninguna de las maneras. Sé que ahora es usted Anastasia Petrovich y sé que se dirige a Moscú en busca de Irina Romanov, actual esposa del príncipe Alejandro Romanov.

—¿Cómo sabe todo esto? ¿Cómo sabe a dónde he estado y a dónde voy? ¿Cómo puede tener tanta información? Y sea sincero...

—Está bien, si va a ser mi esposa debe saberlo...

—Yo no he dicho que vaya a ser su esposa —lo cortó.

—Está bien, miladi. Lo que usted diga... Yo sé que terminará siendo una Howard. Por eso le revelaré quién soy... Por eso y porque si descubro que se lo ha dicho a alguien... la mataré.

—¡Qué romántico! —ironizó de nuevo.

—Soy un espía. Un trabajador clandestino del gobierno. He estado en

diferentes guerras británicas. Quien dice guerras también puede decir conflictos. He estado en China, Italia, Turquía, Rusia y otros países. En mi último año de servicio estuve en la cárcel de Kowloon, China. Me liberaron por un cambio con otro recluso chino, lo hicieron porque mi padre murió y les interesaba tenerme como a un Marqués influyente más que como a un prisionero.

Sophia removió sus ojos sobre los de Brandon, buscando signos de burla o de mentira. Pero no encontró nada de eso; al contrario, estaba siendo más sincero que nunca. O eso parecía.

—Gracias a mis contactos puedo saber en cada momento qué hace y dónde está. Es una red muy amplia que he estado usando para mis propios beneficios...

—Vaya, no sé si sentirme halagada o asustada... ¿Pero no puede meterse en problemas por estar usando esta red en su propio beneficio?

—No, miladi. El gobierno me debe tanto a mí como yo a ellos. Nunca paro de trabajar, nunca. —Se llevó las manos a los bolsillos donde Sophia vislumbró el bulto de una pistola.

—¿Y la pistola? ¿Y Lord Bruce? ¿Qué ha hecho, Lord Howard? —lo miró, seriamente.

—He hecho lo que tenía que hacer, miladi. Y ahora, debo castigarla...

—¿Castigarme?

—No debió cenar con ese hombre... —La cogió de los hombros y la obligó a tumbarse otra vez, todavía con las manos atadas y el pelo deshecho.

—Lord Howard... Pare —suplicó, cuando vio que el espía empezaba a besarle el cuello provocándole oleadas enormes de placer—. Pare, no está bien. No me voy a casar con usted... No voy a volver a equivocarme. Quiero saber qué ha pasado con Lord Bruce...

—Deje de mencionarlo —Atrapó su boca, besándola con anhelo y agresividad hasta morderle delicadamente el labio inferior.

Aquello la transportó a otro mundo. Los besos de Brandon eran un narcótico demasiado fuerte como para resistirlo. Y aunque se sentía tremendamente mal por Lord Bruce, porque no sabía si estaba bien, se dejó llevar por la pasión del momento. Hacía muchos días que no veía al Marqués... Y saber que la había estado siguiendo... Que había sido él el dueño de los regalos... Que estaba allí, entregado a ella... ¡Era irresistible!

—Quiero dejarle claro, que lo que suceda esta noche aquí no cambiará nada de lo que le he dicho: no me casaré con un mentiroso que retó a un duelo

a mi hermano y me usó.

—Ya le dije que sólo la usé en un par de ocasiones... Después, se convirtió en mi droga más necesaria —confesó, en un sonido gutural mientras le liberaba los pechos del traje de lana marrón.

—No importa, fue muy ruin.

—Está bien, miladi. Admito mi culpa, ¿quiere azotarme? Quizás merezca un castigo —preguntó como si nada, sin dejar de besarle los senos y de morderle los puntos más álgidos de los mismos.

—¿Cómo dice? ¿Pegarle? Ya le dije que no soy como usted... —se avergonzó ante la idea de pegar al fantasma mientras se retorció de placer y empezaba a sudar—. Quiero ser diferente... No soy vengativa.

—En la cama no existen juicios morales. Como le dije, el hecho de que la azotara y la atara en nuestros encuentros... No tuvo nada que ver con mi plan de venganza. Son mis gustos, lo que me excita... —murmuró, apretándole un seno con fuerza hasta hacerle emitir un pequeño gemido plañidero.

—No quiero pegarle, quiero abrazarle —sinceró al fin, necesitada del regazo de su amado—. Quiero tocarle... Ese será mi castigo. Sé que no le gusta que le toquen, así que lo tocaré por todos lados...

—Está bien, me lo merezco —La liberó de la cuerda y con las manos libres se tiró al torso de Brandon para abrazarlo con fuerza. No lo había hecho nunca, jamás lo había abrazado tan libremente. Sentía frío, pero a la vez, una gran satisfacción y una extraña sensación de seguridad.

Le deshizo la camisa oscura que portaba, sin dejar de mirarlo a los ojos. Brandon se sentía incómodo, sí. Ese era el peor castigo que podía infringirle. Descubrió un pecho masculino que ya conocía: repleto de cicatrices.

—¿Esto se lo hicieron otras amantes? —inquirió, un poco celosa.

—Me lo hicieron en la cárcel —susurró.

Sophia se sobrecogió y en un ataque de infinita ternura, pasó sus dedos por las cicatrices.

—No. —pidió él, apartándole las manos.

—Me lo debe —imperó ella, en un gesto agresivo—. Recuerde que este es su correctivo.

Los labios finos y sensuales de Brandon se tensaron mientras cerraba los ojos con fuerza.

Sophia siguió pasando los dedos y las manos por aquel torso magullado y, luego, como si estuviera necesitada de mucho más, continuó por los brazos y el cuello. Aprovechó cada minuto de empoderamiento hasta que el fantasma

soltó un bufido que nadaba entre el placer y el tormento.

—Le voy a tocar por donde yo desee.

Lo tumbó sobre la cama y le quitó los pantalones, dejándole completamente desnudo. Era un hombre muy hermoso: alto, corpulento de pelo oscuro y formas hercúleas. Las cicatrices de su cuerpo no eran nada más que un embellecimiento a tan bella escultura griega.

Se sentó a horcajadas encima de sus piernas y le acarició el miembro, aquella parte dura pero tierna a la vez.

—No me habían tocado nunca así —gruñó él.

—No me haga repetirle que soy una excepción en su mundo, Marqués.

—Es mi favorita.

—¿Hay más? —Le apretó el miembro.

—La favorita de mi mundo —aclaró.

Abrió los ojos y la miró como si fuera capaz de sentir algo más que posesión. Como si la amara. Sophia se conformó con eso y se tumbó sobre su cuerpo. El fantasma le subió la falda, le bajó las enaguas y la guio para que lo montara. La joven nunca imaginó que una mujer pudiera hacer aquello, pero lo hizo. Se movió como si cabalgara a un semental hasta que ambos quedaron saciados.

—Le amo, Lord Howard —musitó ella, extasiada y complacida mientras se tumbaba a su lado—. ¿A dónde va?

—No duermo nunca con nadie.

—¿Tengo que recordarle que está siendo sancionado? —Lo cogió del brazo y tiró de él.

El espía accedió y se quedó a su lado con los ojos como platos clavados en el techo.

—Haga el favor de relajarse, no está en ninguna guerra. Está con Sophia, su favorita —le ordenó, pasándole la mano delicadamente por el rostro. Buscó una manta y se colocó junto a él—. Por poco me olvido de algo —Le cogió las manos encueradas.

—No, Sophia. Esto no.

—¿Por qué no? —Tiró de los guantes desvelando unas manos quemadas. Estaban completamente desfiguradas.

La muchacha se llevó la mano sobre la boca, a punto de llorar.

—¿Y esto?

—Túmbate —dijo él, volviéndose a cubrir las manos.

—Oh, Brandon... Has sufrido tanto, mi monstruo personal...

Era idílico: dos amantes bajo una manta en medio de la noche. Incluso Sophia se atrevió a ponerse el monóculo sintiéndose más cerca de su rarito querido. Era perfecto.

Si no fuera porque en el piso de abajo, se estaba certificando la muerte de Lord Bruce.

\*\*\*

A la mañana siguiente, cuando todavía no había salido el sol, Sophia volvió a su camarote acompañada por el fantasma. Afortunadamente, Clarissa todavía estaba dormida así que aprovechó para simular que ella también.

No fue hasta la hora habitual en que se levantaban, que se preparó para un nuevo día.

—¡Llegó usted muy tarde, mi señora! —la regañó la doncella—. ¡Estuve esperándola hasta las dos de la noche!

—Lord Bruce fue muy insistente... —mintió para encubrir a Lord Howard.

—¿Pudo terminar con él?

Sophia recordó los disparos y palideció. ¡Se había olvidado por completo! Una marea de culpabilidad le sobrevino hasta que unos toques en la puerta la sacaron de sus preocupaciones.

—¿Quién es? —preguntó la sirvienta antes de abrir.

—¡Somos la guardia de a bordo! Han habido unos asesinatos y estamos registrando todas las habitaciones.

○○○○○○

# Capítulo 18

## *Voluntad por lo correcto*

*En cualquier momento de decisión lo mejor es hacer lo correcto, luego lo incorrecto, y lo peor es no hacer nada.*

***Theodore Roosevelt.***

—Abra, Clarissa —ordenó Sophia, con el rostro desencajado y los ojos llorosos.

*¿Asesinatos? ¿Estarían relacionados con los disparos que oyó anoche? ¿Estaría Brandon implicado? ¿Le habría sucedido algo a Lord Bruce?*

Entraron cuatro guardias relativamente jóvenes y uno de avanzada edad, que debía ser el inspector. Los cinco portaban el rostro serio y observaban su alrededor con concentración.

—Su documentación —demandó mirándola fijamente, atravesándola con sus ojos avellana.

—¿Qué ocurre, señor? ¿Quién es usted? —consiguió articular la joven con un aire de dama preocupada.

—Soy el inspector Couland. Estamos investigando los asesinatos de Lord Bruce, Doccio Guatti y John Cain.

Era evidente que el oficial buscaba reacciones delatadoras por parte de ella y de Clarissa.

—Aquí está nuestra documentación —disimuló la doncella, desviando la atención y ocultando su propia sorpresa.

—Anastasia Petrovich. Casada con Johan Petrovich de Rusia. Y Charlotte Horne, sirvienta de Anastasia —leyó—. ¿Puedo saber cuál es el objetivo de su viaje?

—Visitar a la familia de mi esposo.

—¿Dónde está su esposo?

—En Inglaterra.

—¿Por qué no viaja con usted?

—Tiene mucho trabajo y yo debo ocuparme de mi suegra que está enferma y necesita ayuda.

Debía continuar con la farsa. No era el momento de desvelar su verdadera

identidad. Puesto que si lo hacía, sospecharían de inmediato y pondría en riesgo su integridad y la de Clarissa.

—Registren.

—Deberían avergonzarse de registrar la alcoba de una dama —simuló ofenderse, intentando echarles.

—Mi señora, ahora mismo el pudor femenino debe quedar relegado al bien común —excusó el inspector con una sonrisa irónica.

—¿Puedo saber, al menos, quiénes eran esas pobres personas?

—No creo que los conozca, formaban parte de la clase noble.

—Quizás pueda sorprenderle, inspector Couland. Mi marido, aunque un simple doctor, tiene buenos contactos.

—Lord Bruce era un soldado, hijo del barón de Wessex. Doccio Guatti era un violinista y el otro un cocinero. ¿Los conoce?

Sophia sintió como si un ejército de abejas le agujoneara el alma. ¡Habían muerto todos los hombres presentes en la cena! ¡Qué horror! Ella había sido la última en verlos con vida... pero al parecer el inspector no tenía ni idea de aquello. ¿No hubo más testigos? ¿Nadie que la reconociera por los pasillos? Miró disimuladamente a su fiel doncella que le devolvió la mirada extrañada pese a que intentó disimularlo lo mejor posible.

—¿Los conoce? —repitió el señor Couland.

—No —se apresuró en responder—. No los conozco... —mintió hábilmente con un gesto de falsa seguridad.

—No hay nada, señor —informó un guardia tras haber mirado todos los armarios y enseres relevantes.

—Señora, disculpe las molestias —Se sacó la gorra en una reverencia protocolaria, juntó las piernas en un golpe seco y ordenó la retirada.

—¡¿Qué es esta locura?! —gritó en un susurro Clarissa en cuanto se aseguró de que nadie podía escucharlas.

—¡Oh, Clarissa! ¡Clarissa! —Se removió inquieta de un lado a otro de la estancia—. Me he metido en problemas...

—¿De qué está hablando, miladi? ¿Qué ha hecho? —La cogió por los hombros—. ¿No habrá...?

—¿Cómo se le ocurre? —Se zafó—. ¡Yo no he matado a nadie! ¡Ni si quiera sé cómo se coge un arma! ¿A qué viene esa pregunta? —inquirió, con el sudor bañándole la frente.

—Miladi, es usted una Peyton... Y ya se sabe...

—¿Todos los Peyton tenemos que ser unos asesinos? Clarissa...

—Perdóneme, miladi. Perdóneme... Son los nervios, demasiadas cosas en tan poco tiempo... ¿Pero qué ocurrió? ¿Terminaron de cenar? ¿La acompañó hasta aquí? ¡Oh, Dios mío! ¡Si alguien la vio con él...!

—¡No lo sé Clarissa! ¡No lo sé! Lo único que sé...

—¿Qué sabe?

—No, no puedo contárselo... —recordó la promesa de silencio a Lord Howard—. Ahora vengo.

—¿A dónde va? ¡Cuéntemelo! ¡Estoy con usted!

—Clarissa, deberá confiar en mí.

Y con esa declaración salió del camarote con una capa de invierno oscura. Atravesó pasillos y más pasillos, subió dos escaleras y buscó el compartimento del fantasma. Intentó hacer memoria de su localización, no quería tocar una puerta equivocada y mucho menos cuando escuchaba al inspector Couland en el piso de abajo. Llegó a la puerta número 729 y tocó ligeramente de modo que sólo el ocupante pudiera oír los golpes.

Tras unos segundos de interminable espera con la espina dorsal hecha un bloque de hierro, Brandon abrió la puerta. A penas la miró, la cogió y la empujó al interior mientras miraba frenéticamente a los lados.

—¿Qué haces aquí? —demandó el Marqués mientras cerraba la puerta con llave.

—¿Qué hago aquí? —Se quitó la capa para verle mejor—. ¿Se puede saber qué hiciste ayer por la noche?! ¿Cómo has podido matarle? ¿Cómo has podido matar a esos inocentes?

—Sophia, no es el momento de dar explicaciones. Vuelve a tu camarote y sigue con tu rutina habitual.

—Oh, sí... Sophia... Vuelve a tu camarote y olvida que el hombre que te invitó a cenar está muerto. No sólo eso, sino que puede ser que el otro hombre que te secuestró en mitad de la velada lo haya matado... Pero tú haz vida normal. ¿Cómo diantres esperas que haga lo que me pides? ¡Necesito una explicación! ¡Mi doncella me está preguntando!

—Ssshht —demandó, cogiéndola por los hombros y alejándola de la puerta—. ¿No le habrás dicho quién soy, verdad?

—¡No! Por supuesto que no... —aclaró, a escasos centímetros de sus labios—. Pero si no me dices la verdad... No me dejarás más opción que dudar de ti. Si quieres conquistarme...

—Deja de manipularme, Sophia —Apretó su agarre—. Haz lo que te pido.

—¡No me mandas! ¡Tú no eres nadie para mandarme! —vociferó—. Estoy harta de tantos secretos e intrigas. Te he dicho que yo no soy como vosotros... O me dices lo que está ocurriendo o nunca más volverás a saber nada de mí. Y no me importa que me sigas a Rusia o al continente Africano.

—Está bien, está bien... ¡No quieres que te mande pero tú siempre estás dándome órdenes! —musitó en un grito impotente.

—No te doy órdenes, exijo lo correcto. Nada más. ¡He venido hasta Rusia para escapar de los engaños! ¡Y me estás metiendo en otro! No es justo... No me importa si es la maldición Howard o Peyton, yo romperé con esta maldición...

—Cállate, por favor. ¿Puedes hacer esto, por mí? ¿Puedes callarte por unos minutos? —Apretó su mentón y la miró severamente. Ella guardó silencio y esperó las explicaciones con los brazos cruzados y su mirada celeste brillando de rabia—. Yo lo maté.

—¡Lo sabía! ¡Eres un desgraciado! ¡Un miserable! —Le golpeó el torso con los puños—. ¿Cómo has podido hacerlo? ¡Lo has hecho por tu ridícula convicción de que te pertenezco! —Le golpeó repetidamente y le dio una bofetada sonora en el rostro. Después de eso, arrancó a llorar—. ¡Soy la culpable de la muerte de Lord Bruce! ¡Pobre Lord Bruce! ¡Era tan bueno y considerado...!

—Sophia... Déjame hablar.

—No, ya he escuchado suficiente —lo paró, alzando la mano—. No quiero saber nada más. Sólo quería saber la verdad... Y ya la sé —sonrió amargamente—. No cambiarás nunca... Pensé, pensé que... Después de lo de esta noche, había algo de diferente en ti. Pero me equivocaba.

—Te estás precipitando, te estás comportando como una niña consentida.

—Puede ser —afirmó, en medio de un ataque de ansiedad—. Puede ser que me esté comportando como una niña consentida... Pero déjame comportarme como una, cuando no soy capaz de asimilar que el hombre al que amo es un asesino.

—¡Ya te dije quién soy! ¿A qué creías que me dedicaba? ¿A esconderme tras los árboles para escribir en una libreta nimiedades? ¡Esto es un conflicto!

—¿Qué conflicto? Sólo lo has matado porque no soportabas que me pretendiera —negó con la cabeza.

—¡Era un traficante de mujeres! Se dedicaba a llevar y a traer mujeres entre Rusia e Inglaterra para venderlas a los burdeles y a las organizaciones de crímenes organizados. No sólo eso, era un traidor a la patria. Pasaba

información confidencial a los rusos valiéndose de su puesto como soldado condecorado. Por dinero, todo por dinero. Era un vendido. Hacía tiempo que el gobierno iba tras de él y este viaje ha sido la ocasión perfecta para terminar el trabajo que ya había empezado tiempo atrás. ¿Qué crees que hacía en la fiesta de los Duques? Fui a investigarle y a sacar información de sus compañeros. ¿Por qué crees que te invitó a cenar en esa habitación solitaria? ¿Quería aprovecharse de que estabas lejos de tu hermano! Quién sabe si no te hubiera llevado a un burdel al desembarcar...

—¡Mientes! —negó—. ¡Mientes! Estás mintiendo otra vez... Para conseguir lo que te propones. Jamás vi defecto alguno en Lord Bruce. Si fuera así, ¿por qué no me lo contaste anoche? ¿Por qué me embaucaste, como siempre? Te pregunté varias veces por él y no me quisiste responder... Lo has matado porque no tienes alma —Dejó correr las lágrimas por las mejillas, frustrada—. Lo has matado porque eres un controlador posesivo... Un maniaco que necesita un manicomio. Ni si quiera me creo que seas un espía... No eres más que un lunático —Tragó saliva—. No te acerques nunca más a mí o contaré lo sucedido a las autoridades. Revelaré al mundo la clase de monstruo que eres en realidad.

—Sophia...

No obstante, Sophia se marchó. Dejando el aire de la desolación y del desamor tras de ella.

Brandon se quedó estático, mirando fijamente el lugar por donde su favorita se había marchado. ¿Por qué no lo creía? ¡Qué complicada era esa mujer!

Sophia corrió por los pasillos con un nudo en la garganta y con la vista nublada. Afortunadamente, la guardia de abordaje ya no se encontraba en esa zona. Llegó a su cubículo con dificultad, no podía respirar y tenía ganas de vomitar. Por lo que en cuanto Clarissa abrió la puerta, lo primero que hizo fue dirigirse a la letrina para vaciar todo lo que tenía en el estómago.

—¡Miladi! ¿De dónde viene tan alterada? ¿Qué le ocurre? —Le cogió la frente y le acarició la nuca con afecto—. Por favor, miladi. Déjeme ayudarla. Soy una más de su familia... Permítame ser partícipe de su congoja...

Un poco más aliviada, Sophia se incorporó y fue ayudada a sentarse en la cama. La afectuosa Clarissa le puso unas almohadas tras la espalda y le dio un poco de agua.

—Oh... Clarissa —La abrazó, obligándola a sentarse a su lado—. Tengo muchos problemas...

—Eso ya me lo ha dicho antes de que saliera corriendo de aquí como alma que lleva al diablo. Pero quiero saber qué problemas tiene... No le contaré nada a nadie.

—Verás —suspiró sonoramente, cogiendo aire de nuevo y pasándose un pañuelo por las ojeras dramáticamente—. Lord Brandon Howard está aquí. Él fue el responsable de los regalos misteriosos.

—¡Ese hombre está obsesionado! ¡Qué miedo!

—Eso no es todo... Ayer, durante la velada con Lord Bruce, se apagaron las luces y me secuestraron.

—¿Qué? ¡Dios mío!

—Al poco tiempo de que me retuvieran por la fuerza, desperté en un camarote masculino en el que estaba él.

—¿Lord Howard?!

—Exacto —Clarissa se llevó las manos sobre el pecho e hizo temblar su papada—. Le pregunté repetidas veces qué había ocurrido con Lord Bruce. Porque justo cuando se apagaron las velas, escuché un disparo.

—¡Ay, Dios mío! ¡Lo ha matado él!

—Así es —Rompió a llorar otra vez, cogiendo otro pañuelo de seda blanco—. Pero no me lo ha confesado hasta hoy, cuando he salido corriendo a pedirle explicaciones. Yo no lo sabía... No me lo imaginaba capaz de tanto... Clarissa, tiene que creerme.

—Oh, mi niña. Por supuesto que la creo. ¿Entonces pasó la noche con él?

—Sí —confesó, avergonzada—. Lo amé tanto... Lo amo tanto... ¡Pero es un asesino!

—¿Pero por qué lo ha hecho? Quiero decir... No justifico ningún crimen. ¿Pero le ha dado alguna explicación?

—Clarissa, la siento como una parte de mi familia. Lo que voy a contarle es de suma importancia que nunca se lo revele a nadie. Si lo hiciera, me moriría.

—Se lo prometo, le prometo que callaré.

—Dice que es un espía. ¿Puedes creerlo? Dice que es un espía del gobierno y que Lord Bruce era un traidor que pasaba información a los rusos por dinero. Y no sólo eso, sino que Lord Bruce era un traficante de prostitutas y me quería utilizar al llegar a Rusia para venderme a un burdel.

—¡Por Dios! ¡Parece una historia sacada de un libro!

—Eso le he dicho yo. Que no me lo creo. ¿Por qué no me contó nada por la noche? ¿Por qué ha esperado a verse amenazado por mis exigencias? No es

nada más que una mentira tras otra, un engaño tras otro... Un embustero, un embaucador y un asesino. Me siento muy culpable por la muerte del casaca roja. Estoy convencida que, en su locura, Lord Brandon lo ha matado por celos.

—¡Y también al violinista y al cocinero!

—Para no dejar testigos.

—Lo único bueno de todo esto... Si es que hay algo bueno, por supuesto. Es que nadie puede relacionarla con el asesinato.

—No estaría tan segura...

—No creo que el loco del Marqués lo permitiera... Aun así, será mejor que no salgamos del cubículo hasta que llegemos al puerto. Ya nos faltan pocos días. Sólo saldré a las horas de las comidas para traerle los platos. No es seguro...

—Nada es seguro con Lord Howard aquí... Para él no existen puertas ni cerrojos. Estoy segura de que se podría colar por debajo de la puerta o traspasar las paredes como un fantasma.

—He llegado a pensar que fuera un espíritu maligno reencarnado en un ser humano...

—No blasfeme, Clarissa. Dios nos protegerá. Pero lo peor no termina aquí...

—¿Todavía hay más?

—No mancho desde hace muchos días...

Aquello cayó como un balde de agua fría sobre las dos, reparando en que la fecha del período había sido sobrepasada con creces sin darse cuenta de su ausencia. ¿Estaría embarazada o serían los nervios?

—Puede que sea debido a tantos cambios, miladi.

—Eso espero... Porque no quiero tener el hijo de un asesino. Me detesto por haber amado a un hombre así... Por haber tropezado dos veces con la misma piedra. Debí aprender la lección la primera vez.

—Usted se merece algo mucho mejor, miladi. Y en el caso que estuviera en cinta, siempre hay remedios para librarse de...

—¡No lo diga! —se envaró—. En el caso de que esté embarazada, tendré a mi hijo. Él no tiene culpa de mis errores.

—Pero...

—Pero nada. Debo ser fuerte y bondadosa ante tanta maldad y crueldad.

Al decir aquello, a Sophia le dio la sensación de que la maldición de su familia se resquebrajaba por la mitad, a punto de romperse para siempre.

Porque a veces las maldiciones son imposiciones del mismo ser humano, que no lucha por actuar correctamente y se deja llevar por las bajas pasiones, las enfermedades del corazón y la maldad.

¿Era Sophia el fin de aquella cadena de desgracias? ¿Era ella la portadora de un nuevo Howard libre de pecado y de maldición?



# Capítulo 19

## *Familia rusa*

*Una familia sin una oveja negra no es una familia típica.*  
**Heinrich Böll.**

Los días restantes del viaje, Sophia no salió del camarote ni si quiera para estirar las piernas. Para que éstas no se durmieran, daba círculos en el cubículo y hacía estiramientos desde la cama. Pasaba las horas leyendo, escribiendo o, simplemente, durmiendo. Entró en una depresión emocional. Ella. Que siempre había sido tan alegre y optimista, de pronto empezó a ver el mundo de color gris, lejos de la protección y de los algodones en los que se había criado. La vida no le parecía tan fácil y sentía que, en cualquier momento, todo a su alrededor podría desmoronarse.

El asesinato de un viejo amigo como Lord Bruce la marcó negativamente. Pese a que jamás lo amó, siempre lo tuvo en gran estima. No se merecía ese final tan trágico del que se sentía parcialmente culpable. Si no hubiera aceptado su invitación para cenar, Lord Brandon Howard no se hubiera puesto celoso y no lo hubiera matado... ¿Pero debía vivir condicionada por los celos de un demente? ¡Sonaba demasiado asfixiante!

Primero, quiso hacer daño a su hermano Thomas y ahora se lo había hecho a su amigo. Era imperdonable. Un ser despreciable que no se merecía vivir, un asesino. Lo odiaba intensamente o eso se repetía para no admitir que, en realidad, seguía amándolo como una estúpida.

Lo amaba a pesar de su monstruosidad, de su locura... ¿Por qué se había inventado que era un espía? ¡Seguro que no era nada más que un maníaco que se las ingeniaba para conocer sus movimientos! Con sobornos se podían conseguir grandes cosas.

Fuera como fuera, no había vuelto a saber nada más de él desde el día en que le confesó su culpabilidad. Ni una nota, ni regalos sorpresa. ¿Qué haría una vez llegaran a Rusia? ¿La seguiría?

—Ya hemos llegado, mi señora —anunció Clarissa tras veinte días de dura travesía con muertes incluidas.

—¡Qué alivio! —suspiró Sophia, guardando las cosas en el equipaje para

ayudar a su doncella.

—¿Su tía está en Moscú, verdad?

—Sí, Clarissa. Debemos coger un carruaje de alquiler que nos lleve hasta allí... Por lo que he podido saber, nos quedan tres días más de viaje para llegar a nuestro destino.

—Al menos tocaremos tierra firme y nos sentiremos mucho mejor.

—Es verdad —sonrió débilmente, recordando su posible preñez y agradeciendo un poco de tierra sobre la que caminar—. Según la información que Thomas me pudo facilitar antes de partir, nuestra tía se encuentra en la calle Prechístenka. Es la zona en que la aristocracia rusa tiene sus palacetes y mansiones.

El sol rayaba desde el cielo creando una vaga sensación de calidez. Al ser agosto, la temperatura no era tan distinta a la de Inglaterra pero se notaba un aire frío que obligaba a portar un abrigo de paño.

Con el abrigo de paño más bonito de cubierta, Sophia llegó a San Petersburgo.

La ciudad gozaba de una belleza asombrosa. Todo parecía brillar: las cúpulas, las puertas, el agua de los canales y hasta la sonrisa de los transeúntes. Muchas de las caras que veía, le recordaban a la de su madre. El recuerdo borroso de su progenitora se proyectaba sobre cualquier mujer de rasgos definidos, pelo rubio perfectamente peinado y ojos celestes. Se dio cuenta de que ella pasaba totalmente desapercibida en ese lugar y se sintió más rusa que nunca.

Descendió por la tarima buscando a Lord Howard con la mirada, pero no lo vio. Y al llegar a tierra firme, era mucho más difícil identificarlo debido al tumulto de gente. ¿Dónde estaba? ¿Volvería a Inglaterra? ¿Estaría escondido tras algún poste? ¿O estaba planeando su siguiente víctima? Por lo visto se había tomado muy en serio sus últimas palabras...

Aquellas palabras en las que lo amenazó con delatarlo si volvía a acercarse a ella.

*¿Realmente no quería volver a verlo nunca más?*

La guardia de a bordo dio por concluido el caso de Lord Bruce rápidamente. Era muy extraño que eso sucediera teniendo en cuenta que el que había muerto era un miembro de la baja aristocracia. Sin embargo, ningún pasajero hizo más preguntas ni se interesó por el asunto. Había un deseo generalizado de dejar aquel barco y olvidar los veinte días de extraños sucesos.

Se mandaría un telegrama al Barón de Wessex informándole de la muerte de su hijo y quizás fuera él quien emprendiera una investigación paralela.

—Mi señora. ¿A dónde vamos?

Sophia, resuelta y más animada, se acercó a un carruaje y habló con el conductor en un ruso torpe para acordar los términos del recorrido. Tardarían dos días y medio en llegar a la calle Prechístenka.

—¿No prefiere descansar un poco antes de subirnos al vehículo? — preguntó una ofuscada Clarissa en medio de la multitud.

—Ya he descansado suficiente... Necesito acabar con esto lo antes posible —resolvió la joven, subiendo al carruaje mientras su doncella dejaba el equipaje en manos del conductor.

El cochero colocó la maleta en la parte de atrás bien atada, se subió al salpicadero y, una vez acomodado, le dio un toque a los caballos para que tiraran. Sophia miró por la ventana hasta que perdió de vista al navío y al puerto.

*¿Dónde estaba el fantasma?*

*¿Qué le importaba a ella?*

*¡No era más que un farsante!*

\*\*\*

Los mareos y náuseas fueron en aumento. Sophia quiso achacarlo al movimiento del coche, pero tuvo que aceptar la realidad una mañana en la que se desmayó en un hotel del camino. El desmayo en el vestíbulo llevó a que Clarissa se asustara y, por consiguiente, que un doctor del mismo edificio la valorara.

—Está usted en cinta —informó el anciano doctor en un inglés perfecto que no albergó lugar a dudas o mal entendidos.

—Gracias, doctor —fue toda respuesta de Sophia antes de pagarle y subir al coche que la esperaba en la puerta.

El profesional no le había recomendado reposo ni nada semejante, así que estaba decidida a seguir haciendo vida normal hasta que su cuerpo y su hijo dijeran basta.

Quizás tendría que quedarse en Moscú por un tiempo... Sería mucho mejor vivir allí con un pasado inventado que volver a su país con la desvergüenza de estar embarazada y sin marido. ¿Debería decírselo a Lord Howard? Tenía derecho a saberlo.

Pero no sabría cómo dar con él y no pensaba mandar un telegrama a su

casa diciéndole que estaba esperando a un hijo suyo. Era algo que si le contaba, debería ser en persona.

—Miladi, ahora debe cuidarse mucho más. No puede descuidar sus comidas si va a seguir adelante con el embarazo —susurró la sirvienta una vez en el vehículo.

Faltaba sólo un día para llegar.

—Lo haré, me cuidaré. Y no vuelvas a insinuar que debo desprenderme de mi hijo o me ofenderé. Quizás deba vivir más tiempo en Rusia de lo que me imaginaba, Clarissa. Si quieres volver con mi hermano, lo entenderé.

—Si vuelve a insinuar que quiero marcharme y dejarla sola, me ofenderé —replicó la doncella, aceptando el abrazo de aquella noble que la amaba sinceramente.

\*\*\*

La residencia de los Romanov era impresionante. No podía ser menos puesto que Alejandro, el marido de Irina, era uno de los hermanos del zar.

Altas columnas se erigían entorno a un porche de catorce peldaños que daban paso a una fastuosa puerta.

—Ya hemos llegado —suspiró Sophia tras descender del vehículo y observar la magnificencia del lugar.

La verdad estaba muy cerca. Cosa que gratificaba y asustaba a la vez.

Subió los peldaños sin despedir al cochero y tocó dos veces la puerta mientras Clarissa se posicionaba a su lado. Abrió una mujer de pelo canoso y avanzada edad.

—Soy Sophia Peyton —desveló su verdadera identidad—. Entréguele esta tarjeta a Irina Romanov, por favor. —Extendió una tarjeta de presentación con su nombre y su rango.

El ama de llaves las hizo pasar al vestíbulo donde cuatro guardias custodiaban una pequeña puerta que daba a las dependencias reales y por donde desapareció la anciana.

Irina Romanov estaba jugando al ajedrez con su hermano mayor, Constantino Petrovich, que estaba de visita. Los Petrovich formaban parte de la alta aristocracia. Alejandro Romanov se enamoró de Irina en la juventud y aunque se trataba de un matrimonio desigual, renunció a su derecho al trono para desposarla. De todas formas, hubiera sido improbable que él reinara puesto que antes de él estaba el actual rey, dos hermanos mayores y los hijos varones del mismo monarca.

No era que los Petrovich fueran una familia humilde o poco noble; al contrario, eran Condes respetados y admirados. Sin embargo, los príncipes debían casarse con príncipes para asegurarse un matrimonio entre iguales y por eso Alejandro Romanov renunció a sus derechos para desposar a la tercera hija del Conde: Irina.

Los hijos del Conde, que ya había fallecido al igual que su esposa, eran siete: Constantino, Isabel, Irina, Geraldine, Sergio, Pablo y Fernando.

En Rusia los títulos de Conde o Duque no iban anexionados a un territorio y eran una distinción nobiliaria basada en el linaje.

Constantino se había casado con una rusa al igual que Sergio y Pablo. Isabel había contraído nupcias con un Conde Alemán y Fernando seguía soltero. Fueron una familia unida y tradicional que echó mucho de menos a Geraldine en cuanto se casó con el Conde inglés. Sin embargo, en una familia donde eran muchos y las mujeres eran consideradas poco más que monedas de cambio, Geraldine sólo quedó presente en los retratos antiguos y memorias difusas de los Petrovich.

A excepción de Irina, que al nacer tan sólo dos años antes que su hermana menor, habían crecido prácticamente juntas creando un vínculo estrecho lleno de confianzas y amor. Le dolió mucho cuando Geraldine se quedó en Inglaterra y mucho más le dolió su sufrimiento. El sufrimiento de la soledad, del engaño y la desolación.

—Mi señora, ha llegado una dama inglesa —anunció el ama de llaves interrumpiendo la partida de ajedrez.

Irina tomó entre sus largos dedos la tarjeta de presentación: Sophia Peyton, hermana del Conde de Norfolk.

Palideció al instante. ¡Su sobrina! Y se presentaba como la hermana del actual Conde, por lo que Charles Peyton había fallecido.

Se levantó sin decir nada, algo impropio de ella. Lo habitual hubiera sido que hiciera esperar a la visita en el salón de invitados o que presentara una excusa para eludir la reunión.

—¿Qué sucede, Irina? —inquirió Constantino, una belleza eslava que rozaba los cincuenta.

—Es nuestra hermana... —balbuceó.

—¿Isabel?

—Geraldine... —susurró.

—¿Geraldine? Pero si... — "está muerta" iba a decir, pero no le dio tiempo porque su hermana salió de la estancia a paso presto.

Irina era una mujer estricta con una educación basada en la disciplina. Pero en esos instantes parecía una mozuela de campo. Necesitaba verla... Necesitaba ver a la hija de Geraldine.

Corrió por los pasillos ante la mirada confusa del servicio y llegó al vestíbulo donde vio a la mismísima Geraldine reencarnada.

Se quedó petrificada, con una mano sobre los labios y los ojos llorosos.

—Usted debe de ser... —inició Sophia, al ver el rostro descompuesto de esa señora de pelo oscuro y ojos azules como el mar.

—Soy Irina, la hermana de Geraldine. —Se acercó a ella lentamente como si el extremo parecido de Sophia con su difunta hermana pudiera hacerla volver de entre los muertos—. Eres clavada a ella, Sophia. Te veo y me parece que la estoy viendo a ella...

—Sí —repuso, un tanto incómoda por el escrutinio de su tía—. Me lo suelen decir...

—Incluso hueles como ella —La abrazó de golpe.

Irina abrazó a Sophia embargada en el idilio de que ella fuera su hermana querida. Isabel nació mucho después y tuvieron una relación más maternal que fraternal. Por eso Geraldine siempre ocupó un lugar importante en su vida.

—Pasa, por favor. —Se separó de ella volviendo a la realidad y le indicó el camino a un salón especial, dejando olvidado el de las visitas.

La condujo hasta una sala llena de retratos y divanes que parecía ser la sala de Irina. Aquella estancia en la que la Condesa pasaba las horas leyendo u organizando el correo.

—Acércate —pidió, señalando a un enorme cuadro en el que salían dos niñas. Sophia dedujo que eran ella y su madre. Le dio un vuelco al corazón al ver a su madre de pequeña... En casa sólo tenían retratos de Geraldine en la edad adulta—. Aquí tenía doce años. Era una niña muy alegre y feliz.

Una sombra de tristeza recorrió el rostro porcelanoso de su tía. Como si quisiera quebrarse. Esperó encontrarse con una mujer distante...pero Irina la quería por ser hija de Geraldine. ¿La querría igual cuándo le preguntara lo que tenía que preguntarle?

—¿Y este niño? —cuestionó la inglesa, señalando a un chico de pelo rubio y ojos verdes.

—Es tu tío Constantino. Está aquí, luego te lo presentaré. Pero hablemos primero tú y yo. Tenemos muchas cosas de las que hablar...

—Estoy de acuerdo. Clarissa, será mejor que me esperes fuera, por favor.

La doncella se retiró después de que el servicio trajera el té. Tía y sobrina se quedaron a solas. Algo le decía a Sophia que Irina era una mujer inteligente y que sospechaba los motivos de su visita.

—Así que la hermana del Conde de Norfolk.

—Así es tía, mi padre murió hace unos meses y mi hermano Thomas lo ha sucedido.

—Oh, recuerdo a Thomas... Era un jovencuelo con ideas progresistas. Lo vi cuando él tenía dieciocho años.

—Nos ha visitado muy poco —musitó la joven, llevándose el té a los labios.

—Cuando te cases sabrás que la libertad femenina se ve muy reducida. Con los embarazos y las obligaciones maritales no he podido viajar tanto como me hubiera gustado...

—¿Tiene hijos, tía?

—Tienes dos primos y una prima, por mi parte. Por supuesto que tienes muchos más por parte del resto de tus tíos.

—Las hijas de tío Sergio suelen pasar largas temporadas en Inglaterra. Los padres de su esposa son de origen inglés. —recordó amargamente a Petunia, Sandra y Rachel.

—Es cierto, aunque me parece que Sergio no pasa mucho tiempo ahí y son los padres de mi cuñada los que se ocupan de las niñas. Ya se sabe... Hombres. En cuanto nació Nicolás, su heredero, se olvidó de sus hijas.

—Yo tuve suerte de tener un padre que me quiso hasta el final. Sé que Charles sembró algunas enemistades pero me amó sinceramente.

—Tienes razón. Lo recuerdo muy entregado a mi hermana Geraldine y a sus hijos...

El brillo de Sophia la delató. Estaban entrando en el *quid* de la cuestión que había hecho viajar a la joven durante veinte días. La solución a un enigma que había atormentado a dos familias durante años y que había llevado a Brandon a odiar a su posible hermano.

—Tía... —Dejó la taza sobre la mesa en cuanto consideró que ya habían hablado suficiente sobre temas banales—. He venido por algo...

El ambiente se tensó hasta disiparse por el ruido de una puerta. Apareció un hombre alto, rubio y de ojos verdes.

—Oh, Constantino... Me he emocionado tanto que me he olvidado de avisarte que nuestra sobrina...

—Sophia —La cortó el Conde—. La hija de Geraldine. Soy tu tío

Constantino.

La familia se reunió tras muchos años y parlamentaron de Geraldine y lo hermosa que había sido. Sophia tuvo que guardar sus preguntas para más adelante mientras Clarissa despedía al cochero.

La estancia en casa de Irina Romanov iba a ser más larga de lo esperado.  
¿Sería Rusia el nuevo hogar de Sophia Peyton?



# Capítulo 20

## *Liberar el dolor*

*El dolor silencioso es el más funesto.  
Jean -Baptiste Racine (1639-1699) Poeta trágico francés.*

El capullito de alelí que ya se había transformado en una flor rozagante de Rusia, llevaba tres días en casa de Irina Romanov. El primero de ellos, su tía no la dejó marchar bajo el pretexto de que debía estar agotada del viaje y necesitaba descansar. El segundo, invitó al resto de sus tíos para que la conocieran personalmente por lo que se dieron a lugar una serie de reuniones y eventos.

Constantino, era el tío alto y rubio que pernoctaba en casa de Irina al estar de visita. Sergio era el padre de las tres serpientes que vivían en Inglaterra con sus abuelos maternos; se trataba de un señor de pelo escaso y sonrisa bobalicona. Pablo era igual que su hermano mayor Constantino y Fernando era un hombre fuerte y robusto de pelo negro semejante al de Irina. Tan sólo Isabel faltó a la reunión familiar puesto que vivía en Alemania junto a su esposo.

Sophia pudo conocer a su familia materna llenando un hueco que tenía en el corazón. A través de ellos, se sentía más cerca de una madre a la que perdió prematuramente. Sus parientes pasaban horas contando historietas de cuando eran pequeños y anécdotas sobre Geraldine de lo más divertidas. Había podido entender, a través de los comentarios de sus tíos, que Geraldine fue una mujer de naturaleza esperanzada y alegre como lo era ella.

Pese a que le entusiasmaba conocer más sobre sus orígenes, no encontraba el momento para hablar a solas con Irina. Con tanta familia, incluso los primos se habían unido a las veladas y comidas.

La mayoría de sus primos eran hermosos, ostentosos y caprichosos. Dios sabría qué daban en esas tierras, pero sus gentes eran altas y bellas. Ella, en cambio, había heredado algún gen inglés que la hacía ver más bajita que al resto.

A las rusas les gustaba mostrar sus joyas y cuantas posesiones tuvieran. A diferencia de las inglesas que les enseñaban a ser modestas y discretas cuanto pudieran. El exceso, en Inglaterra estaba mal visto, pero en Rusia parecía una

cualidad.

Su prima Olga, la hija de Irina, tenía en un baúl de Asprey nada más y nada menos que la terrorífica cantidad de veinte juegos de cama y lencería de la más fina para cuando se casara, que iba a ser pronto. Tenía todo su ajuar expuesto en una galería para que los familiares y miembros del servicio o del pueblo pudieran admirarlo.

Cada mañana se hacía cola de unas diez mujeres que venían de diferentes partes del país invitadas a ver el fabuloso ajuar de la hija de Alejandro Romanov.

Sophia se deleitó con los trajes de día y de noche que estaban expuestos en los maniqués así como puso especial atención en las toallas de hilo con flecos de seda, una mantelería para sesenta invitados con bordados napoleónicos que habían sido regalados por su madrina, la zarina de Rusia, decenas de paños de blonda italiana, un cubrecama de brocado que debía pesar una tonelada, sábanas de hilo tejido a mano con las iniciales de los prometidos bordados a mano...

Comprendió de dónde le venía el gusto por la moda y la opulencia que tanto había sido criticada en su entorno y que compartía con Olga. Ambas parecían congeniar a la perfección; sobre todo cuando Olga la invitó a probarse uno de los juegos de joyas que incluía una magnífica tiara.

—Es muy parecida a la tiara de la Reina Victoria. La que le diseñó su esposo Alberto de esmeraldas y diamantes —Observó con admiración aquella joya sobre sus mechones dorados.

—¿Te has dado cuenta? —sonrió la bella Olga—. Es el regalo de mi prometido. El que me hizo el día de la pedida... Emulando el regalo de Alberto de Coburgo a Victoria de Inglaterra... ¡Es tan romántico!

—Es un detalle maravilloso, Olga.

—Así son los rusos... Deberías casarte con uno.

Sophia le devolvió la tiara recordando a Brandon y lo poco ruso que era él. Aunque no sabría identificar su nacionalidad.

—No apremies a tu prima —intercedió Irina—. Seguro que tiene pretendientes muy especiales en Inglaterra.

—¿Es cierto, prima?

Dos pares de ojos azules como el mar se clavaron sobre ella a la espera de una respuesta. ¿Cómo hubiera sido explicarles que su pretendiente había sido azotado por la misma Irina? ¿O que su otro pretendiente, Lord Bruce, había sido asesinado hacía pocos días? ¿Y si les dijera que estaba

embarazada?

—No tengo pretendientes... —se limitó a decir con una sonrisa comedida.

—¿Ves, mamá? Seguro que algún joven de nuestra sociedad estaría encantado de casarse con ella. Es bella... Y tiene una buena dote.

—Es bella como tu tía Geraldine —comentó la mayor, melancólica.

Hablaron durante horas sobre el ajuar y la cubertería con mango de oro que Olga llevaría a su nuevo hogar. Y por fin, Sophia encontró el momento de hablar sobre el asunto en cuestión.

Olga se retiró argumentando una fatiga abrumadora e Irina se quedó repasando los guantes de seda que su hija llevaría el día de la boda. Así que allí, en aquel salón abierto al público pero en el que ya no había nadie, Sophia inició:

—Tía, me imagino que debe intuir que he venido para algo más que conocer a mi familia materna.

—Estoy tan feliz de que estés aquí. De que hayas podido conocer a tus orígenes... Y de que tus tíos hayan podido verte en persona... Mi hija Olga te ha cogido afecto rápidamente. Si te quedas para su boda, conocerás a tu tía Isabel.

—Su boda se celebra en Noviembre... No sé si podré quedarme tanto tiempo. ¿No se ha dado cuenta de que viajo sin carabina?

Irina soltó los guantes y la miró fijamente.

—¿Vienes a saber qué ocurrió con los Howard, verdad? —inquirió, sin más preámbulos y tensando el ambiente hasta que unas brumas grisáceas invadieron el lugar.

—Me da la sensación de que ha estado usted eludiendo el asunto desde que he llegado —comentó Sophia, que veía en Irina a su hermano mayor, personas inteligentes y audaces a las que raramente se les escapaba algo.

—No es un tema de mi agrado. —Contrajo sus pupilas aumentando el tamaño del iris azulón hasta hacerlo parecer un zafiro—. ¿Qué quieres saber?

—Sería bueno empezar por saber quién es el verdadero padre de Thomas... —dijo Sophia, sin amedrentarse, sin titubear.

—Siéntate, por favor —Indicó un butacón mientras con sus propias manos cerraba la puerta de la habitación y se sentaba a su lado despidiendo al servicio.

—Geraldine viajó junto a mi padre —inició, con la mirada perdida. Sus ojeras parecían aumentar con el recuerdo de su difunta hermana—. Viajaron a Inglaterra en una casa de Windsor que teníamos por herencia. La intención de

mi padre era la de casar a Geraldine con algún noble inglés para ampliar nuestros lazos familiares en Europa. Yo no pude ir con ella porque para ese entonces Alejandro estaba cortejándome y mi madre no quería perder la oportunidad de que su hija mayor se casara con el hermano del zar. Por lo que fue Anuska, un miembro del alto servicio, quien la acompañó en nuestro lugar. Anuska me prometió que cuidaría de mi hermana ya que era la primera vez que nos separábamos y estaba resultando muy doloroso. Anuska se había criado con nosotras por ser la hija de nuestra aya, la Condesa de Leuchtenberg y confiábamos plenamente en ella como si fuera una más de la familia.

—Así que Anuska era una noble.

—No. No lo era... —negó, amargamente—. Porque su madre se casó con un hombre de la baja nobleza y eran considerados igual que plebeyos o peor.

—Entiendo —aceptó, tragando el odio que emanaba su tía hacia Anuska.

—Geraldine abandonó su amada Rusia con una de esas sonrisas que la caracterizaban —continuó—. En su eterno optimismo decía que papá no encontraría a ningún buen esposo en Inglaterra y que volvería con su familia muy pronto. La realidad fue muy distinta... jamás volvió. Jamás volvió a pisar este país ni a ver a sus hermanos... —Se le empañaron los ojos—. Pronto le salieron pretendientes. De los dos más destacados: Ismael Howard y Charles Peyton. Como papá vio con buenos ojos a ambos jóvenes permitió que fuera Geraldine quien escogiera entre ellos. Mi hermana se había enamorado perdidamente de Ismael. En sus cartas decía que era alto, de pelo oscuro y muy galán. Recuerdo leer esas palabras con un sabor agridulce. Por un lado quería que mi hermana fuera feliz pero por otro... saber aquello era saber que jamás volvería a ver a mi hermana del mismo modo. Ya no volvería a casa para compartir la habitación conmigo o hablar hasta altas horas de la madrugada. Le respondí alegremente ocultando mi tristeza y la animé a decantarse por el hombre que amaba —Estrechó la mano de Sophia y una lágrima recorrió su fría mejilla. Llevaba el pelo perfectamente recogido en una diadema de perlas—. Ojalá no lo hubiera hecho nunca —La rabia inundó sus facciones a la par de una profunda desolación—. Ese tal Ismael era un demonio —rompió a llorar como si nunca hubiera hablado del tema con nadie. Como si hubiera enterrado su tristeza durante décadas en el fondo de su corazón—. No se merecía el amor de mi santa hermana... Embaucó a mi hermana y la dejó embarazada. Pero no sólo eso... —El nudo en su garganta le impidió continuar. Sophia se levantó del sillón y se arrodilló a su lado para abrazarla mientras la esposa de Alejandro Romanov se rompía en mil pedazos

entre sus brazos—. No volvió a ser la misma después de esa traición. Anuska trepó hasta Ismael y se quedó en cinta casi al mismo tiempo que ella... Mi adorada hermana entró en una profunda depresión de la que ni si quiera los mejores médicos pudieron curarla. Estuvieron a punto de ingresarla en un manicomio porque había intentado suicidarse en repetidas ocasiones. Mi padre no sabía cómo consolarla así que le pedí disculpas a Alejandro y puse rumbo a Inglaterra. Necesitaba ayudarla... Cuando llegué, estaba hecha un ovillo en una cama de Windsor... ¿Y Anuska? Le reclamé, con intenciones de ajustar cuentas con aquella persona que me había prometido cuidar de mi hermana y había resultado ser una de las causas de su tristeza y de su locura. *Está con él*, lloriqueó....

—¿Con él? ¿Anuska pasaba el tiempo con él? ¿Cómo podía hacerlo siendo una simple doncella?

—Se las ingenió para convertirse en su amante. Estoy convencida de que se aprovechó de la bondad de Geraldine para llegar hasta Ismael... Aunque el peor fue él, por supuesto. —Cogió un pañuelo y se lo llevó a los ojos—. Ella era una trepadora y él era un hombre sin honor ni palabra...ni alma.

—Y siempre me pareció tan simpático...

—Eras una niña, no lo entendías y me parece que has heredado el carácter bondadoso y alegre de tu madre... Al menos fue feliz contigo. Siempre me dijo que quería una hija igual a ella... Y se cumplió su deseo —La miró con verdadera devoción, pasándole la mano por el cabello. Sophia tragó saliva sonoramente, había ido a Rusia a pedirle explicaciones a una villana y se estaba encontrando con una mujer que la amaba profundamente a pesar de no haber compartido tiempo con ella... Sólo por Geraldine, sólo por ella.

—¿Qué pasó con el embarazo de mi madre? —insistió.

—Sufrió un agotamiento tan severo a causa del desamor y la traición que lo perdió. Ni si quiera mi padre se enteró... Quiero decir, mi padre supo que Ismael la traicionó con Anuska pero nunca supo acerca del embarazo de su hija...La hubiera repudiado. Por eso pudo casarse con Charles Peyton. Tu padre fue un buen hombre, digan lo que digan, se casó con Geraldine a sabiendas de que no era virgen. Y lo hizo en poco tiempo para que no tuviera que sufrir la humillación de ver a Anuska casada con Ismael antes que ella.

—Así que Thomas es mi hermano —confirmó Sophia, uniéndose al llanto de su tía y amando más que nunca a su difunto padre.

—Por supuesto, Thomas es hijo de Charles Peyton. Sólo hay que ver sus ojos grises iguales a los de mi difunto cuñado, que Dios lo perdone... Pero,

¿quién te ha dicho lo contrario?

Sophia se removió incómoda, volviendo a su sillón.

Venía la parte más delicada y bochornosa pero que no pensaba eludir, ya era una mujer a punto de ser madre y debía saber diferenciar el amor de la realidad y la justicia. Se acabaron los engaños y las mentiras. Había que romper la rueda. Por mucho que Irina se estuviera mostrando tan amable... No pensaba pasar por alto que se hubiera aprovechado de Brandon.

—Me lo dijo Brandon Howard, el hijo de Ismael y Anuska. De hecho, fue Ismael quien empezó...

—¡Maldito canalla! Geraldine lo amó hasta su muerte... En mitad de su locura... La marcó para siempre.

—Lo sé, no pudo olvidarse nunca de él. Pero Ismael murió hace unos meses.

—¿De veras? —Los ojos de Irina se iluminaron de alegría—. ¡Qué se pudra en el infierno!

—Los Howard fueron en general una familia peculiar... Quizás no sabes que Anuska e Ismael tuvieron el descaro de pedirle dinero a mi padre.

—Algo escuché...

—Mi padre los chantajeó a su modo durante años y eso llevó a Anuska al suicidio.

—Lo sé, tu padre quería desvelar los verdaderos orígenes de Anuska a vuestra sociedad. Ojalá lo hubiera hecho.

—Charles también coaccionó al cuñado de Ismael, a Dannis; que terminó suicidándose de igual modo.

—Siempre admiré a tu padre. Él supo vengarse bien de los Howard...

—Las venganzas no son buenas, tía Irina —la cortó, mirándola significativamente—. El hecho de que Dannis Monroe se suicidara conllevó a que su hija, Virgin Monroe, también quisiera vengarse. Drogó a mi hermano para obligarlo a casarse con ella... Después se quedó embarazada de mi padre, Charles Peyton...

—¿Qué?

—Sí, mi padre se tornó muy taciturno y oscuro al final de sus días... Y no sé cómo pero Virgin consiguió embarazarse de él con el fin de destruir a los Peyton. Tanto así que intentó matar a mi cuñada, Gigi, en repetidas ocasiones... Es una historia muy larga que viene a decirnos que no deberíamos ser vengativos. ¿Sabes quién más quiso vengarse? —La miró entornando sus pestañas doradas hasta hacer entrar las de arriba en las de abajo.

—Brandon Howard —Levantó las cejas oscuras mientras removía sus manos nerviosa—. Lo sabes... También.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Qué culpa tenía ese niño, tía? —intentó reclamar de la forma más suave posible.

—¿Qué culpa tenía mi hermana? ¿Sabes cómo murió tu madre, Sophia? ¿No lo sabes? —Se levantó, ofuscada.

—Sé que enloqueció.

—Enloqueció y su locura empezó con la maldición de los Howard...

—No existen las maldiciones.

—No sé si existen o no, lo único que sé es que vi partir a mi hermana un día y nunca la vi volver... Ni si quiera estando en vida... Murió el día en que Ismael la dejó porque ella no quería practicar no sé qué atrocidades...No debería hablar de esto contigo, todavía eres una joven casadera.

—Por favor, tía. Dímelo —pidió, con el alma en vilo.

—Ismael tenía preferencias extrañas en el lecho que conllevaban dolor.

—¿Látigos y cuerdas?

—¿Cómo lo sabes? —se extrañó la rusa.

—Tía...Continua, por favor.

—El "marquesito" —arrastró el título peyorativamente—. Le gustaban esas cosas de los látigos y las cuerdas a las que mi hermana se negó y Anuska accedió...

—Por eso prefirió a la doncella...

—Anuska sólo accedió a todo aquello para conseguir un lugar en el mundo. Sin importarle el dolor que causaría a su alrededor, por eso me vengué. Me vengué a través de Brandon... Tras diecinueve años más o menos, convencí a Alejandro para que me dejara viajar a Inglaterra. Necesitaba ver a Geraldine, sus cartas eran cada vez más escasas y menos coherentes. Cuando llegué a Norfolk, la encontré totalmente desvariada; pasaba horas con la mirada perdida y en ocasiones repetía los nombres de Anuska e Ismael. Tú era una niña, te recuerdo bien... A las faldas de tu papá lloriqueabas por cualquier capricho que él te concedía mientras tu madre te miraba con una sonrisa débil. Thomas ya era un hombrecito, al igual que Brandon. Vi que eran amigos, ajenos a las desgracias de sus padres. El joven Brandon venía a nuestra a casa para encontrar a tu hermano, y ahí fue cuando aproveché para acercarme a él... Lo hice para hacer justicia. Para ahondar en el dolor de Anuska que tu padre ya había infringido con las coacciones.

—¡Era un muchacho! No se lo merecía...

—Yo diría que él no sufrió... Es igual a su padre, le gustan las mismas atrocidades. La que sí sufrió fue su madre, Anuska —rio maliciosamente—. Cuando en medio de la noche del compromiso nos descubrieron con el látigo y las cuerdas... ¡Tuvieron que enviar al niño a otro país! ¡El niño que habían engendrado a espaldas de Geraldine! Poco después Anuska se suicidó y un par de años después, tu madre...

—Yo crecí ignorando todo esto...

—Tu padre te protegió —Irina se acercó a ella y la abrazó—. Lo que debes pensar es que tu madre fue una mujer muy amada, como tú.

—Tía. —Respondió a su abrazo—. Como te dije... Brandon volvió para vengarse.

—¿Qué ha hecho ese demonio? —cuestionó—. Es un desalmado como su progenitor.

—No sé cómo contarte esto... Me parece la historia de un libro de fantasía o de terror... Pero Brandon intentó vengarse a través de mí...

—¿Qué?! —se enfadó Irina, incorporándose de un salto—. ¡Me dejé unos azotes!

—No, tía... No te puedes imaginar lo que ha sucedido... —lloriqueó.

—No. No me digas qué... —Cogió sus hombros, obligándola a mirarla—. Lo amas...

—Lo amo... —confesó entre sollozos—. Y es el padre de mi hijo —Se llevó las manos sobre el vientre, provocando que a la rusa le salieran los ojos de la órbita.

El silencio se hizo pesado y largo hasta que Irina reaccionó.

—¿Te ha hecho daño? ¿Te ha forzado? Juro que me vengaré.

—¡No! No... —la calmó—. Todo ha sido consentido por mi parte... Me enamoré de él desde que era una niña y cuando lo vi reaparecer después de tantos años, el amor floreció de nuevo. Me dejé embaucar hasta que descubrí que se estaba acercando a mí para dañar a Thomas, para vengarse. Por eso odio las venganzas, ¿me entiende, tía?

—Te entiendo perfectamente, pero es demasiado doloroso para mí revivir esta historia.

—Brandon no es como Ismael, tía Irina. No me ha sido infiel en ningún momento... Él me ha seguido hasta aquí y me ha pedido matrimonio, pero lo he rechazado. No podía aceptarlo después de saber que quería perjudicar a mi familia...

—¿Sabe que estás embarazada?

—No...Y antes de que me lo diga, no pienso deshacerme de mi hijo.

—Podríamos encontrar un pretendiente ruso al que no le importara tu estado. Puedo influir...

—No lo sé...Amo a Brandon.

—¡Pero él a ti no! Y antes de nada, quiero aclarar que yo jamás... Jamás tuve relaciones con él más allá de los golpes y...

—La entiendo, no es necesario que se justifique. Sólo pido que se olviden los rencores... Sólo pido que yo sea la última perjudicada en todo esto. Quiero reconocer a mi medio hermano Joe, el hijo de Virgin y mi padre, intentaré que se sienta parte de la familia para que cuando crezca no nos odie. La maldición Howard tiene que acabar...

—Haré todo lo que esté en mi mano para que así sea.

—En cuanto a Brandon, me ha pedido la mano aun habiendo solventado los problemas con Thomas. Dice que me siente suya y me regaló este colgante —Levantó el camafeo de rosas grabadas—. ¿Sería muy descabellado pensar que Brandon pueda amarme?

—Mucho, hija mía. Esa clase de hombres no aman a ninguna mujer... Deja que tu tía lo solvente todo.

—No, tía. Necesito hacer las cosas por mí misma, no necesito que nadie me envuelva en algodones. Cuando terminen las visitas de mis tíos me trasladaré a una casa en la capital. Tendré a mi hijo aquí... No quiero volver a Inglaterra con un... bastardo. Así lo llamarán —Acarició su barriga con una sonrisa amarga.

—Permitidme, al menos, que yo me ocupe de buscaros un hogar seguro.

—Eso sería de gran ayuda...Gracias.

Tía y sobrina se fundieron en un abrazo sentido. Irina sentía a su hermana a través de Sophia y Sophia sentía a su madre a través de Irina.



# Capítulo 21

## *Los malos no son tan malos*

*No se puede ser bueno a medias.  
Leon Tosoi(1828-1910). Escritor ruso.*

Sophia Peyton pasó más de una semana conviviendo con sus tíos maternos. Durante ese tiempo descubrió que Constantino, el mayor de los Petrovich, gozaba de un humor desagradable mientras que Pablo, Sergio y Fernando le parecieron de lo más encantadores.

Irina Romanov se deshacía con ella y no desaprovechaba ninguna ocasión para fomentar su relación con Olga. Olga, la belleza eslava, se había convertido en la prima que siempre había soñado tener. Salían de compras juntas, pasaban las horas hablando de moda y terminaban el día peinándose la una a la otra.

Todo muy idílico. Si no fuera porque su vientre iba en aumento y necesitaba apartarse de la familia lo antes posible.

No quería que nadie más, aparte de Irina, tuviera conocimiento sobre su estado. Y mucho menos su tío Sergio que, queriendo o sin querer, podía comunicárselo a sus hijas y éstas disfrutar de la carnaza en mitad de Londres.

Por eso, se despidió de los únicos lazos maternos que le quedaban y se recluyó en una casa de campo lejos de la capital. La casa en cuestión era de su tía Irina, por lo que no tenía que pagar alquiler y tan sólo debía preocuparse de pasar desapercibida. Se trataba de un edificio pequeño de dos plantas bien equipado con muebles y servicio compuesto por una cocinera y un mayordomo. No necesitaba nada más. Incluso era demasiado considerando su desgraciada situación.

Había ido a Rusia buscando respuestas, pero al final, se quedaría más tiempo de lo que había planeado en ese grandioso país. Lo que había empezado siendo un viaje sencillo y esclarecedor, había terminado convirtiéndose en un punto clave en su vida. Primero, el asesinato de Lord Bruce y las declaraciones extravagantes de Lord Howard acerca del espionaje. Y ahora, el futuro nacimiento de su hijo. En poco tiempo, su vida había quedado completamente atada... atada a la vida que se estaba gestando

en su vientre y a las vidas que había dejado por el camino.

¿Qué le deparaba el destino?

Ya no era Sophia Peyton, la eterna optimista y coqueta de los salones de Londres. Ahora era una desarrapada que debía ocultarse en otro país para engendrar a un bastardo. ¿Dónde estaría el Marqués? En esos momentos y, cada vez más cerca del alumbramiento, deseaba que el fantasma apareciera para contarle que iba a ser padre. Atrás habían quedado los asesinatos de ese vil hombre y sus atrocidades; ahora, una vida inocente dependía de ella y no merecía ser ninguneada por ninguno de sus irresponsables progenitores.

Era el momento de ser valiente y enfrentar a la realidad, por muy dura que fuera.

A la espera de lo inevitable, le escribió una carta a su hermano para que no se preocupara:

*"A mi amado hermano Thomas Peyton,  
he encontrado a nuestra tía Irina Romanov. Me place comunicarte que me ha sorprendido gratamente conocerla, lejos de la imagen fría y agresiva que me había ideado acerca de ella, he encontrado a una mujer que nos ama por ser hijos de su querida hermana Geraldine. Se trata de una dama rusa bien posicionada con tres hijos. Uno de ellos, Olga, que pronto contraerá nupcias.*

*No te preocupes si demora mi regreso, me encuentro cómoda aquí: en el país natal de nuestra madre. He compartido momentos inolvidables con nuestros tíos Constantino, Sergio, Pablo y Fernando. Muero de ganas por contártelo todo personalmente.*

*En lo referente a los motivos que me han traído hasta aquí, puedo decirte que mi corazón y mi alma se han sosegado. Eres hermano mío tanto por parte de padre como de madre (no quiero ahondar en detalles por si la carta se extraviara...).*

*Cuida de Gigi y transmítele mi salutations más afectuosas.*

*Te quiere.*

*Sophia Peyton.*

Le dolía ocultarle a Thomas que iba a ser tío. Pero era mejor no decirle nada hasta que su cuñada diera a luz. Temía causarles un disgusto que afectara a la delicada salud de Gigi o provocar un enfado descomunal en su hermano que lo obligara a abandonar Inglaterra para ir en su busca.

Debía afrontar esa situación ella sola. Madurar...Hacerse fuerte.

Colocó la misiva en un sobre y cogió la campanilla para llamar a Clarissa; sin embargo, justo en ese instante, escuchó unos disparos que venían del piso de abajo. Su rostro palideció inmediatamente y la campanilla le resbaló de los dedos hasta caer estrepitosamente contra el suelo.

Unos pasos desconocidos se acercaban a su habitación y su primer acto reflejo fue el de esconderse bajo la cama. Se arrastró debajo de ella tratando de controlar la respiración.

¿Quiénes eran? ¿A quién habrían disparado? ¿Qué buscaban? ¿Otro giro del destino!

Desde los bajos de su lecho, vio a dos pares de botas adentrarse en su alcoba. El corazón le repicó contra el suelo y su respiración se aceleró por momentos, obligándola a colocar las manos sobre la nariz para no delatarse.

—¿Dónde se ha metido? —escuchó preguntar a una voz oxidada. Era evidente que la buscaban a ella.

—¡Tiene que estar aquí! Noto su perfume y la habitación todavía está caliente —aclaró una segunda voz, ronca y envejecida.

¿Eran ladrones? ¿Secuestradores? En esos momentos le hubiera gustado saber de armas como su amiga Karen o ser tan inteligente como Gigi. Pero ella era Sophia, una joven normal que hacía lo que podía frente a los estragos de la vida. Así que se limitó a rezar mientras el sudor regaba su frente.

*"Por favor, Dios mío, que no me encuentren".*

*"Por favor, Dios mío, que alguien me salve".*

Y mientras suplicaba con los ojos cerrados, escuchaba los pasos de esos invasores moverse de un lado para otro. Miraron dentro del armario, tras las cortinas y hasta dentro de un baúl. ¿Sería posible que no miraran debajo de la cama?

¡Era imposible que no lo hicieran!

—¡Aquí estás! —oyó gruñir y, con auténtico pánico, consiguió abrir los ojos para encontrarse con otro par que la miraban maliciosamente. ¡Qué horror!

El señor bigotudo y de aspecto desaliñado, tiró de ella hasta sacarla de su escondite y mostrársela a su compañero, que parecía tan pobre y malnutrido como el primero.

—¿Te estabas escondiendo de nosotros? —se burlaron.

—¡Dejadme en paz! —consiguió articular con más fuerza de la que habría soñado en una situación como aquella.

Y es verdad que, en los peores momentos, se descubren las verdaderas fortalezas.

—¡La muñequita tiene arrestos! —rio el hombre que todavía la sujetaba por el brazo.

—¿Qué queréis? ¿Dinero?

—Queremos lo que se nos prometió. Lord Bruce nos prometió mercancía nueva para nuestro negocio.

¿Lord Bruce? ¿Mercancía nueva?

—¡Yo no tengo nada que ver con ese hombre! —intentó disuadirlos.

—Sabemos que nos tenía que hacer entrega de una joven rubia, de nombre Sophia Peyton. Así nos lo notificó antes de embarcar... No sabemos quién lo mató, pero le pagamos por adelantado y queremos lo que nos toca por derecho. Te hemos estado buscando, jovencita.

Las pestañas de Sophia chocaron contra la piel que le quedaba entre la ceja y el ojo. ¡No podía creerlo! ¡Entonces Lord Brandon Howard le había dicho la verdad! ¡Lord Bruce era un traficante de mujeres! ¡Y se había atrevido a venderla! Un sentimiento de culpabilidad recorrió su cuerpo, lamentándose por las últimas palabras que le dedicó al padre de su futuro hijo. Lo tachó de mentiroso y sádico... cuando en realidad la había salvado de un terrible destino. A su modo, sigilosamente. Se dejó engañar por las apariencias.

Entonces, si era cierto que Lord Bruce tenía negocios sucios... también debía ser cierto que el fantasma era un espía. ¿Y dónde estaba él ahora? ¿Dónde estaba cuándo más lo necesitaba?

No tenía respuestas y quizás ya nunca las tendría porque los delincuentes la estaban amordazando y vendando los ojos para llevársela lejos de allí. ¿Dónde estaba Clarissa? ¿Dónde estaba el servicio? ¿Habrían muerto todos? ¿Y su hijo? ¿Qué pasaría con su embarazo?

¡Que apareciera el fantasma! ¡Ese era su único deseo!

\*\*\*

—Has jugado demasiado tiempo detrás de nosotros —susurró un hombre de avanzada edad pero de buen porte—. Por fin te hemos cogido... "Marquesito".

Brandon levantó el rostro amoratado con dificultad para encarar a su carcelero: uno de los líderes criminales de Rusia, Peter. Lo habían cogido al

desembarcar en San Petersburgo. Había bajado la guardia, por Sophia. Ella era su mayor debilidad... Y sus palabras calaron tan fondo en su putrefacto corazón, que no vio venir el golpe certero en la nuca y el posterior secuestro.

—Has matado a uno de nuestros mejores informantes... el perfecto Lord Bruce —lamentó el criminal, pasándose la mano por la cicatriz que cruzaba su rostro—. Creo que es justo que tú también termines del mismo modo... Llevas demasiado tiempo en activo. Es hora de que descanses... para siempre. — Levantó el arma y lo apuntó.

—Puedo serte de más ayuda vivo —intentó manipularlo—. Piensa que tengo información confidencial sobre Inglaterra —propuso, sin intenciones de ser sincero pero sí de salvar la vida. No le importaba su bienestar, sino el de Sophia.

Estaba convencido de que los contrabandistas se cobrarían lo que habían pagado al embarcar. Eran muchos y él uno solo. Sólo había podido acabar con Lord Bruce y sus hombres más cercanos que se hacían pasar por cocineros y camareros. No le dio tiempo de terminar con el resto de las sabandijas que ya estarían sobre su favorita, su posesión... ¿Su amada?

—¿Qué tienes para mí? Y más te vale ser sincero... —amenazó el señor, cogiendo una silla y sentándose frente a él.

Había retrasado el momento de su muerte. ¿Pero hasta cuándo? ¿Dónde estaría Sophia? ¿Estaría a salvo? Habían pasado muchos días desde la última vez que la vio. Y aunque ella había sido cruel e injusta con sus últimas palabras, jamás se había sentido tan cerca de ella como en esos instantes. Ya no era sólo posesión... ¿Era amor? ¿Sería aquello que los mortales llamaban sentimientos? ¡Esa muñequita lo había poseído!

Empezó a soltar pequeños detalles sin importancia que todos los espías mundiales ya conocían acerca de Gran Bretaña. No era un traidor y no iba a decir nada más... No debía hacerlo. Había sido entrenado para morir con la boca cerrada. Pero ella... Sophia... Sophia era una gran debilidad en su oficio.

—¡Todo esto que me estás contando es información antigua! —se exasperó Peter.

—Hay más...

—Se me está agotando la paciencia. —Volvió a apuntarlo.

Era el final, su final. El momento de su muerte. Se había pasado una vida entera preparándose para ese destino, pero no estaba preparado. No lo estaba por culpa de ella... Si no existiera Sophia, no le hubiera importado morir. Pero existía un motivo por el que no rendirse, existía una rosa a la que proteger.

Evitó una bala tirándose a la derecha pero con las manos atadas tenía pocas posibilidades...

Iba a intentarlo. Iba a luchar por la favorita de su mundo.

Peter iba a hacer un segundo intento de asesinar al fantasma, pero un hombre de dos metros entró con un rifle y lo mató por la espalda.

—Estoy harto de salvarte —refunfuñó Joshua, el antiguo compañero de Brandon; aquel que lo sacó de la cárcel China.

—¿Y por qué lo haces? —espetó el Marqués, observando como Joshua le desataba las manos—. ¿Qué haces aquí?

—Tenía la misión de acabar con el cerdo de Peter. Estaba resultando demasiado molesto para el gobierno británico. ¿Y tú?

—Yo he acabado con el traidor de Lord Bruce... Pero... —calló de inmediato.

—¿Pero qué?

—Necesito salvar a alguien.

—¿Una mujer? —rio entre dientes el soldado, ayudándolo a levantarse—. No te imaginaba con esta faceta de príncipe salvador.

—Ella es...diferente —resolvió, pasándose las manos por las muñecas y aceptando el arma que Joshua le prestaba.

—¡Joder! ¿De quién se trata? ¿De la reina Victoria? No merece la pena si...

—Merece la pena —lo miró seriamente—. Va a ser mi esposa.

—¿Ah sí? ¿Y cuándo me ibas a invitar a la boda? ¿Ya ha aceptado? ¿O la vas a secuestrar?

—Todavía no ha aceptado, pero está a punto.

—¡Lady Howard! —carcajeó Joshua, saltando varios cadáveres mientras salían de ese bunker en el que Brandon había estado encerrado por más de siete días con los criminales rusos—. ¿No será una de esas figuritas de cristal de la alta sociedad?

Brandon le dedicó una mirada severa confirmando las sospechas de Joshua que decidió callar y concentrarse en el objetivo de salir de ahí.

—¿A dónde hay que ir? —preguntó al fin la montaña.

—Tenemos que dirigirnos a los burdeles de Moscú.



## Capítulo 22

### *Un príncipe vestido de villano*

*Siempre que odio y amor compiten, es el amor el que vence.*  
**Pedro Calderón de la Barca (1600-1681). Dramaturgo y poeta español.**

Amordazada, maniatada y con los ojos vendados fue transportada en un carruaje de mala muerte hasta un edificio lleno de luces y olores difíciles de descifrar. Intuía las luces a través de la tela que le habían enrollado alrededor de la cabeza.

—Ya hemos llegado, bájala —anunció el hombre de la voz oxidada.

—No sabía que tú fueras el jefe ahora —se quejó el delgaducho que la empujó por el brazo.

Tropezó con el escalón del vehículo, pero a nadie le importó. No era nada más que un objeto para aquellas personas...una mercancía. A trompicones llegó hasta una sala en la que la obligaron a arrodillarse a la espera de lo que ella suponía el verdadero "jefe".

Se sentía observada, pero no podía ver a quienes la estaban mirando. Era una sensación de lo más desagradable e incómoda. ¿En qué momento una mujer deja de ser un ser humano para convertirse en un objeto?

—Buenas noches, mi señor —escuchó reverenciar al de la voz ronca tras un golpe de puerta.

—¿Qué queréis? Ya sabéis que estoy muy ocupado —argumentó el recién llegado.

A Sophia se le erizó el vello del cuerpo. Aquella voz le era muy familiar, demasiado familiar. ¿No sería...? ¿No podía ser...?

—Señor Petrovich, le traemos una nueva adquisición que compramos en el puerto de Londres a Lord Bruce. El soldado inglés fue asesinado, pero hemos podido salvar los costes.

—¿Quién es esta muchacha?

¡Dios! ¿Quién era? ¿Todavía no la había reconocido? ¡Era su tío Constantino Petrovich! Le pareció un hombre desagradable desde que lo conoció, pero jamás imaginó que fuera el cabecilla de un red de prostitución ilegal. ¿Lo sabría tía Irina? ¿Qué haría cuándo descubriera quién era?

—Es una damisela inglesa que ha viajado sin escolta. Si lo hacemos bien, no tienen por qué encontrarla y ganaremos mucho dinero con ella... —explicó uno de los matones como si ella fuera un jarrón o una yegua—. Es virgen, seguro.

Ella rio para sus adentros, si supieran que llevaba un bebé en sus entrañas...

—Además tiene la piel muy bien cuidada y el pelo sedoso, los hombres pujarán por ella.

—Quiero ver su rostro —demandó Constantino con mirada lasciva.

Clavó sus ojos verdes sobre la dama hasta que le sacaron la tela de la cabeza, descubriendo con horror que se trataba de su propia sobrina. El asombro lo invadió, pero estaba rodeado de sus hombres más cercanos y no podía informarles de la verdadera relación entre él y la mercancía.

Sophia lo miró con repulsión, rabia y frustración contenida.

—¿Qué le parece, jefe? —preguntó nervioso el malhechor, al ver el rostro deformado de Constantino que se apresuró en recomponer con una sonrisa de falsa satisfacción.

—Buen negocio, Alex. Buen negocio. Es justo lo que necesitábamos... Pero quizás necesite un poco de intimidad con ella...

—Oh, ya entiendo mi señor... Le ha gustado mucho —suspiró aliviado Alex.

Los trabajadores abandonaron el salón dejando solo a su jefe con la nueva prostituta.

—¿Cómo ha podido, tío? —se asqueó Sophia, una vez se aseguró de que estaban solos.

—¿Qué haces aquí? ¿No habías vuelto a Inglaterra? —La desató, mirándola con una fría cordialidad.

—Es largo de explicar... ¿Pero cómo puede estar aquí? Me ha decepcionado profundamente...

—Deberías estar agradecida de que sea yo quien esté aquí y no otro cabecilla que te hubiera puesto en alquiler inmediatamente.

—Oh, gracias —ironizó—. Es un alivio que sólo me hayan traído a un burdel con fines desconocidos... ¿Qué piensa hacer conmigo? ¿Tía Irina sabe a qué se dedica?

—Son negocios, sobrina. No es nada personal. Y tu tía no sabe nada...

—Menuda familia... —se lamentó, recordando el masoquismo de su tía Irina, la locura de su madre y los negocios de su padre—. ¿Cuándo me

dejaréis en paz?

—No sabía que se trataba de ti. A veces los hombres compran a su gusto y luego me muestran las nuevas adquisiciones...

—¡Es mezquino! ¡Está usted hablando de vidas humanas! ¡No somos juegos masculinos! ¡Somos seres humanos!

—Sophia... deberás fingir por unos días —ignoró sus juicios—. No puedo sacarte de inmediato, me haría débil.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Fingir? —se asustó, pensando que había quedado liberada en cuando vio a Constantino.

—Sí, deberás quedarte unos días con nosotros. Bailar un poco...

—¡¿Cómo se atreve?! ¿Por qué no trae a su hija?

—Si digo que eres mi sobrina... Podemos terminar los dos en una cuneta. Una vez entras, no puedes salir. No te puedo dejar marchar porque pensarían que estoy abriendo una puerta a las autoridades.

—¡Es un desgraciado!

—Lo siento...

—¡Es el hermano de mi madre!

—Y por eso te asignaré la mejor habitación y procuraré que ningún hombre se te acerque. Argumentaré que sólo te quiero para mí...

—¡Qué asco! ¡Panda de locos! ¿Cuándo podré marcharme?

—Cuando se olviden de ti. Pero deberás demostrarme que no me delatarás... Que no le dirás nada a Irina.

—Lo que hace está mal, señor —se negó a seguir llamándole tío.

—Dejemos los juicios para más tarde, mandaré a llamar a la madame para que te prepare.

¿Para que la prepare? ¿Prepararla para qué? ¿Cómo podía ser tan miserable? ¿Pero qué esperar de su familia a esas alturas? ¿Qué esperar de esa gente que se había pasado la vida engañando al mundo? Apretó los labios con resignación, frunciendo el ceño en un acto que ya se había vuelto habitual.

¡Y ella intentando ser justa! ¡Su hermano se preocuparía! No había llegado a mandar la carta. ¿Quién la encontraría? ¡A saber dónde estaba!

El hecho de que su tío estuviera al mando de ese lugar, sólo le garantizaba un mínimo de seguridad que en cualquier momento podía peligrar. Constantino le había dejado muy claro que lo primero era salvaguardar la vida y las apariencias...

Pocos minutos después, apareció una mujer con el pelo cardado y los labios coloreados de un rojo intenso. "La madame".

La "señora" la miró de arriba a abajo buscando defectos y cualidades.

Inevitablemente, se acordó de su amiga Catherine y su historia de cabaretera. Si fuera Catherine estaría desliziéndose por los tablados con un corsé de infarto. Pero otra vez, ella sólo era Sophia. Una mujer normal que apenas sería capaz de mover las caderas de un lado a otro y cantar "Sol, solecito ven a verme...".

Así que se limitó a ser observada y dejó que la vistieran con una falda pomposa y un corsé apretado. Las mujeres la miraron significativamente en cuanto le apretaron la camisa. Lo sabían, sabían que estaba embarazada aunque apenas se le notara. Pero quizás por esa compasión femenina que a veces caracterizaba a las mujeres o esa extraña confidencialidad que se establece en esos casos, callaron. Se limitaron a no apretarla tanto mientras disimulaban su sorpresa.

Incluso la madame fingió no ver nada.

—No es de nuestra incumbencia —le susurró la señora al terminar—. Señor Constantino, ya puede pasar.

Su tío entró de nuevo a la sala que había abandonado previamente y dramatizó sus halagos.

—Madame, póngala en la habitación del ala norte. Sólo la quiero para mí...

—Por supuesto, señor.

Una joven la cogió por el brazo y la guio por interminables pasillos llenos de mujeres y hombres en paños menores hasta llegar a una recámara apartada.

—No sé qué has hecho para ganarte el favor del señor, pero no te acostumbres —Le tocó la barriga Aroa, la muchacha que le había puesto el corsé.

¡Vaya! ¡Cuánta competición! Si fuera por ella le escupiría que podía meterse a Constantino por donde le cupiera. Pero debía seguir con su papel si quería salvarse a ella y a su hijo. A solas en el interior de la habitación, se aseguró de pasar bien la llave y se sentó al borde de una enorme cama decorada con imágenes de lo más escandalosas.

Miró a su alrededor y rompió a llorar.

¡¿Cuándo terminarían sus sufrimientos?! ¿Qué sería de su bebé? ¡Ya no le importaba nada! ¡Ni su propia vida! Sólo quería salvar al fruto de sus entrañas. ¡Y decían que los Howard eran malos!

¡¿Y los Peyton?!

¡¿Y los Petrovich?!

Todas las familias implicadas habían resultado ser un auténtico pozo de calamidades.

En mitad del llanto, consiguió quedarse dormida. Seguramente resultado de su estado, porque la situación no era nada propicia a tal lujo. La despertaron unos golpes nada considerados sobre la puerta.

—¿Sí? —se apresuró en responder, recordando que seguía en ese burdel.

—Los jefes quieren que salgas a bailar, prepárate —informó la voz de la madame.

—¿Bailar? —Abrió la puerta y la miró con urgencia—. ¡Yo no sé bailar!

—No importa, querida. Lo que quieren es que te expongas... Nada más. —La miró con pena—. Vendrá a buscarte Aroa en veinte minutos —Señaló un reloj que colgaba de la pared.

—Está bien...

¡Qué violencia! ¡Obligarla a exponerse frente a unos hombres! ¡Como si de una vaca en un mercado se tratara! ¿Su tío podría protegerla? A esas alturas lo dudaba bastante. Aguardó la llegada de Aroa y la siguió con el semblante compungido.

Entró en un salón con lámparas de lágrimas colgantes y moqueta roja. La obligaron a subirse en una tarima al ritmo de un piano afinado mientras una decena de señores la miraban con especial interés. Se sentía desnuda, jamás había vestido algo tan escotado y mucho menos frente a desconocidos. No osó alzar la mirada, hasta que la madame le dio un toque a la barbilla para que mirara al frente. ¡Los hombres que compran a las mujeres deberían ser castigados!

—Empieza la puja —anunció Constantino con un aire de masculinidad renovado que Sophia no reconoció. Maldito Petrovich.

Los presentes empezaron a gritar enormes cantidades de dinero mientras la miraban lascivamente.

Era asqueroso.

Denigrante.

Ilegal. O debería serlo...

Su tío intentaba superar las apuestas de sus compañeros pero no ganaba. No conseguía ganar para el horror y la desgracia de la joven que ya veía la noche arruinada junto a uno de esos hombres que querían violarla. Porque sería una violación en toda regla.

—¡Vaya! ¡Estás muy generoso hoy, Petrovich! —dijo con sarcasmo un viejecito entrado en carnes que no hacía otra cosa que aumentar la puja y

rivalizar con Constantino.

Aquello parecía un toque de atención que su tío comprendió, cesando al instante y dando paso al monstruo que había puesto sus ojos en la pobre Sophia. Sophia, que era la más bajita de sus amigas, se sentía más pequeña y diminuta que nunca. Le hubiera gustado empequeñecerse hasta desaparecer. Los nervios empezaban a pasarle factura y notaba su vientre adolorido. ¡Pobre criatura!

—Me gusta —argumentó Constantino, intentando convencer a su viejo amigo. Pero no había manera de que el viejecito desistiera. Al contrario, estaba dispuesto a tenerla en su cama. A cualquier precio. Como si la competición de Constantino fuera un incentivo.

Muy a su pesar, Sophia vio como el "asqueroso" ganaba la puja y era llevada a modo de trofeo sobre las piernas de ese viejo decrepito que tenía la boca sucia y la barriga deshecha. A punto de vomitar, cerró los ojos mientras le tocaba el pelo y la cara. Inevitablemente empezó a llorar y buscó la mirada de su tío, pero ya no estaba. No había nadie... Los habían dejado solos.

El cuerpo empezó a temblarle, notaba a su bebé a punto de salir y decirle adiós para siempre. Sentía la respiración de aquel vejestorio sobre ella, sus manos asquerosas tocándole el pecho y su halitosis sobre la nariz. Iba a vomitar, sí. Iba a hacerlo en cualquier momento...

¿Dónde estaba el fantasma? ¿Dónde estaba cuándo se le necesitaba? ¡Se arrepentía tanto de haber dudado de él! ¡Si lo hubiera escuchado! ¡Si no lo hubiera juzgado! ¡Había criticado a su familia, pero ella se había comportado igual! ¡No le había dado ocasión a Brandon para demostrar su inocencia!

¡Lord Bruce era un mal nacido! ¡La había vendido! Seguro que quería vengarse de ella después de haberlo dejado plantado por el Marqués... Lo vio en sus ojos esa misma noche en casa de los Raynolds. Vio su odio. ¿Cómo no había podido darse cuenta antes?

¡Pobre Brandon!

¡Pobre rarito!

¡Él había resultado ser su mejor guardián!

A pesar de que no entró en su vida de la mejor manera... Sí, entró mediante engaños y para vengarse de Thomas. Pero ahora él había cambiado... Ahora, él quería hacerla su esposa. ¡Y ella se había negado! ¡Qué mala madre! ¡Qué irresponsable! Fue todo lo que se dijo a sí misma en ese estado de pánico.

No era fácil. Nada fácil... Verse sobre las rodillas de un desconocido que quería invadir tu cuerpo a la fuerza, sin importarle tu condición de ser

humano.

Sintió las manos del violador sobre su cintura, era el final. Tenía que serlo... No lo soportaría. Un mareo le sobrevino y sus ojos se nublaron. ¿Sería mejor morir?

Un golpe en la puerta no la dejó caer, abrió los ojos asustada por el estruendo. Eran disparos. Era su aroma... ¡Era él! ¡El fantasma! ¡Su monstruo personal!

¿Quién podría hacerle daño si él estaba presente?

¡El villano de la historia que había resultado ser el príncipe perfecto!

Lo vio entrar con una arma en la mano y los ojos negros encolerizados. No la miró, sólo tenía ojos para el señor que había pujado por ella y que tenía las asquerosas manos puestas en su cuerpo. La levantó de sus rodillas en un movimiento ágil y disparó al viejo sin vacilar. Lo mató en el acto.

—¿Estás bien, muñequita? —le preguntó, mirándola fijamente mientras la estrechaba entre sus fuertes brazos.

—Lord Howard, estoy mejor que nunca. —Se dejó caer sobre su torso y se permitió el lujo de desmayarse.

Ya estaba a salvo. El fantasma velaría sus sueños...



## Capítulo 23

### *Me voy a casar*

*Debemos amar, no importa a quién, no importa cómo, mientras se ame.*  
*Alejandro Dumas (Hijo) (1824-1895) Escritor francés.*

*Minutos después de la aparición del fantasma.*

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Sophia, muy preocupada, al ver el rostro amoratado del fantasma y su monóculo partido por la mitad colgando del chaleco.

—Cosas del oficio...

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme, Lord Howard? —preguntó, recuperando el sentido en mitad de la calle y haciendo esfuerzos por cubrirse el escote del corsé.

—Como ya le dije, soy un espía... Quizás ahora pueda creerme —replicó él, ayudándola a andar.

—Por supuesto que le creo, Marqués —determinó—. Y le debo una disculpa por todo lo que le dije en el barco... No se lo merecía. Usted sólo quería protegerme de ese bandido de Lord Bruce. Entiendo que desapareciera por un tiempo puesto que fui muy desconsiderada y desagradecida.

—No desaparecí por voluntad propia —aclaró, mirándola intensamente mientras la cogía en volandas para subirla a un carruaje de alquiler.

—¡Clarissa! —se sorprendió Sophia. Su doncella estaba en el interior del vehículo, mirándola con renovada energía.

—Mi señora... —repuso, un poco avergonzada.

—¡Qué alegría! ¡Estás sana y salva! Por un momento pensé que te habías... Oh, Dios mío. —La abrazó, emocionada—. ¿Pero qué haces aquí? —Se extrañó, separándose de ella y mirándola confundida.

—Miladi, creo que es hora de que sea sincera con usted. ¿Puedo, mi señor? —pidió permiso al Marqués ante el asombro de Sophia.

—Adelante —concedió el espía desde fuera del carruaje.

—He estado trabajando para Lord Howard... —confesó, con el gesto cabizbajo—. Supe desde el principio quién era él y a qué se dedicaba. Por eso

quise ayudarlo... para que usted estuviera más protegida.

—Pero... ¿Cómo?

—¿Se acuerda de que yo tenía una gran relación con la difunta Virgin?  
¿La prima del Marqués?

—Sí, pero... Usted siempre trabajó para mi hermano Thomas...

—Por supuesto. Y soy fiel al señor Peyton. Pero no podía quedarme de brazos cruzados sabiendo que Lord Howard era una buena persona y que usted lo amaba...

Sophia se sonrojó mirando de reojo a Lord Howard, que pareció no dar importancia a esas palabras. ¡Seguía siendo tan frío como de costumbre! ¡Sin alma! Aunque había algo en él... Un deje de afecto que le resultaba de lo más estimulante y encantador.

¡El raro siendo un príncipe!

—En cuanto vi a esos dos criminales —continuó Clarissa—, me escondí en el sótano y no salí hasta que tuve la certeza de que podría seguirlos sin ser vista. Los seguí hasta aquí y luego me puse en contacto con Lord Howard, que ya la estaba buscando...

—No sé si enfadarme o darle las gracias. Ha sabido disimular muy bien que estaba de su parte... —resolvió la joven, sentándose con molestias en el bajo vientre y mirando al frente con expresión adolorida.

—No le he contado todo al Marqués —declaró la sirvienta, mirándola significativamente.

Sophia volvió a sonrojarse, pero una vez más, Lord Howard fue ajeno a cualquier sentimiento humano.

—Voy a viajar con Joshua en el otro carruaje...

—Oh, no... Mi señor —lo detuvo Clarissa—. Por favor, quédese aquí con Lady Peyton. Todavía no estamos seguros de que esté fuera de peligro.... Será mejor que la señorita viaje con usted.

Clarissa bajó a toda prisa del vehículo, dejando a solas a ese par tan dispar.

Sophia, pese a los golpes que había recibido, seguía luciendo una hermosa sonrisa que brillaba junto a su pelo dorado y sus ojos celestes... Mientras que Brandon era serio, oscuro como su pelo y sus ojos.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro, exactamente? —quiso saber Sophia, una vez la puerta del vehículo se hubo cerrado y emprendieron la marcha.

—Hemos acabado con los principales cabecillas de la red de traficantes.

—¿Y Constantino?

—También. Ha muerto en el tiroteo...

—No puedo decir que me dé lástima.

—Sé que era tu tío, pero era un...

—Un miserable. Lo sé... No tiene por qué excusarse, ya no. Entró en mi vida con mal pie, Lord Howard... Pero se ha ganado mi completa confianza. En el fondo, usted siempre quiso hacer justicia. Quizás no debió intentar vengarse... Como ve, las venganzas no llevan a ningún lugar. Pero puedo olvidar ese comienzo tan desastroso.

—¿Pudo aclarar algo en casa de su tía Irina?

—Sí, Thomas es hijo de Charles Peyton. Irina confirmó que Geraldine había abortado su primer embarazo...

—Entonces no tengo hermanos.

—No.

—Ya no queda nadie con mi sangre —concluyó.

Sophia buscó en los ojos oscuros de Brandon un deje de lástima o de frustración, pero no había nada de aquello sino una intención firme de decir la verdad. Y era cierto, Brandon estaba solo en el mundo. No tenía padres ni hermanos. Y su prima había muerto... Así como sus tíos.

—Lord Howard... También le reclamé a Irina lo que le hizo en la noche del compromiso.

—No debió hacerlo. Ya le dije que fue consentido por mi parte.

—Lo sé, pero quise aclarar que no estuvo bien.

—Estuvo bien. Porque si ella no hubiera hecho aquello, yo estaría casado con la mujer equivocada. —Clavó sus zafiros negros sobre los ojos celestes y llenos de vida de Sophia.

—Entiendo...Lo que sí deberíamos hacer... Es buscar a Joe. El hijo de su prima Virgin y mi padre Charles. Debemos hacerlo sentir parte de nuestra familia.

—Estoy de acuerdo.

—Hay que terminar con esta cadena de desgracias y excentricidades que llevan a la locura. Quiero ser la última perjudicada de todo esto...Ha sido demasiado: mi padre era un diablo, mi hermano un diablo con alma, Virgin no fue una santa, por no hablar de su padre Ismael y su madre Anuska... Que debe reconocer que tanto daño le hicieron a mi madre Geraldine...

—Lo reconozco. Mi padre no debió engañar a su madre... Pero de otro modo, yo no hubiera nacido.

—Y hubiera sido una desgracia que usted no naciera, Lord Howard —

confesó Sophia, con los colores en las mejillas y las pestañas vibrantes.

—Con Joe lo haremos diferente. Es sólo un bebé... Hay tiempo para enmendar nuestros errores. Hay que incluirlo en la línea de sucesión. Aunque tu hermano tenga un hijo varón, Joe podría formar parte de la herencia.

—Por supuesto. No creo que Thomas se oponga a ello ahora que sabe que su lugar y el de sus hijos no está en peligro.

—Pero... Muñequita. Dejemos de hablar de asuntos familiares. —Colocó una mano sobre su mejilla, encendiendo esa pequeña porción de piel—. Y ocupémonos de lo nuestro. Te lo vuelvo a preguntar... ¿Quieres casarte conmigo? Ya no te considero una mera posesión. Durante estos días que estuve secuestrado...

—¿Estuvo secuestrado? —se asustó Sophia.

—Sí, pero es algo habitual en mi trabajo. No te asustes —la calmó, pasando sus dedos encuerados por el pelo sedoso y brillante de la dama que lo miraba con admiración—. Como te iba diciendo, durante estos días he sentido aquello que vosotros "los normales", llamáis amor.

—¿Amor? ¿Lord Howard? —inquirió Lady Peyton, con el corazón latándole a velocidades peligrosas.

—Sí, una sensación intensa que me lleva a protegerte y a querer compartir mi vida contigo.

—Lord Howard...

—¿Puedes perdonarme que quisiera matar a tu hermano?

—Te perdono. ¿Puede perdonarme que lo juzgara injustamente?

—Te perdoné ese mismo instante... Porque todo lo que haces me parece bonito. Incluso cuando frunces el ceño y das lo mejor de ti para parecer enfadada. —La cogió en volandas y la sentó sobre sus rodillas. Las piernas de Lord Brandon eran fuertes y largas, ocupaban todo el espacio del carruaje.

Sophia comparó esas rodillas con las del viejo asqueroso, sintiéndose inmensamente feliz de estar entre los brazos de su amado. Inmensamente feliz de estar a salvo y de ser custodiada por el fantasma.

—Eres muy bajita... A penas mides un metro cincuenta...—se burló.

—¿Hay algún problema? —fingió un puchero de niña consentida.

—El único problema es que tengo miedo de comerte de una sola sentada —La abrazó con fuerza.

La hizo sentir diminutamente satisfecha entre su cuerpo masculino. Después, se apartó de ella para besarla. La besó con delicadeza y suavidad hasta hacerla llorar de emoción y felicidad.

—Siempre lo amé, Lord Howard —suspiró Sophia en cuanto se separó de sus labios—. Desde que era una niña.

En respuesta, la cogió con fuerza por la cintura y le subió la falda para tocarle los muslos. Acarició sus piernas con alevosía, excitándola hasta que la respiración humedecida empañó los vidrios del carruaje. Besó su escote, sus pechos y su cuello para luego deshacerse del pantalón y adentrarse en ella.

Hicieron el amor por tercera vez. Pero esa vez no hubo restricciones. No hubo ataduras, ni mordazas. Se movieron al ritmo de los caballos y se extasiaron el uno con el otro hasta quedar completamente sudados y empapados.

—Ha dejado que lo tocara —ultimó Sophia, colocándose de nuevo la camisa.

—Y tampoco te he hecho daño... No te he atado ni te he golpeado. Me estoy debilitando.

—¿Lo hago débil, Marqués?

—Muy débil —Depositó un beso sobre su frente—. Pero creo que es hora de sentir debilidad. Aunque disfrutes torturándome... ¿Quieres casarte conmigo? ¿Cuántas veces me lo harás preguntar?

Sophia soltó una risilla divertida y fingió ignorarlo el resto del camino.

Al llegar a la casa de campo para recoger sus enseres e irse de ahí, encontraron a las autoridades junto a Irina. Afortunadamente, Brandon y Joshua llevaban sus credenciales encima y pudieron explicarlo todo. Se aclaró el asunto y se archivó en las catacumbas de "operaciones internacionales".

—Yo... —inició una Irina al borde del ataque de nervios al ver a Brandon después de diez años y sabiendo que su sobrina estaba embarazada de él—. Creo que le debo una disculpa, Lord Howard —dijo al fin, en cuanto los guardias se hubieron retirado junto a Joshua y Clarissa.

—No se moleste, señora Romanov. Todo aquello no fue nada más que el producto de la locura familiar... Ahora, Sophia y yo queremos empezar de nuevo. La quiero... —dijo, confesándole indirectamente a Sophia su amor.

—Oh —se sorprendió gratamente ante la confesión—. Por supuesto. Tenéis mi bendición —Abrazó a Sophia—. Siento mucho por todo lo que te ha hecho pasar Constantino. Siempre sospeché que estaba en algo ilegal... pero no imaginé que alcanzara límites tan desagradables. Y mucho menos que tú serías una víctima de sus negocios. Me duele su muerte... porque era mi hermano. Pero ha sido justo. Tengo una hija y soy mujer... Así que no puedo estar más de acuerdo con el destino de Constantino.

—Lo sé, tía. Sólo deseo y espero no tener más sorpresas familiares...

—Oh, no. De mi parte no... Os lo prometo. Entierro mis rencores delante de vosotros y juro que no haré nada más para perjudicaros... Al contrario, me gustaría que me invitarais a vuestra boda.

—Lo haremos, tía —La abrazó, confirmándole indirectamente a Brandon que iba a casarse con él.

\*\*\*

Embarcaron en el primer buque en dirección a Gran Bretaña. Ambos tenían la necesidad de regresar a tierras inglesas; sobre todo Sophia. Que quería ver a su hermano y contarle todo lo sucedido y sabido.

Sin embargo, el viaje en barco resultó muy fatigoso; se mareó a cada instante y se pasó las horas en la cama.

—¿Qué te ocurre, Sophia? —inquirió Brandon, que se había despedido de su fiel compañero, Joshua, en el puerto de Rusia.

—Nada... Han sido demasiadas emociones. Y necesito descansar.

Quería esperar para decirle a Brandon que iba a ser padre. No quería decírselo en esas condiciones sino en una cena especial con la tranquilidad del hogar.

Brandon no merecía más miserias ni dolor... Merecía un poco de luz y alegría en su vida.

Por eso y pese a que le costó horrores no confesar la verdad, aguantó hasta llegar a Inglaterra donde su hermano Thomas y Gigi la recibieron entre abrazos y lágrimas.

Habían estado muy preocupados por ella y no era para menos, había pasado más de un mes sin informarles de su situación.

Le aclaró a Thomas que era hijo legítimo del antiguo Conde Norfolk, Charles Peyton, y explicó lo buena que había sido tía Irina y lo mucho que se había arrepentido por todo lo sucedido. También relató el horror vivido con Constantino y la afortunada intervención de Lord Howard para salvarla.

—Ahora, lo que debemos hacer es traer a Joe a nuestra casa.

—Si traemos a Joe, debemos traer a la mujer y a la familia que ha estado cuidando de él hasta ahora. Sería muy doloroso para ellos separarse... Debemos comprender que el niño piensa que la sirvienta es su madre.

Joe había sido dado en adopción a una familia de campesinos que habían sido elevados a la categoría de sirvientes de los Condes. Regentaban una casa del Condado y en ella vivían con el bebé y dos niños más que Gigi había

rescatado de las calles de Francia: Jeremy y Emma.

—Pueden pasar alguna temporada aquí y nosotros podemos ir a visitarles con más frecuencia. Lo que quiero es que mi hermano sea reconocido... No más mentiras y engaños. Se acabaron las maldiciones Howard, Peyton o Petrovich.

—Intentaremos apelar al juez para que lo reconozca... Pero no será fácil —determinó Thomas, abrazando a su querida hermana—. Has sido muy valiente, hermanita. ¿Quién iba a decir que tú serías la que aclarara todo este enredo?

—La normalidad está desvalorada, hermano. A veces, ser normal, es lo mejor y lo más necesario... He perdonado a Lord Howard por cómo nos trató al principio... —comentó, adentrándose en arenas movedizas.

Thomas frunció el ceño y Gigi miró su barriga disimuladamente mientras sostenía la suya propia que, por cierto, era increíblemente enorme.

—¿Todo bien con el embarazo, cuñada? Noto tu vientre muy abultado.

—Thomas dice que es porque como mucho...Pero estoy sana, gracias a Dios.

—Hermano... Tengo algo que decirte mientras Lord Howard descansa en su casa...

—¿Qué ocurre? —Enarcó una ceja.

—Lo he perdonado. Me ha demostrado ser leal y justo... Así que me voy a casar con él...

—Sophia... —La vena de la yugular se le empezó a hinchar.

—Me voy a casar porque ha cambiado. Me ama... Y es el padre del hijo que llevo en mi vientre —Se colocó las manos sobre la barriga mientras su hermano, el Conde, tambaleaba de un lado a otro cogiéndose del marco de la puerta para no caerse.

—¿Qué? —preguntó, queriendo aparentar que no lo había entendido.

—Que estoy esperando a un hijo de Lord Brandon Howard, pero él todavía no lo sabe. Por eso me preguntaba si podía organizar una cena íntima en esta casa para contárselo...

Los gritos no se hicieron esperar. Thomas bramó de un lado para otro toda clase de improperios.

¿Cómo había podido quedarse embarazada sin estar casada?

¡Qué vergüenza!

¡Maldito Lord Brandon!

...

Hasta que se serenó y accedió ante los ruegos de su esposa y de su hermana a que la cena se diera a lugar.

Poder femenino. Persuasión mujeril.

Y la ilusión de Thomas por tener un sobrino.

—Espero que el bebé se parezca a ti, Sophia...

—¿Lo querrás menos si sale con el pelo y los ojos negros?

—No, pero...

## Capítulo final

Un vestido princesa para la ocasión y un recogido coronado por una tiara de perlas. Estaba hermosa, más de lo que había estado en sus años de debutante. Quizás fuera por el embarazo o por la madurez adquirida, pero su rostro tenía un brillo especial que resaltaba con un poco de polvo rojizo y unas gotas de perfume de rosas.

El camafeo de rosas que Brandon le había regalado en el barco tenía un papel protagonista sobre el satén azul de su vestido.

Mandó a preparar una sopa bien cargada y una lubina al horno de segundo. De postre, se conformarían con una tarta de manzana. Muy corriente, pero muy hogareño y familiar. Ese era el propósito de Sophia, hacer sentir a Brandon en familia sin pretensiones ni exageraciones.

Para ello, se dispuso un salón pequeño en el que estarían solamente ellos dos. No era habitual ni correcto, pero dadas las circunstancias ya daba igual. ¿Qué más podían esperar si ya venía un niño en camino?

¡Sería de hipócritas!

Lord Brandon Howard, Marqués de Suffolk, y apodado el fantasma por las beldades problemáticas, llegó una tarde de noviembre a casa de los que habían sido sus enemigos pero que se iban a convertir en familia muy pronto.

Sophia ya había informado a sus amigas de lo acontecido y de su estado de buena esperanza y tenía el beneplácito de todas y cada una de ellas. Sobre todo Karen, que la encorajó a hacer aquello que le dictara el corazón. Catherine se burló de sus gustos "raritos" y Diana se alegró de que hubiera florecido el amor sincero entre ambos y que dejaran atrás aquellos comienzos tan negativos.

Como una jovencita, observó por la ventana como Thomas recibía a Brandon en el porche.

Ambos encajaron la mano en el gesto más frío que debía existir en la tierra, pero era un comienzo considerando que habían querido matarse meses atrás.

Bajó las escaleras presa de la emoción y de la alegría, acompañada por su enorme cuñada que estaba alcanzando dimensiones estratosféricas con el embarazo. ¿De verdad era por la comida?

—Buenas tardes —saludó el Marqués con una reverencia perfecta y

engalanado con un traje-pantalón de color negro que le sentaba de maravilla o, al menos, eso pensó Sophia que lo miró como si quisiera devorarlo ahí mismo.

Thomas y Gigi se retiraron o, más bien, Gigi retiró a Thomas.

—Buenas tardes, Lord Brandon. ¿Me acompaña?

El espía le ofreció su enorme brazo y anduvieron cogidos hasta el agradable salón que tenía candelabros de latón por doquier.

Era un ambiente romántico y acogedor.

—Siéntese, por favor.

Era extraño verse en esa situación después de todo lo vivido. Parecía demasiado normal y daba la sensación de que en cualquier momento iba a ocurrir algo. Pero no... Todo se desarrollaba según lo previsto: comieron la sopa comentando banalidades y pasaron al segundo plato elogiando a la cocinera. ¡Qué formales se estaban convirtiendo! ¡Y que necesaria era la formalidad a veces!

—Tengo algo que decirle, Lord Howard —se atrevió al fin, después de despedir al servicio.

—¿No me diga que quiere anular el compromiso?

—¡No! Por Dios. ¿Cómo iba a querer semejante despropósito? Lo que quería decirle es que... —Cogió aire y se levantó para acercarse a aquel rarito de escasos sentimientos y mirada penetrante—. Vas a ser papá...

Lord Howard no reaccionó durante largos segundos que le parecieron minutos a Sophia. Ni si quiera sonrió ni gesticuló. Era como si se hubiera parado en el tiempo.

—¿Padre? ¿Yo? —dijo al fin, horrorizado.

—Sí... Estoy de unos tres meses —Se tocó el vientre y cogió la mano del Marqués para que él también lo tocara, pero no quiso.

En lugar de eso, se levantó de un salto y le dio la espalda mirando hacia la lumbre.

—¿Qué ocurre? —Se llevó las manos sobre el pecho la pobre embarazada que hubiera esperado un poco más de ilusión después de tanto tiempo preparando el momento.

—Yo pensé que habías engordado un poco... —se excusó en un argumento entre infantil y cómico aquel hombre de casi dos metros que parecía abatido ante la noticia de su inminente paternidad.

—Qué halagador... —suspiró en una sonrisa comedida mientras colocaba sus pequeñas manos sobre la espalda de su futuro esposo—. Esperaba un poco

más de alegría...

—¿Alegría? ¿Cómo voy a tener alegría? ¿Qué padre va a tener esa criatura? Sabes que no siento ni padezco... Que no soy como vosotros... Es mucho que haya aprendido a amarte... ¿Cómo voy a amarlo a él?

—No creo que debas aprender a hacerlo. Creo que lo amarás sin pensarlo —le dijo, buscando sus ojos—. Ahora somos una familia. Y mientras tengamos el firme propósito de no hacernos daño... Todo irá bien. ¿No te das cuenta? —Cogió su cara entre las manos, rozando su barba—. Ya lo amas... Porque te estás preocupando por él—. Estoy segura de que serás un gran padre, Brandon —lo tuteó por primera vez, provocando que el fantasma abriera los ojos desmedidamente y la abrazara en un ataque de amor súbito.

—Te amo, Sophia.

—Yo también te amo, Brandon.

—Perdóname.

—Perdóname tú a mí. Hemos acabado con la maldición...

—Contigo, no hay maldiciones que valgan...

Se abrazaron durante largo tiempo hasta que creyeron conveniente hacer pasar al salón a Thomas y a Gigi, quienes le dieron la enhorabuena y los incentivaron a casarse lo antes posible.

—Tengo un regalo para ti —dijo Sophia, despidiendo a Lord Howard en el recibidor.

—¿Otro más?

Sophy extendió una cajita de madera que Lord Howard abrió para encontrarse con un monóculo nuevo.

—Jamás me habían regalado algo... Sophia. Y hoy, tú, me has hecho dos regalos.

—Pienso regalarte algo cada día de mi vida, mi rarito, mi fantasma, mi monstruo... mi amor.

\*\*\*

La boda se celebró un mes después de que nacieran las joyas de Norfolk.

Gigi, la esposa de Thomas, había dado a luz a tres niñas iguales y habían sido apodadas las joyas de Norfolk. Tanto así que sus nombres correspondían a piedras preciosas: Rubí, Ámbar y Perla.

En la celebración no se invitaron a desconocidos ni a personas que pudieran soltar palabras mal intencionadas. Tan sólo acudieron las personas que merecían estar.

Por un lado, Karen y su magnífica predisposición a ayudar a sus seres queridos. Felicitó a Sophia y a Brandon para luego colgarse a sus tres sobrinas del brazo con orgullo. Después, Catherine le dio la bienvenida al club de hijos engendrados fuera del matrimonio... ya que su hijo y el de Karen también habían sido previos a la boda.

—Me alegro mucho de que haya terminado como querías —le dijo Diana en un abrazo sentido.

—Espero que seas muy feliz —le deseó Helen.

¡Qué felicidad!

Su tía Irina y su prima Olga también estuvieron presentes. Le regalaron un magnífico conjunto de esmeraldas y diamantes que incluía una tiara enorme.

—Felicidades, sobrina —dijo Irina después de saludar a Thomas y conocer a las joyas de Norfolk.

—Gracias, tía.

—Tu esposo es muy apuesto —alabó Olga, lejos de los oídos de su esposo ruso.

—No es ruso, pero he sabido escoger... —rio Sophia, siguiéndole la broma.

—Mi madre me obligó a ir a visitar a las hijas de tío Sergio —explicó Olga con cara de espanto—. No las conocía...

—Imagínate, que yo he tenido que soportarlas toda mi vida...

—¿Por qué son así?

—¡Creo que no saben aceptarse a sí mismas! Y que pagan sus frustraciones sobre nosotras...

—¡Son unas serpientes! Suerte que no las has invitado... Aunque se morían de ganas de venir por lo que me dijeron el otro día.

—Quería rodearme de la gente que merece la pena.

Los comensales comieron, danzaron y se contaron historias hasta bien entrada la noche en un ambiente de festividad y armonía.

—Sophia... Creo que es el momento de retirarnos —propuso Brandon, apartando a su recién esposa de la multitud.

—Iré a avisar a mi hermano...

Thomas despidió a su única hermana con gran congoja y dolor, pero con la seguridad de estar haciendo lo correcto. Brandon, aunque no era lo que había soñado para Sophia, había demostrado amarla y eso era lo importante.

—Vamos, Thomas... Si va a vivir a la casa de al lado... —abogó Gigi en cuanto Thomas se quedó sentado en un butacón desolado.

—Pero ya nada será lo mismo...

—Será diferente, pero no significa que sea peor. Pronto tendrás un sobrino... Y has ganado un cuñado.

—Un cuñado fantasma.

—Y tú un cuñado diablo...

Thomas enarcó una ceja para luego soltar una carcajada.

—Hemos tenido suerte de casarnos con mujeres tan bondadosas que nos soporten.

—Sí, porque sois hombres muy... raritos —Lo abrazó mientras lejos de allí, Sophia llegaba a su nuevo hogar.

La propiedad de su esposo le seguía pareciendo tan horrible como el día en que se subió por la ventana para entrar en ella. Estaba llena de gárgolas y de pasillos infinitos; por no mencionar la sala de tortura.

Conoció al servicio, todos parecían sacados de un libro de espías y echó mucho de menos a Clarissa, que se había quedado en casa de su hermano.

—Creo que voy a contratar a alguna doncella...

—No puedes contratar a nadie sin que pase por un control exhaustivo. No debes olvidar con quién estás casada... Tengo información de suma importancia y la gente que me rodea están entrenados para...

—Eh... —lo paró—. Tranquilo... Quizás me conforme con cambiarles el uniforme negro por uno menos monstruoso.

Brandon sonrió. Lo hacía pocas veces, pero cuando lo hacía era el hombre más bello de la tierra.

—Vayamos a la habitación... —dijo él.

—No... Me gustaría ir a la sala de tortura...

—¡Pero estás embarazada!

—¡Pero tú no!

Brandon esbozó otra de sus maravillosas sonrisas.

Se trasladaron a la cabina del dolor cerrando todas las puertas tras de ellos.

Era su momento. El momento en que un matrimonio se encontraba en la intimidad y podía hacer lo que le apeteciera sin juicios ni explicaciones.

Sophia obligó a Brandon a tumbarse sobre una cama que había en ella y lo desnudó completamente, incluyendo los guantes de cuero. Primero él se quejó, no quería mostrar sus manos quemadas, pero ella se lo impuso con un azote.

Después, se desnudó ella. Quedando completamente desnuda frente a él para subirse a horcajadas sobre el cuerpo masculino. Tomó las manos

quemadas y las pasó por sus pechos y su vientre abultado. Observó como Brandon cerraba los ojos y tensaba sus facciones, lo sentía... Lo estaba sintiendo.

—¿Tienes tacto?

—Sí. Noto tu piel... He pasado años sintiendo solamente el cuero en mis manos.

—Entonces, tócame. No te ocultes más... No tienes por qué hacerlo delante de mí. Me gustan tus manos —Se las llevó a la boca y las besó para luego dejarlas libres.

Brandon acarició sus senos, su cuello y su cintura para luego adentrar sus dedos desnudos en su intimidad femenina. Se complació con su humedad y la estimuló durante minutos, besándola y dedicándole palabras candentes.

—Lady Howard, es usted perfecta... Mi favorita.

—La favorita del Marqués —sentenció, permitiendo que su marido la tumbara y se adentrara en ella suavemente hasta hacerla suya una vez más y para siempre.

# Epílogo

*Veinte años después.*

Thomas y Georgiana Peyton habían traído al mundo a cuatro maravillosas hijas: las tres mellizas y Esmeralda. Sin un heredero varón, la continuidad del Condado se ponía en entredicho si Joe, el hijo bastardo de Charles Peyton, no era reconocido. Afortunadamente, Sophia y Brandon lucharon para que su sobrino fuera añadido en la línea de sucesión.

Joe, que ya era un muchacho de más de veinte años, había crecido con la verdad. Él sabía perfectamente quienes fueron sus padres y qué le unía a Thomas, Sophia y Brandon.

Pese a que había crecido considerando a la sirvienta como su propia madre y a Jeremy y a Emma como sus propios hermanos, Thomas y Sophia se esforzaron para hacerlo sentir un Peyton.

—Es ver a Joe y ver a mi prima Virgin... —comentó Brandon Howard observando al joven.

—Cuando eras un bebé, Joe, tenías los ojos grises como nuestro padre Charles. Pero con el tiempo, se fue acentuando tu heterocromía —explicó Sophia.

—Sí, supongo que ir por la vida con un ojo gris y el otro celeste no es muy agradable para las muchachas —opinó Joe, que estaba en ese punto de la vida en que gustar a las chicas resultaba muy importante.

—Les gustarás porque eres un Peyton —Le dio dos palmadas sobre el hombro su hermano Thomas—. Has heredado nuestra planta y nuestro magnífico porte.

Brandon Howard soltó una risa por lo bajo de lo más burlona al oír aquello.

—¿Qué? ¿Acaso no es verdad?

—Joe ha salido a los Howard, nosotros somos más altos y corpulentos... Sólo hay que ver a tu hermana Sophia...

—¡Eh! ¿Qué pasa conmigo? —se quejó Sophia desde su metro cincuenta.

—Sí, ¿qué pasa con mamá? —salió en su defensa un hermoso joven de diecinueve años de pelo negro y ojos celestes.

—Joshua, tú no te metas —ordenó el Marqués a su primogénito—. Tienes

demasiado afán de mamá y ya eres un adulto.

—Pero una madre, siempre será una madre —replicó el muchacho, ofendido.

—Oh, mi niño. —Lo abrazó Sophia mientras Brandon negaba con la cabeza.

—Papi, no hagas enfadar a mami... Yo también soy bajita —refunfuñó Geraldine, la hija pequeña de los Howard, que ya tenía doce años.

Sophia no fue una mujer muy fértil al igual que su difunta madre. Pese que había concebido a Joshua con facilidad, le costó mucho quedarse embarazada de nuevo. Por suerte, tuvieron a Geraldine: una bella niña de pelo rubio y ojos negros de lo más alegre y vivaz.

—No, Geraldine... No haré enfadar a tu mami —la calmó el Marqués, cogiéndola en brazos y meciéndola como si todavía fuera un bebé.

Thomas y Gigi observaron a Brandon mecer a la niña entre que Sophia abrazaba a Joshua. Al fin, habían formado una familia imperfecta llena de normalidad, amor y respeto. Lejos de las maldiciones, las venganzas y los rencores. Y todo gracias a Sophia, esa joven normal y superficial que todos tachaban de superflua. Pero que terminó demostrando su valía a través de la búsqueda de la verdad y la justicia.

—Papá, explícame otra vez de donde viene mi nombre... —pidió Joshua.

—Es el nombre de un antiguo compañero mío muy leal. Si no fuera por él, ni tu madre ni yo estaríamos aquí... Lo invitamos a la boda, pero para ese entonces había muerto en servicio cerca de China.

—Tío Brandon tiene unas historias de lo más interesantes —comentó Joe, mirando a Thomas que enarcó una ceja de indiferencia.

—¿Sabes qué, Joe? —preguntó una joven debutante de pelo negro y ojos grises—. A mí me gustan tus ojos dispares. Los encuentro muy divertidos...

—¿De verdad? —se sonrojó el tío de Rubí, bajo la mirada horrorizada de Thomas y Gigi.

—¡Hija! ¿No tenías que ir con tus hermanas al jardín?

—¡Me aburre estar todo el día plantando flores!

—Deberías hacerlo —la regañó su padre, tirando de ella hasta llevarla al patio.

Cuando volvió al salón, todos se habían ido menos Brandon Howard que estaba fumando un puro. Se miraron el uno al otro con extrema seriedad, sin decirse nada.

El Marqués le extendió otro puro a su cuñado Thomas y éste aceptó.

—¿Hubiera sido muy horrible que fueras mi hermano? —preguntó el Conde, con voz muy baja y sin mirar a su acompañante de humos.

—Muy horrible...

—Sí, muy horrible...

—Catastrófico diría yo...

—Por cierto, todavía me debes cien mil libras.

—Lo que te debo es una buena paliza...

—¿Qué ocurre? —Asomó la cabeza Sophia.

—Sí, ¿de qué habláis? —Se añadió Gigi.

—De nada...

—De nada —negó Brandon.

Se sirvieron una copa y optaron por quedarse en silencio hasta que las mujeres y los hijos aparecieron de nuevo, llenando de luz y de color el espacio, sus vidas y sus corazones.



Encuentra mis otros libros en el siguiente enlace (pulsas en que mercado estás):

[Amazon.es](https://www.amazon.es)  
[Amazon.com](https://www.amazon.com)



A mi amado esposo.

A mi comunidad de lectores fieles: los astros Bellos.

Y a ti, querido lector, por haber leído mi libro.

si te ha gustado "LA FAVORITA DEL MARQUÉS",  
DEJA TU BONITA OPINIÓN EN AMAZON O EN GOODREADS.

